
Solo déjate llevar
Sandra Miró
BEGIN
HISTORIC
ILLINOIS
US
66
ROUTE
matchstories

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Cita

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Capítulo 74

Capítulo 75

Capítulo 76

Capítulo 77

Capítulo 78

Capítulo 79

Epílogo

Banda sonora

Notas

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Compa**

Sinopsis

Hola, soy Daniel Prime y, junto con tres amigos, formo parte de Ubuntu, una banda de pop rock. Estamos a punto de embarcarnos en una emocionante gira por la mítica Ruta 66, pero, justo cuando todo está listo para comenzar, nos enfrentamos a un gran contratiempo: nuestra vocalista no podrá acompañarnos.

¿Conseguiremos encontrar una nueva voz antes de que sea demasiado tarde?

Hola, soy Becka Miller. Hace algunos años, tuve la suerte de ser adoptada por una maravillosa familia. Ahora, mi hermana Olivia y yo estamos trabajando duro para ahorrar y poder independizarnos. Sin embargo, una inesperada oportunidad llama a nuestra puerta, y con ella, la posibilidad de emprender la aventura de nuestra vida.

¿Valdrá la pena dejarlo todo atrás y lanzarnos al vacío?

SOLO DÉJATE LLEVAR

Sandra Miró

matchstories

Dicen que al final ganan los que se atreven.
Por eso este libro es para ti y para mí, porque a veces
solo necesitamos cerrar los ojos y dejarnos llevar.

Si sigues todas las normas, te pierdes toda la diversión.

KATHARINE HEPBURN

Capítulo 1



Becka

JULIO DE 2024

—¡Hoy te toca dentro! —exclama mi hermana.

Rápidamente miro a Olivia. Ella me mira a mí. Sabe que no lleva razón.

Residimos en un pueblo no muy grande llamado Munster, en Indiana. Está situado a una media hora de Chicago, que es donde a las dos nos gusta hacer vida y salir.

Al vivir en un sitio reducido, aquí casi todo el mundo se conoce. Eso es bueno para unas cosas y malo para otras. Egoístamente, en este caso, a nosotras nos viene bien porque llevamos un año trabajando en Dragston, la cafetería de Bill, amigo de nuestro padre.

Nuestra intención es ahorrar todo lo que podamos currando aquí para luego irnos a vivir juntas al centro de Chicago.

—¿Estás segura? —pregunto irónicamente.

—Becks, porfa, que ayer me hice las uñas.

Qué lista es. Quedarme dentro significa, con el buen tiempo que hace, que me voy a pasar más rato lavando platos en la cocina que atendiendo mesas.

Le echo un vistazo a mi hermana y, como siempre, caigo en su trampa.

Cuando Olivia me mira con esa cara de pena, no puedo decirle que no. Asiento con la cabeza y sonríe victoriosa.

Ella sale a paso ligero del local, mientras que yo vuelvo a mis cosas.

No tardo en moverme con soltura por las mesas que hay ocupadas en el interior de la cafetería. Parece que todo el mundo está servido excepto unos señores que están jugando a las cartas y que me han llamado con un gesto de la mano. Tomo nota de lo que quieren y les sirvo con rapidez.

Tras unos minutos me quedo sin faena.

Trasteo en mi móvil, pero tampoco me entretiene, pues no tengo nada nuevo. Por ello, lo dejo a un lado y observo a mi hermana por una de las ventanas. Sonrío al verla charlar animada con los clientes.

Teniendo en cuenta solo la personalidad, Olivia y yo nos parecemos bastante. Sin embargo, físicamente somos polos opuestos. Ella tiene una larga y ondulada melena rubia y ojos claros, mientras que yo, aunque también llevo el pelo largo, lo tengo de color negro y mis ojos son oscuros. Somos como la noche y el día.

¿Por qué? Eso tiene fácil respuesta: no somos hermanas biológicas.

Mi historia tuvo un comienzo algo complicado.

Cuando tan solo tenía seis años, mis padres biológicos decidieron que ya no querían ocuparse más de su hija y me abandonaron. Por suerte, las autoridades actuaron rápidamente y se hicieron cargo de mí. Y, a partir de ahí, pasé toda mi infancia en centros de menores y en alguna que otra casa de acogida.

Reconozco que no fue del todo sencillo, y aún lo es menos cuando haces amigos que, en cuanto alguien los adopta, se van y sabes muy bien que no volverás a verlos jamás.

Durante esos años descubrí que mi mayor refugio era la música. Gracias al pequeño reproductor que tenía en mi habitación y los pocos cedés que fui adquiriendo con el paso del tiempo, siempre pude contar con ella.

Ya con catorce y con toda esperanza perdida en cuanto a lo de encontrar una nueva familia, aparecieron Marc y Emily. Al principio fui muy escéptica respecto a ese tema. Todo el que va a esos centros lo que busca son bebés. ¿Quién iba a querer adoptar a una adolescente?

Pero al parecer ellos sí querían y así me lo demostraron. Venían a verme a

menudo y nos pasábamos horas hablando. Recuerdo el día que trajeron a Olivia para que me conociese, ella solo tenía once añitos.

Y de la noche a la mañana me vi viviendo con ellos, formando parte de una familia y celebrando el décimo segundo cumpleaños de la que había pasado a ser mi hermana menor.

La puerta de la cafetería se abre y entra una pareja. Me fijo en ella, por su bonito color de pelo azul, y me digo que no me suena de nada. Después centro el interés en él, y tampoco me suena. Imagino que no son de aquí.

Los sigo con la mirada hasta que toman asiento en una de las mesas que hay junto a las ventanas. Cojo un par de cartas y me acerco a ellos.

Olivia entra en el establecimiento y nos sonreímos. Va tras la barra y coge las cosas que necesita.

—¡Buenas tardes! —los saludo al llegar.

Ambos me miran y les tiendo las cartas que traía en las manos.

—Hemos venido a beber algo. Con este calor... —La chica, de pelo rizado, sonríe.

Él me dedica una mueca sin quitarse las gafas de sol.

—¿Y ya sabéis lo que queréis tomar?

Se miran entre ellos y luego es él quien responde, quitándose las gafas y clavando los ojos en mí.

—Sí. Dos cervezas, por favor.

Imagino que al actuar así ha pretendido impresionarme, a lo Tony Stark en *Los Vengadores*, pero a mí solo me parece el típico chico que sabe que es guapo y va de chulo. Vamos, de los que suelo huir sí o sí.

—Perfecto —murmuro apuntándolo en el comandero—. Ahora mismo las traigo.

Doy media vuelta y me pongo a ello. Preparo las cervezas y un pequeño cuenco con patatas de bolsa.

—Aquí tenéis, disfrutad —les digo dejándoselo todo sobre la mesa.

—¡Gracias! —responde ella mientras el chulito no abre la boca.

Sonrío a la chica y luego echo un vistazo a los señores de la otra mesa y veo que siguen enfrascados en su partida de cartas. Regreso tras la barra y... sí, veo la

montaña de platos en la pila que tengo para lavar. Sin duda los ha dejado Olivia ahí todos de golpe, procedentes del exterior, porque hace un ratito no tenía nada que hacer.

Bill, el amigo de papá, nos hizo el favor de contratarnos en Dragston, pero, por más que se lo suplicamos, no nos hace el favor de comprar un lavavajillas, así que aquí se lava todo a mano.

Cojo el móvil y, como lo tengo conectado por Bluetooth a los altavoces de la cafetería, busco una música que me ayude a sobrellevar mejor esta tediosa tarea.

¿Hay alguien a quien le guste lavar platos?

Entro en Spotify y voy a lo seguro. Hago «clic» en el nombre de mi diosa, Miley Cyrus. Es mi cantante favorita.

Y, mientras me acerco al fregadero, empieza a sonar su canción *River*, que yo comienzo a cantar.

Así, sí.

Capítulo 2



Daniel

JULIO DE 2024

Doy un trago a mi cerveza.

Hummm..., qué bien sienta beber algo fresco después de haber estado cargando y descargando cajas todo el día.

—Creía que esto de la mudanza nos iba a tomar más tiempo —bromea mi hermana.

Yo la miro sin entender nada.

—Susan, estás de coña, ¿no? —Veo cómo se ríe—. Cuando me pediste que te ayudara, no pensaba que me pasaría días subiendo y bajando cajas. Me duele todo.

—¡Anda ya, Dani! Ni que en el gimnasio no pagaras para hacer prácticamente lo mismo.

Niego con la cabeza y se me escapa la risa. Ya casi no tengo fuerzas para rebatirle nada.

Susan es mi hermana mayor y el pasado mes de septiembre se casó con Tom, su mejor amigo desde el instituto. Hace varios meses se compraron una casa

aquí, en Munster, y, ahora que por fin las obras de reforma se han terminado, ha llegado el momento de trasladarse.

—Esta noche vienes a la cena, ¿no?

—¡Como para no ir! Mamá me lo ha recordado continuamente toda la semana —me quejo, y, poniendo la voz más aguda para imitar a nuestra madre, digo—: Daniel, no hay excusa que valga. Más te vale estar aquí para la última cena con tu hermana viviendo en esta casa.

Mi simulación hace carcajearse a Susan.

—A veces se pone tan intensa... —murmura.

—Hoy ya dormís Tom y tú aquí, ¿verdad?

Susan asiente y da un trago a su cerveza.

—No quiero ni imaginarme el momento en el que acabemos de cenar y tengas que irte. Se avecina drama familiar.

Ella se atraganta bebiendo y tose de forma exagerada.

—Calla... calla... —susurra recobrando el aliento.

Cualquiera que conozca a mi madre sabe que esta noche va a haber lágrimas y no de cocodrilo precisamente. Todo ese drama solo porque mi hermana se va a vivir a cincuenta minutos de su casa.

—Los cambios pueden ser complicados, pero se acostumbrará.

Asiento. Susan tiene razón.

—Y tú, ¿qué? ¿Ya lo tenéis todo preparado?

Ahora soy yo el que asiente con una sonrisa.

Me apasiona la música y toco la guitarra y el teclado. Hace unos años monté una banda llamada Ubuntu con tres amigos. Henry, Robert y Toby apostaron por este proyecto desde el principio. El tema de la cantante nos ha costado un poco más; durante todo este tiempo hemos tenido varias. Ahora ese papel lo hace Alice, quien lleva un año y medio con nosotros. Los cinco empastamos bastante bien.

Como propósito de Año Nuevo para este 2024 nos propusimos hacer nuestra primera gira este verano. No es nada grande, y por supuesto no somos famosos, pero poco a poco vamos sacando temas y teniendo nuestro público.

La idea es recorrer la Ruta 66 a lo largo del mes de agosto dando varios

conciertos que ya tenemos cerrados en distintas salas gracias a Charlie, un amigo de mi hermana que se ha autoproclamado nuestro *road manager*.

—Sí, ya lo tenemos casi todo listo —contesto—. Estamos terminando de decidir el *setlist* que vamos a tocar y cuatro cosillas más.

—Cuidado con lo que hacéis, que Charlie me lo contará todo. —Dicho esto, se ríe.

—No me cabe la menor duda.

Susan coge su cerveza y me mira. La imito.

—Dani, esta gira va a ser un éxito. Ya verás como esto es solo el principio de algo brutal.

Acerco mi botellín al suyo y, justo cuando voy a brindar, pone la mano en medio.

—Solo prométeme una cosa. —La miro intrigado—. Prométeme que, cuando te hagas famoso y llenes locales, no te volverás un imbécil y un arrogante.

No sé qué me esperaba que fuese a decir, pero eso desde luego que no.

—Te lo prometo. —Río.

—Más te vale porque, como vea un ápice de soberbia en ti, habrá consecuencias. —A continuación, enseñándome sus finos brazos, añade—: Podía contigo cuando éramos pequeños y aún puedo. Además, la semana que viene Tom y yo nos vamos a apuntar a un gimnasio de aquí.

—Vale, vale... —respondo todavía riendo por su absurda amenaza de hermana mayor.

Y, ahora sí, brindamos.

El móvil de Susan pita, habrá recibido algún mensaje. Ella no duda en mirarlo.

Aprovecho para echar un vistazo al local. Se nota que esta cafetería tiene años y necesita alguna reforma.

De repente algo llama mi atención.

Por los altavoces me llega una canción que reconozco gracias a mi amigo Robert: es *River*, de Miley Cyrus..., pero no es solo su voz la que distingo.

Alguien canta al unísono. No lo hace alto, pero sí lo suficiente como para que la oiga. Sea quien sea, tiene una voz grave como la de Miley.

Una voz con personalidad. Una voz muy bonita.
¿Quién será?

Capítulo 3



Becka

¡Por fin se ha acabado el día!

Olivia y yo cerramos la cafetería y volvemos a casa dando un paseo. Lo bueno de trabajar ambas en Dragston es que Bill nos deja hacer los mismos turnos y, así, podemos ir y volver juntas, algo que de día ya nos viene bien, pero de noche, como hoy, aún más.

—Becks, ¿sabes que estamos a punto de llegar a nuestra meta? —comenta mi hermana, y, viendo mi cara de no estar entendiendo a qué se refiere, añade—: Esta mañana he mirado el calendario y me he dado cuenta de que la semana que viene hará un año que trabajamos para Bill.

—¿Tan pronto? —pregunto algo asombrada—. ¡Qué rápido pasa el tiempo!

—¡Y tanto!

Noto demasiada efusividad en su voz. Odio tener que hacerlo, pero siento que me toca ser la realista.

—Aunque creo que aún nos queda algún tiempo hasta llegar a nuestro objetivo...

Mi hermana medio sonríe, pero no puede disimular su cara de circunstancias. La idea era que esto solo durase un año, pero las cosas no siempre salen como tenemos en mente o deseamos.

—Qué difícil es ahorrar pasta. —Resopla—. Nos va a tocar quedarnos otra vez todo el verano currando.

—Nadie dijo que la vida adulta fuese fácil.

Intento poner algo de humor a la situación..., sin mucho éxito.

Como ya he mencionado, nuestro sueño es alquilar un apartamento en el centro de Chicago entre las dos, para independizarnos, algo nada barato. Por eso empezamos a trabajar en la cafetería de Bill, aunque pensamos que en un año conseguiríamos nuestra meta. Pero está claro que no es suficiente y que tendremos que hacerlo más tiempo del que teníamos planeado.

Le propongo algo.

—Aunque nos toque dar el callo unos meses más, este verano podríamos irnos una o dos semanas con papá y mamá a la playa, no creo que Bill nos ponga ninguna pega. —Olivia me mira—. Y, honestamente, nos lo merecemos.

—No es mala idea.

Ahora sí veo una sonrisa en sus labios.

—Claro que no. —Le paso un brazo por los hombros con cariño mientras caminamos y repito—: ¡Nos lo merecemos!

Olivia se para y me abraza y yo aprovecho el momento para recordarle algo.

—Quizá hasta podamos hacer *puenting*.

Su cara es un poema.

Llevo años comentando, tanto a ella como a nuestros padres, las ganas que tengo de hacer algo así, pero nunca encuentro el momento ni el lugar.

—Bueno, Becks, eso ya lo hablaremos... —murmura al separarse de mí.

Olivia siempre ha dicho que, cuando yo lo haga, ella lo hará conmigo. Sin embargo, a medida que el tiempo iba pasando y ella se daba cuenta de que es algo que voy a hacer de verdad, su actitud ha ido cambiando y apostaría a que no será así.

El móvil de mi hermana suena varias veces con notificaciones; lo saca y se pone a contestar mensajes de amigos en un chat común. Volvemos a caminar una junto a la otra.

La observo durante unos segundos y no puedo evitar pensar en lo diferente que imaginaba que iba a ser mi vida. Ni en mis mejores sueños me planteé tener

una hermana o ni siquiera unos padres, una familia.

Cuando echo la vista atrás soy consciente de lo rápido que ha transcurrido el tiempo hasta llegar aquí; no obstante, cuando lo estaba viviendo era como si este transcurriera a cámara lenta. Días y días soñando con tener algo que veía imposible..., hasta que llegaron los Miller.

—Becks, Logan, Julie y Eddy proponen que vayamos a tomar algo.

—¿Ahora?

¡Cómo sabía que me intentaría liar! En cuanto he visto esos nombres en su móvil...

Logan, Julie y Eddy forman su grupo de amigos del instituto..., aunque a estas alturas podría decir que también son amigos míos, ya que, como soy la única de las dos que tiene carnet de conducir, siempre me toca llevarla y traerla a casa, por lo que inevitablemente acabamos pasando mucho tiempo juntos.

—Oli, eres consciente de que mañana es jueves y trabajamos, ¿verdad?

—Lo séééé, pero tenemos turno de tarde, no hay que madrugar —insiste—. Como tú misma has dicho antes, ¡nos lo merecemos!

Mierda, sabe que soy fácil de convencer.

Vale, si lo pienso bien, tiene razón. En lo que queda de semana solo tenemos turno de mañana el viernes y el sábado, y el domingo libramos.

—Pues mira..., no voy a negarlo —cedo—. Que te envíen la ubicación, cenamos algo rápido en casa y vamos para allá.

—¡Genial! —Vuelve a abrazarme—. ¿Sabes lo mucho que te quiero?

Sí, lo sé.

—¡Anda ya, no seas pelota! —Ambas reímos—. Si antes de preguntarme ya sabías que iba a decirte que sí.

Yo también la quiero mucho a ella.

Capítulo 4



Daniel

Joder con la mudanza de mi hermana. Me duele todo. Ni machacándome en el gimnasio he tenido estas agujetas.

Toby, que ve cómo intento masajearme la espalda sin demasiado éxito, me pregunta si estoy bien; sabe lo que he estado haciendo estos últimos días.

—Claro. En un par de días, como nuevo —digo esforzándome por creerme mi propia respuesta.

Él hace una mueca y toma asiento tras la batería. Henry y Robert también pillan sus instrumentos. Yo hago lo mismo. Acerco mi guitarra al teclado y la coloco en el soporte junto a mí para no dañarla.

—¿Os animáis a tomar algo tras el ensayo? —nos propone Toby.

—Hoy tengo la cena familiar para «despedir» a mi hermana y antes me toca acabar con la mudanza haciendo un viaje. Por suerte es el último día.

Mis amigos me miran. Se ríen. Saben la paliza que me estoy pegando por ayudarla.

—¡Ánimo, que tú puedes! —suelta Robert entre carcajadas.

Asiento.

—Por supuesto que puedo, pero añadiré que alguna ayudita hubiera venido genial —comento mirándolos.

Se ríen todavía más y niegan con la cabeza. Resulta evidente que eso de la «ayudita» les entra por un oído y les sale por el otro.

—¿Ensayamos *Rebel People*? —sugiere Robert.

Esa es una de nuestras pocas canciones originales. No tenemos muchas, pero nuestra intención es poder sacar un EP a finales de año compuesto de al menos ocho temas propios.

—¿Sabemos algo de Alice? —pregunta Robert mirando a Henry.

Este niega con la cabeza a la vez que coge el móvil, intuyo que para enviarle un mensaje.

No es la primera vez que empezamos a ensayar sin ella o que directamente ensayamos sin que se presente.

Los cuatro nos miramos y asentimos, para eso estamos aquí.

—¡Dale! —lo insta Henry.

Al oírlo, Toby empieza a tocar la batería. Este tema lo abre él y progresivamente vamos entrando todos.

Tuvimos la suerte de que, cuando ya llevábamos un tiempo con lo de la banda, los padres de Robert decidieron insonorizar su garaje para permitirnos ensayar en él y evitarnos tener que alquilar un local, así que aquí estamos.

Contemplo a mis amigos y los veo disfrutar. La verdad es que esto nos encanta. Ninguno ha perdido ese brillo en los ojos al tocar, a pesar de que hace mucho desde el primer día que comenzamos con Ubuntu.

El nombre del grupo se me ocurrió a mí. En mi casa siempre hemos sido muy fans de los Boston Celtics, el equipo de baloncesto del que era mi abuelo. Y Ubuntu fue algo que el entrenador Glenn Rivers inculcó a sus jugadores hace años.

Ubuntu es una filosofía de vida originaria de Sudáfrica que mi abuelo se encargó de explicarme cada vez que veía alguno de sus partidos de baloncesto con él. No es solo una palabra, más bien es una forma de vida. Una manera de vivir en la que se nos enseña a no regirnos como seres individuales, porque se basa en la idea de que, cuanto mejor te vaya a ti, mejor me irá a mí.

Y es algo en lo que mis colegas y yo hemos estado siempre de acuerdo.

Tras unos minutos, el tema termina y quedamos satisfechos con cómo ha

sonado.

—Guay, ¿no?

Mis amigos sonríen. Esta fue una de las primeras canciones que compusimos, así que todos podríamos interpretarla con los ojos cerrados.

La tarde continúa entre ensayos y risas, pero sin noticias de Alice.

Nos despedimos y cada uno se va a lo suyo. Yo, a llevar las últimas cajas.

Ya en mi casa, justo antes de entrar en la ducha, recibo un mensaje. Lo abro y veo que es de nuestra cantante en el chat del grupo.

Alice: Chicos, perdonad que no haya ido hoy al ensayo.
Robert: No pasa nada, ¡mañana nos vemos!
Alice: Sí. De hecho..., mañana tengo que contaros algo.

Yo: ¿Qué pasa?

Alice: Tíos, prefiero hacerlo en persona.

Capítulo 5



Becka

Otra jornada trabajando en Dragston.

Podría decir que es un día más, pero, mirando el lado positivo, en realidad es uno menos para llegar a mi objetivo con Olivia.

Hoy la cafetería está llena hasta los topes. No paro de servir y servir y servir, pero, si me apuras, casi que lo prefiero así. Los días en los que estamos tranquilas se me hacen terriblemente aburridos y largos.

La puerta se abre y entra la señora Emma con su revista en la mano.

—Café y un sándwich club, por favor —me pide al pasar por delante de la barra.

Asiento. Ya lo sabía, siempre toma lo mismo. Me doy la vuelta con una sonrisa y empiezo a prepararselo.

Una vez que lo tengo listo, se lo llevo a su mesa. Ella, que no aparta los ojos de su publicación, comienza a comer con apetito.

—¿En serio esa actriz ha dejado a su marido para irse con ese? —le pregunto al ver la página en la que está concentrada.

La señora Emma me mira con interés. Sé que la vida de los famosos es algo que le apasiona.

—Es la segunda vez que lo hace. Antes de estar con Josh estuvo con Michael,

el actor de la serie que dan en la CBS los miércoles. Ese tan guapito de los ojos azules. ¿Sabes de quién te hablo?

Asiento sin estar muy segura del chico al que se refiere.

—Esta muchacha no sabe lo que quiere, ¡te lo digo yo! —añade señalando la fotografía.

Ambas reímos por su comentario. Dicho esto vuelvo a la barra, donde ya me esperan otros clientes.

Las horas pasan y aquí estoy fregando platos. La facilidad de mi hermana para convencerme de hacer cualquier cosa es tremenda y, bueno, la verdad es que, por ella, haría lo que fuera. El caso es que yo estoy en la cocina al tiempo que ella deambula por fuera, porque otra vez me ha tocado dejarle servir en la terraza.

Mientras friego escucho, cómo no, a Miley y canto junto a ella.

¿Qué hay mejor que cantar?

Reconozco que, cuando lo hago, desconecto del mundo real para sumergirme en el mío propio, y eso me gusta. Me gusta mucho, en realidad. Pero es algo que no hago delante de los demás, porque creo que me moriría de vergüenza.

Canturreo la canción *Flowers* cuando ya estoy acabando de lavar los cacharros y luego me seco las manos en el trapo que cuelga de mi cintura. A continuación salgo de nuevo a la barra.

Nada más hacerlo veo que la puerta se abre y entra la parejita que hace pocos días llamó mi atención. La chica del pelo azul y el chulito. Con disimulo, los sigo con la mirada. Hablan. Él parece algo molesto por lo que ella está diciendo y, una vez que se sientan en una de las mesas, me acerco.

—Hola de nuevo —los saludo—. ¿Qué os apetece tomar?

La chica me mira y sonríe.

—Una Coca-Cola.

—Otra para mí —dice él con las gafas de sol aún puestas.

Con rapidez y tarareando bajito el tema que suena por los altavoces, preparo las bebidas y se las llevo a la mesa.

—Me encanta esta canción de Miley —me comenta ella mirándome.

Asiento. Agradezco que aprecien el talento de mi diosa.

—Es la mejor —afirmo.

Ella sonríe, me da que piensa como yo. ¡Me cae bien esta chica!

Cuando lo he dejado todo sobre la mesa, y sin prestarle excesiva atención al chulito, quien tiene la mirada fija en el exterior, me alejo para proseguir con mi trabajo.

Un buen rato después, mientras preparo en la plancha unos sándwiches que me han pedido otros clientes, tarareo *Used To Be Young*, también de Miley. Cantar mientras curro lo hace todo más fácil y llevadero. Salgo de la cocina y me sorprendo al ver que los que están en la sala me miran y aplauden ligeramente.

¡Por Dios, qué bochorno!

Sonrío con timidez, pero al mismo tiempo me pongo roja como un tomate. Cantar es algo que suelo hacer para mí, pero, en ocasiones como esta, está claro que me he dejado llevar más de la cuenta, me he venido arriba y me ha oído todo el mundo.

Doy las gracias muerta de vergüenza. La parejita me pide la cuenta y al momento se la llevo.

—Oye, ¡qué bien cantas! —me halaga la chica del pelo azul cuando estoy ante ella.

—Gracias —susurro sonrojada.

Y, ahora sí, el chulito se fija en mí. Me doy cuenta de pronto de que su mirada, no sé por qué, me pone nerviosa. Por suerte oigo a mi hermana decir:

—Tres sándwiches de beicon y queso y dos de beicon y huevo.

Con rapidez, cobro con el datáfono a la parejita y regreso a la barra. Debo seguir trabajando.

Capítulo 6



Daniel

Estamos de los nervios.

Alice no nos ha querido decir qué es eso que nos contará hoy.

—Tíos, necesito que llegue ya —farfulla Henry caminando de un lado a otro por el jardín de la casa de Robert.

Este y Toby lo observan sentados en el suelo del garaje, a la sombra, mientras que yo estoy apoyado en uno de los laterales de la puerta.

Saco el paquete de tabaco de mi bolsillo y me enciendo un cigarrillo.

—Algo me dice que no van a ser buenas noticias para la gira —comenta Robert.

—¡No seas negativo! —exclama Henry alzando los brazos.

Toby mira a Robert y apoya una mano en su hombro.

—Estoy contigo —lo secunda.

—¡Quizá nos anuncia que su novio y ella se van a casar! —sugiere Henry.

—Sabes que, si fuese algo bueno, ya nos lo habría contado —intervengo.

Nadie me contradice, tengo razón.

En el año y medio que lleva con nosotros, si algo tenemos claro de ella es que, cuando hay algo que le hace mucha ilusión o se trata de una buena noticia, nos lo explica de inmediato y luego mil veces.

En esta ocasión no ha sido así.

Por fin aparece el coche blanco de Alice y aparca muy cerca de donde estamos. Nuestra cantante se baja de él y, tras cerrar la puerta, camina hacia nosotros con una cara que soy incapaz de descifrar.

Rápidamente Robert se pone en pie y se acerca a abrazarla.

—¡Hola, guapa! ¿Qué tal estás?

Se separan y veo que Alice y él se miran y vuelven a abrazarse.

Henry, Toby y yo no tardamos en aproximarnos a ellos, y al hacerlo nos percatamos de que ella llora apoyada en el hombro de Robert.

—¿Qué pasa, cariño? —le pregunta Henry acariciándole la espalda.

Robert y ella se separan de nuevo, y nuestra cantante nos mira con lágrimas rodando por sus mejillas.

—Chicos, no sé cómo deciros esto...

¿Qué le pasa en la voz? ¿Está afónica?

—¿Tu familia está bien? —se interesa Robert.

—Sí, sí...

—¿Y tu chico? —Ahora se preocupa Henry.

No conocemos mucho a Anthony, pero sabemos que llevan juntos cinco años y que, al menos ella, está muy enamorada.

—Sí, están todos bien.

—¿Y tú?

La pregunta de Toby hace que Alice vuelva a ponerse a llorar. Robert y Henry no tardan en arroparla de nuevo. A mí estas situaciones no se me dan demasiado bien.

—Chicos..., ayer estuve en el médico —murmura secándose la cara con el dorso de las manos.

—¡No me digas que estás embarazada! —exclama Robert.

—Ojalá...

Todos aquí sabemos las ganas que tiene de ser madre algún día. Nos ha recitado mil veces la lista de nombres que le gustan, y quiere mínimo tres hijos.

Doy una calada a mi cigarrillo y expulso el aire lentamente. Alice sigue hablando.

—Lo que quiero contaros es que ayer estuve en el otorrino.

Trago saliva con dificultad. Y seguro que no soy el único de los cuatro. Esto no pinta bien.

—Tras varias pruebas... —continúa, intentando que no se le entrecorte la voz — me han detectado nódulos en las cuerdas vocales.

—¿Y eso qué significa? —intervengo por fin, aparentando tranquilidad.

—Que tengo que pasar por quirófano —se lamenta.

De inmediato miro a los chicos. Juraría que ninguno sabe qué decir.

—Por el tamaño de los nódulos, me los tienen que extirpar e intentar restaurar la vibración normal de mis cuerdas vocales en la misma operación.

No me lo puedo creer. ¿Esto va en serio?

Doy otra calada a mi pitillo.

—¿Y cuándo te lo hacen? —inquiere Toby.

—Si todo va bien, la semana que viene.

—¿Y te han explicado algo de la recuperación? —indaga Robert cogiéndola de la mano.

Ella lo mira y le dedica una pequeña sonrisa.

—Me han informado de que, tras la operación, necesito hacer reposo vocal mínimo una semana y que después tengo que seguir las indicaciones del foniatra o del logopeda. —Alice nos mira con gesto triste—. Les he comentado lo de la gira... y me han dicho que ni de coña puedo subirme a cantar a un escenario tres semanas después de la intervención, y mucho menos hacer una gira.

Sus palabras caen como un jarro de agua fría sobre nosotros. Esto no solo no le va a permitir acompañarnos, sino que muy posiblemente nos obligará a suspender la gira. Y lo peor es que tendremos que hacerlo por un tema de salud, no por una decisión propia.

Y encima a menos de un mes de comenzarla, con todo apalabrado.

¡Joder!

A lo largo de la tarde intentamos consolar a Alice entre todos, aunque para ser sinceros el gran peso lo llevan Robert y Henry.

Tras varias horas, nos despedimos de ella y, una vez solos, comentamos la situación.

—No me lo puedo creer... —Robert se echa las manos a la cabeza.

—¿Y ahora qué coño vamos a hacer? —farfullo volviéndome a encender un cigarrillo.

—Estamos jodidos —murmura Henry echándose el pelo hacia atrás.

Los cuatro nos miramos. Es Toby quien decide abrir la boca.

—Buscar soluciones.

—¡Anda, fíjate, no se me había ocurrido! —exclamo incapaz de contener mi enfado.

Toby y yo nos miramos fijamente hasta que Robert cruza frente a nosotros consiguiendo que lo sigamos con la vista.

—A ver, vamos a poner frente a nosotros qué opciones tenemos.

Nuestro amigo llega hasta la pizarra que cuelga de una de las paredes y le hace una foto. En ella tenemos el que va, o iba, a ser el *setlist* de nuestra gira, aunque todavía de modo provisional. Robert coge un trapo y lo borra todo hasta dejarla limpia.

Henry se acerca a él.

—No tenemos demasiadas —comenta.

—Pero alguna habrá —replica Robert sin perder la sonrisa—, de eso depende la gira. Nuestra última opción tiene que ser cancelarla.

No me puedo creer que esté viendo a mi amigo escribir eso en la pizarra. Hostias, con lo mucho que hemos trabajado para llegar a que esta gira se hiciese realidad, maldita sea.

—Ni de puta coña.

Según gruño eso, me observan los tres.

—Eso no lo queremos ninguno —dice Henry—, así que una alternativa sería aplazarla hasta que Alice esté recuperada y pueda acompañarnos.

Robert escribe esa opción en la pizarra.

—Tanto si aplazamos la gira como si la cancelamos, perdemos el dinero ya invertido —comenta Toby con toda la razón, y Robert anota eso también.

Henry empieza a hablar mientras camina de un lado a otro del garaje.

—Por no hablar de la putada que le haremos a Charlie, que se ha cogido todo el mes para viajar con nosotros como nuestro *road manager*; a su amiga Judy,

nuestra técnica de sonido, y a las chicas de Two Lives, nuestras teloneras.

—Todo es muy complicado... —mascullo tras darle otra calada al pitillo.

—También nos quedan otras dos opciones —empieza a decir escribiendo de nuevo con la tiza—. La más descabellada sería intentar encontrar una nueva cantante que se lo aprendiera absolutamente todo en tres semanas. La más realista pero más complicada, llamar a alguna de nuestras antiguas cantantes por si se animan a volver.

En cuanto termina de hablar, Henry se echa a reír de manera exagerada.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia?

—Ah, ¿que a ti no te hace gracia que la única opción que nos salvaría el culo sea la más inviable? —dice con sarcasmo señalándome.

Ya sé por dónde va.

En el caso de llamar a exintegrantes de Ubuntu tendríamos tres posibilidades. Podríamos decantarnos por June, pero lo último que sabemos de ella es que se mudó a Londres; la segunda sería Sophia, pero ya está en otro grupo, y por último tendríamos a Kimberly, pero ciertamente no es una opción.

—¡Si no te hubieses liado con Kimber, ahora tendríamos una oportunidad! —Robert no tarda en echármelo en cara.

—Tanta norma de no mezclar amor con trabajo y luego tú eres el primero en saltártela —sigue quejándose Henry.

—Las reglas las pusimos después de eso —me excuso.

—De no haberos liado, ahora no tendríamos este problema —insiste Robert.

Toby no es un chico de muchas palabras, pero al mirarlo veo que asiente ante lo que dicen los demás.

Se nota que están cabreados. Y tienen razón, fue un gran error. *Mi* error.

Kimberly era la cantante que había antes que Alice. Estuvo un año con nosotros y a los dos meses de empezar nos enrollamos. Los meses pasaron y todo iba bien... hasta que rompimos y ella decidió, de la noche a la mañana, abandonar la banda.

—Tenéis razón —murmuro observando de nuevo la pizarra.

1. Cancelar la gira (perdemos dinero)

2. Aplazar la gira y esperar a Alice (perdemos dinero)
3. Buscar una nueva cantante
4. Llamar a exintegrantes de Ubuntu

Finalmente, y viendo que estamos atascados, me acerco a la pizarra y me giro para quedarme frente a ellos.

—Vale, tíos, vamos a hacer una cosa. —Los tres me prestan atención—. Como estamos a viernes, vamos a darnos el fin de semana por si se nos ocurre algo. El lunes nos vemos como siempre, a la hora del ensayo, y decidimos qué hacemos.

—Claro, pero ya puede ocurrir un milagro de aquí al lunes —farfulla Robert.

Los cuatro nos despedimos y nos vamos.

Soy plenamente consciente de que, si no me hubiese enrollado con Kimber, no estaríamos en esta situación.

Tengo que actuar. Necesito solucionarlo, pero ¿qué puedo hacer?

Pienso y pienso, hasta que de pronto recuerdo algo.

¿Y si...? No..., imposible.

¡Pero es una opción!

Joder, lo que se me ocurre es una idea, como diría Robert, algo descabellada, pero ¿y si lo intento? ¿Y si me lanzo?

Creo que se lo debo a Ubuntu.

Se lo debo a ellos.

Capítulo 7



Daniel

No sé cómo proceder.

He cogido el coche y, sin pensármelo demasiado, aquí estoy, frente a este local llamado Dragston, dispuesto a hacer lo que sea por mi banda.

No soy un chico al que se le den mal las tías, eso está claro. Sin embargo, suelo acercarme a ellas con unas intenciones que no son precisamente las que están en mi mente ahora.

Así que... ¿cómo lo hago?

¿Entro en la cafetería, me paro delante de ella y se lo suelto a bocajarro?

Mi plan A es encontrarme con la camarera del otro día, cerciorarme de que era ella quien cantaba y, de algún modo que aún desconozco, convencerla para que se una a una banda con cuatro completos desconocidos.

Mi plan B es, en caso de que esa chica no esté, intentar que me digan cuándo puedo encontrarla o que me den su Instagram.

Mi plan C... No tengo plan C. Bueno, ya lo iremos viendo.

Justo cuando voy a encenderme un cigarrillo sale de la cafetería una morena con una bandeja y un trapo en las manos. Me fijo bien en ella. Pelo largo y negro suelto, vaqueros y *top* blanco.

Sí, definitivamente es ella.

Respiro hondo y, sin darle más vueltas o me echaré atrás, me acerco a la mesa que está limpiando.

Capítulo 8



Becka

—Ta, ra, ra... du, du dum...

Tarareo la canción que está sonando en el interior del establecimiento. Hoy le toca a Olivia estar dentro y pringar un poco con los platos, así que puede elegir la música.

—Eh..., hola.

¿Qué? ¿Eso va por mí?

Paro de limpiar la mesa con el trapo y me giro para encontrarme a un chico de pie a mi lado.

Lo miro con atención... Vaqueros, camiseta de manga corta negra, gafas de sol y pelo negro tapado con una gorra del mismo color puesta hacia atrás.

—Hola. ¿En qué puedo ayudarte?

Él, sin perder el tiempo, extiende el brazo para tenderme la mano mientras se presenta.

—Encantado, soy Daniel Prime.

Observo su mano y miro la mía. Viendo la situación, vuelvo a alzar la vista.

—Soy Becka, y estoy segura de que no quieres que te toque con esta mano. —Le enseño el trapo húmedo.

—No, gracias. —Sonríe.

—Si me das un momentito, te limpio la mesa y enseguida tomo nota de lo que quieres tomar —digo mientras con rapidez me dispongo a seguir limpiando la superficie.

Él se queda unos segundos en silencio hasta que veo que rodea la mesa y se pone al otro lado, frente a mí.

—En realidad quiero hablar contigo de algo —murmura.

Vuelvo a mirarlo y él aprovecha para quitarse las gafas de sol tras las que se escondía. Ya sé quién es. ¡El tío que acompañaba a la chica del pelo azul!

El chulo de manual. ¿Por qué he tardado tanto en reconocerlo? Ni que viniese tanta gente joven por aquí.

—Pues tú dirás..., Daniel.

Termino de secar la mesa y me encamino hacia el interior del local. Veo que él me sigue.

—A ver, eh..., es que es un poco largo de contar...

Me dirijo a la barra y me meto tras ella, donde Olivia está secando unos vasos. Él llega detrás de mí.

—¿A qué hora sales? —suelta de sopetón.

¿Cómo?

¡Pero ¿este de qué va?!

Eso hace que, como esperaba, me gane una mirada más que confusa de mi hermana.

A ver, déjame que me lo piense. ¿Quiero darle ese tipo de información a un tío que no conozco absolutamente de nada? Claro que no. Por eso lo miro con la misma chulería con la que él me mira a mí.

—Lo siento, pero de pequeña me enseñaron a no dar ese tipo de información a desconocidos —respondo.

Él resopla, toma asiento en un taburete de la barra y deja las gafas de sol sobre esta.

—Entonces te lo tendré que contar aquí.

—Oye..., mira...

—Por favor, no seas niñata y escúchame —lo oigo farfullar.

¿Perdona? ¿He oído bien?

¿Este tío es gilipollas o qué?

—¿Me acabas de llamar niñata, proyecto de chulito?

—Vale, me he pasado. Disculpa. —Sin embargo, insiste—. Pero escúchame, por favor.

—Eso, ¡al menos escúchalo! —dice mi hermana.

Vamos a ver, ¿estamos todos locos o qué? ¿Este tío va de sobrado por la vida y se supone que tengo que escucharlo?

Él empieza a hablar pasando de todo.

—Antes de explicarte nada, necesito cerciorarme de que eras tú la que cantaba el otro día cuando estuve aquí. Lo eras, ¿verdad?

¿Qué? Pero vamos a ver...

—¿Y a ti qué te importa? —Eso es todo lo que me sale decir.

—¿Qué canción era? —vuelve a intervenir Olivia.

No me lo puedo creer. La que faltaba. Le echo una mirada asesina a mi hermana, pero con su gesto me deja claro que le da completamente igual. Aparca lo que estaba haciendo y se acerca a nosotros cuando él contesta a su pregunta.

—Si no recuerdo mal, era un tema de Miley Cyrus.

—Entonces seguro que era ella, es su cantante favorita —contesta—. Por cierto, me llamo Olivia. Tú eres...

—Daniel.

«Mierda, Olivia. Cállate, por favor.»

—Olivia —digo agarrándola del brazo—, ¿me ayudas a traer más frutos secos?

Y sin darle tiempo a decir nada, la arrastro para que me acompañe. Cuando ya nos hemos alejado unos metros, la suelto.

—¿Se puede saber qué haces? —le recrimino.

—Responder a la pregunta de Daniel; ¿qué tiene de malo?

—Que no lo conocemos de nada y encima me ha llamado niñata, por ejemplo.

—¿Y...?

—¿Cómo que «y...»? —gruño.

Olivia sonríe mientras yo la miro con expresión seria.

—¡Qué más da! ¿Acaso sabes qué es eso que quiere contarte? —Niego con la

cabeza, y ella añade risueña—: ¡Me muero por saberlo!

No... no...

Se mueve para volver a la barra, pero yo la intercepto.

—Oli, nada que quiera contarme ese chico nos va a interesar.

—¿Por qué?

—Pero ¿tú lo has visto? —mascullo—. A ese tipo de tíos se los ve venir a la legua. Por favor, si le falta llevar una *red flag* colgada en la espalda.

Por cómo niega con la cabeza está claro que mi hermana no opina igual que yo.

—Becks, que tenga pinta de chulo no quiere decir nada.

—¡Venga ya, Oli!

—A las personas hay que conocerlas antes de juzgarlas —insiste, y con una sonrisa pícara añade—: Además..., Daniel es guapo, ¿eh, niñata?

No puedo hacer otra cosa que taparme la cara con ambas manos y negar con la cabeza. Pero ¿esta de qué parte está?

—Tú siempre igual, Olivia... —refunfuño bajito. Mirándola fijamente añado —: Sabes de sobra que no estoy interesada en tener nada con nadie, y menos con chulitos de manual como él.

—Ya ha pasado tiempo más que suficiente desde tu última relación —replica.

No puedo hacer otra cosa que poner los ojos en blanco. ¿A ella qué narices le importa mi vida amorosa?

—Reconozco que Melanie, tu ex, me caía bien —continúa hablando—, y sigo sin entender por qué lo dejasteis.

—Porque la relación se enfrió, ya te lo dije —me justifico con rapidez.

—¿No será porque la señorita Becka Miller prefiere huir antes de poder salir herida? —Y, viendo mi cara de desaprobación, prosigue—: No puedo decir lo mismo de tu otro ex. Arthur era un imbécil y un controlador. ¡Lo feliz que fui el día que me contaste que lo habíais dejado!

—Yo también, menuda pérdida de tiempo los ocho meses que pasé con él —murmuro con cierto alivio.

Aunque no quiera admitirlo en voz alta, lo que mi hermana dice de Melanie es verdad. Estuvimos juntas un año, pero, en cuanto la relación empezó a

enfriarse, decidí cortar por lo sano en lugar de apostar por ella. No quiero sufrir. En cierta manera me da miedo que me hagan daño y prefiero evitarlo.

—Otro que me caía bien era Alex. —Sigue recordando mi pasado amoroso—. ¡Otro que dejaste!

—Lo dejamos de mutuo acuerdo —le rebato, molesta ante el control que tiene de mis exparejas.

Si algo aprendí cuando era pequeña es que hay pocas cosas o personas con las que puedes encariñarte en la vida. Cuando no tenía familia sufría mucho por ello, pero a base de palos aprendí. Y por eso, hasta ahora, solo me he permitido confiar en mis padres y mi hermana. Hasta ahí.

Le echo un vistazo a la barra y veo que el chico sigue ahí, esperando. Luego vuelvo a mirar a Olivia.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer con él? —planteo.

Ambas lo miramos. Daniel está distraído trasteando en su móvil.

—Tienes que seguirle el rollo.

—¿Para qué?

Ella me da un suave golpe en el brazo.

—Para que nos cuente qué quiere.

—Lo único que puede querer es mi número, ¿qué otra cosa va a ser? —Río.

—Incluso así..., esa tampoco es tan mala opción, ¿no? —Nos miramos y Olivia me guiña un ojo—. Dani es guapo, dale una oportunidad.

—Pero, Oli...

—Becks.

Suspiro. Mira que le gusta un chisme a mi hermana.

—¡Anda, vamos!

Ella da unos saltitos de felicidad y yo le paso un brazo por encima de los hombros para que deje de hacerlo. Regresamos así a la barra. En cuanto nos ve venir, Daniel deja su teléfono a un lado.

—¿Y los frutos secos? —pregunta.

¿En serio?

Pero ¿este tío de qué va? No puedo con los chulos como este..., es que no puedo.

Antes de que yo le responda con un borderío y lo mande a la mierda, mi hermana se me adelanta.

—Marchando una de frutos secos —suelta, y coge un pequeño cuenco y se agacha para llenarlo de cacahuetes.

El desconocido Daniel me mira. No termino de comprender su mirada. Me apoyo en la barra y respiro hondo antes de hablar.

—Si lo que quieres es la *playlist* que puse el otro día, te la paso encantada —digo al fin.

—En realidad quiero otra cosa, pero relacionada con la música —responde.

Olivia pone el cuenco frente a él.

—¿Te apetece tomar algo, Daniel? —le pregunta, y, antes de que le dé tiempo a contestar, añade—: Un vaso de agua no se le niega a nadie, al menos en nuestra familia, ¿verdad, Becks?

Ambos la observamos y vemos cómo coge un vaso, lo llena de agua y lo deja en la barra delante de él.

—Cuéntanos —le dice a continuación a la vez que imita mi pose poniéndose junto a mí.

—¿Sois...?

—Hermanas —responde ella con rapidez.

—No os parecéis en nada —comenta.

—Nos lo dicen mucho. —Oli habla antes que yo.

Daniel vuelve a mirarme, y por el modo en que lo hace intuyo que está pensando en cómo empezar la conversación.

—Becka, sé que no me conoces de nada, pero eso tiene solución. Formo parte de una banda de pop/rock llamada Ubuntu —se arranca a hablar por fin—. Tras muchos años de trabajo y dedicación, hemos podido organizar nuestra primera gira para este verano. No es muy larga, durará un mes. Recorreremos la Ruta 66 dando una serie de conciertos que ya tenemos cerrados.

—Qué bien, ¡enhorabuena! —exclama Olivia.

Asiento.

—Como dice Oli, enhorabuena. Pero ¿por qué me cuentas eso a mí? —le planteo.

—Porque resulta que esta semana hemos tenido un pequeño inconveniente..., y a tres semanas de iniciar la gira nos hemos quedado sin...

—Ya sé por dónde vas —lo interrumpo— y, aunque a mí el local me parece un poco pequeño para eso, le puedo preguntar a Bill, el dueño, si podéis dar uno de vuestros conciertos aquí. De todos modos, no te aseguro nada.

—Bill es un tío majo, seguro que acepta. —Mi hermana mete baza.

La cara de Daniel es un poema.

—No, no se trata de eso... —sonríe—, pero muchas gracias.

Olivia y yo nos miramos confundidas. Si no es eso, ¿qué quiere?

—El caso es que nos hemos quedado sin cantante a menos de un mes de empezar y me preguntaba si tú te animarías a probar e intentar ayudarnos a salvar esta gira.

Me quedo sin habla.

¿Qué? ¿He oído bien?

—Estás de coña, ¿no? —murmuro.

Esto tiene que ser una cámara oculta y seguro que la ha organizado mi hermana. Miro a mi alrededor. No me gusta que me tomen el pelo, pero no veo nada inusual en la cafetería.

—Sé que suena a broma, pero te aseguro que no lo es —dice como si me hubiese leído la mente—. Nuestra cantante se llama Alice y le han detectado nódulos en las cuerdas vocales, por lo que tienen que operarla y no puede acompañarnos.

Olivia, que está a mi lado, me da una patadita en el pie a la vez que suelta:

—¡Pobrecilla!

—Sí, la verdad es que es una putada... —comenta él. Y volviendo a mirarme, añade—: Toda la gira está planeada: locales, hoteles, rutas... Y tendrá lugar ahora, en agosto. Solo nos faltaría una cantante, o sea..., tú.

Miro a Daniel como quien mira la televisión cuando está sumido en sus propios pensamientos.

¿Este chico va en serio? Tiene que ser una broma. ¿Cómo va a llegar y ofrecerme eso sin conocerme de nada?

Miro a mi hermana y me cruzo de brazos.

—¿Dónde está la cámara oculta? Porque te lo advierto, Oli, sabes que odio que me tomen el pelo. No vas a conseguir hacerme quedar como una tonta.

Olivia parpadea confusa. Por su gesto me queda claro que no sabe nada de este asunto.

—¿En serio crees que yo te haría algo así?

Respiro hondo y miro al chulito que tengo enfrente. Este sigue con la vista clavada en mí. Estoy pensando en qué responder cuando oigo a mi hermana abrir la boca.

—En agosto no tenemos planes...

La miro y ella me mira. No me cabe en la cabeza que se esté creyendo todo lo que este chaval nos está diciendo.

—Ni hablar. No puedo —lo rechazo sin más deseando que Olivia se calle.

Pero, como era de esperar, no lo hace.

—¿Cómo que no? —Frunce el ceño.

—Como que no puedo —repito sin pestañear.

—Becka, sé que lo que te estoy proponiendo es una locura. —Daniel vuelve a la carga—. No quiero presionarte, pero podríamos decir que eres nuestra única opción.

¿Opción? ¿Yo soy una opción?

No sé qué contestar. No sé quién es este chico. Y como no entiendo su proposición, porque realmente es una ida de la olla, vuelvo a apoyarme en la barra dispuesta a dejarle una cosa clara.

—Si lo que querías era mi número de teléfono, no tenías por qué inventarte toda esta historia para conseguirlo.

—¡¿Qué?! —Se ríe.

¿Por qué lo hace?

—No quiero tu número. Solo te estoy pidiendo un favor.

¿Un favor? Un favor le estoy haciendo yo a él al no mandarlo directamente a la mierda por venir a intentar vacilarme.

—A ver, Daniel, no te conocemos de nada, pero lo que pides no es un favor, ¡es un favorazo! —comenta mi hermana.

Este se mueve incómodo en el taburete y se recoloca la gorra. Realmente lo

noto bastante nervioso, incluso podría decir que desesperado.

—Por favor, Becka, escúchame —vuelve a insistir—: Cancelar la gira ahora sería perder mucha pasta que no tenemos y hemos trabajado muy duro como para que ahora todo se vaya al carajo —comenta—. Piénsatelo, por favor. Nos salvarías la vida.

¿Salvarles la vida? ¿Yo?

—Daniel, te estás equivocando conmigo. —Procuro serenarme—. No sé qué oíste el otro día, pero yo no sé cantar.

—Claro que sabes cantar, pero ¿qué estás diciendo, Becks?

Miro a mi hermana. Juro que la voy a matar.

—Lo poco que oí sonaba muy bien —murmura él.

—No sabes de qué hablas. —Niego con la cabeza.

—¿Cómo has dicho que os llamáis? —Olivia se mete por medio, con una servilleta y un boli en las manos.

—Ubuntu.

Veo que lo apunta y deja el boli sobre la barra.

Vuelvo a mirarlo a él. No sé qué decirle.

Hay una parte de mí que piensa que me está tomando el pelo, y otra que quiere creerse lo que está diciendo. Pero, aunque así fuera, ¿qué hago yo en una gira si el máximo público que he tenido frente a mí han sido un par de peluches que colocaba de pequeña encima de mi cama, o el cristal de la ducha?

—Tengo una idea —dice él cogiendo otra servilleta y el boli—. Conozco un local en Chicago en el que se hacen *jam sessions* todas las noches. Podemos ir hoy, nos subimos al escenario y probamos.

—¡Ni de coña!

—¡Qué superidea! —Olivia pasa de mí.

—No es un bar muy grande, pero nos servirá para ver si sabes o no sabes cantar. Es el sitio perfecto. Además, no suele haber casi nadie.

—¡Que no!

—¡Por favor! —insiste.

Veo cómo escribe su nombre y su número de teléfono en la servilleta.

—Piénsatelo —me ruega terminando de anotar el número y alzando la cabeza

para mirarme otra vez—. Luego me escribes y te paso la dirección del establecimiento.

—Estás perdiendo el tiempo...

Daniel me tiende la servilleta, pero antes de que yo pueda cogerla Olivia la intercepta y se la guarda en el bolsillo del pantalón.

—Me voy ya, no quiero agobiarte —añade poniéndose en pie y cogiendo las gafas de sol.

—¡Luego te decimos algo! —exclama Oli con una gran sonrisa.

—Genial. —Él sonríe mientras se pone las gafas—. Hasta luego.

Ambas lo observamos cuando abre la puerta y sale de la cafetería.

¿Qué coño acaba de pasar y por qué mi hermana ha dicho que luego le diremos algo?

Capítulo 9



Becka

Olivia no se calla.

Me tiene la cabeza como un bombo. Primero en el trabajo y ahora en casa.

¿Esta chica no se cansa?

No para de hablar de lo mismo una y otra vez desde que el tal Daniel Prime ha salido por la puerta de Dragston.

Cojo los vasos del mueble de la cocina y los llevo a la mesa del comedor. Mi hermana aparece detrás de mí con servilletas para los cuatro. Es hora de cenar.

Una vez que está todo listo, nos sentamos papá, mamá, Oli y yo. Y..., ¡cómo no!, ella vuelve a la carga.

—Becka, eres la tía más atrevida que conozco, al menos ve esta noche.

Nuestros padres nos miran alternativamente. Ya se han enterado del tema, con Olivia revoloteando a mi alrededor desde que hemos llegado; imposible que no lo hicieran.

Hago como que no oigo a mi hermana y cojo una porción de pizza carbonara. Los sábados siempre son noches de pedir algo de cena fuera y hoy han tocado pizzas.

—Eh, no me ignores —gruñe Olivia.

—¿Y qué quieres que te diga, Oli? —respondo antes de pegar un mordisco a

mi trozo.

—Lo que piensas, por ejemplo.

—Que no quiero hacerlo —murmuro con la boca llena.

Mastico con tranquilidad y bajo la atenta mirada de todos.

Qué presión.

—Becka, con lo extrovertida y echada para delante que eres —se mete mi madre—, ¿por qué tanta negatividad?

—Porque no sé cantar.

—Claro que sabes, hija —interviene ahora papá.

—No sabéis lo que decís.

Olivia se ríe.

—Becks, aquí todos te hemos oído cantar en la ducha.

Abro mucho los ojos y los observo. Siempre que lo hago intento asegurarme antes de que no haya nadie en casa. Nunca me han dicho nada al respecto.

—Y lo haces genial. —Mamá sonríe—. Tienes una voz parecida a esa que te gusta tanto...

—Miley Cyrus —le aclara mi padre.

Ambos se miran y sonríen.

—Hayáis escuchado lo que hayáis escuchado, no puedo hacerlo —sentencio —. Nunca he cantado delante de nadie. Me da miedo hacerlo si no es estando sola.

Creo que Olivia, tras darme la turra durante toda la tarde, ya se ha quedado sin argumentos para intentar convencerme. La veo mirar a nuestros padres en busca de ayuda.

—Pues no debería ser así, cariño. Sí, te hemos oído cantar en la ducha, y lo haces de maravilla —vuelve a halagarme mamá—. Ya nos gustaría a nosotros cantar tan bien como tú.

—Una oportunidad como la de esta noche no se te presenta todos los días. ¿Qué pierdes por ir y probar? —continúa papá.

—Solo de imaginarme cantando delante de alguien me tiemblan las piernas —admito.

Noto cómo Olivia posa la mano en mi muslo por debajo de la mesa.

—Yo voy contigo —susurra—. Solo tienes que mirarme a mí.

—O imagínate que estás en la ducha —propone él.

—Ojalá fuese tan fácil...

Los tres pasan varios minutos esforzándose por convencerme. Todos dan argumentos de peso y sinceros. Finalmente, viendo que me van a dar la cena, me doy por vencida.

—Si acepto, ¿dejaréis de una vez el tema?

Olivia aplaude mientras que nuestros padres sonríen y asienten.

—Ni siquiera sabemos dónde está ese local, ni tampoco...

—Yo sí —me interrumpe Olivia. Pone sobre la mesa la servilleta con el número de teléfono de Daniel—. Le he escrito hace un rato para decirle que estaba intentando convencerte y que me pasase la ubicación.

Madre mía... ¡Es imparable!

En cierta manera esperaba que hubiera perdido esa servilleta con la misma facilidad con la que pierde las llaves de casa.

Pero no, esto se hace realidad.

Y en lo que me parece un suspiro, me veo metida en el coche de mamá, conduciendo con Olivia de copiloto y de camino a Chicago.

¿Qué estoy haciendo?

Capítulo 10



Daniel

¿Vendrán?

Estoy apoyado en la barra, mirando de frente la puerta del local para verlas en cuanto pongan un pie aquí.

«Vamos... Tenéis que hacerlo... Necesito que Becka aparezca ya.»

He hablado por mensajes con Olivia, la hermana de Becka, y me ha asegurado que están de camino, pero ¿será verdad?

Necesito que esto salga bien, se lo debo a los chicos..., aunque aún no les he comentado nada de todo este asunto, pues prefiero esperar por si acaso. Por eso les he pedido a mi hermana y a Tom que me acompañasen, para grabar la actuación. Así, si sale bien, tendré algo que enseñarles.

La puerta se abre una y otra vez y..., sí, por fin. Aquí están las hermanas Miller.

—¡Ey! —No tardo en llamar su atención.

Olivia muestra una gran sonrisa en la cara, pero Becka tiene una expresión que no sé descifrar. La veo mirar para todos lados; quizá está un poco abrumada por la cantidad de gente que hay aquí dentro. Las veces que había venido había sido entre semana, pero hoy es sábado y, lógicamente, está más lleno; para ser sincero, está a rebosar.

Las chicas se acercan a mí y, ahora sí, Becka me mira y medio sonríe, pero no le sale demasiado bien.

—¿No decías que aquí no solía venir nadie...? —dice tragando saliva.

Asiento. Tiene razón, eso es lo que le he asegurado antes.

—No recordaba que hoy era sábado —respondo a modo de disculpa.

—Joder... —la oigo farfullar.

La miro y luego hago lo mismo con Olivia.

—Voy a apuntarnos para actuar —les anuncio.

—¡No! —exclama, haciéndome parar y mirarla—. Esto no es lo que habíamos acordado, y tú no vas a decidir por mí...

Olivia y yo la miramos. Se nota que mi posible cantante está nerviosa, mucho. Me dispongo a decir algo, pero su hermana se me adelanta.

—Becks, hemos venido a eso. No te rajes ahora, tú no eres así.

La morena resopla y se da aire con una mano. Se la ve realmente agobiada.

Olivia, mientras tanto, se apoya en la barra.

—Ve a apuntaros mientras nosotras pedimos algo de beber —me indica.

—Genial, ahora vuelvo —respondo.

Cojo mi funda de guitarra y me acerco a una chica con una lista en las manos. Al verme, sonríe.

—¿Quieres que te inscriba? —me pregunta.

—Sí, pero seremos dos. —Ella asiente—. Becka y Daniel.

No nos he apuntado antes porque no las tenía todas conmigo de que Becka se presentase.

—Perfecto, os aviso cuando os toque.

Asiento y regreso con las chicas.

—Olivia, no creo que pueda hacerlo —oigo decir a Becka cuando me acerco a ellas.

—¡Anda ya! —Dicho esto, le ofrece un vaso a su hermana—: Toma, bebe un poco de agua, te irá bien.

Ella le hace caso.

—Nunca habíamos estado aquí. Me gusta el sitio —comenta Olivia.

Becka me mira con el vaso de agua en la mano sin decir nada.

—Las *jam sessions* son muy divertidas, además de que en esas actuaciones puedes descubrir a gente con muchísimo talento. —Entonces, mirando a Becka, añado—: Y hablando de actuaciones, tenemos que decidir el tema que vamos a interpretar.

—Sí, claro...

—En el escenario tienen un teclado y yo me he traído mi guitarra clásica, cualquiera de las dos cosas me va bien.

Veo que Becka se queda con la mirada clavada en la tarima. Su cara de susto lo dice todo, así que me meto en su campo de visión para captar su atención.

—Dime canciones que te sepas y seguro que encontramos alguna en común —sugiero.

—Me he quedado en blanco... —Se calla durante unos segundos y luego vuelve a hablar—. ¿Conoces alguna de Miley Cyrus?

Niego con la cabeza. No me sé ni una.

—De mi grupo no conoces ninguna, ¿no?

No sé ni por qué lo pregunto, pues, como he dicho, tenemos muy pocos temas propios, pero por probar no pierdo nada...

—Ahora mismo no recuerdo ni el nombre de tu banda —oigo que murmura.

Podría sentirme herido por su comentario, pero no se lo voy a tener en cuenta. Es normal que no nos conozca. No somos famosos, ni siquiera un poquito.

Se nota que está realmente atacada y fuera de su zona de confort.

¿Cuál puedo proponerle?

—¿Te sabes *Don't Dream It's Over*? Juraría que hay una versión de Miley y Ari...

—Sí —me corta—, pero ahora mismo no recuerdo ni cómo empieza.

Veo que las hermanas se miran entre ellas, intuyo que Becka busca ayuda. Pero no sé si esa búsqueda es para encontrar una canción que podamos interpretar juntos o para salir corriendo de aquí.

—Becks, ¿por qué no *Creep*, de Radiohead? —le propone Olivia—. Te he oído cantarla en casa mil veces, esa te la sabes de memoria.

—No estoy segura. Y si luego ahí arriba...

—Tranquila —ahora la corto yo—, puedo acompañarte al piano. Tú pones la

voz y yo te sigo y me adapto a tu ritmo..., y si por lo que sea dejas de cantar, quedará instrumental.

—Vale, esa sí que me la sé —acepta, aunque con cara de susto.

Genial, ya tenemos tema.

—Oye, voy al baño antes de que os toque —comenta Olivia mirando a su hermana—. Ahora vuelvo. ¡No os mováis de aquí!

Becka asiente y su hermana desaparece entre la gente.

Ambos nos quedamos callados. Veo que ella se mueve inquieta.

—Necesito... —Susurra tan bajito que me cuesta mucho oírla.

—¿Qué?

—Que necesito salir —afirma—. Necesito que me dé el aire.

Dicho esto, se encamina hacia la puerta y sale del local. Yo le doy un rápido trago a mi cerveza, la dejo sobre la barra y voy tras ella.

Nada más poner un pie fuera la veo moviéndose de un lado a otro de la calle frente a la fachada del establecimiento. Me saco el paquete de tabaco del bolsillo y me enciendo un cigarrillo mientras ando hacia ella.

—No estoy segura de lo que estoy haciendo —la oigo farfullar al acercarme.

Expulso el humo del tabaco.

—¿Por qué? —pregunto.

—Porque nunca he cantado en público, no sé cómo coño me he dejado liar para esto.

Por más que pienso en qué puedo decirle, no se me ocurre nada. Creo que no sirvo para animar o consolar a alguien en situaciones extremas.

Doy otra calada y decido hablar con ella como si estuviese hablando con Susan, mi hermana.

—¿Puedes dejar de autosabotearte?

Mi comentario consigue que Becka se pare en seco y me mire.

—¿Perdona?

—Que dejes de autosabotearte de una vez —repito—. Tienes que confiar en ti.

—Qué fácil es decirlo desde fuera...

—¿Te crees que para mí fue fácil el primer día que me subí a un escenario?

—replico—. Nadie nace preparado para ello, pero, si tienes un sueño, debes luchar por él —le cuento—. Y yo tengo clarísimo, sin que tú me lo hayas dicho, que te gusta mucho cantar; más que eso... Lo sé. —Y viendo su gesto serio, añado—: Además, ahí dentro todo el mundo está a lo suyo. La mayoría de la gente ha venido a tomar algo con amigos y está bebiendo y charlando de sus cosas, no van a hacernos ni caso.

Puede que esté mintiendo un poco. Algunos habrán venido solo a tomar una copa, pero la mayoría de los que venimos a este tipo de sitios lo hacemos por la música en directo y la incertidumbre de quién será el siguiente en subir al escenario.

Becka se coloca frente a mí cruzándose de brazos.

—Ni siquiera me has oído cantar de verdad.

—Algo en tu manera de canturrear el otro día en la cafetería consiguió llamar mi atención, y cuando tu hermana ha comentado que te ha oído muchas veces cantar en casa... es que algo tienes. Algo haces bien porque captas la atención de los demás.

—Daniel, no tienes ni idea.

—Vale, quizá eso es cierto —acepto antes de darle otra calada al pitillo. Expulso el aire lentamente y añado—: Pero entonces demuéstrame que estoy equivocado y que no vales para esto.

Capítulo 11



Becka

¿Quiere que me suba ahí a hacer el ridículo?

Joder, ¿por qué me dejo liar?

—Venga, vamos —me pide tirando el cigarrillo al suelo y pisándolo para apagarlo.

Volvemos a entrar en el local. Daniel va delante y lo sigo, esforzándome por mantener la calma. Pero mis buenas intenciones duran poco, ya que se nos acerca una chica con una lista en las manos para decirnos que nos toca, que somos los siguientes.

Daniel me mira, asiente y comienza a caminar hacia el escenario. Yo voy tras él sin ni siquiera mirar a mi alrededor. Lo veo avanzar hasta la tarima con una seguridad que ahora mismo envidio..., y más cuando siento que mis piernas tiemblan como la gelatina.

«Por favor, no te caigas.»

Accedemos al reducido escenario, para lo que solo tenemos que subir un pequeño escalón, y Daniel deja la funda con su guitarra a un lado y se sienta frente al teclado. Lo veo trastear en ese aparato, tocando teclas y botones. Parece que está buscando un sonido que lo convenza.

De pronto, alzo la vista. Hay un par de luces que nos enfocan directamente y

eso provoca que no podamos ver con nitidez al público, cosa que agradezco. Busco a Olivia entre los presentes ahí abajo. Necesito encontrarla para hacer contacto visual con ella durante la actuación, pero no la veo. Solo vislumbro a un montón de gente charlando y mirándome.

Me sitúo frente al micrófono e intento tranquilizarme respirando profundamente varias veces. Nunca en la vida me habría imaginado en una situación como esta. El corazón me va a mil.

¡Socorro! Creo que voy a desmayarme.

De repente noto la presión de una mano sobre mi hombro derecho. Me giro y veo tras de mí a Daniel. Nos miramos durante unos segundos. Sus ojos y los míos conectan de una manera que no esperaba.

—Solo déjate llevar —murmura sonriéndome.

Yo asiento ligeramente a la vez que trago saliva y él toma asiento de nuevo.

Respiro hondo una vez más y cierro los ojos. Pienso en la canción que vamos a interpretar y en los miles de *covers* acústicos que he visto en YouTube y en los cientos de veces que la he cantado yo.

Empiezo a cantar, con una voz más temblorosa de lo que me gustaría, y Daniel no tarda en acompañarme al teclado. Con los ojos cerrados para no ver a nadie, me concentro en mi voz, en la melodía y en el piano que me acompaña.

Canto.

Canto como si estuviera sola en la ducha, y mi voz se acompasa con las notas y, como me ha sugerido Daniel, solo me dejo llevar.

Mientras interpreto la canción me siento como si estuviera en esa habitación de cuando era una niña y solo me vieran mis dos peluches colocados meticulosamente sobre la cama. Mi voz se modula. Sube... Baja... Juego con ella y disfruto. Disfruto el momento.

El tema acaba más rápido de lo que esperaba y, según termino de cantar, respiro hondo. Antes de que pueda abrir los ojos oigo aplausos y, cuando por fin lo hago, constato que el local entero bate palmas y nos vitorea.

Todos me miran y sonríen. Parece que les ha gustado cómo lo he hecho y, tras mirar a Daniel, que sonríe, yo también lo hago. No puedo remediarlo.

Ahora sí que veo a Olivia. Está al fondo, dando saltos sin parar.

—¡¡¡Bravooooooo!!! —la oigo gritar.

No me puedo creer que nos estén aplaudiendo a nosotros.

No me puedo creer que me estén aplaudiendo a mí.

Me giro para ver de nuevo a Daniel y lo encuentro de pie tras el teclado, aplaudiendo también. En sus ojos, en este instante, no distingo chulería, sino admiración por mí.

¡Estoy alucinada! ¡Estoy superorgullosa y contenta de haberlo conseguido! Si fuéramos amigos, lo abrazaría, pero no lo hago. Ni siquiera somos conocidos.

Bajamos del escenario y Olivia se acerca corriendo y me rodea con ambos brazos. Yo también la abrazo.

—¡Becks, lo has hecho de lujo! —exclama separándose pocos centímetros de mí—. Estaba en el baño y, en cuanto te he oído empezar a cantar, he salido pitando, con los pantalones a medio subir. Nada ni nadie me iba a impedir ver triunfar a mi hermana.

Volvemos a abrazarnos y veo a Daniel pasar junto a nosotras con su guitarra dentro de la funda nuevamente colgada a la espalda. Una chica lo para y habla con él.

—¿Habéis subido este *cover* a alguna plataforma? —oigo que le pregunta.

—Ojalá.

Veo que se pone a conversar con ella de su banda, de Ubuntu.

Olivia y yo nos separamos, ella me coge de la mano y me lleva hacia la barra. Entre todo el barullo, al fondo veo a la chica del pelo azul. Seguro que está esperando a Daniel.

—¡¿Cómo te sientes?!

—¡Increíble, Oli! —exclamo—. Nunca había sentido algo así.

—Qué pena que no te hayan visto papá y mamá, ¡hubieran flipado! Aunque, bueno, lo he grabado y van a flipar igual cuando se lo enseñe.

Olivia me acerca su móvil y rápidamente me pone el vídeo. Visiono la actuación, sin dar crédito. Vista desde fuera no parece ni que esté nerviosa, y tampoco se notan mis inseguridades. Al revés, parezco toda una profesional cantando con confianza sobre el escenario.

Daniel se une a nosotras y clava la mirada en mí.

—¿Y tú decías que no cantabas bien? —bromea.

Sonrío. Por la reacción del público quizá lo hago un poquito mejor de lo que yo pensaba.

—¿Qué tal? ¿Cómo te has sentido?

—Ha sido alucinante —admito—. Me ha sorprendido muchísimo la reacción de la gente y lo bien que me he sentido ahí arriba.

Él asiente y se recoloca la funda que lleva colgada al hombro.

—¿Os quedáis a tomar algo y hablamos del futuro? —propone.

Me apresuro a hablar antes que mi hermana.

—No, nos vamos ya. Tengo mucho en que pensar.

Veo que Olivia me mira sorprendida, pero la ignoro. Doy media vuelta para marcharme, pero noto que me cogen sutilmente del brazo.

—Espera... —susurra a mi espalda.

Me giro y Daniel me suelta. Lo miro para que se arranque a hablar y, tras un par de segundos, lo hace.

—Quiero volver a pedirte disculpas por haberte llamado niñata esta tarde.

—¡Ay, qué mono! —murmura mi hermana.

Sus palabras hacen que no pueda apartar la mirada de él. La verdad es que tiene unos ojos y una sonrisa preciosos.

—Disculpas aceptadas —musito.

Los tres sonreímos.

—Ahora solo te pido que te plantees muy en serio mi propuesta —añade él—. Si te surge cualquier duda o pregunta mientras lo haces, ya tienes mi número.

—Sí, no te preocupes, que en un día o dos te daré una respuesta.

Me dispongo de nuevo a darme la vuelta, pero el chulito vuelve a cogerme del brazo mientras clava los ojos en mí.

—Por favor, piénsalo con cariño —me susurra.

Su mirada me confunde, igual que me confunde lo que acaba de pasar.

Por fin, Olivia y yo salimos del local.

—¿De verdad no te apetece que nos quedemos a tomar algo?

—¡Claro que me apetece! —digo ganándome su atención—, pero no quiero darle a Daniel la oportunidad de que malinterprete nada.

Oli se ríe y yo me uno a ella; imagino que ha entendido a qué me refería.

—¿Y qué me dices de su propuesta?

No sé qué responder, así que me limito a alzar los hombros y hacer una mueca.

Estoy tan nerviosa, feliz y confusa que no sé ni qué pensar.

«¿Qué hago?»

Capítulo 12



Daniel

Al día siguiente, llego al bar en el que he quedado con los chicos y veo a Toby sentado en una de las mesas del fondo. Siempre es el más puntual de los cuatro.

Me acerco y lo saludo chocándole la palma de la mano.

—¿Qué tal, tío?

—Todo bien, ¿y tú?

—Genial.

—¿Qué es eso que quieres enseñarnos? —pregunta.

Como prefiero no responder todavía, le hago una seña para que sepa que voy a pedirme una cerveza. De camino a la barra me cruzo con Robert y Henry, que entran justo en ese momento.

—Toby está allí —los aviso—. ¿Os pido unas birras?

—Para mí una Coca-Cola, porfa —dice Robert.

Voy a pedir las bebidas mientras ellos se instalan en la mesa con Toby.

Pocos minutos después ya estamos los cuatro juntos.

—Bueno, sácanos de dudas —dice Henry impaciente—. ¿Qué hacemos aquí?

—Quiero mostraros un vídeo.

Robert, que estaba bebiendo de su refresco, aparta el vaso y me mira.

—¿Nos has hecho venir para ver un vídeo?

—Tenía ganas de ver vuestras caras —bromeo sacándome el móvil del bolsillo, donde guardo el vídeo de la actuación de Becka que mi hermana grabó ayer.

Lo desbloqueo y busco en mi galería.

—Esto que os voy a mostrar pasó anoche. A ver qué os parece.

Le doy el teléfono a Henry y todos contemplan atentos la pantalla. Oigo a Becka comenzar a cantar y observo con atención sus rostros. Tras unos segundos, se miran sorprendidos y alguno hasta asiente. Sin duda aprecian lo que ven.

Pasan los minutos, la actuación termina y todos me contemplan con preguntas en la punta de la lengua. El primero en abrir la boca es Robert.

—¿De dónde la has sacado?

—Esa chica se llama Becka y os aseguro que la conocí por casualidad.

—Es bestial —murmura Toby.

Asiento, tiene razón. Cuanto más veo el vídeo, más increíble me parece.

—Esto lo grabó mi hermana —les cuento—. Convencí a Becka para que me acompañara a una *jam session* para ver qué tal se encontraba cantando frente al público y salió eso.

—¿Nunca había estado sobre un escenario?

—Nunca —afirmo.

Mis amigos se miran entre sí. Lo que Becka transmite sobre las tablas no te hace creer precisamente eso.

—Esa chica es una pasada, además de guapísima —comenta Henry—. Le has hablado de la banda, ¿no?

Doy un trago a mi cerveza mientras ellos no apartan sus ojos de mí.

—Por supuesto —respondo—. Le he contado todo lo de la gira y que Alice no puede acompañarnos.

Toby, que está sentado junto a mí, me aprieta el brazo mientras pregunta:

—¿Y...?

—Aún no lo sé. —Puedo ver algo de decepción en sus rostros—. Anoche me dijo que entre hoy y mañana me contestaría.

—¿Y cuál es tu sensación al respecto? —se interesa Henry.

—No tengo ni idea, tío —admito con sinceridad—. A ratos pienso que va a decir que sí, pero otros creo que me dirá que ni de coña.

Mis colegas se quedan en silencio y alguno aprovecha para dar un trago a su bebida.

—¿A vosotros se os ha ocurrido algo estos días?

Ninguno habla. No tenemos muchas opciones que digamos.

Está claro que Becka es nuestra única oportunidad para que este pequeño *tour* salga adelante.

Capítulo 13



Becka

Es domingo por la noche.

Han pasado casi veinticuatro horas desde lo que viví ayer y mis padres no han parado de poner una y otra vez la actuación que Olivia grabó. Creo que están muy impresionados.

Ya hemos cenado y ahora nos encontramos en el salón viendo una película juntos. La ha elegido mi madre, *Cualquiera menos tú*, y me gusta.

Estoy sentada en el sofá al lado de mi padre, mientras que Olivia está en el otro con mamá.

Intento no hacer contacto visual con mi hermana porque, desde que me bajé anoche del escenario, me tiene frita con este tema, ya que no para de preguntarme qué voy a hacer.

Y yo, simplemente, ¡no lo sé!

Tengo los ojos clavados en la televisión, en este momento viendo una escena en la que los protagonistas están en el mar, esperando a que un helicóptero los rescate. Cuando este llega, les alcanzan unos arneses para que se enganchen y puedan sacarlos del agua. Como a él le dan pánico las alturas, ella se pone a cantar una canción que sabe que a él lo relaja. Qué romántico. La verdad, en esta película no sé si me gusta más él o ella...

—Qué bonito —murmura mi padre.

—¿Verdad? —interviene Oli—. Fíjate lo mucho que puede ayudar la música a que alguien consiga superar sus miedos.

Poco a poco dirijo la mirada hacia ella y obviamente veo que me observa con una mueca.

—Tía, no empieces otra vez —le pido.

Se dispone a contestarme, pero es mamá quien lo hace cogiendo el mando de la tele y parando la película.

—¡Se acabó! —exclama—. Ya me tenéis harta con este asunto.

Vaya, parece que se ha enfadado.

—Lleváis todo el santo día con lo mismo. Me habéis dado la comida y me habéis dado la cena, pero no me vais a dar la película. La película la disfrutaremos. Así que vamos a hablar de lo de la gira esa ya.

Olivia y yo nos quedamos calladas y nos miramos.

—Chicas, vuestra madre tiene razón —la apoya mi padre—. Además, ¿cuándo has dicho que tienes que darle una respuesta a ese chico?

—Entre hoy y mañana.

—¡Pues con más razón! —dice mamá.

Los tres clavan los ojos en mí, sin duda esperan que sea la primera en hablar.

—Lo que yo pienso de todo esto es que es una locura —afirmo—. ¿En qué momento ha pasado a parecernos normal que llegue un completo desconocido y me ofrezca que me vaya de gira con su grupo este verano?

—Nadie ha dicho que sea normal —comenta papá.

—Son oportunidades como esta las que hay que aprovechar en la vida. —Mi hermana mete baza.

—Qué fácil es decirlo desde tu posición —me quejo yo, y, mirando a nuestros padres, sigo—. ¿Vosotros no tenéis nada que decir?

Ahora son ellos los que se miran.

—Si hay algo que siempre hemos tenido claro es que nunca hemos querido cortaros las alas —dice él—. Pretendemos que en la vida experimentéis por vosotras mismas.

—Pero es que no estamos hablando de que me haya dado cuenta de que soy

bisexual o de que Oli admita que es lesbiana, sino de algo más serio.

—¡Ya me estás sacando del armario! —suelta la aludida.

—Anda, calla, si saliste de él antes que yo.

Todos sonreímos y mi madre retoma la conversación.

—Si algo nos ha gustado siempre de vosotras es que sois unas chicas extrovertidas y echadas para delante. Sabemos que sois lo suficientemente maduras como para elegir por dónde queréis llevar vuestras vidas. Y tú, cariño, eres buena cantando. ¡Muy buena! Y sabemos que te encanta hacerlo. Por lo tanto, ¿por qué desaprovechar esta aventura que puede traerte cosas increíbles?

—Además —añade mi padre—, por lo que nos ha enseñado tu hermana, esos chicos no parecen ir de farol.

Olivia se ríe.

¿Qué les ha enseñado?

—Nos gusta la música que hacen, te pega mucho, cielo —comenta mamá.

—Pero... pero... ¿os habéis confabulado todos en mi contra?

—Al revés, Becks. Ellos, como yo, detectan lo feliz y plena que se te ve encima del escenario. Se nota que es tu sitio.

—Pero ¿soy la única que se da cuenta de que no pinto nada viajando todo el mes de agosto con cuatro tíos a los que no conozco de nada?

—¡Quién sabe si esta puede ser la experiencia de tu vida! —exclama Olivia moviendo los brazos.

Oli y yo nos miramos.

—¿Me estás diciendo que cantar en público te da más miedo que hacer *puenting*? —dice riéndose.

—Ya estamos otra vez con lo de tirarse de un puente —farfulla nuestro padre —. Me pongo malo solo de pensarlo.

—No puedes comparar una cosa con la otra —protesto con la vista clavada en mi hermana.

—No sé, cariño, hay trenes que solo pasan una vez en la vida —insiste mi madre mirando a papá con una sonrisa.

Él también la mira y sonríe; creo que le agradece en silencio que hayamos dejado de hablar de tirarnos de un puente, como dice él.

Efectivamente, parece que soy la única con dos dedos de frente en esta familia.

¿O será que están viendo algo que a mí se me escapa?

—Me parece que en esta casa se ha visto demasiadas veces la película *Ha nacido una estrella*.

Mi comentario consigue hacernos reír a todos.

—Puedes darte la oportunidad de conocer a esos chicos esta semana y ver qué tal. Siempre estás a tiempo de echarte para atrás —propone mamá—, aunque yo te he visto la mar de cómoda en ese escenario —insiste.

Miro a papá en busca de una opinión distinta, pero veo que él está mirando a Olivia en silencio. Mi hermana se da cuenta y le saca la lengua.

—¿Y si vais juntas?

Las tres lo miramos.

¿Qué acaba de decir?

—Olivia, a ti siempre te ha apasionado la fotografía —comenta—. Ir con tu hermana puede ser una estupenda oportunidad para explorar esa faceta y darle buen uso a la cámara que te regalamos en Navidad.

—¡Qué buena idea! —lo apoya su mujer.

Olivia y yo nos miramos de nuevo. Sí, la verdad es que que ella viniera conmigo lo cambiaría todo.

—Pero Daniel solo habló de que necesitaban una cantante.

—Nadie en su sano juicio rechaza tener una fotógrafa gratis a lo largo de todo el *tour*. Además, hoy en día hay que alimentar las redes sociales y precisamente tu trabajo sería esencial para eso —razona mi madre.

La miro y me río. Este ha sido uno de esos momentos en los que ella y mi padre parecen incluso más modernos y actuales que Oli y yo.

—¿Acaso todo esto lo hacéis porque queréis quedaros los dos solitos? —pregunto.

Ambos se miran y sonríen. Son el mejor equipo que he visto en mi vida.

—No lo había pensado —dice él—, pero puede ser muy interesante pasar las vacaciones solo con mi chica. ¿Qué me dices, preciosa?

Mamá asiente. Siempre han sido unos padres muy entregados a nuestra

crianza, ya les toca disfrutar.

—Solitos tú y yo como cuando éramos novios —responde ella—. ¡Qué maravilla!

Los cuatro reímos.

—Pero el 14 de septiembre ya estaremos aquí, ¿no? —pregunta de pronto mi hermana—. Porque Fletcher viene a Chicago y tenemos las entradas desde hace...

—Sí, no te preocupes, que a tu cantante favorita no nos la perderemos por nada del mundo —le contesto sin dejarla terminar.

—Si lo he entendido bien, esto de la gira es solo durante el mes de agosto, ¿verdad? —quiere saber mi padre.

Yo asiento mientras mi hermana se recoge el pelo con una de las gomas que lleva en la muñeca, algo que suele hacer cuando está nerviosa.

—¿Realmente crees que podría ir contigo? —me pregunta.

Si puedo elegir entre viajar sola con cuatro tíos que ni siquiera conozco y hacerlo junto a mi hermana, tengo la decisión más que clara.

—Por supuesto, Oli. —Asiento también con la cabeza, para darle más fuerza a esa afirmación—. Si quieren que vaya, tendrán que aceptarlo. Yo también puedo poner mis condiciones.

—¿En serio?

Ambas nos miramos y veo cómo le brillan los ojos.

—Y tan en serio, Oli. —Asiento de nuevo, esta vez con una sonrisa—. O voy contigo o no voy.

Ella no tarda en levantarse y venir hacia mí para tirárseme encima en el sofá y abrazarme; en ese momento papá aprovecha para escabullirse y cambiarse de sitio, colocándose junto a mamá.

—Que se nos van las niñas de gira, cariño —bromea ella.

—Y nosotros, de viaje romántico, corazón —dice él riéndose.

Nosotras nos reímos al oírlos, y cojo un cojín y se lo lanzo. Ellos nos lo devuelven.

—Papá —llamo su atención—, ¿crees que a Bill le parecerá bien que no estemos en agosto en la cafetería?

—No os preocupéis por eso. —Se ríe de nuevo—. Hace tiempo le comenté que en agosto mis hijas descansarían, así que ya sabe que ese mes no estaréis.

—¡¡¡Nos vamos de aventuraaa!!! —exclama Olivia aún encima de mí.

—¡¡¡Nos vamooos!!! —Le sigo el rollo.

Mis padres nos miran con una sonrisa. Son los mejores. Tras ver que se dan un beso, mamá vuelve a hablar.

—Bueno, ¿ya puedo poner otra vez la película o hay algo más que discutir?

Oli y yo sonreímos de oreja a oreja.

Ya está todo más que hablado. Luego escribiré a Daniel.

Capítulo 14



Daniel

Ayer Becka me escribió para decirme que quería venir para conocer al resto de los componentes de la banda.

Aún no me ha dicho ni que sí ni que no. Espero que hoy nos saque de dudas.

Hemos quedado en nuestro lugar de ensayo, aquí en el garaje de la casa de los padres de Robert.

Como tenemos la puerta abierta, salgo para apoyarme en el marco y poder fumarme un cigarrillo. No lo admitiré ni muerto, pero estoy algo nervioso. Me preocupa todo: que no acepte ser nuestra cantante, que los chicos no lleguen a congeniar bien con ella... Al fin y al cabo, no la conocemos de nada, ni ella a nosotros.

Llega un coche no demasiado grande de color negro y aparca a pocos metros de donde estoy. Me quedo mirándolo con atención y, sí, de él no solo baja Becka poniéndose una pequeña mochila con flecos a la espalda, sino que también lo hace su hermana Olivia.

—¡Han llegado las hermanas Miller! —exclamo hacia el interior del garaje.

Los chicos salen rápidamente y se sitúan junto a mí para recibirlas.

Las dos se acercan mientras hablan y ríen entre ellas. Llegan hasta nosotros y Robert es el primero en hablar.

—¡Hola, chicas! —les dice con entusiasmo.

Las hermanas sonríen y veo que se funden en abrazos con mis tres amigos al saludarse, como si los conocieran de toda la vida. Cuando me toca a mí, simplemente les doy la mano. Prefiero mantener las distancias.

Doy las últimas caladas a mi cigarrillo mientras presencio cómo mis colegas se presentan a Becka y Olivia.

—Yo soy Robert King y toco el bajo —dice este señalando su instrumento dentro del garaje.

Robert mide un metro ochenta y siete. No es que sea el tío más alto del mundo, pero al lado de las chicas lo parece, no hay punto de comparación. De piel negra, lleva el pelo, muy rizado y también oscuro, bastante corto, y destaca por su gran sentido del humor. Tiene un gusto bastante peculiar a la hora de vestir. No sé dónde se comprará la ropa, pero las prendas que lleva nunca se las veo a nadie más.

—Me llamo Toby Allen y soy el batería del grupo —se presenta el siguiente alzando el brazo.

Toby es un tío pelirrojo de tez blanca y pelo a lo afro. Es el más serio de los cuatro. No es un chico de muchas palabras, pero siempre sabes que puedes contar con él y es de toda confianza.

Tiro el pitillo al suelo, lo piso para apagarlo y me adentro en el garaje.

—Y yo soy Henry Bennet, el guitarrista principal de Ubuntu.

Aparte de haber sido mi vecino de toda la vida, Henry es el único rubio del grupo. Tiene el pelo ondulado y ahora se lo ha dejado largo hasta los hombros. Su sentido del humor es bastante parecido al de Robert, y es un tío muy leal.

—¡Qué pasada! —oigo que exclama Olivia.

Becka me mira confusa.

—¿No eras tú el guitarrista? —pregunta.

—Yo toco la guitarra y el teclado, lo que más necesite la canción —respondo.

Ella asiente y vuelve a mirar al resto de la banda.

—Imagino que ya os lo habrá dicho Daniel, pero yo soy Becka. Encantada. —Luego, pasándole el brazo por los hombros a su hermana, también la presenta —. Y ella es mi hermana menor, Olivia.

Los chicos asienten.

Por las caras de todos creo que, al menos, la primera impresión ha sido buena.

—Antes de aceptar acompañaros en esta aventura, tenemos que hablar de algo —añade Becka.

Todos me miran como si yo ya supiese a lo que se refiere.

—Claro, cuéntanos —le pide Robert.

—Lo he estado pensando y lo he hablado con mi familia y, si os soy sincera, para irme con vosotros necesito poner una condición.

—La que sea —interviene Henry casi sin dejarle terminar la frase.

Me fijo en ellas y veo que las hermanas Miller se miran entre sí.

—Mi condición es que Olivia venga con nosotros.

Los chicos y yo nos miramos unos a otros. ¿Una persona más?

—Si decís que sí, prometo no ser una molestia. Compartiré habitación con mi hermana y ayudaré en todo lo que haga falta... —se apresura a decir Olivia—. De hecho, me llevaré mi cámara para haceros fotos y que subáis contenido a redes...

—Eso no suena nada mal —murmura Robert, el más presumido de todos.

—Dadnos un momento —les pido yo.

Salgo del garaje y ellos me siguen. Una vez que llegan hasta mí, manifiesto mis dudas.

—¿Meter a una persona más?

—Tampoco creo que sea mucho problema —comenta Toby.

—Donde caben seis, caben siete —suelta Henry.

—¿Lo estáis diciendo en serio? Os recuerdo que no las conocemos absolutamente de nada, a ninguna de las dos.

No me puedo creer que accedan sin ni siquiera planteárselo. Con Becka ya tendremos más que suficiente, no sabemos cómo vamos a encajar, pero sin duda la necesitamos. Sin embargo, a Olivia...

—Si vamos a aceptar a Becka sin conocerla, ¿por qué a su hermana no?

—Porque eso va a suponer más gastos —respondo a Toby.

—Por favor, Daniel, que estamos hablando solo de una más, no de tres, y ya ha dicho que compartirá habitación con Becka. —Robert ríe—. Por otro lado, es

cierto que no las conocemos, pero Becka tampoco nos conoce a nosotros y va a hacernos el favor de nuestra vida, ¿o acaso no recuerdas cómo canta? A mí me parece lógico que quiera venir con alguien en quien confíe. Además, ¿acaso no has oído eso de que Olivia nos hará fotos en los conciertos?

Henry se apoya en el hombro de Robert con familiaridad.

—Si lo que queremos es que el grupo llegue cada vez a más gente, nutrir nuestras redes de ese tipo de contenido nos vendrá de fábula —remarca.

Vale, está claro que a los tres les parece bien que Olivia se venga de gira. Tengo todas las de perder, así que acabo claudicando.

—Como queráis —digo.

Ellos se miran entre sí, asienten y Robert es el primero en entrar para comunicarles que Olivia ya es parte del equipo de Ubuntu.

Nos pasamos el resto de la tarde enseñándoles nuestras canciones y dándole las letras impresas a Becka para que se vaya familiarizando con ellas.

Espero que esto salga bien.

Capítulo 15



Becka

Han pasado varios días y en este momento Henry termina de tocar los últimos acordes de *Rebel People,* una de las canciones originales del grupo.

—Vamos a hacer un descanso —propone Robert.

Coloco el micrófono en el pie y me aparto de la zona de los instrumentos.

Sin necesidad de que digan nada, sé que estamos todos agotados. Ensayamos cada día sin parar.

La gira empieza en menos de dos semanas y no nos podemos permitir perder el tiempo, vamos a tope. Aún sigo sin creerme que haya aceptado participar en esto. Solo espero estar a la altura..., aunque cada vez que me imagino sobre un escenario me tiembla hasta el alma.

Toby abre la puerta del garaje para que entre algo de aire fresco y...

—¡¡¿Ya es de noche?!!—exclamo.

—Eso parece, Becks —me responde Olivia, y, mirando la hora en su móvil, añade—: Son las nueve y cuarenta y seis minutos.

Vale, toca irnos. Lo normal es que sobre las nueve recojamos y nos larguemos por fin a casa.

—¡Mirad las fotos que os he hecho, chicos! —chilla mi hermana para llamar su atención.

Sabía que hoy iba a enseñarles unas cuantas; yo ni siquiera las he visto todavía. Tras algo más de una semana viniendo aquí cada tarde, nosotros a ensayar y ella a hacer fotos, es el primer día que se anima a mostrarnos algunas de las que ha ido sacando; supongo que también habrá de hoy.

Me alegra ver que no soy la única que va superando poco a poco alguna de sus inseguridades.

Ellos se acercan y Oli se las muestra orgullosa.

—Pero bueno, Toby, vaya brazos se te ven, ¡parece que vas al gimnasio y todo! —bromea Henry.

También me acerco a echar un vistazo.

—No me subestimes —murmura Toby con una sonrisa.

Pasa una foto tras otra y me sorprende lo que veo, pues parece que sé lo que estoy haciendo tras el micro y todo.

—Oli, son una pasada.

Mi hermana me mira con una gran sonrisa en la cara.

—¡Qué flipe, Olivia! —exclama Robert abrazándola.

—¿Nos las puedes enviar?

Ella mira a Henry y asiente encantada.

—Sí. En cuanto llegue a casa, las descargo en el ordenador y os las mando, ¿vale? —Viendo que ellos asienten, sigue—. Necesito que me deis vuestros mails.

Los dejo a lo suyo y me aparto para ir hacia mi mochila. Al llegar, me siento en el suelo y saco mi botella de agua para dar un buen trago. Estoy seca.

Mientras bebo veo a Toby y a Daniel salir del garaje. Este último, cómo no, se enciende un cigarrillo. Un clásico en él.

Termino, meto la botella de nuevo en mi mochila y miro a mi alrededor aún con cierta incredulidad.

Sí, estoy agotada.

Sí, está siendo demasiada información en muy poco tiempo.

Sí, soy la vocalista del grupo Ubuntu.

Por las mañanas voy a clases de canto con el profesor de Alice, la anterior cantante de la banda, y el resto del día, cuando no estoy trabajando, me lo paso

en este garaje ensayando con los chicos, o de compras con Oli teniendo en cuenta los looks que necesitaré a lo largo de la gira para lucirlos sobre el escenario.

Debo reconocer que, a medida que pasan los días, me encuentro cada vez más a gusto con los chicos. Y, por lo que sé, mi hermana también.

Echo un ojo a mi móvil y descubro que tengo un mensaje de mi padre.

Papá: ¿Os esperamos a cenar?

Yo: Sí, ya vamooos.

Guardo el teléfono y me pongo en pie. Cojo mi mochila negra con flecos y me la cuelgo a la espalda. Olivia me ve y también coge sus cosas.

—¡Chicos, nos vemos mañana! —me despido mientras salimos del garaje.

—¡Hasta mañana, chicaaas! —responde Robert.

Al pasar junto a Daniel veo que da una última calada y tira la colilla al suelo.

—¿Algún día dejarás de hacer eso?

—¿Perdona?

Ambos nos miramos. Por su gesto, no me extrañaría nada que mentalmente me estuviera llamando niñata.

—¿Tú en tu casa tiras la colilla al suelo?

—Y a ti qué más te da, si solo es una colilla. —Se ríe buscando la complicidad de Toby.

Este último sonríe, pero no dice nada.

—No es solo una colilla, es una tras otra. —Antes de que él replique algo, continúo—: Es un tema de educación, además de una guarrada para el medioambiente y para los animales.

Doy media vuelta y capto que Henry y Robert empiezan a aplaudir desde el interior del garaje, y Oli, que camina junto a mí hacia el coche, se carcajea.

—¿Vosotros sois tontos o qué? —oigo mascullar a Daniel.

Capítulo 16



Daniel

Parece mentira, pero hoy es el último ensayo antes de iniciar nuestra gira.

Frente a la casa de Robert está la enorme furgoneta Ford Transit de quince plazas en la que vamos a viajar todos juntos durante el próximo mes. Esto es gracias a la madre de Henry, que trabaja en una empresa de alquiler de vehículos y nos ha facilitado el transporte tanto a nosotros como a las que van a ser nuestras teloneras.

Me giro y observo al resto del grupo. Estamos ultimando los detalles del que será el *setlist* de canciones que tocaremos en la gira.

—Me estáis volviendo loco. —Henry protesta con un montón de papeles en las manos—. Entonces ¿*The Original* no entra?

—Al final decidimos que no —le recuerda Toby.

Apago mi pitillo en la suela de mi deportiva y lo tiro en una botella de agua prácticamente acabada. Entro de nuevo y me reincorporo al grupo.

—¿No os parece ridículo que en el último ensayo sigamos sin tener el *setlist* ya hecho? —Robert ríe.

Él siempre intenta ponerle humor a todo.

—Y tan ridículo... —murmuro—. ¿Qué problema hay en dejar la lista de canciones que planeamos con Alice?

—Que yo no soy Alice, por ejemplo —suelta Becka.

—A veces nos toca amoldarnos a situaciones, aunque...

Becka, que me miraba sin pestañear, se gira sin dejarme terminar de hablar para dirigirse a Robert.

—¿Y si apuntamos el *setlist* en la pizarra para aclararnos?

Mi amigo se pone en pie, borra lo que hay escrito en esa superficie y empieza a escribir bajo las indicaciones de Becka.

1. *Bad Guy* (*cover* Billie Eilish)
2. *Cosmic Love*
3. *Venom*
4. *Cotton Candy* (*cover* Yungblud)
5. *Memories*
6. *Creep* (*cover* Radiohead)
7. *Hopelessly Devoted to You* (*cover* Grease)
8. *Don't Become a Stranger*
9. *Rebel People*
10. *I Wanna Be Your Slave* (*cover* Måneskin)

Me fijo en las canciones número seis y siete.

—¿Al final habéis metido dos lentas?

Toby es el primero en contestarme.

—Todos los conciertos tienen su momento de bajar revoluciones.

—Además, con la buena acogida que está teniendo vuestro vídeo, ¡¿cómo no íbamos a meter *Creep*?!

Robert ve mi cara de no entender nada y sigue hablando.

—Hace unos días subimos el vídeo de la *jam session* en el que Becka y tú interpretáis ese tema y ya lleva trescientas mil visualizaciones.

—¡¡¿Tanto?!! —exclaman las hermanas Miller al unísono.

—Y por lo que dicen los comentarios, al público le habéis encantado —explica Henry mirándonos a ambos.

—¡Qué bien!

Con el rabillo del ojo veo que Becka sonríe; yo simplemente me limito a alzar los hombros. Tampoco fue nada del otro mundo, ni siquiera la habíamos ensayado.

Henry se acerca y, dándome una palmadita en el hombro, bromea.

—Hablando de redes, a ver si te animas y subes algo más allá de fotos sin camiseta y con cara de malote.

Su comentario hace que todos se descojonen, sobre todo las hermanas Miller. Me he fijado y no se puede negar que han hecho buenas migas con todos, sobre todo con Robert y Henry.

—¿Qué coño dices, tío?, si casi no entro en Instagram.

—No hay problema, yo te ayudo a ponerle solución a eso —interviene Olivia señalando hacia su cámara.

Vuelvo a echar un rápido vistazo a la pizarra y, para cambiar de tema, me centro en eso.

—La canción esa tan antigua, ¿al final se queda?

Becka se gira hacia mí y responde con un rotundo sí.

Hopelessly Devoted to You fue una de sus sugerencias y, aunque yo me opuse desde el principio, parece que a los demás les parece bien. No lo entiendo.

—Lo que queremos es aumentar nuestro público, que es mayoritariamente gente joven, por lo que no creo que esa canción ayude.

—Todo el mundo conoce esa canción. —murmura Toby.

—¿No has visto el vídeo de Harry Styles cantándola en uno de sus conciertos del *Love on Tour* en 2022? —Niego con la cabeza y Robert sigue—. Pues búscalo y verás a todo el público cantándola a pleno pulmón.

—Hay lentas más actua...

—Daniel. —Becka me corta y, señalando la pizarra, sentencia—: Esta canción se queda. Se acabó la discusión.

Busco algo de apoyo en mis compañeros, pero por sus caras me queda clarísimo que estoy solo en esta batalla. La niñata se ha salido con la suya.

—¿No te parece suficiente que te dejáramos añadir la número uno? ¿Tienes que incluir esta también?

—Guau, gracias, Daniel —replica con ironía—. Ha sido todo un detalle por

vuestra parte que, entre tanta testosterona y cantante masculino, me hayáis permitido meter dos temas interpretados por mujeres.

Robert, que está detrás de Becka, me hace una seña para que me calle, dándome a entender que he perdido no solo la batalla, sino también la guerra.

Los seis contemplamos la pizarra durante unos segundos, en silencio.

Hay cinco canciones de cosecha propia y cinco versiones de temas de otros intérpretes o grupos. Estamos empezando y somos plenamente conscientes de que necesitamos algunos *covers* para que el público se fije en nosotros y, en caso de que no nos conozcan, puedan cantar alguna canción durante el concierto.

—Yo metería una nuestra más —sugiere Toby.

Henry rápidamente extiende papeles por el suelo. En cada uno de ellos hay un tema nuestro con su respectiva letra. No tenemos muchas, pero todos confiamos en que poco a poco podremos ir sacando más.

—¿Qué tal *Run Away*?

—Esa es la que me contaste que iba de alguien que, en vez de ser capaz de enfrentarse a los problemas, prefiere salir huyendo, ¿no? —se interesa Olivia.

Henry la mira y asiente. Él lo sabe mejor que nadie porque fue quien la compuso.

Becka se pone en pie y la sigo con la mirada mientras se acerca a la pizarra.

—Esa no me convence, mejor otra.

—¿Qué tal *One More Night*? —propone ahora Robert.

Esa la compuse yo.

—Esa me gusta —comenta Olivia.

—Y es más divertida encima del escenario, da más juego —añade Becka.

Miro a los chicos y parece que a ellos también les parece bien.

Robert borra la última línea de lo que hay en la pizarra y escribe de nuevo. Cuando acaba, se gira hacia nosotros.

—Entonces el *setlist* se queda así, ¿no?

1. *Bad Guy* (*cover* Billie Eilish)
2. *Cosmic Love*
3. *Venom*

4. *Cotton Candy* (*cover* Yungblud)
5. *Memories*
6. *Creep* (*cover* Radiohead)
7. *Hopelessly Devoted to You* (*cover Grease*)
8. *Don’t Become a Stranger*
9. *Rebel People*
10. *One More Night*
11. *I Wanna Be Your Slave* (*cover* Måneskin)

Nadie dice nada; parece que todos lo aprobamos.

Sigo pensando que haría algunos cambios, pero ya he comprobado lo difícil que es que nos pongamos todos de acuerdo..., principalmente con Becka.

Robert se aleja de la pizarra y toma asiento junto a Toby. Olivia, tras sacarle una foto a la pizarra, no tarda en acercarse a ellos y no duda en sentarse sobre las piernas de Robert.

Algo hace «clic» en mi cabeza.

¡Mierda, cómo he podido olvidarme de esto!

Capítulo 17



Becka

—¡Chicos, hemos olvidado mencionar lo de las reglas!

Yo, que estaba echando un ojo al móvil, alzo la vista y miro confusa a Daniel.

¿Qué ha dicho?

—¡Las famosas reglas! —bromea Henry.

No sé de qué hablan, así que bloqueo el teléfono, lo dejo a un lado y presto atención. Daniel se pone frente a la pizarra, para que podamos verlo todos.

—Hace tiempo impusimos unas reglas en la banda y debéis saberlas —dice.

Sus ojos van de Olivia a mí y viceversa.

—Regla número uno: no mezclar trabajo y amor.

Noto que Daniel se queda mirando a mi hermana, que está sentada sobre las piernas de Robert.

—¡Solo somos amigos! —se excusa ella alzando los brazos.

¿De verdad no se ha dado cuenta de que, si a Robert le gustara alguien del grupo, no sería Olivia sino uno de los chicos? Vamos, esa es la sensación que me da a mí después de estas tres semanas que hemos estado ensayando. Se supone que Daniel y él son colegas desde hace años...

—La regla número dos es respetar siempre la filosofía Ubuntu.

Todos asentimos.

A los pocos días de conocerlos, Olivia preguntó a qué se debía el nombre de la banda y los chicos nos lo contaron. Me parece una bonita y sana filosofía de vida el hecho de tener claro que, cuanto mejor le vaya al de al lado, mejor me irá a mí.

—La tres es que no hay resaca que valga —sigue hablando el moreno—. Hay que trabajar duro todos los días, da igual lo cansados que estemos.

—Prometido —murmuro.

—La número cuatro es que nunca nos rendimos —sentencia Daniel—. Por mucho que se complique algo o incluso si sale mal, hay que luchar para encontrar una solución y no venirnos abajo.

—¡Eso está hecho! —exclama Robert dando una sonora palmada.

—Deberíamos añadir una regla que nos obligue a hacernos el tatuaje de Ubuntu del que llevamos años hablando —interviene Henry.

—No es mala idea, ya va siendo hora —lo secunda Robert.

Daniel lo mira, pero obvia lo que acaban de decir y sigue con lo suyo.

—Y la última regla, pero no por ello menos importante, es la de no meternos en líos. —Tras mirarnos a todos, señala a Toby—. El único sensato de todos es él, así que, por favor, no la lieis.

A ver..., creo entender por qué lo dice. Toby es el más callado y tranquilo de todos nosotros, se ve a la legua que es un chaval supercentrado y que va a lo que tiene que ir..., pero también es cierto que merecemos pasárnoslo bien.

Además, yo siempre he sido de las que piensan que las reglas están para saltárselas, ¿no?

Capítulo 18



Becka

Ha llegado el día.

Ahora sí que empieza la locura.

Olivia y yo nos hemos levantado y duchado, y luego hemos desayunado con papá y mamá. Por las mañanas no es que sea una persona muy parlanchina, todo lo contrario a mi hermana, que no se calla ni debajo del agua.

Nuestros padres, como no iba a ser de otra forma, han decidido madrugar para echarnos una mano en todo lo que puedan.

Aunque anoche dejamos las maletas hechas para agilizar el trabajo de hoy, estamos guardando en ellas las cosas de última hora.

Estoy en mi habitación metiendo los cargadores del móvil y el portátil en la mochila cuando oigo a Olivia en la planta baja.

—¡Ya he guardado las llaves de casa en mi equipaje!

Que ha hecho ¿qué?

Salgo del cuarto y me asomo por las escaleras.

—¿Se puede saber para qué te las llevas?

—Para poder entrar en casa cuando volvamos.

—Las vas a perder.

—No.

Dicho eso, veo que asoma la cabeza por el hueco de las escaleras para verme.

—¿Acaso crees que papá y mamá estarán aquí para recibirnos cuando regresemos?

Claro que van a estar, ya se han asegurado de que les dejemos escrito en un papel pegado con un imán en la nevera todas las fechas de la gira y los sitios en los que estaremos, además del día de nuestra vuelta.

—Y si no están y tú y yo no llevamos llaves, ¿qué?

—Pues vamos a casa de Bill y que nos deje las que tiene de emergencia —propongo.

Veo que ella hace un gesto de desaprobación.

—Oli, vas a perder esas llaves.

—Que no, Becks, confía en mí.

—¡Si las pierdes cada dos por tres sin ni siquiera salir de casa!

—Ya verás como no, ¿quieres apostar algo?

A cabezona no hay quien la gane.

Me doy por vencida.

—Haz lo que quieras.

Dicho esto, vuelvo a mi habitación y justo en ese momento mi móvil pita. Al mirarlo veo que es alguien del grupo de Ubuntu.

Toby: Estamos fuera.

Ni tiempo tengo de contestar cuando oigo a Olivia correr por la planta baja gritando:

—¡¡¡Los chicos ya están aquí!!!

Ayer quedamos con ellos en que pasarían a buscarnos con la furgo para poder cargar nuestro equipaje antes de salir hacia Chicago, ciudad donde tenemos nuestro primer concierto, pero del que he prohibido a Olivia avisar a nuestros padres. Ya estoy lo bastante nerviosa como para tenerlos a ellos mirándome entre el público.

Agarro la mochila y bajo las escaleras a toda prisa, pero se me adelantan. La puerta ya está abierta y veo cómo Oli llega hasta ellos y los abraza efusivamente a todos, Daniel incluido.

Nuestros padres se quedan en la puerta y yo salgo tras ella para saludarlos. Les doy un abrazo a todos menos a Daniel. No es que no nos llevemos bien, pero nuestra relación no es tan estrecha como la que tengo con los otros cuatro. Digo «cuatro» porque también está aquí Charlie, el que será el conductor de la furgo y *road manager* de la banda y de la gira, y con quien he hecho buenas migas, ya que ha estado presente en muchos de los ensayos; así de implicado está.

Daniel y yo nos estrechamos la mano como hacen entre ellos.

Al girarme veo que Oli arrastra cogido de la mano a Henry para que salude a nuestros padres. El resto de los chicos y yo los seguimos.

Todos se presentan y saludan educadamente. Aprovecho para colarme en el vestíbulo y empezar a sacar las maletas. No son muchas, un par de las grandes y una mediana que compartimos Oli y yo.

Charlie no duda en coger dos de ellas y encaminarse hacia la furgo.

—Solo os pido una cosa, que me cuidéis a las niñas —oigo decir a mi padre.

Me giro y veo que los cuatro asienten ante sus palabras.

—Prometido —asegura Robert estrechándole la mano.

—¡Y pasadlo muy bien! —añade mi madre.

—No tenga ninguna duda de que lo haremos. —Henry ríe mirándola con complicidad.

Los chicos se despiden y van hacia la furgo. Olivia y yo nos acercamos más a ellos.

—Si pasa cualquier cosa o necesitáis algo, nos llamáis —empiezo a decir—. No importa la hora que sea, tendremos siempre los móviles encendidos y con nosotras.

Ambos se ríen.

—Cielo, no olvides que aquí los padres somos nosotros —murmura ella apoyando con cariño la mano en mi mejilla.

Sonrío levemente y bajo la mirada. Tiene razón. Mamá no tarda en llevar la mano a mi barbilla y levantarme la cabeza para que vuelva a mirarlos a los ojos.

—Chicas, queremos que os lo paséis genial y lo disfrutéis al máximo —dice él—, pero recordad: ante cualquier eventualidad, sea la hora que sea, nos llamáis, ¿entendido? —añade parafraseándome.

—Prometido, papá.

Asiente contento.

—Mandadnos fotos y vídeos todos los días para que veamos lo bien que os lo pasáis —agrega.

—Estamos superorgullosos de vosotras y os queremos. Por favor, cuidad la una de la otra. —Mamá sonríe.

—Como siempre. —Miro a Olivia con complicidad.

—Y si subís cosas a Instagram, también las veremos, porque vuestra madre se ha hecho un perfil —comenta papá.

—¡Qué moderna! —bromeo.

—Me ayudó tu hermana, pero creo que sabré manejarlo sola. —Dicho esto, se ríe.

Vuelvo a mirar a Olivia y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. Parece que, aparte de la hermana mayor, también me toca ser la fuerte.

—¿Vas a llorar?

—Ay, déjame —farfulla—, que encima estoy con la regla.

Ambas volvemos a mirar a nuestros padres y los abrazamos. Tampoco es que vayamos a pasar mucho tiempo lejos de casa, pero está claro que los echaremos de menos.

—Gracias —le susurro al oído a mi madre mientras estoy entre sus brazos.

Finalmente nos despedimos y damos media vuelta. Frente a nosotras está la que será como nuestra familia, nuestro hogar, a partir de este momento y durante todo el tiempo que dure la gira.

Oli me coge de la mano y damos el primer paso hacia lo que puede ser nuestra gran aventura.

Capítulo 19



Daniel

El primer trayecto todos juntos en la furgo no va mal. La voz cantante la han llevado las hermanas Miller junto a Robert y Henry.

Llegamos a Chicago y nos adentramos en el tráfico de la ciudad.

—Tenemos que hacernos la foto —comenta Toby, que va sentado de copiloto.

Mierda. Lo había olvidado por completo.

—¿Qué foto?

—Aquí en Chicago, en Adams Street, hay una señal de la Ruta 66 —le explica Henry a Olivia—. La tradición dice que, antes de iniciar dicha ruta, hay que hacerse una foto frente a ella.

—¡No se hable más! —exclama Becka con el móvil ya en la mano.

Tras un par de minutos encuentra el punto exacto gracias a la aplicación y le da las indicaciones a Charlie para llegar allí. No tardamos demasiado en hacerlo.

Nuestro conductor estaciona la furgo a un lado de la calle, intentando molestar lo menos posible, y mientras habla por teléfono con Judy, nuestra técnica de sonido, el resto bajamos de la Ford Transit.

—Con la de veces que he venido al Instituto de Arte de Chicago y nunca me había dado cuenta de que esa señal estaba aquí —comenta Robert.

Me fijo y tiene razón. La señal está justo frente al imponente edificio.

Cruzamos la calzada y Olivia ya tiene la cámara preparada en las manos. Henry, al ver que se queda atrás, se dirige a ella.

—Nos hacemos la foto todos, ¿no?

—Sí, pero primero vosotros cinco solos como banda —sugiere.

Asentimos y seguimos avanzando hasta situarnos bajo la señal que da inicio a la Ruta 66. Los cinco posamos y, cuando Olivia ya ha sacado alguna, nos propone algo.

—Ahora una más divertida, más desenfadada —dice.

Toby señala a la cámara, Robert y Becka apuntan hacia la señal, Henry se coloca detrás de nosotros para saltar y yo me bajo las gafas de sol para mirar por encima de ellas.

—¡Genial!

Charlie llega hasta nosotros y se ofrece a sacarnos una foto, ahora también con Olivia.

La rubia se une al grupo y se sube a caballito a la espalda de Robert. Me fijo en Becka y veo que hace lo mismo con Henry, el único rubio de la banda. Charlie nos enfoca con la cámara y empieza a disparar.

De la nada noto que alguien me quita las gafas de sol, y al mirar veo que ha sido Becka. Ella sonríe en dirección a su hermana y se las pone en la cabeza. Tiene su gracia y he de reconocer que no le quedan nada mal.

Paramos a una pareja que pasea por la calle y también nos hacemos alguna foto con Charlie bajo la señal.

Terminada la sesión de fotos, corremos hacia la furgo y vamos directos al local en el que tocaremos esta noche.

Veinte minutos más tarde Charlie se va a aparcar y los seis nos encontramos delante de Park West, una de las salas de conciertos de Chicago.

Estar por fin aquí me parece alucinante. Y esta vez no solo vengo de público, sino que hoy actuaré en esta sala con la banda.

Echo un vistazo a mis compañeros y me fijo en que Olivia coge la mano de su hermana y se la aprieta con cariño. Alzo la vista y veo a una Becka con la mirada perdida y tomando una larga bocanada de aire.

—¿Entramos o qué? —oímos decir a nuestro *road manager*, que ya está de

vuelta, y todos accedemos al interior.

—Esto es enorme, tío —le dice Henry a Robert.

—Lo vamos a petar —le responde este.

Las hermanas Miller no se sueltan de la mano. En cierta manera siento algo de envidia, ya que llevarte bien con tu hermana y poder vivir algo así con ella tiene que ser una experiencia increíble.

Seguimos a Charlie entre bambalinas y nos encontramos con Judy y nuestras teloneras. Nosotros las conocimos hace unos meses, pero nuestras nuevas integrantes no tienen el gusto todavía.

—¡Hola, chicos! —nos saluda Judy.

Que contemos con la inestimable ayuda de una técnica de sonido ha sido gracias a Charlie. Nos comentó que tenía una amiga que lo era y que, si queríamos, podíamos contar con ella, y dijimos que sí con los ojos cerrados. De hecho, Judy nos propuso a las que serán nuestras teloneras. Para nosotros tener teloneros no era una posibilidad, se puede decir que ni siquiera nos lo habíamos planteado.

—Chicas, os presento a las integrantes de Two Lives, Sarah y Beth.

—¡Encantadas! —exclama Olivia.

Todas se saludan con besos y abrazos. Ahora ya estamos al completo.

—¿Vamos a ir todos en la furgo a lo largo de la gira? —pregunta una Becka algo confusa.

Nuestra furgoneta es de quince plazas, pero hemos tenido que quitarle las dos últimas filas de asientos para poder meter ahí las maletas y los instrumentos.

—¡No, tranquila! —Judy ríe—. La madre de Henry también nos ha conseguido una para nosotras. Es algo más pequeña, pero tenemos sitio de sobra.

Por lo que me comentan, su furgo es de cinco plazas y tiene espacio suficiente.

—Con el pedazo de maletero que tenéis, no descartéis que al final os encasquetemos algo —avisa Charlie.

—Eso habrá que negociarlo —bromea Sarah.

A partir de ese momento, las dos bandas hacemos la prueba de sonido.

—Chicos, me cuesta seguiros el ritmo —comenta Becka al acabar una de las

canciones.

Toby se levanta y baja del escenario sin decir nada.

—¿No vamos en tempo? —pregunto, pero no creo que sea eso, así que, mirándola fijamente, añado—: ¿Tú nos oyes bien?

—Creo que es eso, que no os oigo del todo bien.

¡Mierda!

Nos hemos acostumbrado tanto a ensayar en el garaje de Robert que no había pensado en que ella también necesita unos *in ears* para el escenario. Sin esos pequeños intrauriculares es bastante complicado obtener una referencia auditiva correcta de la mezcla de nuestros instrumentos, y peor será cuando haya público y ruido ambiente.

Toby vuelve acompañado de Judy.

Veo que esta habla con Becka y se saca del bolsillo unos *in ears* con la petaca receptora. Se los coloca a Becka y esta se guarda la petaca en el bolsillo trasero del pantalón oscuro que lleva puesto.

Probamos con otra canción y ella nos mira con una sonrisa. Ahora está más cómoda.

Damos por finalizada la prueba de sonido y bajamos del escenario.

La siguiente vez que nos subamos será para dar el pistoletazo de salida a nuestra primera gira.

Capítulo 20



Becka

El primer concierto está a punto de comenzar.

Y, sí, estoy muuuy nerviosa.

Me encuentro en un pequeño cuarto que nos han dejado a las chicas para que lo usemos como camerino. Me he cambiado de ropa y estoy repasando mentalmente las letras de las canciones en mi cabeza hasta que...

—Se me ha olvidado.

Oli, que ha hecho algunas fotos a las teloneras y está colocando una nueva batería en la cámara, se gira hacia mí.

—¿Qué se te ha olvidado?

—La letra. —Me mira sin decir nada—. Las letras de las canciones. De pronto estoy en blanco.

Olivia pone la batería, cierra la tapita y deja la cámara sobre la mesa.

—Becks, claro que te sabes las letras. —Se sitúa delante de mí y apoya las manos en mis hombros—, lo que pasa es que te estás bloqueando por los nervios.

—Oli, te lo digo totalmente en serio.

—Y yo también.

Mi hermana me coge ahora del brazo y me lleva hasta el espejo que hay

colgado en una de las paredes. Me coloca frente a él y ella se pone detrás de mí.

—¿Qué ves ahí?

Me miro y no sé qué contestar. Me veo a mí, por supuesto. Pero... ¿qué más quiere que vea?

—Te voy a decir lo que veo yo —empieza a hablar—. Si echo un primer vistazo, veo a una tía que va guapísima con ese *top* negro, la falda de brillos que te obligué a comprarte y las botas negras que te regalaron papá y mamá por Navidad.

Miro a Oli a los ojos a través del reflejo del espejo. Ella está haciendo lo mismo conmigo.

—Y también veo a mi hermana mayor, el mejor regalo que me ha hecho la vida. —Ambas sonreímos y noto cómo se me llenan los ojos de lágrimas—. Esa chica que siempre ha sido y es mi ídolo. Alguien a quien siempre he soñado parecerme, aunque sea solo un poquito.

No dudo en dar media vuelta sobre mí misma y abrazar a mi hermana, quien, aunque en este momento no lo parezca por la madurez de sus palabras, es la pequeña.

—Siempre que estoy en una situación en la que no sé qué hacer, pienso en qué harías tú. Eso me ayuda un montón —murmura apretando el abrazo—. Piensa en qué haría tu ídolo o alguien que te guste mucho. Y no me vale que ahora me sueltes que soy yo porque te conozco y sería una mentira más grande que el ego de Daniel.

Su comentario hace que ambas nos echemos a reír.

—Sé lo muchísimo que te gusta Miley Cyrus. ¿Qué haría ella en este instante?

Olivia me conoce a la perfección.

—Ella saldría al escenario con paso firme y la cabeza muy alta.

—Pues eso tienes que hacer —responde separándose de mí. Al ver mis ojos, añade—: Con el pedazo de maquillaje que nos ha quedado no quiero ver ni una lágrima en esta cara.

Asiento y, cogiendo un trozo de papel, me limpio con cuidado los ojos mirándome en el espejo.

—*Fake it till you make it* —susurro.

Lo que viene a decir esa frase hecha es «Fíngelo hasta que lo consigas».

Oli está a mi lado y me oye decirlo.

—¡Exacto, Becks! —grita—. ¿Tú te crees que yo soy una fotógrafa profesional? Por supuesto que no, pero mi intención es aparentar serlo hasta que realmente lo logre.

—Si esto sale bien, nos lo tatuamos —propongo tirando el papel a una papelera.

—Prometido. —Olivia sonríe.

Alguien llama a la puerta. Es la hora. Respiro hondo, Olivia coge su cámara y ambas salimos de ese cuarto con la cabeza bien alta.

Nos reunimos con los chicos detrás del escenario.

—¡Qué guapos! —exclama Olivia nada más verlos.

Robert aprovecha que mi hermana les hace unas fotos a los demás para acercarse y darme un abrazo. Ya nos conocemos bastante bien.

—Becka, estás increíble. —Sonríe—. Va a ir todo tan bien esta noche...

—Eso espero —musito.

—Estoy seguro de ello.

Nos separamos y me fijo en algo.

—¿Y ese collar? —le pregunto.

No se lo había visto. Es una cadena bastante ancha con varias piedras unidas alrededor.

—Es mi collar de la suerte —me contesta Robert—. Me lo pongo siempre que tenemos alguna actuación.

—¿Eres supersticioso? —me intereso.

—Yo no diría tanto...

Charlie se acerca.

—Chicos, hay que salir —nos avisa.

Miro a Judy y ella alza la mano con el pulgar hacia arriba.

Los chicos y yo hacemos un corro. Enfrente de mí tengo a Daniel, que ni me mira. ¿De qué va?

—¡Ubuntu a la de tres! —exclama Henry extendiendo el brazo y poniendo la

mano en medio del círculo.

Todos lo imitamos poniendo nuestras manos unas encima de otras, Olivia y Charlie incluidos, ya que se han sumado al corrillo.

—Uno..., dos..., tres...

—¡Ubuntu! —gritamos al unísono alzando las manos.

—¡Vamos! —Daniel empieza a subir las escaleras que llevan a escena.

Echo una última mirada a mi hermana, quien, antes de girarse para ir a ponerse en primera fila y hacer fotos, me guiña un ojo.

Agarro la mano de Robert de forma instintiva y salimos al escenario. Una vez allí, lo suelto y Toby empieza a darle a la batería al ritmo de *Bad Guy*, de Billie Eilish.

Llego hasta el micrófono con esa seguridad con la que Miley Cyrus lo haría y poco a poco voy entrando en la canción. Las escasas veces que me atrevo a mirar al público me doy cuenta de que, aunque el recinto no se ha llenado, está todo el mundo dándolo todo.

Cuando terminamos el primer tema, los aplausos son generales.

Tal y como acordamos en las horas y horas de ensayos en el garaje de Robert, en cuanto a las canciones de cosecha propia, será el compositor de cada una quien la presente. Por tanto, aprovecho que Robert da pie a *Venom*, que al final decidimos que iría antes de *Cosmic Love*, para beber algo de agua.

—Este es un tema que compuse cuando, aunque yo no lo sabía, estaba metido en una relación tóxica. Y al escribir esta canción me di cuenta de ello y conseguí salir.

Robert se echa a reír al ver cómo el público aplaude.

—*Venom* habla de tener una relación de amistad o de pareja tan horrible y en la que discutes tanto que, en ocasiones, llegas a desear poder tener veneno a tu alcance para echárselo en la copa a esa persona.

Mira, lo que desearía hacer en ocasiones con Daniel.

El público vuelve a aplaudir y nosotros nos arrancamos con la canción..., y en un abrir y cerrar de ojos, tema tras tema, el concierto se me pasa volando.

¿Ya está?

Al terminar, los chicos dejan sus instrumentos y se me acercan. Agarro de la

cintura a Henry y Toby, pues son los que tengo a los lados, y hacemos una leve reverencia tras dar unos pasos hacia delante. El público no para de aplaudirnos y vitorearnos. Les damos las gracias y los cinco abandonamos el escenario.

—¡¡¡Qué pasada!!! —exclama Henry saltando de alegría.

—¡Ya os he dicho que lo íbamos a petar! —le sigue Robert.

—¡Síií! —Me uno a ellos y sus saltos.

Veo que Daniel y Toby chocan los cinco y se abrazan.

—Antes te he dicho que no soy supersticioso, pero, a partir de hoy, en todos los conciertos tenemos que entrar cogidos de la mano —me comenta enmarcándome la cara con cariño.

—¡Pues menos mal que no lo eres! —suelto echándome a reír.

Él hace una mueca y me guiña un ojo.

—He visto a Alice en el público —comenta Toby.

—¿Ha venido? —pregunta un sorprendido Henry.

Capítulo 21



Daniel

Pasamos a la zona de camerinos y descubro el pasillo lleno de gente.

La primera a la que nos encontramos es a Alice con su novio Anthony, así que los saludamos.

—¿Qué tal estás?

—Muy bien, recuperándome poco a poco —responde a la pregunta de Toby —. ¿Y vosotros?

—De subidón. —Henry ríe.

—Chicos, ha sido todo un exitazo. —Alice mira a Becka y, cogiéndole las manos, añade—: Y tú has estado alucinante. Con esa voz te vas a subir a todos los escenarios que quieras.

Me fijo en nuestra vocalista y detecto que le brillan los ojos. La verdad es que lo ha hecho genial; se ha notado que, a medida que iban avanzando los minutos, se encontraba más y más cómoda.

No dudan en abrazarse.

Aparto la vista y veo dirigirse hacia nosotros a nuestras familias. Voy directo a la mía.

—¡Hola, enano! —exclamo cogiendo a Nic.

Tengo dos hermanos. Susan, la mayor, y Nic, el benjamín de casa. Llegó hace

ocho años, cuando mis padres ya no se lo esperaban.

Nic y yo estamos muy unidos, aunque, como nos llevamos dieciocho años, parece más mi hijo que mi hermanito.

—¡Dani, ha sido una pasada!

—¿Te ha gustado?

—¡Síííí!

—Las ha bailado todas. —Nuestro padre se ríe.

—¿Incluso las lentas? —bromeo con el chaval, que asiente divertido.

Echo un ojo a mi alrededor y veo que mis colegas saludan a sus familiares, mientras que Becka se queda hablando con Alice y su novio.

Cuando noto que alguien me rodea con los brazos, vuelvo a lo mío y me percato de que es mi madre, así que le devuelvo el abrazo con cariño.

—Dani, habéis estado espléndidos —nos halaga visiblemente emocionada—. Ha sido un gran espectáculo.

—Muchas gracias, mamá —murmuro al separarnos.

—Y la nueva cantante, Becka, tiene una voz envidiable —añade—. Hace con ella lo que quiere.

Oigo que alguien se despide junto a mí. Al fijarme veo que Alice y Anthony caminan hacia Henry, mientras que Becka se ha quedado sola a un lado.

¿Dónde está Olivia? Según les contó a los chicos, había invitado a venir a sus padres pero sin decirle nada a su hermana para que esta no se pusiera más nerviosa. La busco con la mirada, pero no doy con la rubia.

—Sí, meterla en la banda ha sido todo un acierto —comento.

—Y ha sido una suerte que ella aceptara formar parte de esto, porque no se metía en algo fácil —expone mi hermana Susan.

—Sí...

Con rapidez, les echo un vistazo a mis amigos y me doy cuenta de que ellos no se han percatado de que Becka está sola. Me digo que hoy no es un día para estarlo y, justo cuando voy a llamarla para presentarle a mi familia, oigo una voz estridente a mi espalda.

—¡¡¡Beeeecks, mira quién ha venido!!!

Becka se gira y se lanza a los brazos de sus padres. La sonrisa que tiene en la

cara lo dice todo.

—Pero ¿qué hacéis aquí?

—¡Hemos venido a darte una sorpresa! —Su madre ríe.

—Y la sorpresa nos la hemos llevado nosotros al ver lo desenvuelta que estabas sobre el escenario —oigo que añade su padre.

Ella mira a sus padres con incredulidad y un brillo especial en los ojos, diría que está a punto de llorar, emocionada.

—¿Os ha gustado?

—¡Nos ha encantado! ¡Habéis estado genial y tú lo has bordado! —la felicita su padre—, aunque en los próximos conciertos intenta abrir más los ojos.

—Cariño, cantas como si te conociese todo el mundo —la piropea su madre.

—Ha sido como si la mismísima Miley Cyrus se subiese a ese escenario.

Las hermanas Miller se miran y se ríen por el comentario.

—Y, cuando has cantado *Hopelessly Devoted to You*, no sabes cómo lloraban estos dos. Creo que les he hecho alguna foto...

Becka se lleva las manos a la cara, incluso parece avergonzada.

—¡¿Cómo no nos habías dicho que ibas a cantar nuestra canción en la gira?! —bromea su padre.

Ahora lo entiendo todo. Entiendo su empeño por incluir este tema en el *setlist*. Era un homenaje a sus padres. Por fin comprendo por qué se negó a quitarla las más de las veinte veces que se lo pedí. Queda claro que es especial para ella, para su familia.

Reconozco que me ha sorprendido lo mucho que cantaba la canción el público, tanto adultos como gente más joven.

—Pensaba decíroslo, pero aún no... —responde Becka—. Quería que la escucharais cuando ya la hubiese cantado varias veces, cuando me saliera perfecta.

—Tal y como lo has hecho esta noche ha sido perfecto, cariño —afirma su padre abrazándola.

He estado tan pendiente de la familia Miller que he olvidado que estoy con la mía.

—Dani, ¿nos estás escuchando?

Capítulo 22



Becka

Esto se ha hecho realidad.

Estamos en la furgo de Chicago a Springfield, también en Illinois. Voy sentada detrás de Charlie, el conductor, junto a Robert. Mi hermana va de copiloto y el resto de los chicos, detrás.

Anoche ninguno dormimos demasiado. Por lo que sé, ellos salieron de fiesta hasta a saber qué hora. Nosotras nos fuimos con papá y mamá y luego salimos a tomar algo con Eddy, Julie y Logan, los amigos de mi hermana, que también asistieron al concierto.

Cierro un segundo los ojos hasta que oigo un ruidito. Al abrirlos me encuentro con Olivia y su cámara apuntando hacia mí.

—¿Va a ser así toda la gira? —refunfuño acomodándome en el brazo de Robert.

—Me temo que sí —murmura él.

Ella se ríe y vuelve a mirar hacia delante. Tiene el portátil sobre las piernas, echando un ojo a los cientos y cientos de fotos que sacó anoche.

—Cuando lleguemos al hotel y tenga wifi, os pasaré las fotos que he seleccionado del primer concierto —nos comenta.

Dicho y hecho. Nada más hacer el *check in* y llegar a nuestra habitación, lo

primero que hace es ponerse a enviar mails. Yo, en cambio, lo primero que hago es dejarme caer sobre la cama.

—¿No vas a deshacer las maletas? —me pregunta sin despegar la vista de la pantalla.

—¿Para qué? —contesto mirando el techo, de color gris—. Mañana tendría que volver a hacerlas, y paso.

—También es verdad... —murmura.

Pasamos unos minutos en silencio.

—Oli, ¿crees que hemos cometido una locura?

Oigo cómo se desplaza su silla, imagino que para mirarme.

—Ni que fuese la primera que hacemos.

—Hemos hecho muchas tonterías, como aquel verano que nos colamos casi cada día en la piscina de los vecinos, la tarde en la que por aburrimiento nos cortamos el pelo mutuamente o el día en el que nos escapamos de casa para ir a una fiesta. —Sonrío al recordar todo eso—. Pero ahora me refiero a una locura de verdad.

Tres segundos después noto que ella se deja caer en la cama junto a mí.

—Becks, la locura habría sido no aceptar esta aventura. Es toda una oportunidad.

Aprieto los labios y asiento levemente.

—¿Qué te pasa? ¿Te arrepientes?

—Es más presión de la que imaginaba —admito—. Soy la primera a la que le encanta cometer locuras, pero me da miedo que esta me venga demasiado grande.

Olivia se recoloca sobre la cama para sentarse y recogerse el pelo en un moño.

—¡Solo tienes que hacer lo que hiciste anoche unas cuantas veces más y ya está!

—¡Ojalá fuese tan fácil! —La imito y me siento frente a ella—. Antes en la furgo lo he estado pensando y he sido muy consciente de que, si los chicos se equivocan, nadie tiene por qué enterarse, pero..., si yo meto la pata, todo el mundo se dará cuenta.

—Becks, deja de ponerte en lo peor, así lo único que haces es ser tu peor enemiga.

Tiene razón. Pero los pensamientos intrusivos no son algo que se pueda controlar. Intento convencerme de que todo va a ir bien, pero ¿y si no es así?

—Además, no me negarás que los chicos de la banda son buenos tíos. Seguro que lo pasamos genial este mes —añade.

—Oli, solo te pido una cosa.

—Dime.

—Que no te encariñes demasiado. —La oigo reír—. ¿Recuerdas lo que pasó con el gato naranja que empezó a aparecer por casa?

—*Bigotes* —susurra Olivia.

—Te encariñaste con él y el día que dejó de venir te pusiste a llorar. Pues con esto te digo lo mismo: ten cuidado, no te fíes.

—Becks, no se puede ir por la vida desconfiando de todo —responde con seriedad—. No todo el mundo te la va a jugar. Deberías bajar un poco la guardia de vez en cuando, te sorprenderías.

—Humm... —es todo lo que digo.

Sigo observando el techo de la habitación en silencio, dándole vueltas a todo, hasta que Olivia se pone en pie, coge el portátil y vuelve a la cama.

—Mira, tengo pruebas de lo que provocaste anoche —comenta.

Miro la pantalla del ordenador y Olivia abre una carpeta llena de fotos y las va pasando una a una para que las vea..., y no puedo evitar sonreír. En ellas se ve a mucha gente pasándoselo en grande, sonriendo, cantando, bailando y saltando, sola o con amigos.

¿Eso lo he conseguido yo? ¿Lo ha conseguido Ubuntu?

Además de esas imágenes del público pasándoselo en grande hay otras de todos nosotros actuando. Cuando termina, busca una foto concreta: está hecha desde la espalda de papá y mamá, y se los ve mirándome a mí sobre el escenario.

—No quiero defraudarlos.

—No lo vas a hacer.

Capítulo 23



Daniel

Anoche actuamos ya fuera de casa, fuera de Chicago. Fue bastante bien, aunque los nervios se palpaban en el ambiente. Siempre hay cosas que mejorar, pequeños errores de los que el público ni se da cuenta. Detalles que podemos pulir esta noche en la prueba de sonido sin problema.

Aun con todo eso, se nota que los ensayos han dado sus frutos. Incluso parecemos una banda profesional y todo.

Ya vamos de camino a nuestro nuevo destino, Saint Louis, Misuri.

—Si nadie se opone, pienso ser la DJ del viaje —oigo decir a Olivia desde el asiento del copiloto—. Yo me encargo de la banda sonora de esta gira.

—Que alguien se oponga, por favor —suelta riendo su hermana.

—Anda ya, no será para tanto —comenta Toby.

Dos segundos más tarde empieza a sonar *Stars Are Blind*, de Paris Hilton y Kim Petras, en la furgo. Pero...

—¡¿Qué es esto?!

—Un temazo, ¿no lo oyes? —Olivia se gira y, al ver mi cara, añade—: Un poco de cultura musical no os vendrá mal, que hay algo más allá del pop/rock, chicos.

—No digáis que no os he advertido —apostilla su hermana.

Ahora es Robert el que habla.

—¡A mí me gusta!

—Creo que iremos turnando esto de poner música...

—¡Ni lo sueñes! —exclama Olivia subiendo el volumen del equipo.

Tras un buen rato soportando su música, me fijo en Becka. Va charlando con Henry. No me había dado cuenta de lo mucho que mueve las manos al hablar. ¿Será que ella las mueve mucho o que yo las muevo poco?

La morena le dice algo a su hermana y, al disponerse a mirarla, se queda con la vista fija en la carretera.

—¿Qué es eso? —inquiere cuando no han pasado ni tres segundos.

Su pregunta hace que todos nos echemos hacia delante para ver a qué se refiere.

—¿Es un muñeco? —murmura Henry.

—Yo creo que es una chica haciendo autostop, ¿no? —le dice Robert.

—¿Autostop? ¿Eso no es muy de los noventa? —bromea Henry.

Nos acercamos poco a poco a eso que nos tiene intrigados, y Becka le toca el hombro a nuestro *road manager* y le pide que pare cuando estamos a poca distancia.

—¿Ahora? —pregunto.

—Sí, ¿no lo ves?

Noto que Charlie empieza a frenar la furgo y me acerco todo lo que puedo a ella para ver a qué narices se refiere.

Lo único que veo es a una señora bastante mayor con el pulgar hacia arriba.

—Estás de coña, ¿no? —la increpo.

—Ni un poquito —me suelta.

—¿Piensas subir a esa mujer aquí? —pregunto con cierta incredulidad.

—Si lo necesita, por supuesto. —La que ha respondido ha sido Olivia.

Becka se gira con brusquedad hacia mí y me mira directamente a los ojos.

—¿Prefieres que la dejemos tirada en mitad de la nada con el calor que hace? —me plantea molesta.

—No podemos hacer eso. —Toby se mete por medio.

—Ay, Daniel, por favor... —sigue murmurando la morena.

La Ford Transit se detiene a un lado de la calzada.

—No estoy diciendo eso, pero...

—No hay peros que valgan, Dani.

—Me llamo Daniel —farfullo incómodo, pero ella se da la vuelta dejándome prácticamente con la palabra en la boca, abre la puerta del vehículo y baja.

No me lo puedo creer. ¿Esta quién se cree que es para tratarme así?

—¿A vosotros os parece normal? —demando a mis compañeros, pero ninguno abre la boca—. ¿Y si es todo un truco para robarnos?

—Mucha pinta de ladrona no tiene, la anciana... —susurra Robert.

Está claro que nadie piensa como yo. No me queda otra que suspirar y darme por vencido. Lo único que quiero es que nada se interponga entre nosotros y nuestro trabajo, sencillamente.

Me vuelvo de nuevo y ahora veo que no solo Becka ha descendido de la furgo, sino que Olivia la ha seguido y ambas están hablando con la mujer. Pocos segundos después, las tres caminan hacia nosotros.

Lo que nos faltaba, meter a una desconocida aquí.

Becka abre la puerta y la señora mayor, con ayuda de Henry, sube.

—¡Hola, muchachos!

Todos la miramos confusos mientras ella toma asiento junto a Robert.

—¡Hola! —exclama Robert a su lado.

—Chicos, os presento a Muriel —dice Becka volviendo a cerrar la puerta.

—Anda, como la de los dibujos *Agallas, el perro cobarde* —bromea Henry.

La mujer sonríe y asiente.

—¿Y qué haces por aquí, Muriel? —se interesa Charlie.

—Me he escapado de casa.

¡¿Qué?! ¿La abuela acaba de decir que se ha escapado de casa?

Nos miramos unos a otros sin dar crédito a lo que hemos oído.

—¿Te has escapado de casa? —repite Toby asombrado.

—Sí —afirma ella—. ¡Me tienen harta!

Me sorprende que diga eso, ahora sí que me ha picado la curiosidad.

—Pero ¿por qué dices eso?

—Estoy hasta las narices de vivir con ellas —se queja—, de tener que acatar

sus normas y de que no me dejen hacer lo que quiero, así que me he largado. No quiero que me controlen más. Ya soy lo bastante mayorcita como para valerme por mí misma.

La miro. Le calculo a Muriel unos setenta años y, honestamente, me da cierta pena. La veo como perdida.

—¿Con quién vives, Muriel? —interviene ahora Olivia.

—Vivo en casa de mi hija, con ella y mis dos nietas.

—¿Y no crees que estarán preocupadas? —sigue preguntando la rubia.

La señora parece pensarlo.

—Eso espero, se lo merecen.

Henry y Robert se miran divertidos ante el comentario que acaba de soltar. Yo miro a Charlie en busca de alguna solución.

—Muriel, me has dicho que eres de Saint Louis, ¿verdad? —Ella asiente y Becka sigue hablando—. Nosotros vamos justo hacia allí.

—Pero yo no quiero volver.

Becka se acerca a ella y, con cariño, empieza a abrocharle el cinturón.

—Vale, Muriel, vamos a hacer una cosa... —comenta colocándoselo correctamente—. Como nosotros vamos hacia allí, las llamamos por teléfono para decirles que estás con nosotros y, cuando lleguemos, les explicas por qué te sientes así, ¿vale?

—No es por ofenderos, pero prefiero quedarme donde estaba —replica sin pestañear.

—Lo entiendo, Muriel, pero con el calor que hace no es seguro que te quedes aquí, en mitad de la nada —comenta con paciencia la morena.

La anciana asiente levemente y Charlie vuelve a poner el motor en marcha.

—Estamos a unos cuarenta minutos de Saint Louis —nos comunica.

—Muriel, ¿llevas un teléfono móvil encima? —Ella asiente—. ¿Me lo dejas?

La mujer saca de su pequeño bolso un móvil y se lo entrega a Olivia. Esta lo mira y ve que lleva un número de emergencia escrito por detrás. Decide llamar.

Mientras vamos avanzando pienso en lo ridícula que es esta situación. Que un adolescente se escape de casa puedo llegar a entenderlo, pero ¿una señora mayor como ella?

—Muriel, cuéntanos, ¿cómo has llegado tan lejos tú sola? —pregunta Henry curioso.

—Es mejor que no lo sepáis —contesta con cierto misterio.

Su respuesta nos descoloca. ¿De dónde ha salido esta mujer?

—¿Vosotros vais de excursión? —se interesa Muriel.

—En realidad somos una banda de música —le cuenta Robert— y estamos haciendo nuestra primera gira.

—¡Qué divertido! —Ríe.

—¡Y esta noche actuamos en Saint Louis!

La mujer aplaude ante la información que le acaba de dar Becka.

Todos se pasan los cuarenta minutos de trayecto hablando con Muriel y contestando a sus preguntas. Todos menos yo, que no estoy demasiado interesado; solo quiero llegar para que esto se solucione lo antes posible y poder dar nuestro concierto.

Pero parece que no va a ser tan sencillo. Nada más llegar, nos encontramos con un coche de policía que nos da el alto.

Esto tiene pinta de ir para largo.

Capítulo 24



Becka

Charlie para la furgo junto al coche patrulla y todos bajamos de ella. Mientras Robert y yo ayudamos a Muriel a descender, pues está claro que ella sola no puede, nuestro *road manager* se pone a hablar con los dos agentes.

Me fijo en Daniel y veo que se queda a un lado. Rápidamente se nos acercan tres mujeres a la carrera.

—¡Abuela, ¿en qué estabas pensando?! —exclama una de ellas abrazándola.

La más joven la imita y la tercera, sin duda la mayor, se dirige a nosotros. Por lo que me llega de la conversación que mantiene Charlie, la policía estaba avisada por la familia de la señora gracias a la llamada que ha hecho Olivia desde el teléfono de nuestra autoestopista.

—Muchas gracias por traer a mi madre, lo digo de corazón. No sé qué voy a hacer con ella.

Vale, esta es la hija de Muriel y las otras dos, sus nietas. Tras hablar con la policía para indicarles que todo está solucionado, la hija vuelve a acercarse sacando la cartera de su bolso, adivino que para darnos dinero como agradecimiento, y sin dudarlo un segundo le cojo la mano con suavidad para que se detenga.

—Tranquila, lo importante es que está sana y salva. ¿Cómo te llamas?

Ella sonríe visiblemente alterada y guarda su cartera donde estaba.

—Soy Maggie. —Luego, lamentándose, añade—: No entiendo por qué hace estas cosas, ya es la segunda vez que se va de casa sin que nos demos cuenta.

Sí, la verdad es que es un comportamiento un tanto irracional. Olivia se acerca a nosotras.

—Por lo que nos ha explicado, vive con vosotras, ¿verdad? —le pregunta mi hermana.

Maggie asiente.

—Mira, te voy a ser sincera... —digo—. Nos ha contado que está cansada de vivir bajo vuestras normas y que la controléis, y que ya es mayor como para valerse por sí misma.

—¡Ojalá! —solloza—. Hace un año que le diagnosticaron Alzheimer y desde entonces todo ha ido de mal en peor. La enfermedad avanza rápido.

Pobrecilla. Ya decía yo que algo debía de pasarle a Muriel para comportarse así; tiene lógica.

—Si todo esto se os escapa de las manos y encima va a más, ¿no habéis pensado en contratar a un cuidador o una cuidadora capacitados que se encarguen de ella en casa mientras no estáis, o buscar un centro de día o incluso una residencia especializada... —sugiere Olivia—, para que esté controlada las veinticuatro horas del día?

Imagino que esta mujer ya habrá barajado todas las opciones que tiene de cara a hacer frente a la dolencia de su madre.

—Por supuesto, aunque nos las planteábamos como última opción. Pensábamos que mis hijas y yo podríamos hacernos cargo de ella, pero visto lo visto...

Maggie mira a su madre y Oli y yo nos giramos para hacer lo mismo. Vemos el cariño y el mimo con el que tratan las nietas a su abuela. Se nota lo mucho que la quieren.

—Sé que puedes pensar que es cruel hacerle algo así a tu madre —comenta Olivia—, pero es lo mejor tanto para ella como para vosotras. Todas merecéis tener calidad de vida y, además, evitar que, en alguna de sus fugas, esto acabe peor.

Miro a mi hermana y tengo claro que sabe del tema. Antes de que yo llegase a la familia Miller, tuvieron algún que otro problema con el abuelo, el padre de mamá concretamente. Falleció antes de que yo fuese adoptada y no es algo de lo que se hable mucho en casa, pero, por lo poco que sé, las historias tienen ciertas semejanzas.

—Sí, tenéis razón, pero es tan duro... —murmura Maggie—. Estos días me pondré a buscar alguna solución.

Oli y yo asentimos, realmente es lo mejor que puede hacer.

—¡Son una banda de música!

Las palabras de Muriel hacen que nos giremos de nuevo hacia ella.

—Ah, ¿sí? —dice Maggie caminando hacia ella.

Mi hermana y yo la seguimos, y nos unimos a sus nietas y los chicos. Todos menos Daniel, que está a un lado fumándose un cigarrillo.

No se me escapa el amor con el que Maggie coge la mano de su madre.

—¿Cómo os llamáis? —nos pregunta una de las niñas.

—Ubuntu —responde Toby.

No deben de pasar de los catorce años ninguna de las dos. Veo que esta rápidamente lo busca en su móvil.

—¿Y qué tipo de música tocáis? —se interesa la otra.

—Hacemos pop/rock. Algunas canciones de las que tocamos son nuestras y otras, *covers* de temas de otros artistas —contesta Henry.

—¡Qué guay! —exclaman ambas al unísono.

Observo la forma en la que Maggie mira a su madre. Sus ojos transmiten tanta tristeza y tanto cansancio...

De reojo veo que Daniel camina en dirección contraria a nosotros. ¿A dónde va? Oigo que Henry y Robert dicen algo, pero es él quien llama mi atención. Lo sigo con la mirada y me fijo en que, tras tirar algo en un cubo de basura, se dirige de nuevo hacia nosotros.

Aparto la vista lo más rápido que puedo, no quiero que sepa que lo estaba mirando y así aumentar su ego. Vuelvo a la conversación.

—¿Queréis venir a nuestro concierto de esta noche? —suelto de la nada.

Ellas me miran sorprendidas a la vez que entusiasmadas, y de inmediato

buscan la aprobación de su madre, que no sabe ni qué decir.

—Chicas, no sé si podem...

—¡Claro, vamos de concierto! —exclama Muriel.

—Si os apetece venir —comento—, tocamos a las nueve en la sala Red Flag.

—Aunque a las ocho y cuarto actúan nuestras teloneras y son muy buenas —añade Robert.

Miro a mi hermana y pienso en el momento en que llame a nuestros padres luego y les cuente todo esto. Van a alucinar.

Las caras de las adolescentes, así como la de Muriel, se iluminan. Maggie, al verlas, no puede evitar reírse; creo que sabe que no tiene escapatoria.

—Si os apetece, solo tenéis que ir a la taquilla y decir que sois las invitadas de Becka Miller, o sea, mis invitadas —propongo sin siquiera consultárselo a Charlie—. Os prometo que allí tendréis entradas para todas.

Según termino de decir eso, noto que tengo la mirada de Daniel clavada en la nuca, pero no me puede importar menos lo que opine.

Las chicas aplauden y Maggie nos agradece mil veces más lo que hemos hecho hoy por su familia. Finalmente nos despedimos de Muriel y volvemos a la furgo.

Todos van subiendo a la Ford Transit y me dispongo a hacer lo mismo cuando me fijo en que Daniel se queda a un lado. Decido pasar de él, pero, interponiéndose en mi camino, este farfulla:

—¿Has olvidado que el negocio está en vender entradas?

Lo que me faltaba, tener que lidiar ahora con el chulito.

—¿Y tú has olvidado que en la vida hay que tener empatía?

—La empatía no nos llenará salas de conciertos, o por lo menos no lo hará generando beneficios.

—Te sorprendería lo lejos que puedes llegar solo por ser buena persona —replico, y sonrío—. Pero creo que de eso tú sabes poco.

—¿Me estás llamando mala persona? —Sus ojos se clavan en los míos con furia.

—Eso lo has dicho tú, no yo —respondo sin perder la sonrisa.

Daniel da media vuelta y se monta en la furgo.

¡Qué imbécil!

Capítulo 25



Daniel

Comienza el concierto en Saint Louis y lo damos todo.

Desde mi posición me queda clarísimo lo bien que se lo pasa la gente que ha venido a ver nuestra actuación. Conseguir esta reacción es la mejor sensación, indescriptible.

Mientras tocamos *Cotton Candy*, de Yungblud, veo que Becka saluda a alguien. Al seguir la trayectoria de su mirada constato que finalmente Muriel y su familia han venido. Están al fondo, apartadas de la pequeña aglomeración que hay justo delante de nosotros, en primera fila. Muriel está sentada en una de las sillas.

Me fijo en ellas y me parecen contentas, hasta felices, incluso la hija de la anciana enferma. Las nietas se lo están pasando en grande, saltando y bailando al ritmo de la música.

Imagino que el rato que estén aquí será un momento de liberación, de no pensar en todos los problemas que tienen encima ahora mismo.

Creo que esta mañana no me han entendido. No es que no quisiera ayudarla cuando la hemos encontrado en la carretera. Lo que pasa es que me da miedo que, con lo que nos ha costado llegar hasta aquí, cualquier inconveniente pueda complicarnos o incluso acabar con este sueño.

Termina la canción y observo el papel con el *setlist* que tenemos pegado en el suelo del escenario. Ahora viene *Memories*, una de nuestras canciones. Una de *mis* canciones.

Antes de empezar la gira decidimos que, antes de tocarlas, el compositor de cada una sería quien la presentara. Quién mejor que este para dar un poco de contexto de lo que trata. Así que, en este caso, me toca.

Se van apagando los aplausos del público por la canción anterior y me acerco al micrófono de pie que tengo delante. Tanto mis compañeros como yo tenemos uno, para ayudar a Becka con las melodías o los coros.

—El tema que viene ahora se llama *Memories* —anuncio—, y me gustaría dedicárselo a unas chicas que hemos conocido esta mañana.

Becka, que está unos pasos por delante de mí, se gira sorprendida en mi dirección. Hago como que no la veo y sigo hablando.

—Todos tenemos miedos, y esta es una canción que escribí hace tiempo sobre uno de los míos. Me refiero al miedo de hacernos mayores y llegar al punto de olvidar todo lo vivido. Miedo a perder nuestros recuerdos. Aparte de nuestras familias y seres queridos, una de las cosas más valiosas que tenemos son las experiencias que vivimos y los recuerdos que nos llevamos de ellas —digo con sinceridad—. ¡Espero que el recuerdo de esta noche sea eterno!

Según pronuncio la última palabra, empiezo a tocar el teclado y Henry me sigue con la guitarra.

Interpretamos esta y el resto de las canciones hasta que el concierto llega a su fin. Luego, satisfechos, bajamos a saludar a la gente que ha venido a vernos y quiere conocernos, nos sacamos algunas fotos con ellos y les agradecemos su asistencia. Cuando acabamos, nos acercamos a Muriel y compañía.

La familia está emocionada y no tardan en hacernos saber lo mucho que les ha gustado y cuánto lo han disfrutado. Son mis amigos los que responden a sus palabras. Yo no digo nada..., y tal vez parezca el más insensible, pero me lo llevo en el corazón.

—¿Podemos hacernos una foto con vosotros? —se apresura a pedirnos la menor de las adolescentes.

Aceptamos encantados. Nos colocamos al lado de las dos, y tanto Maggie con

su móvil como Olivia con su cámara nos sacan alguna foto.

—Me parece a mí que aquí vais a tener unas fans incondicionales —bromea la madre.

—¡Ha sido una pasada! —exclama la que está al lado de Robert—. Lo hacéis taaan bien...

—¿Cuándo dais otro concierto por aquí? —pregunta la otra.

Nosotros nos miramos sonriendo.

—Danos algo de tiempo —contesta Henry riendo.

—Les hablaremos a nuestras amigas de vosotros. Seguro que fliparán y os seguirán por redes.

—Eso nos vendrá fenomenal —afirmo sonriendo.

—Gracias por dedicarnos esa canción —dice la joven que tengo al lado—. A partir de ahora será nuestra favorita.

La miro. Sus palabras me tocan la fibra y, con simpatía, le guiño un ojo.

En ese momento Muriel se levanta con ayuda de Olivia, que está pendiente de ella, y se acerca a nosotros.

—¡Ha sido el mejor concierto de mi vida! —exclama.

—Muchas gracias, Muriel. —Becka sonríe.

—Mis nietas serán vuestras fans, y yo también. Quizá no sea la número uno —comenta mirando a las crías—, pero seguro que, la mayor, sí.

Veo como Robert y Henry se miran y ríen por el comentario que acaba de hacer. Muriel da un par de pasos hacia mí y se sitúa a mi lado. Noto que me coge de la mano y al mirar me doy cuenta de que ha hecho lo mismo con Becka.

—Todos tenéis mucho talento, vais a llegar muy lejos. Y yo espero estar aquí para verlo. Apoyaos entre vosotros, siempre.

—¡Claro que vas a estar! —interviene de inmediato Olivia.

—Cuando volvamos a tener un concierto por aquí, estarás más que invitada —le promete Henry.

La anciana sonríe y, mirándonos a Becka y a mí, nos murmura sin soltarnos las manos:

—Se nota que hay química entre vosotros, no la perdáis.

Yo trago saliva.

Pero ¿qué dice?

Becka le responde algo a Muriel, pero no la oigo. Mi mente se queda anclada en la frase que acaba de soltar. ¿Química?

Echo un ojo a mis amigos y veo que miran a Muriel con una sonrisa. ¿Habrán oído lo que acaba de decir?

Mierda.

No quiero líos.

No quiero química con Becka Miller.

Capítulo 26



Becka

Esta mañana me he pasado prácticamente todo el trayecto de Saint Louis a Springfield, Misuri, durmiendo.

¡Qué sueño tenía!

Las pocas veces que me he despertado han sido para acomodarme mejor junto a Olivia y ver que Daniel iba sentado de copiloto charlando con Charlie. Mi relación con Daniel es rara. No la entiendo ni yo. Fue él quien vino a buscarme y me hizo entrar en el grupo. Pero, hoy por hoy, siento que es con el que menos conexión tengo y estoy convencida de que en su mente sigo siendo solo la «niñata».

Estamos en el local en el que tocamos esta noche. Sarah y Beth actuarán de un momento a otro. Suelo quedarme dentro con los chicos hasta que nos llega el turno, pero hoy estoy extremadamente aburrida, así que decido variar.

Me levanto dispuesta a largarme. Ellos están tan enfrascados en su conversación que creo que ni siquiera se dan cuenta de que me voy. Atravieso el pasillo, cruzo una puerta y piso la zona del público.

Pido un vaso de agua en la barra y me muevo hacia un lateral para disfrutar de las teloneras. Me gustan, tienen su estilo pop bien definido y resulta evidente que lo disfrutan.

Mi hermana se divierte moviéndose por el espacio y haciendo fotos. Haciendo fotos... ¿a qué?

Me fijo en Olivia y veo que sonríe mucho, incluso demasiado. Observo a las chicas de Two Lives y veo que Sarah intercambia miraditas con Oli. Muchas, diría yo.

Estos días las he visto hablar, nada más. Pero con las miradas y sonrisas que estoy captando, está claro que algo me he perdido.

Bueno..., bueno...

Me acabo el vaso de agua y vuelvo entre bambalinas. Me apresuro a cambiarme de ropa cuando ya oigo al público aplaudir despidiendo a las artistas, y de pronto entra mi hermana.

—¿Qué tal les ha ido? —me intereso.

—¡De fábula! —responde cerrando la puerta—. Para ser solo dos, saben llenar muy bien el escenario.

Asiento sin apartar la vista de ella.

—¿Beth y...?

—Sarah.

—Son majas, ¿verdad?

Olivia empieza a sacar la batería de la cámara.

—Sí, son muy simpáticas y me río muchísimo con ellas.

—¿Con las dos o... con una?

Olivia alza la cabeza. Solo con mirarnos nos entendemos, así que, con los ojos muy abiertos, dispara la pregunta.

—¡¿Cómo lo sabes?!

—Te conozco.

—¿Y...?

—¡Soy tu hermana!

—¿Y...?

—Es normal que ellos no se den cuenta, son hombres, pero yo... —Río—. ¿Qué hay entre Sarah y tú?

Me contesta mientras trastea en la cámara.

—Nada serio, pero nos lo estamos pasando muy bien. —Suelta una carcajada.

—¿Ya has olvidado las reglas que nos enumeró Daniel?

—Técnicamente Sarah no es parte de Ubuntu.

—Ya veo, aprovechándote de ese vacío legal.

Ella se echa a reír de nuevo.

—Oli, haz lo que quieras, pero siempre y cuando no suponga ningún problema con los chicos o con la gira, ¿de acuerdo?

—Prometido.

Ambas nos quedamos en silencio. Me miro al espejo y me retoco ligeramente el maquillaje.

—¿Y tú qué? —dice de pronto.

—Yo, ¿qué? —planteo sin dejar de mirar mi reflejo.

—Te conozco.

—¿Y...?

—¡Soy tu hermana! —responde ahora imitándome.

—¿Y eso qué más da?

—No te hagas la tonta, ¿me vas a decir que no te has dado cuenta de cómo te mira Daniel?

Ahora sí que dejo de contemplarme para mirarla a ella.

—¡¿De qué hablas?! No digas tonterías.

—Sí, tonterías... Si no me crees, luego te enseño fotos. —Ríe—. Pero, vamos, lo puedes comprobar tú solita ahora sobre el escenario.

Claro que hay contacto visual sobre el escenario y nos fijamos el uno en el otro, igual que con los otros tres. Es una manera de conectar con la banda y asegurarnos de que todo va bien en escena.

¿No?

Capítulo 27



Daniel

Tenemos el día libre.

Bordamos el concierto de anoche y hoy, por suerte, disfrutamos de un descanso. Mañana ya salimos hacia Oklahoma City.

Pero hoy podemos hacer lo que queramos.

Toby y yo nos levantamos a la vez, ya que en este hotel compartimos habitación, y salimos a nuestra pequeña terraza. Le echamos un vistazo a la piscina del establecimiento, que divisamos desde aquí, y no nos hace falta decir nada. Nos cambiamos, nos ponemos nuestras gafas de sol, pillamos toallas del baño y bajamos sin demora.

¡A por un chapuzón en la piscina!

Llegamos y nos tiramos en dos hamacas libres.

—Esto es vida —murmuro cruzando los brazos por detrás de la cabeza.

—Nos merecíamos algo así —comenta él.

Pasamos unos minutos callados, disfrutando del sol que nos baña el cuerpo.

—¿Qué te está pareciendo la gira, Daniel?

—La estoy disfrutando a tope, más de lo que imaginaba. ¿Y tú?

—Me lo estoy pasando genial. Menos mal que encontramos a Becka en el último momento. ¡Es perfecta! —menciona.

Asiento. Tiene razón. Dar con ella nos salvó.

—Ojalá se quede cuando terminemos.

Oír eso me sorprende.

—¿No quieres que vuelva Alice o qué? —bromeo.

—Claro que quiero, pero me da la sensación de que no lo hará.

—¿Por qué lo dices?

—No sé, es una sensación.

No soy el que más habla con Alice de los cuatro, pero, por lo que me han contado, desde la operación de los nódulos todo progresa bien.

Si las comparo, Alice y Becka no tienen nada que ver. La primera canta muy bien y tiene un estilo que mola mucho, pero Becka... es otro rollo. Pega mucho más con nosotros y, aunque ella no se lo crea, se come el escenario cada vez que se sube a él.

Toby se mueve en su hamaca para girarse hacia mí.

—¿A ti no te gustaría que Becka se quedase?

—Claro que sí, ¿tú has visto cómo canta? —Mi amigo asiente—. ¿Tú por qué quieres que se quede?

—Aparte de que canta de forma increíble, porque me gusta.

—Vaya vaya con Toby...

—Oye, te recuerdo que tengo novia. —Se ríe.

Es cierto. Este chico está casadísimo. Lleva con su pareja más tiempo del que puedo recordar.

—Me gusta el buen rollo que transmite, lo predispuesta que está siempre a todo y que nunca le falte una sonrisa... ¿Y a ti?

—A mí, ¿qué?

—¿Que si te gusta Becka?

¿Qué está diciendo?

—¿Qué dices, tío...?

—No seas malpensado. —Se ríe otra vez—. Algo te gustará de ella, ¿no? ¡Tú la encontraste!

Por supuesto que hay cosas de ella que me gustan. Por ejemplo, me gusta cómo se le achinan los ojos cuando se ríe, o que tiene siempre una sonrisa para

todo el mundo, o cómo mira a su hermana y le habla con los ojos...

Pero eso no pienso decirlo, así que respondo otra cosa.

—Hombre, canta bien y creo que pega mucho con nosotros.

Miro a Toby y este asiente ante lo que acabo de contestar. Y, antes de que vuelva a abrir la boca para seguir con el tema, me quito las gafas de sol.

—Voy a darme un baño, me muero de calor —suelto poniéndome en pie.

Mi amigo se vuelve a tumbar, ahora boca arriba, en la hamaca. Menos mal. Me acerco a la piscina y me tiro de cabeza, sin pensarlo.

Uff... Esto es justo lo que necesitaba.

Capítulo 28



Becka

¡Ya era hora de tener algo de tiempo libre!

—Pienso meterme en el agua en cuanto llegue —comenta Robert.

Vamos con él y Henry en el ascensor hasta la planta baja, donde está la piscina. Las puertas se abren y los cuatro salimos.

Los chicos se nos adelantan mientras mi hermana me habla de redes y de que debería ponerme de foto de perfil una de las que me sacó anoche.

—Vale, cuando subamos me la enseñ... ¡¡Ay!!

¿Contra quién narices he impactado?

Me separo usando los brazos y... ¡No podía ser de otra manera! He chocado con el chulito de Daniel y encima me ha empapado.

Miro hacia donde mira él y veo a una camarera hablando con Toby. Entonces Daniel se gira hacia mí por fin.

—¡Menos estar pendiente de las camareras y más fijarte por dónde vas! —le reprocho.

—¿Qué pasa? ¿Te molesta? —replica con una sonrisa. Y, antes de que pueda responder, prosigue—: No seas exagerada, con el calor que hace seguro que te ha venido bien refrescarte. —Dicho esto, se ríe.

Anda, míralo qué chistoso. Pero a mí no me hace ni pizca de gracia.

Me limito a pasar de él y seguir a mi hermana hasta unas hamacas vacías.

—¿Estás bien? —me pregunta divertida al llegar.

—Sí.

No me gusta que se lo tome así, a broma.

Busco a Robert y a Henry con la mirada y los veo ya metidos en la piscina. También soy consciente de que las hamacas que hay frente a nosotras, al otro lado de la piscina, son las de Toby y el tonto de Daniel.

Parece que todos hemos tenido la misma idea al ver la piscina desde las habitaciones.

—¿Tenemos que ponernos aquí?

—Echa un vistazo, estas son las únicas que quedan sin ocupar. —Oli alza los hombros.

Bah, da igual. Me quito la toalla que llevo a la cintura, la extiendo sobre una hamaca y me tumbo. Mi hermana hace lo mismo. Luego solo me hacen falta un par de minutos para darme cuenta de que necesitamos algo.

—Oli, saca la crema, que si no nos vamos a quemar.

Ella coge el bote de su bolsa. Nos echamos crema por el cuerpo y nos ayudamos con la espalda. Terminamos y lo vuelve a guardar.

Por fin un poco de tranquilidad.

—¿Nos la dejáis?

Abro los ojos y ahí está él, tras sus gafas de sol. No pienso moverme.

—¿Qué queréis? —Olivia se incorpora.

—La crema.

Veo que ella la vuelve a sacar de la bolsa y se la da.

—Gracias, chicas —murmura antes de volver a su sitio.

—Al menos contigo es educado —farfullo.

—Contigo también, solo que no le escuchas. —El comentario de Oli hace que la mire—. Cuando habéis chocado, lo primero que ha dicho ha sido «Perdón», pero no le has prestado atención.

Niego con la cabeza. ¿Ha dicho eso?

—Debe de ser que tengo oído selectivo y de él intento captar lo mínimo posible.

Ambas reímos. Ojalá fuese así. En todo caso, mis ojos lo buscan continuamente a pesar de mis esfuerzos por evitarlo. Es algo que intento disimular todo lo que puedo.

Oli y yo nos pasamos un largo rato en silencio, disfrutando del buen tiempo y la leve brisa que sopla de vez en cuando.

Una risa que reconozco me saca de mis pensamientos. Echo un vistazo alrededor y constato de quién es..., y descubro qué la ha provocado: Daniel está charlando con la camarera a la que miraba antes. Lo veo coger su móvil de la hamaca y apuntar algo que ella le dice.

—Seguro que le está dando su número —comenta Oli a mi lado.

—Y seguro que quedan esta tarde cuando ella finalice su turno —añado.

—Seguro —repite.

No digo más para no seguir con el tema, pero parece que Oli tiene otros planes.

—Es guapo, ¿eh?

—¿Ella? Mucho. —Respondo lo que quiero.

—¿Y él? —insiste.

—También.

La verdad es que, desde que Oli me dijo que Daniel me miraba sobre el escenario, no he podido dejar de darle vueltas. Ayer durante el concierto lo comprobé. Sin embargo, mientras que una parte de mí me dice que tal vez sí siente algún interés, porque, en efecto, nuestras miradas coincidieron más de lo necesario, otra me indica que posiblemente se deba a la más pura de las casualidades.

—Y está soltero —oigo susurrar a Oli.

—Me alegro mucho. —Al ver por dónde van los tiros, procuro cambiar de tema al instante—. ¿Dónde está Sarah?

Olivia se echa a reír. Sabe lo que intento hacer.

—Beth y ella se han ido de compras, creo que vuelven esta tarde —responde —. Podríamos ir a tomar algo con ellas y los chicos si quieren.

—Humm...

Una rápida mirada a mi hermana me deja claro que no va a parar con el

temita, así que sigo procurando hablar de otra cosa.

—Antes has hablado con mamá y papá, ¿verdad?

—Sí y, antes de que preguntes, no hay nada nuevo —se anticipa—. Ambos están bien. Cuando los he llamado estaban arreglando el jardín.

Asiento con los ojos cerrados.

—Entonces ¿no me vas a decir nada de Daniel? —Está claro que Oli no es de las que tiran la toalla.

—¿Qué quieres que te diga?

—Que está bueno y que te lo tirarías, por ejemplo.

—Está bueno y me lo tiraría. ¿Contenta? —suelto abriendo los ojos para mirarla y ver su reacción.

Pero parece que no; Olivia quiere más.

—¿Te has fijado en lo que te dije? ¿En las miradas que te echa?

—Sí, y creo que son mera coincidencia.

—En tus sueños quizá —bromea mi hermana, y añade—: Becks, la tensión entre vosotros es innegable. ¡Hasta Muriel se dio cuenta!

—¿La oíste? —Asiente—. Cuando dijo eso de la química entre ambos, no supe dónde meterme. Fue superincómodo.

—La Becka que conozco ya se hubiera lanzado.

Tiene razón. Pero, como bien dijo él, no hay que mezclar trabajo y amor. Tampoco trabajo y sexo.

—La Becka que conoces no quiere liarla y repetir errores.

—¿Repetir errores?

—¿No recuerdas que Robert nos contó que Daniel empezó a salir con una de las anteriores vocalistas del grupo y que, cuando lo dejaron, Ubuntu casi se fue a la mierda?

—Pero eso es problema suyo, no tuyo.

—Eso es cierto —admito; sin embargo, mirándola con una sonrisa, añado—: Pero, Oli, siento decirte que a mí Daniel no me gusta.

Mi hermana me mira con asombro, pero yo continúo, sin dejarla hablar.

—No me gusta la chulería con la que va por la vida, con o sin gafas de sol puestas. No me gusta que sienta que en todo momento lleva la razón y no se le

pueda rebatir nada. Y no me gusta que siempre crea que está por encima de los demás.

Olivia y yo nos contemplamos en silencio. Sabe perfectamente que tengo razón. Los tíos arrogantes y creídos no van conmigo.

—Todo lo que estoy oyendo son excusas para no permitirte pasarlo bien, porque no has intentado conocerlo de verdad —afirma ella.

Según la oigo pongo los ojos en blanco. Cuando se le mete algo en la cabeza...

—Además, las reglas de las que nos habló Daniel aquí se las están pasando todos por donde les da la gana —se queja.

—¿A qué te refieres?

—A que Charlie y Judy, por ejemplo, pasan mucho tiempo juntos... ¿Dónde están ahora para no estar disfrutando de la piscina?

Vaya..., no lo había pensado, pero ahora que lo dice...

—¿Y qué me dices de Robert...?

Antes de que termine la frase le doy un golpe en el brazo para que se calle, ya que el susodicho se está acercando a nosotras seguido de Henry.

Nos interrumpen, y Oli y yo no podemos seguir hablando. Pero si algo me ha quedado claro es que parece que aquí todo el mundo se lo está pasando en grande.

Todos ¿menos yo? Ni de coña.

A la mierda las reglas.

Capítulo 29



Daniel

Becka ha escrito, en el chat de la banda, que quiere que cenemos juntos en el restaurante del hotel, ya que le gustaría decirnos algo. ¿Qué mosca le ha picado?

Toby y yo bajamos a la hora acordada y vemos que ya están todos en la mesa.

—Vamos a por algo de comer y venimos —comenta Toby al acercarnos.

Nos dirigimos hacia los mostradores de comida y flipamos. Si hay algo que nos gusta es un *buffet* en el que poder coger todo lo que queramos. Mi amigo y yo pillamos un par de platos y los llenamos hasta los topes.

Cuando ya están a rebosar, cogemos un par de cervezas y volvemos a la mesa.

—¿Estáis seguros de que no queréis nada más? —bromea Henry al vernos llegar.

—Esto son los entrantes, luego iré a por el segundo plato. —Le sigo la broma.

Toby y yo nos sentamos y, como no podía ser de otro modo, me toca hacerlo enfrente de Becka.

—Bueno, ahora que ya estamos todos, cuéntanos —le pide Robert.

—Oli y yo hemos tenido una idea.

—Nada bueno puede salir de ahí —suelto haciéndolos reír a todos.

A todos menos a Becka, claro, que simplemente murmura:

—¡Qué graciosito eres!, ¿no?

—¿A que sí? —me burlo.

Nos miramos y eso me pone nervioso. Ni medio segundo tardo en apartar mis ojos de los suyos.

—A lo largo de esta gira vamos a pasar muchas horas juntos y tendremos tiempo más que de sobra de conocernos bien si ponemos un mínimo interés..., y de eso se trata, de que procuremos conocernos de verdad —empieza a decir Olivia.

Yo me meto un trozo de pollo en la boca. No quiero volver a mirar a Becka; ¿por qué me pone tan nervioso?

—Podemos acabar sabiendo nuestros gustos personales, nuestra comida preferida o nuestro animal favorito, si dormimos desnudos o usamos pijama... —continúa Becka.

Sus últimas palabras me hacen toser, casi me atraganto con lo que tengo en la boca. No me esperaba que fuese a soltar eso.

—¿Estás bien? —pregunta Toby dándome unos golpecitos en la espalda.

—Sí, sí... —murmuro antes de darle un trago a mi cerveza.

Me tomo unos segundos para recobrar el aliento y vuelvo a prestar atención a la conversación..., y lo que oigo me descoloca.

—¿Dices que queréis hacer un amigo invisible? —plantea Henry.

—Sí, pero a ciegas, porque no sabremos a quién se lo vamos a regalar en realidad. —Nuestras caras de confusión deben de ser más que evidentes, porque Becka prosigue—: A ver, es igual que lo que se suele hacer en Navidad, pero sin pensar en nadie en concreto a la hora de adquirir el regalo. La idea es simple: hay que comprar uno que más o menos pueda gustarnos a todos. El día que decidamos dárnoslos, los pondremos encima de una mesa y ya decidiremos quién coge el primero..., y así hasta el último. Luego ya, si te gusta o no, será tu problema —dice mirándome.

—Siempre podremos intercambiarlo con otra persona del grupo —añade su hermana.

Perfecto. Ahora no solo deberé preocuparme de que todo vaya bien, sino que además tendré que acordarme de comprar un regalo que no sé ni para quién será. ¡Estupendo!

—¿Y para cuándo queréis hacer esto exactamente? —pregunto.

Veo a Becka sacar su móvil y mirarlo unos segundos.

—Creo que estaría bien darnos los regalos el último día de la gira, en el concierto de Los Ángeles.

—Genial, así tenemos tiempo para conocernos bien todos, pensarlo y, lógicamente, adquirirlo —comenta Robert asintiendo varias veces.

—Pues ya podéis comenzar a darme ideas, porque, si no, os regalaré unos botellines de cerveza y listo —bromeo.

—¡Qué original!

Según Becka dice eso, la miro y añado:

—Siempre...

Veo que mueve la cabeza negativamente.

—El motivo de esto que proponemos no es, ni más ni menos, que pasar más tiempo juntos y conocernos —explica.

La miro. ¿Tiempo juntos?

No... Y enseguida desvío la mirada.

Capítulo 30



Becka

El concierto en Oklahoma City ha ido de maravilla. La de hoy ha sido la sala en la que más público hemos tenido hasta la fecha.

¡Qué pasada!

Una vez que lo tenemos todo recogido, pillamos unos sándwiches y volvemos juntos al hotel de esta noche. Al llegar, cada uno se va a su habitación.

—Tengo que pedirte un favor —oigo decir a Oli cuando estoy cerrando la puerta.

—Dispara.

Solo me da tiempo a apoyar la chaqueta con flecos que me he puesto esta noche en la silla antes de que vuelva a hablar.

—Necesito que me dejes la habitación un rato.

¿Qué acaba de decir?

—Estás de coña, ¿no?

—Becks, porfa, será solo hoy.

Imagino que es para estar con Sarah.

—Oli, ¿no podéis ir a la suya?

—Es que ella la comparte con Beth.

—¿Y para que no se vaya Beth de su cuarto tengo que irme yo del mío? —

suelto molesta.

Olivia se limita a hacer una mueca.

—Joder...

Lo que menos me apetece ahora mismo es ponerme a discutir con mi hermana. Lo único que quería era darme una ducha, ponerme el pijama, y tirarme en la cama a ver una serie mientras me comía mi sándwich. Pero no. Resulta que me veo expulsada de mi propia habitación.

—Te advierto desde ya que no me voy a pasar toda la gira así. Esta es la primera y la última vez que me voy.

—¡Gracias, Becks!

Olivia se acerca y me abraza con efusividad.

—Me llevo el portátil —anuncio con tono serio—. Y más te vale que no toquéis mi cama para nada. —Por suerte hemos pedido una habitación con dos individuales.

—Sí, ¡claro! Yo te aviso cuando Sarah se vaya...

Vuelvo a coger mi chaqueta con flecos y salgo a regañadientes al pasillo. Bajo las escaleras hasta la planta baja y decido dirigirme a la cafetería. ¿Dónde si no?

Nada más llegar me atiende un camarero.

—Buenas noches. ¿Qué quiere tomar?

—Una Coca-Cola Zero, por favor. —Él asiente—. ¿Puedo sentarme en la terraza?

—Por supuesto. Póngase donde le apetezca, señorita.

Sonrío y me voy hacia allí. No es la mejor del mundo, da a la entrada del hotel, pero algo es algo.

Cuelgo la chaqueta en el respaldo de la silla y dejo el sándwich —espero que no me digan nada por comérmelo aquí habiéndolo traído de fuera— y el portátil sobre la mesa. Saco los auriculares que llevo en el bolsillo de la chaqueta y los conecto. Enciendo el ordenador. Mi hermana ya le ha puesto el wifi del hotel antes, así que lo único que tengo que hacer es abrir MAX y seguir con la serie que tengo a medias.

En teoría Olivia y yo estamos viendo *La casa del dragón* juntas, pero, si cree

que la voy a esperar porque esté liándose con la telonera, lo lleva claro. El episodio que vimos anoche se quedó en un punto demasiado interesante como para no continuar con el siguiente. ¡Ya lo verá ella cuando quiera!

—Aquí tiene.

—¡Gracias!

El camarero deja mi Coca-Cola Zero y un pequeño recipiente con frutos secos junto a mi sándwich, al que afortunadamente no le presta atención. Me pongo cómoda y le doy al *play*.

Cuando no llevo ni quince minutos de episodio, algo a pocos metros de mí me llama la atención. Pauso la reproducción y me fijo bien.

¿Esos son Robert y Henry?

Los veo salir del hotel cogidos de la mano..., hasta que me ven. Rápidamente se separan.

Sí, parece que el comentario que ayer iba a hacerme Olivia en la piscina era lo que yo ya imaginaba.

—Chicos, por favor, que no soy tonta. Conmigo no tenéis por qué disimular —comento divertida al ver que se acercan.

Sus caras pasan del susto a la risa en un segundo.

—¿Ya lo sabías?

—Lo sospechaba. —Ellos se miran entre sí—. Pero podéis estar tranquilos, que vuestro secreto está a salvo conmigo.

—Gracias, Becka. —Robert me abraza.

—¿A dónde vais?

—A tomar algo por ahí —contesta Henry enseñándome las llaves de la furgo.

—¡¿Cómo las habéis conseguido?!

La pareja se echa a reír.

—Son las de repuesto, me las dio mi madre por si acaso, por si pasaba algo.

—Míralo, qué listo... —bromeo.

—¿Te apuntas? —me ofrece Robert.

Por un momento me lo planteo, pero no. Mejor declino su ofrecimiento. Su plan era irse los dos solos como una parejita, no voy a acoplarme a ellos ahora.

—Gracias, pero mejor me quedo aquí con mi serie.

Veo que Henry echa un vistazo a la terraza y también al interior, a la cafetería, y me mira.

—¿Estás sola? —Asiento—. ¿Qué haces aquí a estas horas sola?

—Oli me ha echado de nuestra habitación.

No hace falta que diga más, parece que me han entendido.

—Toma, puedes ir a la nuestra si quieres —me ofrece Robert sacándose la tarjeta del bolsillo de la riñonera.

—No, tranquilos. De verdad, aquí estoy bien, tampoco creo que sea mucho rato.

—Vale, pero, como cuando volvamos sigas aquí, te vendrás a dormir con nosotros —me advierte Robert.

—Sí, papá.

Los tres nos carcajeamos.

—¡Venga, pasadlo bien!

—Para cualquier cosa, nos llamas, que no vamos muy lejos —comenta Henry antes de despedirse.

Yo asiento, veo cómo suben a la Ford Transit y abandonan el parking del hotel.

Vuelvo a centrarme en mi serie.

No ha pasado ni media hora cuando algo en la entrada del hotel vuelve a llamarme la atención. Dos chicas hablan y se acercan a la puerta y, para mi sorpresa, el que sale entonces es Daniel. Saluda a las dos mujeres y les comenta algo.

Mierda.

¿Y si ve que la furgo no está?

Capítulo 31



Daniel

Saludo a las dos chicas, que me reciben con una gran sonrisa. Las he conocido tras el concierto de esta noche y hemos quedado para ir a tomar una copa.

—El Uber llega en cuatro minutos —comenta una de ellas.

—Genial.

Echo un vistazo a nuestro alrededor y algo me choca. Todas las mesas de la terraza de la cafetería están vacías, menos una. Una en la que hay una morena con la mirada perdida en su ordenador. Me fijo bien; ¿esa es Becka?

La observo durante unos segundos. Creo que ella no me ha visto. ¿Está sola?

—Chicas, disculpadme un momento.

—¡Claro, no hay problema!

Sonrío y camino hacia Becka. Al llegar a la terraza, me apoyo en la valla que nos separa y ella aparta lentamente los ojos de la pantalla.

—Hola. —Sonrío cuando me mira.

—¿Qué quieres?

Aun a riesgo de que me responda de manera cortante con un «¿Y a ti qué te importa?», pregunto:

—¿Qué haces aquí sola? ¿Esperas a alguien?

Ella aprieta la barra espaciadora en el teclado del portátil, imagino que para

pausar lo que está viendo, y me contesta:

—Espero a que mi hermana termine lo que sea que esté haciendo en nuestra habitación para poder entrar.

Guau. Tanta sinceridad me sorprende.

—¡Dani, el coche está llegando!

Becka y yo miramos hacia las chicas y les hago una seña para darles a entender que ya voy.

—Pásatelo bien, *Dani* —murmura ella con gracia antes de volver a lo suyo.

Aprieto los labios y voy de nuevo hacia la entrada sin prisa.

Ver a Becka ahí sola ha hecho que se me quiten las ganas de irme con las chicas. Algo en mi interior me pide que me quede con ella. ¿Por qué?

Llego a su lado y veo un vehículo detenerse frente a la puerta del hotel.

—Chicas, hemos tenido un problema con las mezclas para el concierto de mañana y debo quedarme —miento rogando que ninguna de las dos entienda de estos temas—. Lo siento muchísimo.

—No me digas...

—Sí, es una putada. —Asiento—. Id vosotras y, si al final terminamos pronto, os escribo por Instagram.

Ambas asienten con cierta cara de pena y nos despedimos.

Vuelvo a acercarme a la valla y esta vez la salto. Becka alza la vista, pero medio segundo después vuelve a la pantalla de su ordenador. Me fijo y confirmo que está viendo una serie, concretamente *La casa del dragón*. Cojo una silla y me siento en su mesa.

Becka vuelve a poner la pausa.

—Me quedan diez minutos y voy a verlos —afirma, y luego se quita el auricular izquierdo y me lo ofrece—. ¿Quieres?

Acepto y me lo pongo. Vuelve a darle al *play* y acerco mi silla a la suya para poder tener mejor ángulo. En realidad, esta serie ya la he visto con mi madre en casa; a ella le encanta.

Pasamos esos diez minutos en silencio. Unos minutos en los que el camarero se acerca y le pido una cerveza.

El episodio llega a su fin y, antes de que me diga nada, le devuelvo el

auricular.

—Esta serie es increíble.

—Sí, yo ya la he visto. —Ante su cara de sorpresa, añado—: Estoy deseando que estrenen la tercera temporada.

—Como me hagas un *spoiler*, te juro que me voy y dejo la gira a la mitad.

Ambos nos echamos a reír por su comentario. ¿Es la primera vez que nos reímos juntos?

—¿No te ibas con las chicas?

—Qué va, si en realidad no me apetecía salir —miento—. Verte aquí me ha dado la excusa que estaba buscando para no ir y quedarme en el hotel.

—Ya...

Becka apaga su ordenador, baja la pantalla y mueve ligeramente su silla para ponerse frente a mí.

Parece que no se acaba de creer mis palabras. Para ser sincero, si yo fuese ella, tampoco lo haría.

—Mucha colonia te has echado tú como para no apetecerte salir de fiesta, ¿no?

—¿Hay algo de malo en ser un tío limpio?

Ella hace una mueca y pega un trago a su bebida.

—¿Qué estás tomando?

—Coca-Cola Zero.

—¡Vas fuerte! —bromeo.

—No suelo beber alcohol, pocas veces me tomo una copa —comenta.

Me sorprende. Prácticamente todo el mundo que conozco bebe cerveza cuando quedamos.

—¿Y eso?

—No va mucho conmigo.

—¿Tampoco lo haces cuando sales de fiesta? —Ella niega con la cabeza—. Dicen que el alcohol ayuda a desinhibirse.

—Yo no necesito ir borracha para desmelenarme.

Becka me mira con una sonrisa que no tengo claro si sé descifrar.

—¿Y qué tal te va la gira? —pregunto para cortar este momento—. ¿Te lo

estás pasando bien?

—Sí, la verdad es que mucho mejor de lo que esperaba —afirma echándose hacia atrás en su silla—. Y poder traerme a mi hermana lo ha hecho mil veces mejor.

—Menos cuando te echa de la habitación —bromeo haciéndola reír.

Becka da un trago a su refresco y mientras lo deja de nuevo en la mesa murmura:

—Tiene sus momentos..., pero, aparte de decir que sí a adoptarme, ella es el mejor regalo que pudieron hacerme nuestros padres.

¿Qué ha dicho?

—Espera, ¿has dicho «adoptarme» o he oído mal?

—Has oído perfectamente. Mis padres y mi hermana no son mi familia de sangre, me convertí en una Miller a los catorce años.

—No tenía ni idea —susurro.

Pego un trago a mi birra y me fijo en cómo se le iluminan los ojos al hablar de ellos.

—¡No tenías por qué! —Becka sonríe—. Puede que no sean mi familia biológica, pero son mi familia. Desde el primer día me he sentido una más de ellos.

—Tienen pinta de ser buenas personas.

—Lo son —sentencia con una sonrisa—. ¿Y tú qué?

Ella me mira, pero no tengo muy claro qué quiere que le diga.

—En casa somos tres hermanos —suelto—, yo soy el mediano.

—Te vi con tu familia tras el primer concierto, qué bonito que vinieran a apoyarte.

Tiene razón. Siempre he tenido mucha suerte con ellos, me han respaldado en todo aquello que se me ha pasado por la cabeza y he querido llevar a cabo.

—Sí, son los mejores.

—¿Y cómo es tener un hermano tan pequeñajo?

Pienso en Nic y se me escapa una sonrisa casi sin que me dé cuenta.

—Es extraño —admito—, porque la presión de ser un buen modelo a seguir la tuvo mi hermana Susan cuando yo era pequeño, y ahora la tengo yo. A veces,

cuando estoy con Nic, no sé si me siento más su hermano o su padre.

—¿Cuánto os lleváis?

—Dieciocho años.

—Guau, es que son un montón.

—¡Y que lo digas!

Ambos reímos y nos pasamos el rato siguiente compartiendo anécdotas vividas con nuestros hermanos..., hasta que le echo un vistazo al móvil y veo la hora que es.

—Becka, son las dos de la madrugada, deberíamos irnos a dormir.

Veo que ella mira su teléfono en busca de algún mensaje de su hermana, pero no tiene nada.

—Sí, tienes razón.

Ambos nos ponemos en pie. Ella coge su ordenador y caminamos hacia el ascensor. Al llegar, le doy al botón para llamarlo.

—Me lo he pasado bien hablando contigo —me dice mirándome.

—Yo también. —Le devuelvo la mirada y sonrío.

De repente percibo que se genera un silencio denso entre nosotros y aparto la vista.

Mierda...

¡La química!

Capítulo 32



Becka

Joder, Olivia, ¿por qué no me has escrito aún?

Daniel se queda callado y yo barajo las opciones que tengo. Puedo irme a mi habitación y cortarle el rollo a mi hermana, o puedo hacer algo que realmente me apetece, lo que implica pasármelo bien pero rompiendo las reglas.

Total, yo nunca he sido de reglas.

Suelto lo primero que se me pasa por la cabeza.

—A ver si Oli ha terminado ya...

—Sí, es tarde y mañana hay que madrugar.

Según deja de hablar, se abren las puertas del ascensor. Entramos en él y nos apoyamos en la pared, pero uno frente al otro. Él le da al botón del sexto piso y yo hago lo propio en el número dos.

Las puertas se cierran y lo miro. De pronto Daniel parece nervioso. Se mete las manos en los bolsillos del pantalón y clava los ojos al suelo. ¿Intenta evitarme la mirada?

—Bueno, si no ha acabado, siempre puedo volver a la cafetería y ver otro episodio de la serie —digo.

«Venga, Daniel, dilo. Vamos... ¡Mírame!»

Lo estoy observando y, por fin, levanta la mirada y la centra en mí. Sonrío,

pero en esta ocasión de manera poco angelical, y él aprovecha. Me hace un barrido de cuerpo entero para volver a mis ojos y acabar ahí.

—Si aún sigue ocupada, siempre puedes venir a la mía.

Sí, esto es justo lo que quería.

—¿A tu habitación? —pregunto haciéndome la inocente.

—Sí, esta vez no me ha tocado compartirla con Toby.

—¿Y dormir contigo? Ni loca —bromeo.

—Lo sé, sé que sería tu última opción. —Veo que sonríe.

Esto es justo lo que pretendía.

—La ultimísima.

El ascensor se para y una voz robótica avisa de que hemos llegado al segundo piso. Pero no me muevo, me limito a mantenerle la mirada a Daniel. Y él a mí.

Las puertas hacen un ruido y él observa cómo se cierran sin que ninguno de los dos se mueva un milímetro.

Vuelve a clavarme la mirada y, por cómo lo hace, intuyo que estamos pensando lo mismo.

—A la mierda —murmuro dejando con cuidado el ordenador en el suelo.

Ahora sí que me muevo. Me lanzo sobre él y unimos nuestros labios. Por la intensidad con la que nos besamos entiendo que no soy la única que tenía ganas.

—No deberíamos hacer esto —susurra paseando las manos por mi cuerpo y atrayéndome hacia él al terminar el beso.

—Somos adultos —respondo notando cómo me vibra el móvil en el bolsillo.

«No, Oli, ahora no, ¡jodeeer!»

Daniel me agarra con más fuerza, hasta que las puertas vuelven a abrirse y soy yo la que lo empujo para separarme de él. No sabemos si habrá alguien al otro lado esperando el ascensor. ¿Y si hay alguien del equipo?

Vuelvo a coger mi portátil y ambos salimos del cubículo. Me fijo en Daniel y veo que mira hacia ambos lados del pasillo con cierto temor.

—No hay nadie —lo tranquilizo.

Él me mira sonriendo y pasándose las manos por el pelo para echárselo hacia atrás.

—Bueno..., me alojo en la número quinientos doce —musita.

—Creo que voy a acompañarte hasta allí para comprobar que llegas sano y salvo.

—¿Estás segura? —Sonríe de manera burlona.

—Segurísima. Imagínate que te pasa algo y nadie se da cuenta hasta mañana. Menudo cargo de conciencia tendría entonces —bromeo haciéndolo reír.

Avanzamos por el pasillo uno junto al otro sin ni siquiera rozarnos. De camino, Daniel rebusca en el bolsillo de su pantalón y saca la llave. Por mi parte, saco mi móvil y escribo a Oli.

Yo: Estoy con Robert, luego voy.

Acto seguido busco a este y también le mando un mensaje.

Yo: Si mi hermana pregunta,
estoy contigo.

Robert:😉

Guardo el teléfono y sigo a Daniel hasta su habitación. Este abre la puerta y, cuando entramos y la cierra, simplemente sonrío.

Capítulo 33



Becka

Por cómo me mira, siento que mi sonrisa lo desconcierta.

Daniel, que se cree el más chulito, de pronto parece que está descolocado, así que, tras dejar mi portátil sobre una mesita, me acerco a él.

—Hola, me llamo Becka —susurro.

Mi presentación lo hace sonreír. Vuelve a clavar los ojos en mí y, pasando una mano por mi cintura, roza con sus labios los míos y murmura con voz ronca:

—Encantado, Becka. Soy Daniel.

Su boca impacta con la mía y sencillamente nos dejamos llevar.

Disfrutamos besándonos de esta manera tan desconocida, apasionada e intrigante. ¡Vaya si lo disfrutamos!

Con rapidez y a trompicones, llegamos hasta la cama mientras nuestras manos se pasean por el cuerpo del otro y nos desabrochamos botones, bajamos cremalleras y quitamos todo aquello que pueda molestarnos.

Una vez desnudos y calientes, nos dejamos caer sobre el colchón sin parar de besarnos y explorarnos.

—Ponte un condón —le pido con un hilo de voz, deseando sentirlo aún más.

Daniel asiente. Se mueve con rapidez y, tras hacerse con su cartera, que estaba en sus pantalones en el suelo junto al resto de la ropa, saca un

preservativo. Lo abre a toda velocidad y se lo enfunda mientras musita:

—No puedo creer que nos estemos saltando la regla número uno.

Me hace gracia que suelte eso. Daniel se tumba sobre mí y siento cómo su miembro duro y erecto comienza a entrar en mi cuerpo.

—Tranquilo —digo entre jadeos—, solo nos la saltamos un poquito.

Me mira. Lo miro. Nuestros movimientos se acompasan y nuestros cuerpos se encuentran una y otra vez, deseosos del máximo placer.

—Me muero por saber cuál es ese poquito. —Sonríe.

Tiro de él para que vuelva a besarme. Sus labios tienen algo adictivo. Y me encanta. Me encanta cómo me mira y cómo me penetra. Cuando el éxtasis nos alcanza a los dos, contenemos un pequeño grito. Segundos después se deja caer sobre mí.

—El siguiente será más largo —susurra.

Me hace gracia oír eso.

—Que sea más largo o no, no me importa. Si es tan intenso y excitante como este, me vale.

Daniel me besa y luego se pone de lado a mi derecha y nos miramos a los ojos.

—¿Por qué eres tan chulito? —le pregunto, porque soy incapaz de callármelo.

Alza las cejas sorprendido y, tras darme un sutil beso en los labios, susurra:

—Porque puedo.

—Eres bastante idiota, ¿lo sabías?

—Y tú bastante niñata, ¿lo sabías?

Ambos reímos. Está claro que entre nosotros nos comportamos de forma diferente de cómo lo hacemos con el resto. Sin decir nada más, los besos suben de intensidad y tenemos que echar mano de otro condón.

Durante la siguiente hora, disfrutamos el uno del otro. ¿Tendrá razón Muriel con eso de la química? Prefiero no sacar el tema. Casi mejor así.

Hablamos, nos besamos y gozamos del momento.

Pasado un rato soy consciente de la hora que es, así que me levanto.

—Creo que debo irme.

Al segundo Daniel mira su reloj.

—Son casi las cuatro de la madrugada —murmura sorprendido.

—Eso es.

—Está claro que, cuando estás en buena compañía, el tiempo vuela.

Asiento. En eso tiene razón.

Me doy cuenta de que, mientras me visto, Daniel me observa desde la cama. En cuanto acabo, se levanta y me besa.

—Aclárame por qué has dicho que no hemos incumplido la primera norma de Ubuntu —me pide—; bueno, que solo lo hemos hecho «un poquito».

Sonrío. Quizá lo que voy a soltar es una chorrada, pero tanto me da.

—¿Cuál es esa primera regla? —le planteo.

—No mezclar trabajo y amor —responde él.

Asiento. Exacto.

—Esto no es amor. Ha sido solo sexo —susurro tras darle un beso en los labios.

Según lo pronuncio, Daniel sonríe. Yo también. Luego lo beso de nuevo y cojo mi ordenador y mis cosas.

—Hemos mezclado trabajo y sexo —comento caminando hacia la puerta—, no amor. Pero... esto no puede volver a pasar, ¿vale?

—Entendido —acepta él con seriedad.

Dicho esto, le guiño un ojo, abro la puerta y salgo de la habitación. Mientras lo hago me convenzo a mí misma de que esto no puede repetirse.

No... No.

Capítulo 34



Daniel

Pi... pi... pi...

Humm...

¿Ya es hora de levantarme?

Paro el despertador del móvil y doy media vuelta en la cama. Estoy solo, aunque la almohada aún desprende cierto olor a Becka.

¡Joder!

Recuerdo lo que sucedió anoche, ¿o sería más acertado decir hace pocas horas?, y me echo las manos a la cabeza. ¿Cómo puedo haberla cagado otra vez?

¿Cómo he vuelto a liarme con la vocalista del grupo? ¿Acaso no aprendo?

Pero según pienso en ella no puedo evitar sonreír. Becka dijo que había sido solo sexo, nada de amor. ¿Debería agarrarme a eso?

Doy vueltas en la cama pensando en lo que ha pasado. He vuelto a caer. Mis amigos tienen razón, siempre me ocurre lo mismo.

Esto no puede repetirse. Me lo pidió Becka y estoy de acuerdo con ella.

Me levanto y me meto directamente en la ducha. Un poco de agua fría seguro que me vendrá bien, al menos me despejará la mente.

Una vez vestido, recojo mis cosas y decido reunirme con el resto de la banda para dirigirnos a nuestro siguiente destino.

Llevo unos segundos bajando en el ascensor y este se para en el segundo piso. No creo que...

Pues sí...

Las puertas se abren y aparece ella. Becka arrastra su maleta y va hablándole al móvil. Al verme, sonríe. Yo hago lo mismo.

Las puertas del ascensor se cierran nuevamente.

—Oli, tía, si vas a usar mi cepillo de dientes, al menos pídeme permiso, esto no se hace.

La oigo discutir con su hermana por teléfono. No se trata de algo muy privado; si no, no llevaría el móvil en manos libres.

—Becks, ¿qué diferencia hay entre compartir el cepillo del pelo y este cepillo?

—¡¿Cómo que qué diferencia hay?! Oli, ¿estás de coña?

—¿Y qué hago si he perdido el mío? ¿No me lavo los dientes?

—Exacto. Te esperas a llegar a una gasolinera y te compras uno.

No puedo evitar reírme ante la situación, anda que no habré utilizado yo veces el cepillo de dientes de Susan sin decírselo. Becka me ve reír y me da una patadita en la pierna.

—Tía, es una tontería...

—De tontería, nada. ¿Tú sabes el asco que me da ahora saber que he compartido el cepillo de dientes?

—No se lo tendrías que haber contado —murmuro.

—¿Qué?

La morena me mira, parece que no le ha hecho demasiada gracia que me meta.

—Espera, que estoy con Daniel en el ascensor y parece que también tiene que decir algo al respecto —farfulla poniéndome el teléfono delante de la cara.

—Olivia, solo decía que no tendrías que habérselo contado. Seguro que no se hubiera dado cuenta.

—Vamos, no jodas —se queja Becka.

—¡Eso es justo lo que iba a hacer! —se oye decir a la rubia al otro lado de la línea.

Me hace gracia ver a Becka enfadada. Gesticula aún más con las manos y se da vueltecitas a un mechón de pelo con los dedos.

—¿Sabéis lo que os digo? —exclama—. Que paso de vosotros.

—Venga, nos vemos luego. Te quierooo. —Olivia ríe.

—Siento decir que yo también —musita Becka en respuesta.

Antes de colgar se oye una carcajada de su hermana.

—De hoy no pasa que me compre un cepillo de dientes —masculla guardándose el móvil.

Antes de que pueda decir nada, las puertas del ascensor se abren y veo a todos los chicos en la recepción del hotel.

—¡Buenos díaaaas! —exclama Robert.

Becka va directamente hacia él y se abrazan.

—¿Y Olivia? —pregunta Charlie mirándonos.

—Se ha ido hace un rato en la furgo de las chicas —contesta Becka.

Me he fijado en que Olivia se lleva bien con Beth y Sarah y pasa bastante tiempo con ellas. No es raro que haya preferido irse con nuestras teloneras, a nosotros nos tiene muy vistos.

—¿Y tú has decidido quedarte?

—Yo prefiero ir con mis chicos —bromea mirando a Henry.

Toby se ríe y ambos chocan los cinco con complicidad.

—Pues a la carretera.

Todos seguimos a Charlie hasta la Ford Transit, cargamos las cosas, y antes de subir al vehículo aprovecho un momento en el que estamos solos para acercarme a Becka.

—Oye, respecto a lo que pasó anoche... —susurro.

—Anoche no ocurrió absolutamente nada, ¡no lo olvides! —me corta.

El trayecto de Oklahoma City a Amarillo se me hace bastante pesado. Imagino que el hecho de haber dormido pocas horas me pasa factura. De todos modos, por lo que puedo ver a mi alrededor, no soy el único. He pillado a Becka bostezando en más de una ocasión —en su caso no me extraña, tengo claro por qué está tan cansada como yo—, y Henry y Robert también tienen pinta de agotados.

Toby, en cambio, que va hoy de copiloto, parece estar fresco y no para de hablar con Charlie.

No puedo evitar mirar de vez en cuando a Becka. Está sentada con Robert, ahora mirando algo en su móvil. Mi mente me transporta una y otra vez a lo que ocurrió anoche. Su tacto. Sus besos. Su olor. Lo que sucedió es algo de lo que, en cierta medida, estoy arrepentido, pero no porque no lo disfrutara, pues lo pasé muy muy bien, sino porque he vuelto a fallarles a los chicos.

¡Joder!

—Al final anoche me acosté supertarde —oigo que le comenta a Robert. Y bajando la voz añade—: ¿Y tú?

—También.

Ambos se ríen. No le habrá comentado nada, ¿no?

Le doy mil vueltas a qué puedo hacer. A ellos no se lo puedo contar, me matarían. Está claro que tengo que hablar con Becka. No puedo volver a cagarla. No así.

—¡¡¡No me jodas!!!

El grito de Charlie hace que pegue un bote en mi asiento. Y no soy el único, lo hacemos todos.

—No me lo puedo creer. Si lo tenía todo supercalculado... —farfulla nervioso.

—¿Qué pasa? —pregunta Toby.

Me inclino hacia delante para sacar la cabeza entre los asientos delanteros. Parece que la furgoneta cada vez va más y más despacio. Y al mirar el salpicadero me queda claro cuál es el problema.

¡Nos hemos quedado sin gasolina!

Capítulo 35



Becka

Robert y yo nos miramos mientras Charlie lleva la Ford Transit a un lateral de la calzada. Pocos segundos después, la furgo muere.

—No me lo puedo creer —repite en un lamento nuestro conductor—. Siempre tengo en cuenta cómo tengo el depósito, incluso lo apunto en una libreta para ver lo que consumimos y los gastos que genera... ¿En qué me he equivocado?

Charlie saca una libreta de su mochila y la abre con prisa. Echa un vistazo a sus páginas y, por la cara que pone, algo no le cuadra.

Claro, normal. Seguro que en esos apuntes no queda reflejado que Robert y Henry utilizasen anoche la furgo a su antojo y a escondidas de todos. De hecho, a saber cuántas veces más la han cogido.

—Pero ¿qué ha pasado? —se interesa Henry.

Robert, al verlo pasar junto a nosotros para acercarse a Charlie, le da un ligero golpe en la pierna. El rubio nos mira y nosotros le hacemos un gesto para que se calle y no llame la atención porque, si de alguien es culpa lo que acaba de suceder, es suya y de Robert.

Charlie, Toby y Daniel se ponen a hablar y nosotros nos quedamos en un segundo plano.

—Vamos a tomar el aire —propongo.

Estos asienten y los tres salimos de la Ford Transit mientras nuestro *road manager* busca una solución.

—Esto es culpa vuestra —susurro cuando ya estamos a unos metros del vehículo—. Y ahora mía también porque me habéis convertido en vuestra cómplice.

—Pues no lo entiendo, tampoco nos alejamos tanto del hotel... —se explica Henry.

—Quizá anoche no, pero ¿cuántas veces más habéis hecho esto?

Robert y él se miran con cara de culpabilidad.

—Vale, o sea que más de una y nunca habéis rellenado el depósito —suelto poniendo los ojos en blanco.

—Cierto —admite Robert—, pero en nuestra defensa diré que...

—No hay defensa posible. —Henry ríe interrumpiéndolo.

La risa se corta al ver que los demás bajan de la furgo y se acercan a nosotros.

—Hemos decidido que vamos a llamar a las chicas para que nos traigan gasolina —nos explica Charlie colocándose a mi lado.

—Pero ¿qué dices? —Todos me miran—. ¿Cómo les vamos a hacer la putada de tener que volver para atrás? Seguro que hay otra solución.

—Pues tú dirás... —replica Daniel cruzándose de brazos— porque aquí no nos podemos quedar.

Los observo uno a uno y me queda clara la falta de ánimo en sus caras. Entre las altas temperaturas y la ausencia de ideas, lo veo complicado.

—Estamos sin gasolina, no tenemos aire acondicionado, y con este calor nos vamos a asar como pollos —intenta bromear Robert.

Pero sus amigos no se ríen.

—¡Venga, positividad! —exclamo apoyando a mi amigo—. Charlie, ¿a cuánto está la próxima gasolinera?

Este desbloquea su móvil y pone la pantalla frente a mí a la vez que me contesta.

—La más cercana se encuentra a seis kilómetros.

Pienso qué hacer durante unos segundos y, de repente, me viene Muriel a la

cabeza. ¡Ya está!

—Tengo la solución —afirmo empezando a andar.

Llego al centro de la carretera, me paro y levanto un brazo extendiendo el pulgar hacia arriba.

—¿Qué haces? —farfulla Daniel.

—Autostop, ¿no lo ves?

—Estarás de coña, ¿no?

—¿Estás loca? —añade Henry.

Todos me miran descolocados, aunque Robert lo hace con una sonrisa en los labios.

—Quizá así tardaremos menos que haciendo regresar a las chicas —dice para apoyarme, aunque sin mucho éxito.

—Si Muriel lo hizo el otro día y le funcionó, ¿por qué yo no puedo probarlo?

Echo un vistazo a ambos lados de la carretera, pero los coches brillan por su ausencia. Rezo para que pase alguno pronto y no tener que darles la razón.

—¿Te estás comparando con una señora mayor y con problemas de demencia? —murmura Charlie.

—A ella no le fue nada mal.

—No le fue mal porque dio con nosotros —me echa en cara Daniel—, pero no todo el mundo es tan bueno. Joder, Becka, ¡que hay mucho tarado suelto!

—¡Anda ya! —exclamo moviendo ambos brazos—. Alguien habrá dispuesto a echarnos una mano.

—Hace años, quizá, pero hoy en día no te puedes fiar de nadie... —susurra Charlie con el móvil en la mano.

Vuelvo a fijarme en la carretera y, ahora sí, veo un coche acercarse.

—Ni se te ocurra llamar —advierto seria señalando a Charlie.

Me coloco en mitad de la carretera bien recta y extiendo de nuevo el brazo y el pulgar. Tengo que parar ese coche.

—Baja el brazo —me regaña Daniel.

Pero no le hago ni caso.

—No me digas lo que tengo que hacer. —Lo miro y sonrío.

—Becka...

—Soy adulta y hago lo que me da la gana —afirmo pensando en lo que nos dijo Muriel cuando la conocimos.

Miro a Daniel y por su expresión me da que no le ha hecho demasiada gracia mi comentario. Lo ignoro y vuelvo a mirar hacia la carretera y... ¡Sí! He tenido suerte y el coche se detiene a pocos metros de la furgo.

Obviamente me acerco y sus ocupantes bajan la ventanilla, y la música.

Dentro me encuentro a dos chicos enormes. Son incluso demasiado grandes para el cochecito en el que van, lo que me hace gracia. Son dos hombres voluminosos, de estos que se nota que se van a menudo al gimnasio.

—¡Hola! —me saluda el que va al volante, que tiene una barba casi tan larga como mi melena.

Me acerco a la ventanilla del conductor con mi mejor sonrisa y me apoyo a la vez que empiezo a hablar.

—¡Hola! Soy Becka y estos son mis amigos.

—Nosotros somos Jason y Jamie —me dice el mismo—. ¿Se os ha averiado la furgoneta?

—Por suerte, no —le aclaro—, pero sí que nos hemos quedado sin gasolina.

—¿Y cómo podemos ayudaros? —se interesa ahora el moreno que va de copiloto.

Echo un rápido vistazo a mis compañeros, pero ninguno dice nada, así que disparo yo.

—Hemos mirado en una aplicación y nos marca que hay una gasolinera a unos seis kilómetros de distancia. Si me pudierais acercar, os estaría eternamente agradecida —les explico—. Para la vuelta no os preocupéis, que ya me busco yo la vida.

—¡Eso está hecho! —El conductor sonríe.

—Pero te llevamos y te traemos —añade el copiloto, quien, viendo que voy a decir que no hace falta, añade—: No es negociable.

Yo asiento encantada.

—Nos hacéis el favor de nuestra vida, de verdad —afirmo—. Dadme un segundo para coger mi mochila y nos vamos.

Y según me doy la vuelta, me encuentro directamente con Daniel, muy serio.

—Voy contigo..., niñata.

Capítulo 36



Daniel

Becka, obviando lo que he dicho, pasa junto a nosotros. Veo que intercambia un par de frases con Charlie y este asiente. Ella no duda en irse directamente a la furgo a por su mochila.

Charlie se echa a un lado y llama por teléfono a Judy para avisarla de nuestra situación.

—No puede ir sola —murmura Toby a mi lado.

—Me he ofrecido a acompañarla, pero, como bien habéis visto, ella pasa. Así que yo paso —mascullo molesto.

Robert y Henry se acercan a nosotros y los cuatro nos reunimos en un pequeño círculo.

—Ni de broma va sola —dice ahora Henry.

—Pues ya sabéis.

Mis colegas se miran entre sí y luego no dudan en girarse todos en mi dirección.

—Ve tú, aunque diga que no —suelta Robert.

—Eres el que más impone —lo apoya Henry.

Al mirar a Toby me queda claro que está con ellos. Pero ¿cómo lo han hecho para ponerse los tres de acuerdo sin siquiera haber intercambiado una palabra?

—Robert es más alto que yo —replico dándole un amistoso golpe en el brazo — y tiene más cuerpo.

—Pero tú tienes más pinta de malo —oigo que comenta Toby.

—Sí. Mira, Daniel, lo único que tienes que hacer —me quita las gafas de la mano— es ponerte tus gafitas de sol —lo hace él— y, simplemente, actuar de forma habitual, con esa expresión de sieso y serio que tienes siempre.

—Pero ¡¿qué dices, tío?! Yo...

Justo cuando me dispongo a rebatir sus palabras, Becka se baja de la furgo y corre hacia el coche de los dos desconocidos. Robert no duda ni un segundo en pegarme un empujón con esos brazos largos que tiene, por lo que, al desplazarme, choco con ella.

Becka me mira con cara de pocos amigos.

—No necesito un guardaespaldas, gracias —murmura.

Me fijo en que se mira con los chicos con complicidad y les sonríe.

—Me han obligado —protesto caminando a su lado y evitando decir que ni de coña voy a dejar que se vaya sola con esos dos de los que no sabemos nada.

Becka abre una de las puertas traseras del coche y me doy cuenta de que lo llevan hasta arriba de cosas. La morena aparta algunas de ellas y se hace sitio. Yo la sigo y, al entrar por su misma puerta, la obligo a tirarse más hacia el centro. Una vez sentado se me hace evidente que vamos a tener que ir muy apretujados. Es totalmente inevitable que nuestros cuerpos queden pegados aquí atrás.

¡Joder!

El conductor de la barba se gira hacia mí y me tiende un puño.

—Hola, soy Jason.

—Un placer, soy Daniel. —Choco mi puño con el suyo.

El otro hace lo mismo y me dice que se llama Jamie.

Estos tíos son enormes. Ni aunque yo le dedicase seis horas diarias al gimnasio llegaría a ponerme como están ellos. Están cuadrados.

Durante el trayecto Becka charla con ambos con tranquilidad y les pregunta qué hacen por aquí. El tal Jamie le cuenta que, tras hablar durante años de hacer la Ruta 66, por fin se han animado a salir a la carretera. Miro a Becka y me fijo

en que, mientras escucha al copiloto, da vueltas a los anillos que lleva en los dedos.

Inevitablemente pienso en lo que pasó anoche. Miro sus manos, esas que me tocaron anoche. Observo su boca, esa con la que me besaba hace pocas horas. Vale... Tengo que dejar de pensar en esto, porque mi cuerpo se viene arriba..., y nunca mejor dicho.

Enseguida llegamos a la gasolinera y Jason para el coche en el aparcamiento. Cuando nos disponemos a bajar, Jamie se nos adelanta y abre su puerta.

—No os preocupéis —nos dice saliendo—. Nosotros nos encargamos de llenar el bidón de gasolina, porque aprovecharemos para comprar un par de cosillas.

—¿Seguro?

Jamie le guiña un ojo a Becka, que mira por dónde me pica ligeramente, y pregunta con mucha simpatía:

—¿Os hace falta algo más?

Becka niega con la cabeza y yo, recordando algo, enseguida digo:

—Ella necesita un cepillo de dientes.

—¡¡¡Ay, sí!!! —exclama—. Jason, píllame uno, el que sea, da igual, por favor. Te lo pago junto con la gasolina.

Él asiente y sale para acompañar a su amigo.

Becka y yo nos quedamos dentro del coche en silencio. Un silencio algo incómodo.

—Gracias, ya se me había olvidado lo del cepillo. ¡Qué asco!

Me limito a hacer una mueca y, tras otro incómodo silencio, le echo en cara nuestra situación.

—Sabes que esto que has hecho es una locura, ¿no?

Ella se limita a reírse.

—¿Te parece normal montarte en un coche de dos tíos a los que no conoces de nada?

—Bueeeno...

—¡Ni bueno, ni malo! —suelto sonando como un jodido padre—. Míralos, son como dos armarios empotrados.

Becka me mira y por su expresión intuyo que lo que me va a decir no me gustará. Se gira hacia mí, por lo que sube su pierna ligeramente sobre la mía porque el espacio es inexistente.

—Punto número uno, yo hago lo que me da la gana. Y punto número dos, esos dos armarios empotrados de los que hablas, aparte de verse a la legua que son buenas personas, son pareja.

Eso me descoloca. ¿Cómo lo sabe?

No es que haya ido atento a todo lo que han hablado a lo largo de este corto trayecto hasta la gasolinera, pero estoy seguro de que en ningún momento han mencionado nada al respecto.

—Eso porque tú lo dices, ¿no?

—No es que yo lo diga: solo hay que tener ojos en la cara para ver la dulzura con la que se tratan, y se besan con la mirada —comenta—. Además, cuando han parado junto a la furgo, me he acercado antes de que bajaran el volumen de la música e iban escuchando *Oops!... I Did It Again*, de Britney Spears.

Alucino con la cantidad de conclusiones a las que ha llegado con solo fijarse en unos cuantos detalles. Menuda listilla está hecha.

—Todo esto solo son suposiciones tuyas —murmuro.

—Sin lugar a dudas —afirma con burla.

—Sean pareja o no, no tendrías que haber decidido montarte tú sola en el coche. Hay mucho pirado suelto. Y si llegara a pasarte algo, ¿qué demonios les hubiera dicho a tus padres y a tu hermana?

Ella hace un gesto como para darme a entender que le da igual lo que le diga, se echa el pelo hacia atrás y apoya una mano en mi muslo con cierta familiaridad.

—¿Y a ti qué te pasa?

—¿A mí? —La miro fijamente—. Nada.

—Estás raro —comenta—. Espero que no sea por lo de anoche.

—No digas estupideces —miento.

Ella me mira, pero por sus ojos veo que no está demasiado convencida. Lo de anoche estuvo genial, aunque no puedo evitar darle vueltas sin parar a que con esto lo único que hago es poner a la banda en peligro.

—Lo de anoche estuvo bien, ¿no?

—Sí —respondo serio—, pero, como dijiste, no puede volver a pasar.

—Lo dije porque creía que era lo que tocaba.

—Tocaba —admito.

Nos quedamos de nuevo callados hasta que ella se ríe poniendo los ojos en blanco.

—Tú y tus normas.

—No las puse yo, las acordamos entre todos —le aclaro refiriéndome a los chicos.

Ella vuelve a reírse y, acariciándome el muslo con la mano, que es algo que me está poniendo nervioso, murmura:

—Ya sabes lo que dicen... —se acerca despacio a mí y, tentándome, cuchichea—: que las normas están para romperlas.

Yo no me muevo, pero ella está cada vez más y más cerca.

¡Mierda! ¿Qué hace?

Sus labios se quedan a pocos centímetros de los míos durante unos segundos, como esperando a que yo haga algo. Pero no. Me niego. Entonces ella se deshace de los centímetros que nos separan y junta nuestras bocas.

Joder...

Me besa. La beso. Nos besamos con ganas e instintivamente, y deseando tenerla más cerca, paso la mano por detrás de su cuello para atraerla más hacia mí.

¡Cómo me gusta y qué bien huele!

Disfruto. De pronto besarla se convierte en mi pasatiempo del día favorito, hasta que un rayo de lucidez me ilumina y me echo hacia atrás. Esto no puede ser. Esta chica tiene demasiado peligro y el hecho de que estemos tan pegados dentro de este coche no ayuda absolutamente en nada.

Con el rabillo del ojo observo que me mira. Creo que la he desconcertado.

—Esto no forma parte de las reglas —murmura.

Su cara es un poema y yo, que necesito romper el contacto físico que tenemos, suelto abriendo la puerta para salir:

—Voy a fumar.

Al cerrar la puerta y echarle un vistazo, veo que ella se ríe y niega con la cabeza.

¡Tendrá poca vergüenza!

No entiendo qué le puede hacer tanta gracia. Me aparto varios metros del coche, alejándome también de los surtidores, y me enciendo un cigarrillo. Con disimulo, la miro y la veo tocándose el pelo mientras consulta algo en el móvil.

¿Qué estoy haciendo?

¿Acaso quiero joder Ubuntu otra vez?

Al cabo de unos minutos, Jamie y Jason vuelven entre empujones y sonrisas. Apago la colilla en la suela de mi deportiva, me acerco y la tiro en un cubo de basura. Después abro la puerta y entro de nuevo. Inevitablemente vuelvo a estar pegado a la morena, que comienza a conseguir que no pueda dejar de pensar en ella.

Los chicos meten el bidón de gasolina en el maletero y luego se montan en el coche. Jason pone en marcha el motor y Jamie se gira hacia nosotros.

—Toma, solo tenían *packs* de dos cepillos —dice dirigiéndose a Becka.

Ella se lo agradece con una de sus sonrisas y veo que hay un cepillo rosa y otro azul. Becka me mira y bromea:

—Me pido el azul.

Yo me limito a no decir nada. Paso. Total, los dos son suyos. Le pago la gasolina y los cepillos a Jamie y guardo el ticket para hacer cuentas después con quien deba hacerlas.

—Por cierto, vosotros ¿qué hacéis por aquí? —nos preguntan.

Becka no duda en contárselo todo: que somos una banda de pop/rock, de dónde viene el nombre de la misma, que ella se ha embarcado en esta aventura con su hermana... y blablablá...

Y..., ¡cómo no!, tal y como hizo con Muriel y su familia, a ellos también les ofrece entradas gratis para nuestro concierto.

Pero ¿esta chica es que no piensa?

Una vez que llegamos hasta donde nos están esperando nuestros amigos, bajamos del minúsculo coche y rápidamente vemos que Charlie se acerca a

Jamie y Jason y estos sacan el bidón y lo ayudan a verter la gasolina en el depósito de la furgo.

—Toma, anda, y quita esa cara de amargado —murmura Becka al pasar por mi lado.

Miro y veo que me ha dejado el cepillo de dientes de color rosa en las manos.

¡Tendrá poca vergüenza!

Capítulo 37



Becka

Al final, y a pesar de habernos quedado sin gasolina, llegamos sobrados de tiempo para el concierto en Amarillo. Lo del depósito vacío se ha reducido a un mero contratiempo.

Le cuento a Oli lo que nos ha pasado y, antes de subir al escenario, me lavo los dientes con mi nuevo cepillo de color azul. Hacemos la prueba de sonido sin prisa.

Varias horas después, tras pasar por el hotel donde nos alojamos para ducharnos y arreglarnos para el concierto, regresamos a la sala de fiesta. La gente ya ronda por allí con ganas de marcha.

Llega el momento de subir a escena a actuar. Le doy la mano a Robert como cada noche para que la suerte no nos abandone y empezamos el concierto.

Tras varias canciones que nos hacen sudar tanto a mí como a quienes han venido a vernos, aprovecho que Toby introduce el tema que viene a continuación para beber agua.

—*Cosmic Love* lo escribí cuando empecé a salir con mi novia. Y trata precisamente sobre eso, sobre estar enamorado de la persona que tú crees que para ti es ideal —explica.

Doy otro trago de agua y me fijo en Daniel. Lo veo trastear la guitarra sin

mirar a su amigo ni prestarle la más mínima atención, ignorándolo. Está claro que no le interesa. Dejo la botella a un lado y me centro en el público, más concretamente en una zona de la derecha, que es donde he visto a Jason y Jamie al principio de la actuación. Ahí siguen, escuchando con atención al batería de Ubuntu.

—Esta pieza habla de ese momento en el que estás tan pillado por alguien que inevitablemente tienes la sensación de que el amor que sientes por esa persona es más grande que cualquier otra cosa.

El público aplaude, parece que le gusta lo que oye. Robert se aleja del micrófono y bromea:

—Hay que ver lo romántico que es nuestro Toby.

Henry y yo reímos por su comentario.

Cuando acaba de presentarla, me coloco en mi sitio y comienza la canción. Mientras la interpretamos, no puedo evitar que se me vayan los ojos hacia Jamie y Jason, que se mueven uno junto al otro al son de la música mientras se miran muy enamorados. En una de estas, pillo a Daniel observándolos. Sin duda ahora sí se cree lo que le he dicho esta mañana sobre ellos.

Como si supiera lo que estoy pensando, Daniel se da un poco la vuelta y clava los ojos en mí. Reconozco que, aunque quiera ir de chulito, hay momentos en los que es muy mono. Nuestras miradas se encuentran. Esta vez no la aparta, sino que asiente y sonríe. Cómo me pone.

Una vez que terminamos el concierto, regresamos al hotel y el grupo rápidamente se dispersa. Está claro que cada uno tiene sus planes, y por segunda vez mi hermana vuelve a pedirme que le deje la habitación. Pese a que le aseguré anoche que solo lo haría una vez, ni se lo discuto. Cojo el portátil y me voy, aunque antes hacemos una videollamada a nuestros padres para ponerlos al día y contarles cómo nos va todo.

Cuando avanzo por el pasillo pensando en ver un nuevo episodio de la serie que me tiene enganchada, de pronto se abre una puerta y aparece Daniel.

Nos quedamos unos segundos en silencio, mirándonos. Repetir lo que está prohibido no está bien, pero queda claro que a ambos nos gusta saltarnos las reglas.

Por eso, y tras ver que en el pasillo no hay ni un alma, él me tiende la mano. Se la cojo sin dudar un solo instante y me cuelo en su habitación.

Dejo el ordenador sobre un aparador que hay al lado de la puerta. Entonces se desata la locura de nuevo. Mientras nos besamos como si no hubiera un mañana, nuestras ropas vuelan por los aires e inevitablemente acabamos enredados en su cama, satisfechos y sudorosos tras una buena sesión de sexo, en el que está claro que nos complementamos muy bien. Debo decir que, además, Daniel es cariñoso y atento, igual que yo con él. Podríamos afirmar que en el campo sexual nos entendemos a la perfección sin hablar. Pero no voy a expresarlo en alto. Me niego a decir algo así o se creerá especial.

Sobre las dos y media de la madrugada, tras un segundo asalto, complicidad y besos, estamos tumbados sobre su cama en silencio, cada uno absorto en sus cosas. Me está empezando a entrar sueño. Es tarde y tengo que volver a mi habitación con Olivia, pues me ha enviado un mensaje hace un rato para informarme de que ya está sola.

Me pongo en pie, cojo mi ropa interior, mis pantalones y mi camiseta del suelo y, sin decir nada, me visto.

Cuando acabo me fijo en Daniel y veo que mira el techo casi sin pestañear.

—¿En qué piensas? —le pregunto en un murmullo.

—¿Qué estoy haciendo?

Me siento a su lado en la cama.

—¿A qué te refieres?

—A esto —dice de manera cortante.

Adiós al chico cariñoso. Ya está aquí otra vez el chulito. Se mueve y se sienta frente a mí.

—Hasta donde yo sé, lo que estamos haciendo es divertirnos.

—Pero no está bien.

Ay, por Dios, ¡qué pereza!

Me recojo el pelo para quitármelo de la cara.

—¿Por qué hay que dar tantas vueltas a las cosas? —le pregunto usando un tono burlón.

—Porque lo único que hace esto es poner en riesgo al grupo.

—Pero ¿qué tonterías estás diciendo?

Daniel se levanta y se pone los calzoncillos.

—No, Becka, no es ninguna tontería —gruñe con gesto serio—. El que tú y yo estemos liados... ¡no es buena idea! Como no es buena idea que nadie del grupo lo esté.

Suspiro y no digo nada. ¿Qué pensaría si supiera que no solo nosotros estamos saltándonos las reglas, especialmente la primera?

Veo a Daniel moverse por la habitación.

—Mezclar las cosas, en ocasiones, es complicarlo todo —prosigue—. Y esto, aunque solo sea sexo con trabajo, no es una buena mezcla.

—A ver, Daniel...

—¡No! Por mi culpa, por liarme con nuestra cantante de aquel momento, todo se fue a la mierda. Y ahora que todo va bien contigo, que los chicos y tú tenéis buen *feeling*, vuelvo a cagarla otra vez.

—No te eches solo a ti la culpa. Si alguien la ha cagado, hemos sido los dos.

—Pero yo estoy repitiendo algo que hice mal, ¿es que no he aprendido?

Lo miro atentamente. Puedo entender lo que dice, pero yo no soy aquella otra chica de la que habla.

—Tranquilo —digo—. En esta ocasión todo es diferente.

—Diferente, ¿por qué?

Según pronuncia eso, me mira serio.

—Diferente porque yo no soy ella —contesto.

—¡¿Y...?!

—Pues muy fácil, Daniel —intento explicarle—. Ella es ella y yo soy yo, y cada una tendrá su manera de encarar los problemas, ¿o acaso debería hacer lo que hizo ella porque es un patrón que repetir?

Daniel niega con la cabeza varias veces. Está claro que lo que digo no le interesa o no quiere escucharme. Así que continúo argumentando.

—Vale. Entiendo lo que quieres decir, pero esto que tenemos es algo solo nuestro. Lo pasamos bien juntos. Sabemos que es algo sin compromiso y...

—Becka —me interrumpe—, aún nos quedan muchos kilómetros de gira y no sabemos lo que puede pasar. Lo que hoy te parece divertido, mañana puede que

no lo sea y...

—Pero tú me gustas...

En cuanto lo expreso en voz alta, pienso en lo tonta que soy. ¿Por qué he dicho eso?

—Y tú me gustas a mí.

Vale, no soy la única tonta. En todo caso, somos tontos los dos.

—Aun así, esto no va a funcionar —vuelve a la carga—, así que creo que lo mejor será que lo dejemos aquí y esta vez nos tomemos en serio eso de que lo que ha ocurrido no puede volver a pasar. Tenemos que ignorarnos uno al otro, distanciarnos.

No lo voy a negar, en esta ocasión eso me duele. Me jode. Saber que nos gustamos y, a pesar de eso, que no quiera tirar hacia delante con lo que tenemos, me enfada.

—Entonces quieres que pasemos el uno del otro —resumo—. ¿Me estás diciendo eso?

Daniel me mira. Veo convencimiento en sus ojos.

—Será lo mejor —responde tras coger aire.

Asiento. Ya no me siento tonta, ahora me siento ridícula.

—Perfecto —murmuro cogiendo el puñetero portátil del mueble.

Y sin más, salgo de su habitación sin mirar atrás, dispuesta a hacer lo que me ha pedido. A partir de ahora, paso de él.

Capítulo 38



Daniel

Las cosas con Becka anoche no acabaron demasiado bien. Me da rabia, pero creo que es lo mejor.

Esta mañana hemos estado recogiendo todas las cosas que dejamos ayer en la sala en la que tocamos. Tras cargarlo en la furgo, hemos salido de Amarillo con dirección Albuquerque. No he podido evitar fijarme en Becka de tanto en tanto, pero ella ni me mira.

Llegamos por fin y, como tenemos la tarde libre y nuestro hotel no tiene piscina, decidimos salir todos a dar una vuelta y tomar algo. Nos sentamos en una terraza y pedimos unas bebidas fresquitas.

—No veas lo bien que funcionan las fotos que nos haces, Oli —la halaga Robert enseñándome el móvil.

La verdad es que, desde que comenzamos la gira y subimos *posts* y algún vídeo con el contenido que Olivia nos pasa, tanto de encima del escenario como cuando estamos fuera de él, no hacen más que subirnos los seguidores.

—El *setlist* también funciona de coña, solo hay que ver las reacciones del público cuando estamos actuando —comenta ahora Becka.

—Mucho mejor de lo que imaginábamos —añade Toby, al que le suena el teléfono y se aleja para contestar.

Tienen razón, yo también me he dado cuenta. En los conciertos la gente conoce los temas y lo canta todo, sean los *covers* o nuestras propias canciones, y eso resulta alucinante. Es algo que disfruto mucho porque no me lo esperaba.

—Qué suerte tener una fotógrafa para vosotros solos, ¿eh? —bromea Beth, una de las integrantes de Two Lives.

—Cuando queráis, os hago unas fotillos. —Olivia sonríe.

—¿Qué tal ahora?

—Siempre voy preparada —responde la rubia buscando su cámara de la mochila.

Miro a Sarah y veo que se ríe, no creo que se esperase que sacara la cámara. Las tres se levantan, se acercan a un banco de madera que está a unos metros y comienzan a hacer caso a lo que Oli les va indicando para esa sesión.

Charlie y Judy están situados al otro extremo de la larga mesa, hablando; me da la sensación de que van bastante a lo suyo.

—¿Vamos a cazar Pokémons?

Me giro al oír a Henry. Hace un par de años Robert y él se engancharon a ese juego y desde entonces no hay semana que no los oiga hablar de esa serie. Yo también soy fan, he crecido con ello, pero ya no lo sigo a ese nivel.

—Venga —acepta Robert poniéndose de pie.

Henry y él se alejan con los móviles en las manos.

Genial. Solo quedamos Becka y yo a este lado de la mesa. La miro y ella hace como que no existo. Pega un trago a su Coca-Cola y fija la vista en el horizonte.

—¿No vas a hablarme? —pregunto.

—Sinceramente, no tengo nada que decirte —contesta sin ni siquiera mirarme.

Vale. Creo que me merezco que me responda así. Observo a nuestro alrededor y soy consciente de que nadie nos puede oír, así que, bajando la voz, prosigo.

—A ver, Becka, viajamos juntos y...

—Mira, Daniel —me corta—, que viajemos juntos no quiere decir que tengamos que hablarnos. Tú tranquilo, que, en lo referente al trabajo, hablaremos todo lo que haga falta. Pero, respecto a todo el resto, no quiero nada contigo porque no somos amigos. ¿He sido lo bastante clara?

—Pero...

—¡Paso de ti!

—Oye..., no seas niñata.

—Dijo el chulito —se burla sin mirarme.

¡Mierda! Pensaba que, tras la conversación de anoche, todo quedaría más que zanjado, pero no sé qué me pasa con esta chica. Siento que me importa demasiado que pase de mí. Hay algo en mi interior que, aunque yo no quiera, inconscientemente la busca. ¿Por qué?

Becka vuelve a dar un trago a su refresco y deja el vaso medio vacío sobre la mesa aún con la mirada perdida. Acto seguido, y sin mediar palabra, se levanta y se aleja.

¿En serio se larga así?

Se acerca a un camarero. Este entra en el bar después de hablar con ella unos segundos, sale enseguida y le entrega un plato con algo de comida, aunque no alcanzo a ver lo que es. Vale, le ha entrado hambre de pronto y por eso se ha ido..., pero, no, no vuelve hacia la mesa para comer. Al contrario, se aleja todavía más.

La sigo con la mirada y veo que se detiene frente a unos cubos de basura. Becka se agacha.

Pero ¿qué hace parándose a comer justo ahí?

Echo un vistazo a mi alrededor, parece que nadie se ha fijado en ella. Joder, ha conseguido picar mi curiosidad.

Me pongo en pie y camino hacia ella, pero justo entonces se gira y me ve.

De inmediato pone los ojos en blanco.

Capítulo 39



Becka

¡Joder!

Se ha vuelto a esconder.

¿Por qué Daniel tiene que ser tan ruidoso? Y, sobre todo, ¿por qué se acerca?

Ya se encargó anoche de dejarme bien clarito que no quería tener nada que ver conmigo y que lo mejor era que nos ignoráramos..., como si eso no fuese a ser la hostia de incómodo.

Me giro hacia él y, como me queda claro que ya es inevitable que venga hacia mí, le hago señas para que lo haga en silencio. Cuando me ve, aminora un poco la marcha.

Bah, paso de él. Mejor me centro de nuevo en lo que estaba haciendo: buscar esa cosita que he visto moverse entre la basura. Cojo una de las lonchas de pavo del plato que amablemente me ha dado el camarero, parto un trozo y lo lanzo.

—¿Qué haces? —oigo susurrar a Daniel.

Lo miro y veo que se agacha junto a mí.

¿Este tío de qué va?

—Buscar un modelito para esta noche —suelto irónicamente—. ¿No lo ves? Intentar ayudar a un animalito.

—¿Qué es, un gato?

—No lo sé. Solo sé que, sea lo que sea, es pequeño.

—¡¿Y si es una rata?! —dice asqueado.

Daniel intenta volver a ponerse de pie, pero se lo impido agarrándolo del brazo. Se agacha otra vez a mi lado apoyándose en mí para no perder el equilibrio.

—¿Qué haces? —me recrimina con cara de pocos amigos.

—¡Qué más da si es una rata! —murmuro—. Y como ya estás aquí, deja de hacer ruiditos y movimientos bruscos porque así no ayudas en nada.

—¿Y quién ha dicho que quiera ayudarte cuando acabas de decirme que no somos amigos? —susurra ahora con tono burlón.

Pongo los ojos en blanco. Este tío es imposible.

Aparto la mirada y me centro de nuevo en lo mío. Lo mejor es que pase de él.

Al volver a mirar hacia los cubos veo que el trozo de pavo que he lanzado ya no está.

—Genial —musito.

Repito el proceso y, tras unos segundos, una bolita sucia se asoma y se lo come. Noto que Daniel se mueve junto a mí algo incómodo, pero ahora mismo no es él quien me preocupa.

—Sí que parece una rata.

—¡Tú sí que eres una rata!

—Oye...

—Cállate —le exijo, y, mirando a mi objetivo, añado—: Hola, chiquitito. Soy Becka. Pero qué guapo ereees...

El animalito, que por lo que adivino bajo toda esa capa de pelo y suciedad que lleva encima es un perro, me mira curioso. Sus ojitos redondos y tristes ya me han enamorado.

—¿Tienes que hablarle como si fuese un bebé?

—Le hablo como me da la gana —miro otra vez al perrillo despeluchado—, ¿verdad, corazón?

—Esto es ridículo.

—Tú sí que eres ridículo.

—Oye, Becka, te estás pasando.

Oírlo me enerva.

—¿Acaso te he pedido que vengas?, ¿que estés aquí? Porque, si no me equivoco, la respuesta es no. Así que ¿qué tal si te piras y me dejas en paz? —No he tardado en echárselo en cara.

Dicho esto, habiendo sido todo lo borde que he podido, continúo con el método de los trocitos de pavo durante varios minutos para ganarme poco a poco la confianza del animal.

A medida que lanzo el pavo, hago que caiga más y más cerca de mí. Como evidentemente está hambriento, no duda y se los va comiendo mientras va empezando a mover un poco la cola y a confiar en mí. ¡Fantástico!

Daniel no se mueve. Sigue a mi lado. Al menos ya no habla ni hace ruido. No entiendo para qué ha venido cuando lo que tenemos que hacer es estar el mínimo tiempo posible juntos y solos.

Cojo el plato donde tengo el resto del pavo y con cuidado se lo ofrezco al perrito poniéndolo frente a mí. Este se acerca a comer. Lo dicho, que tiene hambre. Cuando ya está vacío, y consciente de que algo de ayuda sí me vendrá bien, miro al chulito y murmuro en un tono bajo para que el perrito no se asuste:

—Vale, Dani, ayúdame a qui...

—Me llamo Daniel —se queja.

—Ay, que sí, pero ayúdame a quitarme la camisa que llevo puesta —le pido —, pero sin hacer movimientos bruscos.

Él me mira con cara de asco y murmura:

—No irás a coger... eso.

Le dedico una mirada con la que creo que sobrentiende que por supuesto que lo voy a coger.

—El ser vivo al que tú llamas *eso* seguramente no es más que un ser abandonado.

Tras mi réplica, saco el brazo derecho con lentitud de la camisa para no asustarlo y Daniel, a regañadientes, me ayuda con el otro brazo. Me paso la prenda de una mano a otra por la espalda, me muevo unos pocos centímetros y, con calma y cariño, cojo al perrillo envolviéndolo en mi camisa.

El pobre se queda unos segundos asustado e inmóvil. Me mira con sus ojitos

redondos de desespero, pero ni siquiera me enseña los dientes. Rápidamente, para que siga confiando en mí, le acerco el último trozo de pavo, que había guardado para esto.

Ahora sí, me pongo en pie seguida de Daniel.

—¿Y ahora qué? —no tarda en preguntarme.

Capítulo 40



Daniel

—¿Qué es eso, Becks?

Ambos nos giramos y vemos a Olivia correr hacia nosotros.

¡La que faltaba!

Veo que las dos se deshacen en halagos con la bola de pelo sucia que tiene Becka envuelta en su camisa.

Pero... ¿se han vuelto locas?

Al final, para quitarme de en medio, decido coger el plato vacío del suelo y dejarlas solas. Regreso a la mesa, lo dejo encima y saco el móvil.

Sin embargo, aunque no quiera, no puedo evitar estar pendiente de ellas. Durante unos minutos las veo charlar, hasta que la rubia le enseña algo a su hermana mayor en el móvil y esta asiente. Se despiden y cada una camina en dirección contraria a la otra.

Mierda. ¿Y ahora a dónde va?

Echo un vistazo a mi alrededor y, de nuevo, parece que nadie se percata de que Becka se aleja.

Me levanto, guardo mi teléfono y la sigo. Me apresuro para alcanzarla. Ella, sin ni siquiera darse la vuelta, me lo recrimina.

—¿Acaso he pedido tu compañía?

¿Cómo ha sabido que iba tras ella? ¿Tan predecible soy?

—No. Pero...

—A ver, Daniel, a ti no hay quien te entienda. Me pediste que pasara de ti y ahora te tengo pegado a mi culo todo el rato.

Según lo suelta, me siento idiota. Tiene razón.

—Sabes que puedo hacer las cosas yo solita, ¿verdad?

—¿Se puede saber a dónde vas?

—Al veterinario —contesta.

—Te acompaño.

—No, gracias.

—Sí, de nada.

Me mira. Creo que, si pudiera darme una patada, me la daría, pero no voy a permitir que vaya sola, aunque tampoco entiendo que no la acompañe su hermana.

Para mi sorpresa, Becka no dice nada al respecto. Ni malo ni bueno. Simplemente se calla y pasa de mí.

Caminamos en silencio durante unos minutos. La sigo. Imagino que ella sabe hacia dónde hay que ir.

Me gustaría hablar con ella; quiero aclarar las cosas y que podamos mantener una relación cordial, incluso ser colegas, pero no sé cómo hacerlo y menos mientras le va diciendo cosas a la ratilla que lleva en brazos.

Llegamos a la puerta de una clínica veterinaria y entramos. Becka se dirige directamente al mostrador y el chico que hay tras él nos mira con atención.

—Hola —lo saluda—. Me acabo de encontrar a este perrito en la calle y lo traigo para comprobar que está bien y para ver si tiene chip y alguien lo está buscando.

—Perfecto. Déjame que avise a uno de mis compañeros —responde él.

El chico desaparece y al momento vuelve con una mujer.

—Hola, chicos. Pasad conmigo.

Becka y yo la seguimos, y ella pone a esa bola de pelo mugriento sobre una especie de mesa metálica.

—Me han dicho que acabas de encontrarlo, ¿es así? Es un macho, ¿verdad?

Becka asiente a ambas preguntas. Yo prefiero quedarme unos pasos atrás, apoyado en la pared.

La doctora lo ausculta y le echa un vistazo general. Nos indica lo obvio, que está sucio, delgado y algo desnutrido, pero que parece estar bien, aunque habría que confirmarlo haciéndole una analítica, para lo que le extrae sangre. Después saca una maquinita de uno de los cajones.

—Vale, ahora sujétalo mientras se la paso para ver si está chipado.

Becka obedece a la veterinaria. Pasan los segundos y no ocurre nada. Yo nunca he tenido animales, pero intuyo que algo tendría que pitar, ¿no?

—Vaya..., parece que no tiene chip. —Confirma mis sospechas—. Tal vez se trata de un abandono.

—¡Pobrecito! —exclama Becka.

Ambas se miran y Becka se gira hacia mí.

—¿Tienes idea de si alguno de los chicos es alérgico a los perros?

—Que yo sepa, no... —De pronto caigo en la cuenta de por qué me pregunta eso, así que enseguida añado—: ¡Ni lo sueñes!

Pero ella, mirándome fijamente, tuerce la cabeza y yo insisto:

—No pensarás llevártelo, ¿no?

—Por supuesto que sí.

—Ni de broma.

Ella me mira con gesto serio, incluso diría que me está retando.

—¿Tú has visto cómo está? —añado molesto—. Meter eso tan lleno de polvo y suciedad en la furgo no es higiénico.

—Un buen baño lo solucionará.

Veo cómo sonríe. No me gusta esa sonrisa, al menos no ahora.

—Becka, no.

—Podemos buscar una solución para este pequeñín —murmura ella.

—Yo puedo ayudaros —se ofrece la doctora.

—¡Estupendo! —exclama Becka.

Dicho eso, salgo de la consulta para fumarme un cigarrillo. Paso de buscar soluciones.

Me enciendo el pitillo, le doy una calada y suelto el humo mientras camino de

un lado a otro frente a la clínica veterinaria. ¿Por qué tarda tanto?

Ya llevo esperando una hora y media y, como no salga ya, me va a dar algo. Pero ¿qué está haciendo ahí dentro?

De repente se abre la puerta de la clínica y, para mi sorpresa, sale Becka seguida de la rata, que ahora veo que está limpia y es de color claro.

¡No me jodas!

La ratilla lleva puesto un arnés y una correa enganchada a él. Becka carga con un trasportín y un pequeño saco de pienso, que al acercarse deja a mis pies.

Entiendo lo que quiere hacer sin que me diga nada. Me niego. No y no.

—Solucionado —sentencia—. Se viene conmigo.

Resoplo sonoramente, ya que esta chica me saca de mis casillas, y me quejo cruzándome de brazos.

—Estarás de coña...

Capítulo 41



Becka

—¿Me lo estás diciendo en serio?

Camino seguida de un insistente Daniel que no para de protestar.

—¡Puedes apostar a que sí!

—Pero, Becka...

—¿Qué querías?, ¿que no hiciera nada? —Lo enfrento molesta—. Lo primero que hemos hecho es mirar si tenía un dueño, y resulta que no. ¡Joder!, nadie lo ha querido lo suficiente como para cuidarlo y ponerle un puto microchip. Es un animal abandonado y yo no pienso obviarlo.

Daniel echa un rápido vistazo al perrito, que camina tranquilamente junto a mí.

—Le he pagado un test rápido veterinario para descartar alguna enfermedad, desparasitación interna y externa tras un buen baño y todo lo demás que necesita; menos mal que la veterinaria se ha enrollado y me ha hecho un buen precio, porque todo eso no es precisamente barato y, hasta con el descuento, me he dejado una buena pasta... —Respiro hondo y vuelvo a hablar—: Como comprenderás, no voy a dejarlo en la puta calle.

Lo cierto es que me ha costado un ojo de la cara, pero no me importa porque no soporto ver a un animal solo y desamparado. Si yo puedo hacer algo por él,

claro que lo hago. Mis padres seguramente me matarán cuando regrese a casa con él, pero merecerá la pena.

—Nadie te ha pedido que te gastaras ese dinero —farfulla Daniel a mi lado.

Este tío es imbécil.

Este tío es tonto.

Este tío, además de un chulito, es ¡idiota!

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Que mirase hacia otro lado, como hace la mayoría de la gente, y pasara de él abandonándolo a su suerte? —le echo en cara —. Disculpa, pero no, eso no va conmigo.

Daniel replica algo, pero no le escucho. Nada de lo que me diga ahora mismo va a ser relevante ni me importará lo más mínimo. Me limito a seguir caminando hacia la terraza donde estábamos todos tomando algo.

Al llegar veo a unos cuantos charlando sentados a la mesa, y a Henry y Robert a pocos metros. Las teloneras y Judy ya no están.

En pocos segundos me uno a ellos y Olivia, nada más verme, se pone de pie.

—¡Madre mía, ¿te lo has quedado?! —exclama.

—¿Y esa cosita? —murmura Robert acercándose a mí.

Daniel pasa por mi lado sin decir nada, tira el saco de pienso de malas maneras sobre la mesa, suelta el trasportín en el suelo y toma asiento junto a Toby.

—¡Sorpresa! —exclama entonces de forma burlona.

Todos lo miran a excepción de mi hermana, que sonríe.

—Me lo he encontrado hurgando entre los cubos de la basura de ahí, lo he cogido y lo he llevado al veterinario —les explico.

—Donde, por cierto, se ha gastado un pastón que no tiene —interviene Daniel.

—Eso a ti ni te va ni te viene. —Se lo dejo claro.

El grupo está *in love* con el perrito, no le quitan los ojos de encima.

—¿Y su dueño? —se interesa Toby.

—No tenía ni chip. —Miro al animal, que ahora está en brazos de Robert.

Veo cómo le lame toda la cara. Por favorrr..., qué cariñoso es.

—¿Y qué vas a hacer con él? —Charlie se mete en la conversación.

Ahora viene lo divertido.

—Eso, cuéntanos. ¿Qué vas a hacer con él? —suelta irónicamente Daniel.

Lo mato. Cuando se pone así es odioso. Empiezo a hablar con la esperanza de tener en ellos el apoyo que no he encontrado en Daniel.

—Pues creo que tengo dos opciones. La primera es preguntaros si os parece bien que el perro viaje en la furgo con nosotros lo que queda de gira; obviamente yo me haré cargo de él y de sus necesidades. En ese caso, una vez que terminemos, se vendrá a casa conmigo.

Los miro uno a uno para ver sus reacciones. No veo malas caras más allá de la de Daniel, aunque tampoco esperaba mucho más de él.

Robert se sienta al lado de Henry, y este también acaricia al animal.

—La segunda opción —prosigo— es contar con la veterinaria que lo ha atendido. Cuando le he explicado la situación me ha dicho que, en caso de que el perro no pueda venir con nosotros, ella se hará cargo de él. Se lo llevará a su casa hasta que la gira acabe y yo pueda volver a recogerlo. Porque sí o sí quiero hacerme cargo de él.

—Mamá nos va a matar. —Olivia se ríe.

—De eso ya nos ocuparemos en su momento —afirmo convencida.

Cuando finalizo mi exposición y todos se quedan en silencio, trago saliva nerviosa.

—Sé que pido demasiado, pero...

—¿Qué raza es? —Henry es el primero en hablar.

—Un *cairn terrier*.

—¿Y es mayor?

Me fijo en que Toby se acerca para acariciarlo.

—No —respondo—. En realidad la veterinaria no cree que supere el año y medio.

—Bueno, la respuesta está clara —suelta Daniel alzando la voz y mirando a Charlie—. El perro se queda con la veterinaria, ¿no?

El grupo lo mira. Por cómo lo hacen sé que tengo todas las de ganar y soy incapaz de no sonreír al ver la cara que se le queda al chulito.

—En la furgo hay sitio de sobra para esta cosita —comenta Robert sin apartar

la mirada del perro.

—¡Es tan adorable! —Henry sonríe.

—Por mí, no hay problema. —Toby secunda la idea.

—A ver —nos increpa Daniel—, dudo que nos dejen meterlo en los hoteles donde vamos a alojarnos.

—Si no permiten animales, siempre podemos intentar meterlo de tapadillo, es muy pequeño, o buscar otro hotel para esa noche. Y a malas, ocasionalmente, puede quedarse en la furgo, siempre y cuando no la destroce y no se quede solo..., así que te tocará pringar —recalca Charlie sonriendo.

—¡Gracias! —exclamo con una gran sonrisa.

—Venga, vamos a votar —sugiere Olivia—. Que levanten la mano los que estén de acuerdo con que esta monada se venga de gira con nosotros.

La primera en alzar la mano soy yo, seguida de mi hermana. A continuación lo hacen Henry y Robert casi al unísono, seguidos de Toby y de Charlie.

Daniel, boquiabierto, los mira a todos desconcertado.

—¿Lo estáis diciendo en serio? —se queja.

—Será nuestra mascota —afirma Robert.

—¿Qué tiene de malo que venga? —pregunta Toby volviendo a sentarse junto a Daniel.

—Que no podemos llevar a un perro en la furgo, no es higiénico.

—¡Pero qué chorrada es esa! —Henry ríe.

—Está recién lavado y desparasitado, y además he comprado champú para él, que llevo en la mochila, por si, por cualquier imprevisto, hay que bañarlo antes de que termine la gira —contesto.

No voy a volver a permitir que diga que está sucio o es insalubre.

—Nadie ha pensado en lo mucho que nos puede retrasar por las paradas que tendremos que hacer por el camino por su culpa —insiste el chulito molesto.

—Anda ya, que las distancias no son tan grandes —replica Henry.

—Y siempre vamos con tiempo de sobra —añade Charlie, que es el que se encarga de los tiempos.

No puedo evitar sonreír, esto ha sido más fácil de lo que imaginaba. Estaba convencida de que todos estarían del lado de Daniel. Pero, no, no cabe duda de

que están a mi favor.

—¡Qué bieeen! —exclama Olivia.

Sonrío encantada. Abrazo con cariño a todos los del grupo en señal de agradecimiento. A todos excepto a Daniel, que sigue con cara de ajo.

—A todo esto, ¿tiene nombre? —pregunta Toby.

Asiento y, mirando a Daniel a los ojos, respondo con una sonrisa:

—Estaba por ponerle Daniel, pero al final me he decantado por *Dusty*. [1]

Daniel me mira. Siento que se acuerda de todos mis antepasados, pero yo me río... No me cabe duda, este es un buen nombre para él.

Capítulo 42



Daniel

El concierto de esta tarde en un local de Albuquerque ha ido de fábula. Todos nos hemos salido, incluida Becka, que cada vez domina más y mejor el escenario.

Cuando acabamos, recogemos las cosas con tranquilidad y las metemos en la furgo. Después nos dirigimos al hotel. El descanso nos vendrá bien, pues tras la actuación estamos reventados.

Llegamos, aparcamos, descendemos de la Ford Transit y Charlie y Judy entran para hacer el *check in.* Yo me quedo ahí, fumándome un cigarrillo, y me fijo en la rata. Es alucinante cómo con solo unas horas ya los tiene a todos babeando por él. Tiene a los chicos, a las hermanas Miller y a las teloneras comiendo de su mano. No lo entiendo. Tampoco es para tanto. Solo es un perro.

Becka ríe hablando alegremente con Henry. Una de las veces en las que se aparta el pelo de la cara, nuestras miradas coinciden, pero esto no hace que ella deje de sonreír, solo desvía la vista y sigue a lo suyo.

Me guste o no, he de reconocer que está preciosa.

No nos hablamos. La verdad es que nunca quise que lo que tuvimos acabara así. Solo deseaba que entendiera que nuestra imprudencia podía hacer que todo

se fuera a la mierda. Me niego a seguir con esta absurda situación. Tengo que encontrar la forma de hablar con ella como sea.

Oigo ruido y veo a Charlie y a Judy salir del hotel y caminar hacia nosotros.

—¡Chicos, escuchadme! —Él llama nuestra atención.

Doy una última calada al pitillo y lo apago. Cierro la mano para no perder la colilla y que así la niñata no me llame la atención, y me acerco a ellos.

—¿Pasa algo? —se interesa Toby.

—Sí, pero es bueno —responde Charlie.

—Tenemos que contaros una cosa —comenta Judy entusiasmada—. Acaba de surgirnos la posibilidad de dar otro concierto.

—¡Cojonudo! —celebra Robert.

—Pero no afecta a la gira, ¿no? —Ahora soy yo quien pregunta.

Judy y Charlie se miran.

—Justo de eso queríamos hablaros —contesta ella.

—A ver —interviene Charlie—, en teoría no volvemos a actuar hasta mañana por la noche, concretamente en Holbrook. Como está a unas tres horas y media de viaje de aquí, la idea era salir hacia allí mañana por la mañana y tener todo el día libre hasta la hora del concierto, como he dicho, por la noche.

Todos asentimos.

—Pero resulta que me ha llamado un colega gerente de un local para contarme que se les ha caído la banda que tenían contratada esta noche y me ha propuesto que ocupemos nosotros su puesto. Es en Gallup.

—¿Y eso dónde está?

—Podríamos decir que nos pilla de camino —le dice Judy a Toby.

—Pero ¿nos dará tiempo a llegar?

Miro a Sarah, una de nuestras teloneras; prácticamente me ha quitado la pregunta de la boca.

—Justo, pero sí —responde Charlie—. Tendríamos que salir ahora mismo para Gallup, es una hora de trayecto. Nada más llegar, tras una rápida prueba de sonido, deberíamos dar el concierto.

Nos miramos unos a otros. No suena mal.

—Lo único malo es que allí no tenemos hotel reservado. O sea que, una vez

que acabemos la actuación, tendremos dos opciones. La primera es dormir en las furgos y la segunda, llamar por teléfono al hotel de Holbrook, donde tenemos reserva para mañana, y ver si nos aceptan esta noche también.

No digo nada. Si no nos dan noche en Holbrook será un tostón dormir en la furgoneta.

—¿Holbrook está muy lejos de Gallup? —pregunta entonces Becka.

—No —le aclara Judy—. De Gallup a Holbrook se tardan, como mucho, dos horas.

Miro a los chicos y ellos me miran a mí.

—Es decisión vuestra —acaba diciendo Judy.

—Exacto, haremos lo que vosotros decidáis.

Por nuestras caras veo que ninguno sabe realmente qué decir.

—Cuantas más oportunidades tengamos de actuar y darnos a conocer, mejor —comenta Henry.

—Yo creo que nos da tiempo de sobra a llegar y hacerlo —lo secunda Becka.

Robert me mira y yo hago una mueca.

—Mientras lleguemos a tiempo para el siguiente concierto, por mí bien —pronuncia él.

—Tenéis que decírmelo ya porque he de llamar a mi colega para comunicarle vuestra decisión, tanto si es que sí como que no —nos advierte Charlie.

Nos miramos unos a otros, y comienzan a aparecer sonrisas.

—Tenemos que aceptar —suelta Toby.

—Total, ¿qué importa un concierto más? —Robert ríe.

Viendo sus caras, me giro hacia Charlie y Judy y les confirmo lo que ya saben.

—Que cuenten con nosotros.

Capítulo 43



Daniel

Y allá vamos.

Charlie y Judy entran en el hotel de nuevo, esta vez para explicar que finalmente hay cambio de planes y no dormiremos aquí, y nos metemos todos en nuestras respectivas furgos, la rata incluida, para dirigirnos hacia Gallup.

Olivia, como ya ha hecho en más de una ocasión, ha decidido ir con las teloneras. Genial, más espacio para nosotros.

Me acomodo en el asiento del copiloto y engancho mi móvil al cable para conectarlo al vehículo. Becka va sentada justo detrás de Charlie, con la ratilla acurrucada a su lado. No dice nada. Solo mira por la ventana y, aunque me gustaría hablar con ella, no lo hago. No sé cómo se lo tomaría.

A lo largo del trayecto voy poniendo música mientras oigo de fondo a los chicos hablar, y Becka sigue sin abrir la boca.

Empieza a sonar *Circles*, de Post Malone, y no puedo evitar tararearla. Me encanta esta canción. Siento que tiene un ritmo y una base atrapantes.

Al momento me doy cuenta de que no soy el único que la canturrea. Me fijo en Charlie, pero él no es. Me giro para mirar a los chicos y descubro que no son ellos. Es Becka.

Con disimulo, la observo y me queda claro que se sabe la letra del tema.

De pronto se mueve. La veo trastear en su mochila con flecos. Mira que le tiene amor a esa mochila. Espío con curiosidad lo que hace. ¿Está cosiendo?

Sigo observándola en silencio hasta que de pronto, y sin levantar la cabeza, decide hablar.

—¿Nunca has visto a nadie coser?

¿Cómo lo hace? ¿Cómo sabía que la estaba mirando?

—¿Se te ha roto la mochila? —pregunto al ver que pasa la aguja una y otra vez por su superficie, intentando cerrar un agujero.

—Sí, pero ya me ha pasado en otras ocasiones. —Y ahora sí me mira e indica con gesto serio—: Por suerte hay cosas que tienen solución.

Sonrío levemente. Esa última frase ¿habrá ido con segundas? Quizá me estoy rayando de más con este asunto.

La observo coser durante unos segundos más hasta que me vuelve a mirar. No sé cómo interpretar eso, por lo que me apresuro a intervenir.

—¿Te gusta esta canción? —pregunto.

—No está mal.

Asiento y ella sigue con lo suyo. No hay que ser muy listo para deducir que pasa de hablar conmigo. Me giro y clavo la vista al frente.

Tras una hora de viaje, llegamos a nuestro nuevo destino.

Sin tiempo que perder, entramos en la sala siguiendo a Charlie, que se dirige directamente hacia su colega. El chico se llama Kevin. Lo saludamos y él nos da las gracias por haber aceptado el bolo con tan poco tiempo de reacción.

—Sé que este no será vuestro público habitual, ya que la mayoría de los presentes esperan otro tipo de actuación, pero seguro que va genial —nos dice Kevin—. Suele ser gente muy agradecida y que lo que quiere es pasárselo bien.

—Y lo vamos a conseguir —lo anima Henry.

—No tengo la menor duda.

Nos enseña rápidamente las instalaciones.

—Lo sé, es una sala que tiene ya muchos años y que está pidiendo a gritos algún que otro arreglo, pero de momento... ¡es lo que hay! —bromea Kevin.

Con tan solo echar un vistazo alrededor ya te das cuenta de que así es. Una pequeña obra y una mano de pintura no le vendrían nada mal al lugar.

—Ahí van unos consejos —comenta él—: no cerréis del todo las puertas porque a veces se quedan atrancadas; si tenéis calor en el camerino, encended los ventiladores porque el aire acondicionado lleva dos semanas roto y, cuando vayáis al baño, no abráis el grifo del agua al máximo porque sale a demasiada presión y os empaparéis.

—¡Qué emocionante todo! —oigo que se ríe Becka.

Kevin me mira y yo asiento. El resto de la banda está a lo suyo hablando y riéndose por lo que han oído.

—¡Luego no digáis que no os he advertido! —El amigo de Charlie ríe alejándose.

Las teloneras empiezan con su prueba de sonido y mientras tanto nosotros nos apresuramos a sacar todas nuestras cosas. Con la prueba de sonido hecha, también por nuestra parte, como no se han presentado imprevistos ya nos podemos relajar.

Two Lives comienzan su espectáculo a las doce de la noche y como siempre, y por lo que capto entre bambalinas, lo dan todo. Una media hora después terminan su espectáculo y tenemos claro que en quince minutos nos toca salir a nosotros.

Nos reunimos todos los miembros de Ubuntu tras el escenario y respiramos hondo. Me fijo en Becka; está muy guapa con lo que lleva puesto, una falda negra y el *top* de brillos..., aunque, la verdad, ¿cuándo no va guapa?

Juntamos las manos como cada noche de actuación y a la de tres gritamos el nombre del grupo juntos. Hecho nuestro ritual, salimos al escenario y veo que, una vez más, Becka y Robert lo hacen cogidos de la mano. También me fijo en que este lleva su collar de piedras. Él y sus supuestas no supersticiones...

El concierto da comienzo y todo va de perlas a medida que pasan los minutos. El público está más animado de lo que todos esperábamos y por ahora todo suena y sale a la perfección, aunque hace bastante calor. Nada que con un trago de agua no se pueda sobrellevar. Aprovecho que Henry introduce la siguiente canción para coger mi botella.

—El tema que viene ahora se llama *Don't Become a Stranger* y, sí, lo escribí yo. —Ríe al ver a los presentes aplaudir—. Lo compuse en un momento en el

que mi relación con otra persona, en este caso de amistad, estaba en un punto en el que sabía que daba igual lo que hiciera porque se acercaba el final.

Bebo agua escuchando a Henry.

—Supongo que nadie quiere que una persona que ha significado tanto en su vida se convierta de la noche a la mañana en un extraño, pero en ocasiones resulta inevitable.

Lo que oigo me hace mirar a Becka, que me ignora por completo. Está a lo suyo. Nosotros no tenemos una relación. Lo que hubo entre ambos solo fue sexo, pero algo dentro de mí me hace saber que no quiero que llegue ese final inevitable. ¿O sí?

No. Por supuesto que no.

—Mi cantante favorita, Taylor Swift —dice el rubio haciendo gritar al público—, describe muy bien este sentimiento en su canción *New Year's Day* con una frase que dice algo así como «Por favor, no te conviertas en un extraño cuya risa podría reconocer en cualquier parte». Y esta canción se refiere justo a ese sentimiento.

Esas palabras de Henry resuenan en mi mente. Estoy tan ensimismado en ello que no me doy cuenta de que Becka se acerca para dejar su botella de agua y, cuando dejo la mía, provoco que choquemos.

—Perdón —susurro de inmediato.

Ella me mira. Sonríe. ¡Me ha sonreído! Entonces da media vuelta como si nada, está más que claro que pasa de mí. La contemplo mientras se mueve por el escenario. No puedo despegar los ojos de ella hasta que soy consciente de lo que estoy haciendo, y vuelvo a mi sitio para continuar con la actuación..., pero algo hace que no pueda concentrarme al cien por cien. La frase «No sabes lo que tienes hasta que lo pierdes» no para de dar vueltas en mi cabeza, repitiéndose una y otra vez.

Miro a Becka de nuevo. No la tengo. Ella y yo no tenemos nada. Pero cuando comienza a cantar y vuelve a sonreír, me niego a que ese enunciado se haga realidad.

Capítulo 44



Becka

¡Conciertazo!

Todos bajamos del escenario entusiasmados. La sensación ahí arriba ha sido brutal y el público lo ha dado todo a pesar de no saberse las canciones originales de la banda, aunque eso nos sucede a menudo.

Con el poco tiempo que hemos tenido para avisar en redes sociales de este concierto, estábamos bastante inseguros acerca de cómo podía ir. Por suerte, todo ha salido bien y algunos de nuestros seguidores han aparecido, aunque la mayor parte del público no nos conocía, por lo que tiene aún más mérito que haya salido genial.

Tras la actuación los chicos van a cambiarse mientras yo me acerco a Judy, que empieza a desconectar todos los cables de la mesa de mezclas para desmontarla y guardarlo todo en la furgo.

Charlie nos da la buena noticia de que ha llamado al hotel de Holbrook y no le han puesto ninguna pega, así que tenemos habitaciones esperando a dos horas de aquí. ¡Menos mal! No me apetecía nada, tras dos conciertos tan seguidos, dormir en la furgo.

Como ellas ya habían acabado, nuestras teloneras, junto con mi hermana, han salido hacia Holbrook para poder descansar. Judy, que es la técnica de sonido, ha

tenido que quedarse, así que le toca viajar con nosotros esta vez.

Tras ayudarla en lo que he podido, voy directa al camerino para cambiarme de ropa. Estoy deseando quitarme este *top* brillante. Será muy bonito y todo lo que quieras, pero no veas cómo pica.

Entro en el camerino destinado a las chicas. Aquí había dejado la maleta con mis cosas, pero lo único que me encuentro es mi mochila con flecos sobre una mesa de madera.

¿Dónde narices está mi maleta?

Miro a mi alrededor. Estoy segura de que antes, cuando me he puesto la ropa para actuar, la he dejado abierta en el suelo. Pero ha desaparecido. No entiendo nada.

Salgo de la reducida estancia sin tener muy claro dónde buscar, y voy preguntando a los chicos según me los voy cruzando. Como era de esperar, no tienen ni idea de dónde están mis pertenencias.

Miro en todos lados y nada. Entonces saco el móvil de mi mochila y llamo a mi hermana mientras me dirijo hacia el camerino de los chicos por si, por alguna extraña razón que desconozco, mi maleta ha acabado allí.

—¡Hola, Becks!

—Oli, *Dusty* está contigo, ¿verdad?

Antes del concierto me ha comentado que nos haría unas fotos mientras las chicas de Two Lives recogían y que después se iría con ellas al hotel en la furgo. Sabiendo eso, le he pedido que se llevase al perro para que pasase el menor tiempo posible solo.

—¡Claro! Aquí está, a mi lado, dormido.

Eso me tranquiliza.

—¿Por casualidad no sabrás dónde está mi maleta? No la encuentro...

—¿Y a mí qué me cuentas? Tú sabrás —dice.

Me desespero. ¿He perdido todas mis cosas?

—En el camerino solo he encontrado mi mochila —le explico—, ni rastro de...

—Uy..., espera... —me interrumpe.

Olivia se queda callada unos segundos, y en ese momento llego hasta el

camerino de los chicos y me encuentro la puerta entreabierta. Doy por hecho que ya han salido todos. Entro sin mirar y, al alzar la vista, me encuentro a Daniel en calzoncillos.

—¡Espera, no...!

—¡¡¡Ay, perdón!!! —exclamo dándome la vuelta.

La puerta se cierra tras de mí y, rápidamente, intento abrirla para salir cuanto antes, pero no lo consigo. ¡Mierda!

—Becks, tu maleta está aquí. En la furgo —oigo que cuenta mi hermana.

No... No. ¡La puerta se ha atrancado!

—¿Y qué se supone que hace ahí?

Daniel murmura algo, pero ni me giro ni le hago caso.

—Me la he traído sin querer —se lamenta Olivia—. Lo siento. Lo siento. Habrá sido la costumbre de llevar siempre tres maletas para nosotras dos, la habré cogido por inercia.

Suelto un sonoro suspiro. No solo acabo de quedarme encerrada con Daniel en el puñetero camerino masculino, sino que además mi hermana se ha llevado mi ropa. ¡Estupendo!

—De verdad, eres la persona más despistada que conozco.

—¿Yo? —suelta Daniel tras de mí.

—¡No, tú no! —digo girándome y viendo que ya tiene un pantalón oscuro puesto.

Le hago señas para que vea que hablo por teléfono y él asiente divertido.

—Uy, Becks, ¿con quién estás? —pregunta Olivia cambiando el tono al otro lado de la línea—. ¿Esa era la voz de Daniel?

Pongo los ojos en blanco, lo que me faltaba.

Él se acerca a mí y veo que también intenta abrir la puerta, pero sin éxito.

—Sí, luego te cuento —contesto. Mientras veo cómo se esfuerza por lograr abrir, le gruño a mi hermana—: ¿Cómo pretendes que me cambie ahora de ropa, Oli?

—No seas dramas, que el viaje en coche apenas son dos horas.

—Eso lo dices tú, que no llevas este *top* del demonio. No sabes cómo pica —me quejo—. Me gustaría ver cuánto tiempo aguantabas tú con esto puesto.

Visto lo visto, seguir hablando con Olivia no me resolverá el problema, aunque al menos ya sé dónde están mis pertenencias, así que me despido mientras observo cómo Daniel sigue peleándose con la puerta, intentando forzarla, por lo que sin querer me fijo en su espalda desnuda y en sus fuertes brazos.

—Tengo que dejarte, Oli. Nos vemos cuando llegue —me despido.

—Pide una llave en recepción porque seguramente ya estaré dormida cuando llegues.

¡Anda que pretende esperarme!

Pero entiendo que esté cansada.

—Genial, gracias.

Colgamos y, ahora sí, vuelvo a mirar a Daniel y me disculpo por la intromisión.

—Perdona por haber entrado sin llamar, pensaba que todos estabais fuera.

—No hay problema —responde.

En silencio, ahora soy yo quien intenta abrir la puerta, pero nada, imposible, por lo que no tardo en quejarme a la vez que la aporreo. ¡Quiero salir de aquí ya!

Él está tranquilo; yo, atacada.

—Te recuerdo que nos han dicho que no cerráramos las puertas, que a menudo se quedaban atrancadas —me dice mirándome.

Tiene razón, ya nos lo ha advertido el colega de Charlie, Kevin.

—¡Genial, estamos encerrados! —exclamo con ironía.

Me giro hacia él. Nos miramos en silencio e inconscientemente mis ojos van a su pecho desnudo.

«Peligro, peligro...»

—Voy a llamar a Robert... —le digo enseñándole mi móvil tras retirar rápidamente la vista de él.

Capítulo 45



Daniel

—No, ¡espera! —me apresuro a decir despeinándome al pasar la cabeza a través de la camiseta—. He oído que necesitas ropa, ¿no?

Becka asiente y yo no tardo en sacar un par de cosas de mi maleta y ofrecérselas.

—Toma, anda.

—No, gracias.

—Cógelas —insisto.

—¿Estás seguro? —pregunta extrañada.

—Claro. —Sonrío.

Acepta lo que le ofrezco y lo mira.

—Lógicamente no es de tu talla, así que te quedará grande, pero supongo que te valdrá.

—Tampoco estoy como para ponerme exquisita —bromea.

Ambos sonreímos con cierta complicidad.

—Puedes cambiarte ahora —sugiero—. Prometo no mirar.

—Bah, me cambio aquí —la oigo murmurar dándose la vuelta para mirar hacia la pared—. ¿Qué más da?

La conozco poco, pero imagino que estará pensando algo como «En el caso

de que se gire tampoco va a ver nada que no haya visto ya». Aun así, yo también me doy la vuelta, dándole la espalda.

Nos quedamos callados. Quería hablar con ella y creo que esta es la excusa perfecta, así que me lanzo.

—Becka, ¿puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Estamos bien?

No la veo, pero imagino que la pregunta la ha pillado desprevenida.

—Por mi parte, sí, pero eso mejor pregúntatelo a ti mismo.

—A ver, Becka...

—Tú eres el que dijo que lo mejor era que nos distanciásemos.

—Tienes razón —asumo—. Y me arrepiento de cada una de las palabras que solté el otro día.

—Ah, ¿sí?

—Sí, solo estábamos divirtiéndonos.

—Exacto —contesta, y añade—: ¿Hacíamos algo malo?

—No, solo nos lo pasábamos bien —admito—. Demasiado bien como para no repetir.

La oigo soltar una carcajada. Al menos se ríe.

—Por fin te has dado cuenta.

Su respuesta me pone nervioso. Mucho.

—Siento haberme puesto así la otra noche —insisto.

—Cuando te pones en plan chulito eres bastante insoportable.

—No seas niñata —me burlo.

De nuevo ambos reímos. Está claro que el ambiente entre los dos se ha relajado.

—Me da miedo que cualquier cosa que suceda entre los dos pueda repercutir negativamente en la gira —admito.

—Claro, porque echarle una mano a una señora mayor que hace autostop —la oigo decir cada vez más y más cerca—, pedir ayuda cuando la furgo nos deja tirados o hacernos cargo de un perrito abandonado van a hacer que la gira se vaya a la mierda..., ¿verdad?

Sonrío, agacho la cabeza y niego varias veces. Le encanta tener razón y le encanta recordármelo. Me doy la vuelta y al hacerlo me encuentro a Becka justo detrás de mí mirándome. Y..., ¡joder, lo que me entra por el cuerpo!

Por lo que, sin moverme o la liaré otra vez, murmuro:

—Lo del perro es más discutible.

—¿Ya no es una rata?

Sonrío. He de reconocer que *Dusty* es un encanto.

—Va por buen camino —respondo.

Me mira y sonríe. La tensión sexual que existe entre nosotros es tremenda. Solo puedo mirar su boca, y soy consciente de que a ella le pasa lo mismo con la mía. Nos deseamos. Resulta evidente que queremos besarnos y, sin hablar, nuestros cuerpos se acercan instintivamente.

—Se supone que estamos haciendo lo que no hay que hacer —murmura Becka.

Asiento. No se equivoca. Nuestras bocas están a escasos centímetros la una de la otra..., pero de pronto oímos un ruido, doy un paso atrás y la puerta se abre de golpe.

—¿Qué hacéis aquí? —pregunta Robert—. Os estamos esperando.

¡Maldita sea! Qué cortada de rollo, aunque casi mejor, porque le ha faltado poco para pillarnos.

—¡Nos hemos quedado encerrados! —exclama Becka—. Ahora mismo iba a llamarte, desde dentro no hemos podido abrirla.

Como si no hubiéramos estado a punto de besarnos, Becka camina hacia él y ambos se alejan del camerino. Una vez que me quedo solo, cierro los ojos. Está claro que esa morena, cada vez que me sonríe, puede con mis defensas. Recojo mis cosas, meto la ropa que ella se ha quitado en mi maleta y me reúno con los demás. Es lo mejor.

Salimos de Gallup más tarde de lo previsto y con hambre, así que no nos queda otra que parar en una gasolinera para poder pillar algo de cenar.

Charlie y Judy se quedan charlando fuera y el resto entramos a por comida. Pillamos unos sándwiches y vamos a la caja a pagar.

—¿Qué? Viaje familiar, ¿no? —nos pregunta el dependiente.

Nos miramos entre nosotros divertidos. Robert le dice que sí y le sigue el juego. Al salir a todos se nos escapa la risa.

—Pero ¿dónde ha visto este tío el parentesco familiar entre un negro como Robert, una morena como Becka, un pelirrojo con pelo afro como Toby, un tío de pelo castaño como tú y un rubio más bien pálido como yo? —suelta Henry riéndose y señalándome.

—Yo creo que lo ha dicho por mi pinta de hermana pequeña que ha heredado toda la ropa de sus hermanos mayores —bromea Becka.

Oírle decir eso me hace sonreír. Creo que, con mi ropa, está preciosa, aunque no digo nada.

Toby y ella se sientan en el bordillo de la acera y nosotros tres nos ponemos frente a ellos para comernos nuestros sándwiches.

Mientras hablan y bromean, los observo, aunque en realidad observo a Becka. Ella tiene razón. Se ve a la legua que el pantalón corto de chándal que le llega más allá de las rodillas y la camiseta verde de los Boston Celtics que le he prestado no son suyos. Pero ¡qué bien le sientan!

—Con esta ropa tan holgada ahora mismo me parezco más al actor Adam Sandler que a cualquiera de vosotros.

Su comentario vuelve a hacernos reír, aunque yo empiezo a ser consciente de que ella me hace reír por todo.

Capítulo 46



Becka

Llegamos por fin al hotel y descargamos las cosas. Dejamos los instrumentos y todo el equipo en un cuarto cerrado con llave y luego hacemos el *check in* para que nos den nuestras habitaciones. Yo facilito mi nombre en recepción para que me entreguen la llave de la habitación que comparto con Olivia. ¡Espero que *Dusty* esté con ella!

Por lo que observo, Daniel no comparte habitación con Toby, o sea que tiene una individual. Está bien saberlo.

Subimos Henry, Daniel, Robert, sus maletas y yo al ascensor. Nos alojamos todos en la tercera planta.

—Mañana no hay que madrugar, ¿verdad? —pregunta Henry.

—Mañana, no —digo.

—¡Menos mal! —exclama Robert—. Pienso dormir hasta la hora del almuerzo.

Los miro a Henry y a él, y sonrío.

—Tengo tu ropa en mi maleta —dice Daniel llamando mi atención.

—Te acompaño a tu habitación y así me la das. —Sonrío ante el gesto de desconcierto de este.

Las puertas del ascensor se abren y salimos. Vamos hacia las habitaciones y

llegamos primero a la de Daniel. Él abre la puerta y yo me quedo ahí, apoyada en el marco, sin entrar. Él me mira y lo entiende.

—Dame un segundo, que abro la maleta y te lo doy.

—No hay prisa —bromeo.

La pareja sigue caminando hasta llegar tres habitaciones más allá. Pasan su tarjeta por el sistema de apertura de la puerta y oigo como esta se abre.

—¡Buenas nocheees! —Robert me tira un beso.

—¡Descansad! —añade Henry.

Los imito.

—¡Hasta mañana, guapos! —me despido de ellos.

Los chicos entran y, cuando oigo que su puerta se cierra, vuelvo a mirar a Daniel. Él, que está agachado abriendo la maleta, también me mira. Ahora, sí. Ahora entro en la habitación y cierro tras de mí. Me acerco a él, que no tarda en incorporarse con una pícara mirada.

—¿Por dónde íbamos? —murmuro sonriendo.

Daniel me agarra por la cintura y me acerca a él.

—Tendrás que ayudarme a hacer memoria —suelta travieso siguiendo mi broma—. Me suena que venías a buscar algo... de ropa...

En cuanto lo oigo, sonrío.

—¿Qué estamos haciendo?

—Lo que nos apetece.

Esta vez es él quien sonríe. Mi respuesta le ha hecho gracia.

—Aunque, según tú, no deberíamos.

—La verdad es que no deberíamos, pero...

—Solo déjate llevar.

Según digo esto, clava sus increíbles ojos en mí. Esa frase, sin que lo hayamos hablado nunca, sé que es especial para ambos porque fue el inicio de mi aventura con él, con ellos.

—Nos apetece, lo estamos deseando y es solo sexo. Está claro que venir a por mi ropa ha sido una decisión excelente.

A partir de este instante todo se vuelve locura y deseo. Daniel y yo disfrutamos del sexo, uno del otro, entre pasión y jadeos, hasta acabar rendidos y

enredados entre las sábanas.

Mañana será otro día.

Capítulo 47



Daniel

Me despierta el sonido del móvil. Le echo un vistazo y veo que es un mensaje de mi hermana Susan en el grupo familiar. Lo leo y compruebo que no se trata de nada importante, solo una chorradita de esas que se mandan las familias.

Miro el reloj, son las once y trece minutos de la mañana. Dejo el teléfono de nuevo junto a la cama y lo primero en lo que pienso es en Becka. Lo que pasó anoche me encantó. Tenía ganas. Teníamos ganas y lo pasamos genial..., aunque, sobre las cinco de la madrugada, se fue a su habitación.

¿Me hubiera gustado que se quedara?

Decido no rayarme. Ambos tenemos claro que es sexo. Lo estamos pasando bien y punto.

Bajo a desayunar algo rápido y nadie da señales de vida. Como no hay necesidad de levantarse a ninguna hora en concreto porque hoy tenemos el día libre, imagino que todos estarán dormidos, por lo que regreso a mi habitación.

Me siento inquieto y, cuando estoy así, sé cuál es la mejor medicina. Componer.

Por ello, rebusco en el fondo de mi maleta y saco mi cuaderno y un boli. Con eso en mis manos, bajo hasta el primer piso y rescato mi guitarra, del cuarto donde la dejé ayer, con la ayuda de un empleado. Luego voy al jardín del hotel.

Este no tiene piscina, pero sí mesitas en una terraza para disfrutar del buen tiempo. Y eso es lo que me apetece hacer. Disfrutar de mi tiempo libre, componer y sacar de mi cabeza todo lo que ronda por ella.

Cojo un cenicero de una de las mesas y me siento en otra al solecito.

Paso el rato jugando con un par de acordes en la guitarra tras sacarla de su funda y voy apuntando algunas frases que se me ocurren.

There's so much I want to do.
[Hay tanto que quiero hacer...]
My desire is burning.
[Me queman las ganas.]
Why can't you just simply let go when you can't control?
[¿Por qué no puedes simplemente dejarte llevar cuando
no puedes controlarlo?]
Rules are made to be broken.
[Las reglas están hechas para romperse.]
We said "ok, it's just sex".
[Dijimos: «OK, es solo sexo».]
You showed me how to be better.
[Me has enseñado cómo ser mejor.]
Got this feeling that we're doing something wrong
as you turn me on and on.
[Tengo la sensación de que estamos haciendo algo malo
mientras me calientas y calientas.]

Tras un rato leo los versos que he ido apuntando e intento darle forma. Pero todo termina cuando alguien me revuelve el pelo.

—¡Buenos días, Daniel Prime! —me dice.

No hace falta ni que me gire, sé perfectamente quién es. Cierro con rapidez el cuaderno para que no vea lo que he escrito a la vez que respondo:

—¡Buenos días, Robert King!

Mi amigo se sienta junto a mí en la mesa con una sonrisa y entrecierra los ojos por culpa del sol. Me saco las gafas y se las ofrezco.

—Anda, toma.

Él las coge sin dudar. Se nota que acaba de levantarse.

—¿Me dejas tus gafas de sol sin buscar nada a cambio? —bromea—. No tendrás fiebre, ¿no?

—Eres un imbécil. —Río.

Me quito la guitarra de encima de las piernas y la dejo con cuidado apoyada en la mesa.

—¿Qué hacías? ¿Componer?

—Yo no diría tanto —contesto—. Simplemente anotaba pensamientos o cosas que me venían a la cabeza.

—¿Y puedo verlas?

¡Ni loco!

—¿Alguna vez te he enseñado una canción antes de que estuviera acabada? —Él niega con la cabeza—. Pues hoy no va a ser diferente. Tendrás que esperar, aunque tampoco sé si va a salir algo bueno de ahí.

Robert mira el cuaderno y yo, que no me fío un pelo de él, lo cojo y lo dejo en el lado opuesto de la mesa, donde no alcanza.

—¿No ha bajado nadie más?

—No, o al menos yo no he visto a nadie —respondo.

Cojo mi paquete de tabaco y saco un cigarrillo.

—¿Ni siquiera Becka? —insiste.

—Que yo sepa, no —digo con calma.

Enciendo el pitillo bajo la atenta mirada de Robert. No me quita ojo. ¿Qué le pasa?

—¿No tienes nada que contarme? —suelta de pronto.

—¿Yo? —digo sorprendido—. ¿Qué quieres que te cuente?

—No sé, quizá algo relacionado con cierta morena...

¡No me jodas!

¿Tan evidente es?

Doy una calada y expulso el humo con calma. Trato así de ganar unos segundos para poder pensar en una respuesta convincente. Tengo que aparentar tranquilidad. No pensaba que Robert fuese a hablarme de esto. ¿Qué sabe? Se

supone que Becka y yo quedamos en que esto sería nuestro secreto, que no lo sabría ni su hermana. ¿Se lo habrá contado a Robert? Espero que no.

—¿Qué dices, tío? —pronuncio finalmente con tono burlón.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto. ¿Te crees que soy tonto?

Yo sí que he llegado a creer que soy tonto. Madre mía, si él supiera... Pero, viendo cómo se ríe, añado:

—Mejor no respondas a eso.

Ambos nos carcajeamos.

Necesito enterarme de si sabe algo o si hay algún tipo de rumor circulando entre el grupo. Tengo que sonsacarle lo que sea que sabe o piensa.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Porque veo cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues, por ejemplo, el hecho de que fueses tú el que le dejaras la ropa ayer para que se cambiase.

Eso me asombra. ¿Qué tendrá eso que ver con lo que cree?

—Fue a mí a quien encontró en el camerino, y su hermana se había llevado su maleta por error. Por otro lado, si estás celoso —bromeo—, quiero que sepas que a ti o a cualquiera del grupo también le habría prestado ropa.

Robert me mira y asiente. Me está poniendo nervioso.

—Ahora en serio, ¿qué querías que hiciera, tío? No me quedaba otra —insisto con chulería.

—Ya... —murmura mi amigo—. ¿Y lo de que anoche te acompañase a tu habitación?

Mierda.

Por lo que me consta, ella entró una vez que Henry y él desaparecieron en la suya.

—¿Qué hay de raro en eso? —pregunto con la mayor indiferencia que puedo.

—Psssss.

—Tío, la chica quería recuperar su ropa. ¿Dónde está el problema?

De nuevo Robert asiente. Luego me mira otra vez.

—Eso lo entiendo, pero resulta que, a los dos segundos de entrar en mi habitación, volví a asomarme para decirle algo y ella había desaparecido. ¿Tampoco sabes nada de eso? —suelta como si nada.

¡Joder con Robert!

—Es tan fácil como que entró, cogió su ropa y, diez segundos después, se fue —intento engañarlo—. Eso casualmente ya no lo viste, ¿no?

Él fija la mirada en mí mientras parece estar sopesando lo que le he dicho.

—Vale, te creo —acepta al final apretando los labios.

Muevo la cabeza como si estuviera algo ofendido, aunque más me vale hacer que me crea. Como se enteren de lo que de verdad está pasando, me temo que me matarán. Cuando pasó todo con mi expareja y excantante del grupo, llegué a pensar que iban a echarme del grupo que yo mismo había creado. Sin duda, se lio bien gorda.

El móvil de Robert suena y él le echa un vistazo.

—Es Henry —indica—. Propone que vayamos a comer algo todos juntos.

—Venga, me apunto —respondo deseando acabar con este incómodo momento.

Capítulo 48



Becka

Nos preparamos para el concierto en Holbrook.

Una noche más, me cambio de ropa y me peino; esta vez me dejo el pelo suelto. Con soltura y la ayuda de Olivia, me pongo algo de maquillaje y caliento la voz mientras *Dusty* me observa tumbado y tranquilo. ¡Qué bueno es!

Daniel y yo, como es lógico, intentamos comportarnos con normalidad, ni muy amables ni muy distantes. La cuestión es que nadie se fije en nosotros. Ambos hemos decidido llevar esto con total discreción.

Pero no mirarlo me resulta imposible. Ese chulito me gusta y, aunque abiertamente no lo voy a admitir, cada día más.

Cuando ya queda poco para que salgamos a escena, Charlie nos avisa. Nos reunimos todos entre bambalinas y hacemos el ritual de siempre de juntar las manos y gritar «¡Ubuntu!» tras contar hasta tres.

Me fijo en Robert y veo que lleva su collar puesto. Este me sonríe, nos damos la mano y salimos a actuar.

Durante hora y cuarto los cinco lo damos todo, igual que lo da el público. Está claro que nos esperaban con ganas y eso es de agradecer. Acabamos de tocar *One More Night* y el público está arriba. Pero mucho... ¡mucho! Solo queda un tema para terminar cuando de pronto nos quedamos a oscuras.

—¿Qué pasa? —pregunto girándome hacia donde imagino que está Judy.

No veo nada. Oigo a los chicos a mi alrededor. También están desconcertados. No sabemos qué ha ocurrido.

Me quito los *in ears* de los oídos y me doy cuenta de que el bullicio del público va creciendo. La oscuridad inquieta a la gente y sé que tenemos que hacer algo.

Enseguida me saco el móvil del bolsillo y enciendo la linterna. Me enfoco directamente a la cara para que todo el mundo me vea y, tras hacer gestos con la mano para que todos se callen, digo elevando el tono:

—¡Disculpad! ¡Calma! No sabemos qué ha sucedido, pero sin duda están intentando solucionarlo.

Los presentes empiezan a aplaudir. He dicho lo que querían oír y me vuelvo en busca de los chicos, de la banda.

Veo que ellos también han sacado sus móviles y Henry los coloca en el suelo para que nos iluminen, aunque sea parcialmente.

—¿Qué ha pasado?

—Judy dice que es un apagón general —nos comenta Toby.

—¡Joder! —suelta Daniel.

Pienso en *Dusty*. Imagino que estará dormido y no se habrá enterado de nada.

—¿Y qué hacemos? —pregunta Robert.

Decido no intervenir porque nunca me había encontrado con una situación así, seguro que ellos saben más que yo de esto.

—No nos queda otra que dar por finalizado el concierto, ¿qué quieres que hagamos? —responde Daniel.

—¿En serio? —planteo.

Veo que todos asienten. No me lo puedo creer. ¿Cómo vamos a acabar el concierto con este bajón? Se supone que nuestras actuaciones acaban por todo lo alto.

Así que, antes de que Daniel diga nada, tomo el control y, acercándome a la gente que abarrota la sala, les pido con las manos que callen.

—¡Vale, escuchadme! Vosotros, igual que nosotros, queremos que suene hasta la última canción, ¿verdad?

El público asiente. Grita. Cuando por fin se hace de nuevo el silencio, continúo.

—Solo queda un tema por tocar y juraría que todos lo conocemos. Es del grupo Måneskin y se llama *I Wanna Be Your Slave*.

Los aplausos y voces que se levantan me confirman que conocen la canción. También oigo un «¿Qué haces?» que proviene de la boca de Daniel, situado detrás de mí, pero hago como que no ha dicho nada y sigo.

—Vamos a hacer una cosa. Por algún motivo que todavía desconocemos, nos hemos quedado sin electricidad —comento, y me giro para mirar a Toby—, pero la batería sí que se oye, ¿no?

El pelirrojo me mira y asiente algo confuso.

—Genial —afirmo para volver a mirar al público—. ¿Qué os parece si, con vuestra ayuda, terminamos el concierto?

De nuevo el público se viene arriba. Mi mente va a cien por hora, dispuesta a sacar esto adelante. De repente veo que los presentes empiezan a encender las linternas de sus móviles. Por lo que lógicamente tienen una mano ocupada.

—Os voy a pedir tres cosas —prosigo—. Lo primero es que todos deis con un pie en el suelo al ritmo que Toby va a marcar con el bombo de su batería.

Le hago una seña y Toby, sin estar demasiado seguro, hace lo que he dicho. Todos lo siguen.

—¡Perfecto! —exclamo haciéndolos parar—. Lo segundo es que, como no hay guitarras eléctricas para acompañarnos, necesito que cantéis conmigo.

Todo el mundo grita con entusiasmo, parece que están de acuerdo.

—Y lo tercero es que lo deis todo y disfrutéis hasta el final para que podamos acabar este concierto como se merece, ¡por todo lo alto! ¿Qué os parece?

El público celebra lo que digo y yo aprovecho para mirar a mis amigos. Contengo todo lo que puedo la risa, me es imposible describir la estupefacción que hay en sus caras, pero entonces Daniel, al que se le escapa una sonrisa, murmura:

—Estás pirada.

—Y a mucha honra —bromeo.

Miro a Toby, y este asiente y empieza a tocar la base de la canción con el

bombo. Todos los presentes lo siguen y comienzo a cantar, y de repente varias voces me acompañan... Esta sensación es increíble.

Puedo ver a mi hermana ir de un lado a otro gracias al *flash* de su cámara cada vez que saca una fotografía. Sin duda se ha creado un bonito momento de oscuridad y luces.

La canción avanza y llegamos al subidón del estribillo. Toby lo da todo en la batería y veo que el público se vuelve loco, da saltos y canta incluso más alto que yo. Me sumo, voy de un lado al otro del escenario dando botes mientras canto junto a todos ellos.

Cuando por fin acaba, estoy agotada pero feliz. El público, agradecido por la complicidad creada con ellos, empieza a aplaudir incluso con más fuerza que antes, y los chicos se acercan a mí y somos nosotros los que los aplaudimos a ellos.

Les damos las gracias mil veces, aún sin luz y sin micrófonos, y finalmente nos marchamos. Ya entre bambalinas todos tenemos la adrenalina en el cuerpo por lo que acabamos de vivir.

—¡¡¡Dioooos, qué pasada!!! —grita Toby.

Es la primera vez que lo veo así; normalmente es un chico comedido, pensativo y de pocas palabras.

Detrás del escenario están Charlie y Judy, quienes, nada más vernos descender, aplauden con entusiasmo.

—Increíble —dice él.

—Qué manera de salvar la actuación, sois unos profesionales —comenta Judy.

—Más que nosotros, la artífice de todo ha sido Becka —señala Daniel.

Me gusta oírle decir eso, tiene su gracia, pero no tardo en rectificarlo.

—Si vosotros no me hubierais seguido, de nada hubiese servido. Por lo tanto ¡es cosa de todos! ¡De Ubuntu!

Daniel sonríe cuando yo abrazo a Toby.

—¡Gracias por seguirme el rollo! —le digo.

Él también me abraza. De pronto vuelve la luz.

—¡A buenas horas! —se burla Henry.

—Lo que acaba de pasar ha sido genial —suelta Robert alucinado—. Nunca había sentido algo así. ¡Ha sido muyyy fuerteee!

—Tendrías que haber visto vuestras caras mientras lo explicaba —me mofo echándome a reír.

—¿Qué te esperabas? Era una locura —dice Daniel.

—Pero una de las buenas, ¡ha sido flipante! —Robert me aplaude y yo le sigo la broma y hago una pequeña reverencia.

—Nunca voy a olvidar lo que hemos vivido esta noche. —Daniel ríe.

—Y que lo digas, tío —lo secunda Henry chocándole la mano.

Compartimos nuestra alegría durante unos minutos y finalmente, y ahora con luz, vamos a los camerinos, donde *Dusty* nos recibe con cara de dormido. Qué suerte, él no se ha enterado del apagón. Me cambio de ropa y voy al baño.

Antes de salir me miro al espejo y me recoloco el pelo. Cuando por fin abro la puerta, me encuentro a Daniel esperándome.

—Hola —murmura travieso.

Yo asomo la cabeza y miro hacia los lados.

Tras comprobar que no hay nadie, lo cojo del brazo y lo atraigo hacia mí. Una vez que está dentro, cierro la puerta y echo el pestillo. Él no tarda ni dos segundos en arrimarse a mi cuerpo y besarme. Nos dejamos llevar. Sus manos me revuelven el pelo mientras las mías se cuelan por debajo de su camiseta...

Pero unos toques en la puerta provocan que paremos en seco. Daniel y yo nos miramos.

—Di algo —le susurro con rapidez.

Él duda, pero pronuncia alto y claro:

—¡Está ocupado!

—¡Date prisa, Daniel, que me estoy meando!

—Es Henry —cuchicheo bajando todavía más el tono de voz.

Daniel suspira y se echa hacia atrás para recomponer su ropa. Acto seguido abre el grifo del agua para hacer ruido y que no nos oiga desde fuera.

—Debemos tener más cuidado.

—Tienes razón —admito—. Ha sido cosa del subidón.

Ambos reímos.

—¿Le has contado algo a Robert? —me pregunta.

—¿De qué?

Según suelto eso, entiendo a qué se refiere, y rápidamente le respondo en un murmullo:

—No le he dicho nada a nadie, ni siquiera a mi hermana.

Daniel asiente.

—Pues debes saber que Robert ya tiene la mosca detrás de la oreja —musita.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

Niego con la cabeza, eso puede ser un problema.

—No podemos arriesgarnos así o acabarán pillándonos —insiste él.

No le falta razón. Me he dejado llevar sin pensar en nada más.

—No volverá a pasar —le aseguro esbozando una sonrisa de niña buena.

Él rodea mi mandíbula con una mano y se acerca a mí para darme un rápido beso en la boca.

—Dame unos segundos para que me lleve a Henry y después sales.

—¡Vale!

Vuelve a darme otro beso.

—Luego seguimos —dice dirigiéndose ya a la puerta.

Asiento y él me guiña un ojo.

Antes de abrir se moja las manos y cierra el grifo. Ahora sí, sale y cierra con rapidez. Al momento oigo:

—Por tu propia seguridad, no puedo dejarte entrar ahí. Ven, vamos a buscar otro baño.

—No me toques con las manos mojadas, tío, ¡qué asco! —oigo que se queja Henry.

Les doy unos segundos para que atraviesen el pasillo, instantes que aprovecho para volver a mirarme en el espejo y recolocarme el pelo.

Luego, por fin, salgo del baño. Estoy deseando ver a dónde nos lleva ese «Luego seguimos».

Capítulo 49



Daniel

Los días pasan, igual que las ciudades donde tocamos, y disfrutamos del *show* que damos cada noche.

Quedan tres conciertos para finalizar la gira. Tanto tiempo deseando y esperando este momento y ahora se me está pasando todo rapidísimo, demasiado.

Las cosas con Becka están bien..., demasiado bien.

Delante de todos, disimulamos. Somos simples compañeros, aunque reconozco que cada día me cuesta más. Siempre que la veo me gustaría besarla, agarrarla por la cintura, tocarla, vivir esa complicidad que tengo con ella cuando estamos solos en la habitación, pero sé que eso generaría cierto malestar en el grupo. Que ella y yo estemos juntos se volvería un problema y, mira, paso de contarlo. Lo que tenemos es algo nuestro y de nadie más.

Ella, con su manera de ser y de hacerme entender las cosas, ha conseguido convencerme para que no sea tan estricto con toda la programación, los horarios y las reglas. Ella, con su empuje, ha logrado que me anime a hacer esas cosas que quiero hacer pero que yo mismo me niego. ¿Por qué me comporto así?

Miro al bueno de Toby y compruebo que sigue callado. Lleva días más silencioso de lo habitual, pero, cuando me he interesado y le he preguntado si

está bien, él me ha contestado que sí, que no le pasa nada..., y yo lo he creído, tengo que hacerlo.

Hoy vamos en la furgo con Olivia de DJ y copiloto. Sorprendentemente, está pidiendo sugerencias musicales. Ahora suena una que le ha pedido Robert: *These Walls*, de Dua Lipa..., pero, más que escucharla, yo voy a lo mío.

—Oye, Charlie —la voz de Becka hace que salga de mis pensamientos—, ¿cuánto tiempo libre tenemos en Grand Canyon Village?

—Toda esta tarde-noche y mañana por la mañana, ya que el concierto es por la tarde.

—Genial, gracias —dice, y mira su móvil.

La observo curioso. Parece que busca algo.

—No lo estarás diciendo en serio... ¿De verdad buscas eso? —oigo que le pregunta Henry, que va sentado a su lado.

—Pues claro, y muy en serio —le contesta ella.

¿De qué narices hablan?

Robert, que va sentado justo detrás con la rata dormida en su regazo, no tarda en interesarse.

—¿Qué es eso que dice tan en serio?

—Becka, que quiere hacer *puenting* —responde el rubio.

¿Qué? ¿Acaso está loca?

—Es broma, ¿no? —me meto.

—Para nada, va en serio —vuelve a decir.

—¡Ni de coña vas a hacer eso! —suelto.

—¡Porque tú lo digas! —exclama ella mirándome.

—Ya empezamos... —murmura Toby divertido.

—¡A vosotros qué más os da! —se queja girándose para poder vernos a todos —. Mira que no os lo pensaba comentar porque ya sabía que le pondríais pegas y solo veríais problemas.

—¡Yo me apunto! —grita Robert.

—Eso, tú anímala —gruño con mal genio.

De pronto oímos a Olivia por encima de la música.

—Becks, sabes que yo te apoyo en todo incondicionalmente, pero esto..., no

sé, me parece un poco arriesgado. Si mamá o papá se enterasen, pondrían el grito en el cielo, ya sabes que no les gusta la idea...

—Oli, estas cosas están supertestadas y, por tanto, son muy seguras —replica la morena—. Y en cuanto a papá y mamá, ¡no tienen por qué enterarse!

Las hermanas Miller se ríen y se miran con complicidad. Yo, en cambio, me revuelvo en mi asiento malhumorado. ¿Cómo va a hacer eso? ¿Y si le pasa algo? No. Definitivamente tengo que intentar que no lo haga.

Miro a Toby para que él, siendo el más sensato de nosotros, le diga algo. Sin embargo, él me mira con cara de no querer intervenir en esto. ¿De verdad?

—Como soy con diferencia el mayor del grupo, me declaro responsable de vuestra seguridad —dice Charlie al volante—, y por ello no debería permitir que hicierais cosas que os pongan en peligro.

—¡Gracias! —lo apoyo—. Tenemos una gira por terminar, imagínate que te pasa cualquier cosa.

Becka pone los ojos en blanco.

—No seas alarmista porque no va a pasar nada —sentencia.

—Pero eso no lo puedes asegurar al cien por cien —añade Henry.

—Vale, ya está. No lo haré, ¿contentos? —Se da por vencida y, mirándonos, concluye—: De momento lo dejo por imposible, pero no porque me lo digáis vosotros, sino porque no encuentro ningún sitio donde poder hacerlo.

Sonrío, menos mal. Eso me tranquiliza.

—Anda, déjate de dramas y dime una canción —le pide su hermana.

Becka se vuelve hacia Olivia y, tras pensarlo un segundo, se decide.

—*What Love Is*, de Zimmer90 —dice.

La rubia la busca mientras yo respiro aliviado al saber que Becka no va a hacer *puenting*. Joder, es que ¡menuda locura!

Llegamos al hotel de destino y cada uno se va a su habitación. Como tenemos la tarde libre, por el grupo que compartimos veo que hacen planes.

Robert: ¿Quién quiere venir conmigo
a dar una vuelta?
Toby: Me apunto, que aún no sé
qué comprar para lo del amigo invisible. A ver si me

inspiro.

Mierda. Se me había olvidado por completo eso del amigo invisible. ¿Qué se supone que tengo que comprar cuando no sé ni siquiera a quién voy a regalárselo? Ya lo pensaré, ahora no me apetece.

Yo: Paso, me voy a dormir un rato.
Si eso, luego me uno.

Olivia está escribiendo...

Capítulo 50



Becka

—¿Seguro que no te quieres venir?

—Seguro, estoy cansada —respondo—. Creo que me tumbaré, encenderé el portátil y me pondré algo en Netflix.

—Mientras no vuelvas a traicionarme y veas *La casa del dragón* sin mí...

Me río dejándome caer en la cama. Recuerdo ese día, pero por motivos que ella desconoce. ¿Qué diría si lo supiera?

—Tranquila, no volverá a pasar.

Mi hermana se recoge el pelo en una coleta y se prepara para irse. Tirada sobre el colchón, miro a *Dusty*. Que yo no quiera salir no tiene por qué impedírselo a él.

—Oli, llévate al perro y así le da el aire.

—¡Vale! —acepta contenta.

Menos mal que le gustan los animales tanto como a mí; si no, no sé qué habría sido del pobre *Dusty* o de mi relación con Olivia.

Ella le pone el arnés y la correa y abre la puerta de la habitación.

—Si más tarde te arrepientes y te apetece apuntarte, llámame.

—Gracias, Oli.

Ella sonríe y abandona la estancia. Me quedo tumbada en la cama hasta que

suena mi móvil. Lo miro y veo que han estado hablando por el grupo. Leo en los mensajes que Daniel también se ha quedado en su cuarto.

Lo busco para enviarle un mensaje, pero él se me adelanta.

Daniel: ¿Tú también te quedas en el hotel?

Yo: Sí, voy a ver una peli..., a no ser que tú me propongas algo mejor.

Daniel: Ven a descubrirlo. 😉

Por supuesto que voy a ir.

Yo: ¿Número de habitación?

Daniel: Cuatrocientos doce.

¿Está de coña?

Cojo la tarjeta de la mía, salgo y en tres pasos me planto en su puerta. Tras arreglarme rápidamente el pelo y la ropa para tener mejor pinta, llamo.

—¿Cómo has llegado tan rápido? —plantea sorprendido al abrir.

Levanto la llave de mi habitación.

—Estoy en la cuatrocientos trece.

Los dos reímos.

Cuando hemos llegado al hotel, Daniel ha hecho el *check in* antes que yo y ha subido en el ascensor con Toby y Charlie, por eso no sabía cuál me había tocado a mí.

Entro y, como no podía ser de otra manera, nos besamos.

Al inicio son besos tiernos y suaves. No hay prisa. Pero, como siempre, nuestra química, como diría Muriel, provoca que subamos más y más de intensidad y terminamos desnudos en su cama, jadeantes y sudando, satisfechos.

Los dos nos quedamos mirando el techo hasta que Daniel, a su pesar, se duerme. Parece que era cierto eso que ha dicho antes en su mensaje de que estaba cansado.

Por mi parte, como no tengo sueño, me levanto, me visto y regreso a mi habitación. En su cama estaba muy cómoda, demasiado. Pero dormir acurrucada

con alguien es cruzar un límite que no me puedo permitir con él. No debo. Esto es solo sexo.

Como no me apetece encender el ordenador y ver alguna serie, tal como pensaba hace un rato, busco una libreta y un boli en mi mochila, y salgo a la pequeña terraza de la habitación. Sin ser realmente consciente de lo que estoy haciendo, tarareo y apunto frases que se me vienen a la cabeza.

If these walls could talk, we wouldn't be a secret.
[Si las paredes pudieran hablar, no seríamos un secreto.]
I'd love to wake up next to you.
[Me encantaría despertar a tu lado.]
We are on the same floor and I'm not prepared
to knock on your door.
[Estamos en la misma planta y no estoy preparada
para llamar a tu puerta.]
I want you to stay?
[¿Quiero que te quedes?]
You fucked up in the past and I'm here to have a blast.
[La cagaste en el pasado y estoy aquí para pasármelo genial.]
There's no problem on two people having fun unless
someone falls in love and becomes dumb.
[No hay problema en que dos personas se diviertan, a menos
que alguien se enamore y se vuelva tonto.]
Just me, the moon and the thoughts of you.
[Solo yo, la luna y los pensamientos sobre ti.]

Un ruido hace que me gire bruscamente y me encuentro a Daniel en la terraza de al lado, apoyado y mirándome.

—¿Te he despertado? —no tardo en preguntar.

—No, tranquila. —Y tocándose el cabello de esa manera tan sexy que tiene, señala mi libreta—. ¿Qué haces?

La cierro de golpe.

—Nada importante.

—¿Estabas componiendo?

—No, yo no sé hacer eso.

Él niega con la cabeza, sonríe y me corrige.

—¿No sabes hacerlo o nunca lo has hecho?

—Nunca he compuesto una canción.

—Si quieres, yo te ayudo —sugiere—. Tú pones la letra y yo, con la guitarra, le pongo una pequeña base, a mí eso suele ayudarme.

—No hace falta —le digo con una sonrisa vergonzosa.

Ni muerta le dejo ver lo que hay escrito ahí. Sería como dar vía libre a mis pensamientos, y por ahí no paso. Eso es algo privado.

De repente suena mi móvil y me giro para cogerlo. Es un mensaje de mi hermana.

Olivia: ¿Te vienes a cenar?

Gracias a su mensaje veo la hora que es.

—Madre mía, ¡se me ha pasado la tarde volando!

—¿Qué hora es? —pregunta Daniel.

—Las nueve menos seis minutos.

Desbloqueo el teléfono dispuesta a responder a Oli... cuando oigo que Daniel me hace una propuesta.

—¿Quieres que cenemos juntos?

Capítulo 51



Daniel

Becka coge la carta del servicio de habitaciones que hay en su cuarto y yo hago lo mismo. Echamos una ojeada y decidimos lo que queremos. Luego cojo el teléfono de mi habitación y llamo a recepción.

—Buenas noches, ¿para hacerte un pedido? —digo cuando responden—. Sí, queremos dos sándwiches club con patatas fritas, una cerveza y...

Me asomo a la terraza todo lo que el cable del teléfono me lo permite, la miro y ella murmura:

—Una Coca-Cola Zero.

Asiento y también la pido.

—Es para la habitación cuatrocientos doce, por favor.

Le doy amablemente las gracias al hombre que me ha atendido y cuelgo.

—Van a tardar una media hora en subirnos la cena —comento volviendo a salir a la terraza.

—Pues mira, voy a aprovechar para darme una ducha —me señala.

—También puedes venir y ducharte conmigo...

—No me líes, Daniel, no me líes... —Se ríe—. Mejor me ducho aquí, donde tengo mis cremas y mi champú.

Como ya la voy conociendo y sé que no cambiará de opinión, decido hacer lo

mismo.

—Vale, yo también me voy a pegar una ducha. Espera un momento.

Al cabo de unos segundos, regreso a la terraza con una de las dos tarjetas que me han dado en recepción cuando hemos hecho el *check in* y se la tiendo.

—Toma, por si acabas antes que yo.

Ella sonríe. Coge la tarjeta y se mete dentro.

Tras mirar un rato el móvil, me ducho y, después de echarme la crema facial que mi hermana Susan me obliga a utilizar, salgo del baño y me encuentro a Becka. Está en mi terraza, aún con el pelo mojado y mirando el paisaje.

Sin pensármelo, me acerco a ella y la abrazo por la espalda; al segundo echa la cabeza hacia atrás para mirarme.

¡Joder, cómo me mira!

Mierda. ¿He hecho bien? ¿Demasiada complicidad? ¿Demasiada intimidad?

—Qué bien hueles —murmura.

—Gracias. —Sonrío como un tonto—. ¿No te secas el pelo?

Becka se mueve y nuestros cuerpos se separan.

—Paso. Con el calor que hace, mejor dejo que se seque al aire.

Se revuelve la melena con ambas manos.

—Te queda muy bien —susurro sin poder dejar de mirarla.

—Gracias.

Entonces se acerca a mí, me rodea el cuello con ambos brazos y nos besamos. Está claro que besarnos se nos da muy... muy bien. Y lo hacemos hasta que oímos tres golpecitos en la puerta.

—¡La cena! —exclama ella.

Corre a abrir y entonces un camarero entra en la habitación y nos deja sobre la mesa una bandeja con todo lo que hemos pedido. Le firmo el albarán y se va.

—¿Cenamos encima de la cama? —propone.

—Vale —acepto—, pero las bebidas las ponemos en las mesillas de noche, que más de una vez, cuando he hecho esto con Robert, ha acabado derramándolo todo sobre las sábanas.

Becka asiente, coge las dos bebidas y las pone en una de las mesillas. Yo pillo la bandeja y la coloco sobre el colchón. Luego nos sentamos uno al lado del otro.

—O sea, que ¿no soy la única con la que cenas en la habitación? ¿También estás liado con Robert?

—Sí, pero no sé si te habrás dado cuenta de que tenemos una relación abierta —le sigo el rollo divertido.

Ella suelta una carcajada, imagino que no se esperaba esa respuesta. Yo destapo el plato de mi sándwich.

—Está bien saberlo —musita, y mirando la comida añade—: Humm..., qué buena pinta.

Asiento llevándome un par de patatas fritas a la boca. ¡Qué hambre tengo! La veo abrir su sándwich y quitarle el beicon.

—¿Lo quieres?

—¿No te gusta?

—No, no me entusiasma —contesta.

—Claro, dámelo —digo abriendo el pan para que lo meta dentro.

Hecho eso vuelve a su plato, coge una patata y se la come. Acto seguido pilla su Coca-Cola.

—No te gusta el alcohol, no te gusta el beicon...

—Yo no he dicho que no me guste el alcohol.

La veo pegar un trago a su refresco y volver a dejar el vaso donde estaba.

—Ah, ¿no?

—No, es solo que intento beberlo lo mínimo posible.

Becka coge cuchillo y tenedor y empieza a cortar su sándwich. Yo la imito mientras pregunto:

—Y eso, ¿por qué? ¿Te emborrachas fácilmente?

Ella me mira. Por su cara noto que duda, como si pensara en si contármelo o no.

—No me emborracho fácilmente —responde al fin—, pero es algo que me da miedo.

Eso sí que no me lo esperaba. Becka se mete un trozo de sándwich en la boca y, antes de hacer lo mismo, indago acerca de lo que acaba de decir.

—¿A qué te refieres con que te da miedo?

Noto que ella me mira con resignación. Sabía de sobra que, ante un

comentario así, preguntaría. La veo masticar y tragar antes de empezar a hablar.

—Sabes que soy adoptada, ¿verdad?

Asiento mientras también mastico.

—Pues resulta que mis padres biológicos eran drogadictos y alcohólicos —suelta con total naturalidad.

Casi me atraganto. No me esperaba que fuese a decir algo así.

—Lo siento —murmuro con la boca aún llena.

—No lo sientas, yo casi no me acuerdo de ellos —dice intentando parecer despreocupada—. Me abandonaron cuando tenía seis años, así que para mí no son ni han sido nada.

Me apena que hable así de ellos, igual que me apena que tuviera que vivir algo tan triste. Pero está claro que cada uno tiene su historia y sus circunstancias. Yo soy muy consciente de que, en el ámbito familiar, he sido y soy todo un privilegiado.

—¿Y te da miedo beber alcohol por ellos?

—Me da miedo, porque en los niños de padres biológicos con adicciones el riesgo a consumir se incrementa notablemente —me explica.

La miro sin saber muy bien qué decir. Está claro que ella sabe mucho más del tema que yo cuando añade con un hilo de voz que me enternece:

—Me da miedo empezar y no poder parar.

—Pero ¿qué dices?

—Es lo que pienso...

—Eso a ti no te va a pasar nunca —afirmo con cariño.

—Eso no lo sabes, ni yo tampoco. —Becka niega con la cabeza—. Por eso nunca he probado ni siquiera el tabaco, porque estoy segura de que, si lo hiciera, me engancharía. Y por eso mismo intento beber alcohol solo en contadas ocasiones y sin llegar nunca a emborracharme. No es un tema que me tome a la ligera, es importante para mí.

—Entonces no hay más que hablar —es todo lo que me sale decir.

Luego seguimos cenando en silencio.

No podía llegar a imaginarme que Becka tuviese toda esta historia detrás y que la hubiera marcado tanto. Ahora me arrepiento de los comentarios que le he

hecho alguna vez acerca de lo que bebía.

Entiendo que para ella no debe de ser fácil hablar de esto, no creo que sea algo que le cuentes a todo el mundo eso de tener unos padres biológicos así. Menos mal que dio con la familia Miller, su familia. Apenas los conozco, pero por lo poco que pude ver parecen estar muy unidos y se quieren mucho.

Becka sigue comiendo como si nada y yo me llevo un trozo de sándwich a la boca mientras pienso en qué tema de conversación sacar. No quiero hablar de algo que la incomode. Ahora siento que la conozco un poco más. Conozco algo más allá de la Becka alocada y extrovertida que nos muestra habitualmente.

—¿Qué te parece si vemos una peli?

Su propuesta me parece bien. Bueno, creo que cualquiera me hubiera gustado para acabar con el silencio. Encendemos mi portátil y nos dedicamos a buscar algo que nos convenza a los dos mientras terminamos de cenar. Vemos la peli y, cómo no, después volvemos a enrollarnos.

Capítulo 52



Becka

Vamos de camino a Las Vegas. Son cuatro horas y veinte minutos de viaje, pero, tras hablar con mis padres durante casi una hora, se me pasan volando.

Tengo a *Dusty* sobre mis piernas. Disfruto de él, del paisaje, de la música y de la compañía. Disfruto de todo mientras mis compañeros hablan y ríen por las tonterías que dicen.

Miro al perrito con cariño. Está claro que se ha integrado perfectamente al grupo y es uno más de nosotros. A veces, cuando me mira como lo hace ahora, pienso que se comunica con los ojos. En ellos veo agradecimiento y amor además de bondad, por cuidarlo y quererlo, y eso me pone blandita. Mucho.

Pienso en mis padres. Se supone que mamá es alérgica a los perros y por eso nunca hemos tenido uno. Creo que le va a dar un ataque cuando vea a *Dusty*, pero, conociéndola como la conozco, sé que lo adorará. Le chiflan los animales, como a mí.

Últimamente todo se me pasa rápido y eso empieza a darme pena. El concierto en Las Vegas es el penúltimo de la gira. Veo que se acerca el final de esta aventura que comparto con mi hermana y no tengo claro qué será de mí después. ¿Querrán que siga con ellos? ¿Volverá Alice, su anterior cantante? ¿Regresaré a la cafetería de Bill a servir cafés y sándwiches?

Intento no darle muchas vueltas, pero me resulta imposible. Me chifla lo que hago. Cada día que ha pasado le he ido cogiendo más el gusto y tengo claro que cantar, hoy por hoy, es lo mío.

Pero tampoco quiero ser yo quien saque el tema. No me gustaría poner a los chicos en un compromiso. Y, bueno, solo deseo que, pase lo que pase, estén contentos con el trabajo que estoy haciendo.

Llegamos a nuestro hotel y, mientras hacemos el *check in*, hablamos de qué vamos a hacer esta tarde, ya que la tenemos libre.

—¡Nosotras nos vamos! —oigo que dicen las teloneras.

Rápidamente nos explican que tienen unos amigos aquí, en Las Vegas, con los que han quedado para cenar. Una vez que se marchan, seguimos hablando del tema.

—No podemos estar en Las Vegas y no pisar un casino —comenta Henry.

—Guau, ¡sí! —lo apoya Robert.

Los miro. Entiendo lo que dicen, aunque el juego no sea lo mío.

—¿Tantas ganas tenéis de ir a regalar vuestro dinero? Mejor haríais tirándolo a la basura —bromeo.

—Paso —murmura Toby.

—Con ese ánimo no se puede ir. —Henry ríe.

—Tened cuidado con esas máquinas, que las carga el diablo —interviene Charlie.

Yo tengo claro que no pienso invertir ni un dólar en eso. Ni quiero perderlo ni quiero exponerme a una adicción tan peligrosa como es el juego así sin más.

—Seguro que hay algún espectáculo digno de ver —propone Olivia—. Hasta el mes pasado estuvo aquí Lady Gaga.

—¡No me digas! —exclama Robert recogiendo las tarjetas de su habitación —. ¿Cómo no lo habíamos pensado antes?

A Charlie le suena el móvil y se aleja para coger la llamada mientras Daniel contesta a su amigo irónicamente.

—Disculpa que no hayamos programado la gira en torno a lo que hace o deja de hacer Lady Gaga.

Eso ha tenido gracia. Toby se ríe mientras Robert lo mira.

—Para la próxima gira estas cosas las tendremos muy en cuenta —señala.

—Muy bien dicho —lo secunda Henry.

Daniel asiente divertido. Lo conozco lo suficiente para saber que está pensando algo tipo «Ojalá haya próxima vez».

Terminamos de hacer el *check in* y estoy feliz porque, de nuevo, en este hotel aceptan perros, por lo que, con *Dusty* a mi lado, nos acercamos al ascensor con nuestras maletas. Toby le da al botón para llamarlo justo cuando Charlie viene hacia nosotros.

—Tengo algo que puede interesaros —anuncia ganándose toda nuestra atención—. Acabo de hablar con un amigo que trabaja en una discográfica. Le comenté que estaría por aquí con vosotros, y me ha preguntado si queréis ir esta tarde a una gala de premios de música.

¡Qué pasada!

Los chicos rápidamente se miran entre ellos. Esto es una gran oportunidad para que el nombre de Ubuntu empiece a sonar en otros círculos musicales.

—¡Claro que nos interesa! —exclama Robert eufórico.

Las puertas del ascensor se abren, pero ninguno se mueve de donde está. Sujeto bien la correa del perro para que no se separe de mi lado.

—Se trata de una gala de artistas independientes, no esperéis que allí estén Harry Styles, Lady Gaga o Miley Cyrus... —sigue hablando nuestro *road manager.*

—¿Qué más da? —lo interrumpe Daniel—. Asistir a un evento de este estilo es una gran oportunidad.

—Una grandísima oportunidad —afirma Henry.

—Nunca se sabe quién puede interesarse en nosotros al vernos por allí —añade Toby con seriedad.

Está claro que para todos ellos la respuesta es un sí rotundo. Yo no intervengo porque están hablando del futuro de la banda y no sé si eso me concierne, ya que la gira está a punto de acabar y, como he mencionado, todavía no hemos hablado de lo que pasará luego. No sé si cuentan conmigo o con Alice. Mi hermana me mira y adivino en su expresión que está pensando lo mismo que yo. Así pues,

nos alegramos por ellos, pero no decimos nada... hasta que Henry se gira hacia nosotras extrañado de nuestro silencio.

—¿Os apetece? —nos plantea a ambas.

Su pregunta me sorprende y, viendo cómo me miran, murmuro:

—Esto es algo vuestro.

—No, Becka, esto es algo nuestro —replica Daniel—. Aquí todos somos parte de Ubuntu, ¿o no?

—Por supuesto —sentencian al unísono Toby, Henry y Robert.

Eso me hace sonreír. No solo porque me incluyan a mí, sino porque incluyan también a mi hermana. Miro a Olivia; está emocionada como yo, y por su cara sé que está deseando ir a ese evento.

—Nos encantará acompañaros —pronuncio.

Daniel sonríe, y ese gesto me hace saber que quería esa respuesta de mí.

—Pues no se hable más —dice Robert con rotundidad—. Charlie, avisa a quien tengas que avisar de que Ubuntu, al completo, va.

Charlie asiente y se aleja poniéndose el móvil en la oreja. Toby vuelve a llamar el ascensor y en ese momento me mira Olivia, nerviosa.

—¿Qué nos vamos a poner?

Capítulo 53



Becka

Llegamos a la habitación y lo primero que hacemos es abrir las maletas del todo mientras *Dusty* se sube a la cama y nos observa tumbado.

—Me parece que metí un par de «por si acaso»...

Segundos después Olivia saca algunas prendas.

—Vale, creo que tengo estas dos opciones tras pasar por la plancha —le oigo decir.

La miro y veo que cuelga en perchas un vestido blanco y un traje de pantalón y chaleco color azul cielo.

Por mi parte, tras echarle un vistazo a todo lo que tengo en mi equipaje, me doy por vencida.

—Genial, yo no tengo nada para presentarme a un evento así.

—¿Nada?

—Nada —lloriqueo.

—No te preocupes, yo puedo prestarte algo. Y, si no, también podemos ir a ver qué tienen Robert y Henry.

Lo pienso. Esa opción no me parece mal, los dos tienen buen gusto en cuanto a moda.

De repente miro a *Dusty* algo preocupada.

—¿Qué vamos a hacer con él? —planteo.

Olivia lo mira también. Sabe igual que yo que es muy bueno, pero echando un vistazo a la habitación murmura:

—¿Crees que la puede liar?

Suspiro. En los hoteles, cuando lo metemos, solemos estar con él, así que no tengo ni idea.

—¡No lo sé! —exclamo.

Olivia asiente.

—¿Tendrán guardería canina aquí? —se me ocurre, pues hay establecimientos que cuentan con este servicio.

—Pregunta —me pide Oli—. Estamos en Las Vegas y aquí todo es posible.

Sin tiempo que perder, llamo a recepción. De inmediato me indican que tienen un servicio de guardería en la planta menos uno y, sin dudarlo, para allá que nos vamos Olivia, *Dusty* y yo.

Tras encontrarnos con unos chicos muy amables que resultan ser los cuidadores, tomo la decisión de dejarlo con ellos y otros perros que en este momento juguetean. Es un servicio extra aparte, así que me va a tocar pagarlo a mí.

—Menudo dineral me estoy dejando con él —comento.

Olivia asiente y sonríe.

—Decidiste quedarte con *Dusty* y eso conlleva unos gastos, ¿o no?

Asiento. Pero me da igual, para mí es como cuidar de un hijo. Sonrío sabiendo que estará bien hasta que yo regrese.

—Venga. Pasamos por nuestra la habitación a por la ropa y nos vamos a ver a los chicos —le propongo a mi hermana cogiéndola del brazo.

Tras recoger las perchas con las dos opciones, vamos directas a su habitación.

—¡Bienvenidas, guapas! —nos saluda Henry al abrir la puerta.

Entramos y Henry cierra la puerta.

—¿Qué? ¿Ya habéis elegido *outfit*? —nos pregunta.

—Yo casi casi. Estoy entre este o este.

Henry mira lo que mi hermana le muestra.

—¡Qué chulos son!

Olivia asiente. Sonríe.

—Yo vengo con la esperanza de que tengáis algo de sobra para mí.

—Has venido al sitio adecuado —afirma Robert apareciendo frente a nosotras en calzoncillos negros.

—¿Vas a ir así? —pregunto.

Robert se da una vueltecita para que veamos su cuerpo, haciéndonos reír.

—Amor, yo este cuerpazo no lo enseño gratis. Y que conste que ahora estoy así porque Henry me iba a cortar un poco el pelo —suelta.

Me río. No sé qué sabe mi hermana de lo que hay entre ellos.

—¿Dónde está *Dusty*? —se interesa Henry.

Sonrío, sé que lo quieren tanto como yo.

—Como madre suya que soy, lo he dejado en la guardería de perros —les cuento—. Ahí estará bien entretenido mientras no estamos, y así evito que haga alguna trastada en la habitación.

—Muy bien pensado. —Henry aplaude la idea.

Mi hermana deja las dos perchas sobre la cama. Robert vuelve al baño seguido de Henry y desde mi posición veo que se mete en la bañera vacía.

—¿Qué haces? —pregunto extrañada.

—Es para no llenarlo todo de pelos.

—¿Te vas a rapar? —inquiere Oli.

No es que Robert lleve el pelo demasiado largo.

—Solo los lados, para hacerme un pequeño *mullet* —contesta.

Curiosa, entro en el baño y veo una caja de tinte sobre la encimera.

—¿Y esto? —planteo intrigada.

—Está pensando en si teñirse de rosa o no —me dice Henry cogiendo la máquina para cortarle el pelo.

—¡Me encanta!

—¡Por favor! —exclama Olivia quitándome la caja de las manos—. Deja que yo te lo haga.

Robert se ríe. Le hacen gracia nuestros comentarios. Henry empieza a raparle los laterales. Pocos minutos después ya ha terminado, tampoco había mucho que cortar.

—¿Puedo? —pregunta Oli.

—Solo si yo puedo teñirte a ti un par de mechones de pelo rosas —responde Robert divertido mientras asiente con la cabeza.

Mi hermana acepta encantada. Para eso es más atrevida que yo. De inmediato abre la caja del tinte, se pone los guantes, echan el producto en un pequeño cuenco y, tras mezclarlo con otro producto, comienza a extenderlo por todo el pelo de Robert.

Me quedo a una distancia prudencial con Henry. Los vemos hacérselo el uno al otro y, cuando acaban, nos miran.

—Aún queda, ¿queréis? —sugiere Olivia.

—No, gracias —aseguramos nosotros al unísono.

Una vez que los dos tienen el tinte en el pelo, salen de la bañera y pasamos a hablar de la ropa.

—No sé por cuál de los dos decantarme... —comenta Oli volviendo a enseñarles las prendas que ha traído.

Se las pone por encima mirándose al espejo, con cuidado para no mancharlas, y todos opinamos, así que finalmente decide quedarse con el traje de pantalón y chaleco azul.

—¿Y vosotros qué os vais a poner? —me intereso.

Henry se acerca al armario. Saca un traje de pantalón y chaqueta beige.

—Le meteré una básica blanca de tirantes debajo, botines blancos y quizá un pañuelo negro en el cuello —nos dice.

—Vas a ir increíble —murmuro.

—¡Aquí está! —exclama Robert rebuscando en su maleta.

Se pone en pie y nos muestra un traje negro con brillos en la parte baja de la chaqueta y del pantalón corto que lleva a juego.

—Dios, me encanta, Robert —dice Olivia.

—Es una pasada —añade Henry.

Tienen razón. El estilo que propone lo hará destacar.

—Y ahora, tú. —Me mira.

Me pruebo el vestido blanco que ha quedado descartado para Oli, pero no me convence cómo me queda. La verdad, con ese vestido no soy yo. Los chicos

pasan un rato dándome cosas suyas para que me las pruebe. No tardamos mucho en descartar prácticamente todo lo que venga de Robert porque, al ser el más alto, todo me queda demasiado grande y largo. Pero Henry me ofrece algunas opciones.

Me pruebo varias cosas hasta que damos con lo idóneo.

—Ese pantalón negro te queda ideal. —dice Oli— Rollito *oversize*, como se lleva ahora.

—Arriba me puedo poner el corsé negro que tengo...

—¿El que te has puesto en algún concierto? —me corta Henry. Asiento y él no tarda en rechazar la idea—. No, hoy no te vestirás de concierto.

—El sujetador que llevas es muy bonito, deberías lucirlo... —susurra Robert sin quitarme ojo.

Me miro y, sí, es mono. Es un sujetador negro con un detallito de color plata en el centro.

Tras probar varias combinaciones, las que más nos gustan son con una chaqueta abierta o con una camisa negra abierta. El caso es que se vea el sujetador, que es lo que da el toque diferencial al estilismo.

—La chaqueta la descartamos, que si no pareceremos gemelas —bromea Robert.

Todos coincidimos y queda eliminada. Vuelvo a probarme la camisa.

—Tengo una idea —suelta de repente Henry—. Robert, ¿dónde tienes tus tijeras?

—En el neceser, en el baño.

El rubio va a por ellas y al volver se acerca a mí, se agacha y agarra la camisa con la mano que tiene libre. Parece dispuesto a cortar.

—Pero ¡¿qué haces?! —Llamo su atención para frenarlo—. Henry, ni se te ocurra cortar la camisa por mí.

—¿Me has visto con ella puesta algún día?

Lo pienso unos segundos y la verdad es que no, no lo recuerdo ningún día con esta prenda puesta.

—Pues ya está —suelta, y comienza a manejar las tijeras.

Todos observamos en silencio cómo va cortando la camisa alrededor de mi

cuerpo. Da el último tijeretazo y un trozo de esta cae al suelo.

Henry se vuelve a poner de pie. Da dos pasos atrás para mirarme y sentencia:

—Alucinante.

Rápidamente me miro en el espejo. Y... sí. La camisa, con los tijeretazos que le ha metido Henry, gana una barbaridad.

—Ahora sí, Becks —dice mi hermana asintiendo también.

—¡Me gusta! —exclamo convencida.

—Vaya lookazos tenemos —comenta Robert satisfecho.

Minutos después, Olivia y él se lavan la cabeza para quitarse los restos del tinte, que les da un rollo impresionante, Oli plancha sus prendas, se visten y todos nos ponemos con el pelo y el maquillaje.

¡Hay que lucirse!

Capítulo 54



Daniel

Bajo al vestíbulo del hotel y solo encuentro a Charlie allí. Va hecho un pincel con un traje de color claro. Está visto que el tío tiene estilo.

Al momento se abren las puertas del ascensor y Toby sale de dentro.

—¡Guau, chaval! —suelto al verlo.

Mi amigo lleva el pelo recogido en un moño, un pantalón negro holgado y una camisa de transparencias con estrellas negras pegada al cuerpo. No es habitual en él ir vestido así, pero la verdad es que le sienta genial.

—Robert me convenció el otro día para que me la comprara —me cuenta al acercarse y chocarme la mano—. Tú también estás muy guapo.

Ambos reímos.

—¿Estás bien, Toby? Sé que soy muy pesado, pero llevas una temporada más callado de lo normal y me preocupa. —Aprovecho que está de buenas para preguntarle.

—Que sí, Daniel, ¡para ya!

Se acerca a Charlie y se ponen a charlar. Intento concentrarme en lo que dicen, pero cada vez que oigo el ascensor abrirse me giro instintivamente. ¿Por qué?

Una de las tantas veces que suena, doy media vuelta y, ahora sí, la veo. Becka

sale del interior acompañada de su hermana y el resto de los miembros del grupo, pero solo tengo ojos para ella. ¡Guau! Está guapísima con ese pantalón ancho y la camisa abierta. No puedo evitar que se me escape una pequeña risa al ver el sujetador, lo conozco. Y, sobre todo, sé cómo se desabrocha.

Ella sonríe; algo me dice que adivina lo que estoy pensando. Nos saluda con la mano mientras todos caminan hacia nosotros.

—Pero ¡qué guapooos! —exclama Olivia.

—Vosotros sí que estáis guapos. —Toby le devuelve el piropo.

—No me lo puedo creer —se oye decir a Robert—. ¡Toby, te has puesto la camisa!

—Te prometí que me la pondría. —El pelirrojo ríe.

Las hermanas Miller se colocan a mi lado y yo tengo que esforzarme para dejar de mirar a Becka. Quiero decirle lo increíble que está, pero no puedo hacerlo abiertamente. No pueden sospechar de nosotros.

—Qué guapa estás, Olivia —digo haciendo sonreír a la rubia, y, ahora sí, miro a la morena y añado—: Tú también estás muy guapa, Becka.

—Pues anda que tú, Daniel... —Sonríe y me mira de arriba abajo—. Vas muy... tú.

No me he comido mucho la cabeza. Tenía un traje negro en la maleta y es lo que me he puesto tras estirarlo con la plancha portátil. Eso sí, solo el pantalón, pues con la americana me moriría de calor.

—Está claro que no dejas nada a la imaginación —bromea Henry señalándome.

Llevo la camisa muy abierta, solo con dos botones abrochados.

—Tío, para algo me trabajo este cuerpo —respondo con gracia.

—¡Qué presumido eres! —Olivia ríe.

—Porque puedo, ¿no?

—¡Por favor, qué creído! —suelta Becka, y luego oigo cómo se ríe.

De pronto Charlie mira su móvil y alza el brazo.

—Venga, vamos para fuera, que el coche está llegando.

Los seis caminamos detrás de él. Me saco las gafas de sol del bolsillo trasero del pantalón y me las pongo.

—Tu chulería es tremenda.

El comentario de Becka consigue hacerme reír de nuevo.

—Porque puedo, ¿no? —repito.

Ella me mira. No dice nada, solo sonríe.

—¡Hombreee! Sus clásicas Ray-Ban, que no falten —exclama Robert.

Divertido, le guiño un ojo y me las pongo. Es parte de mi estilo.

Llega la furgo que ha pedido Charlie y todos, entre bromas, nos metemos en ella. Ni quince minutos después llegamos a nuestro destino. Nuestro *road manager* abre la puerta y bajamos.

—Hostia, esto es más grande de lo que pensaba —comenta Henry.

—Mucho más —añade Becka a su lado.

Delante de nosotros tenemos una alfombra roja flanqueada por un montón de fotógrafos y prensa. ¡Qué fuerte!

—¿Estáis seguros de que esta gala es de música independiente?

—Sí —afirma Charlie.

Los medios de comunicación están pendientes de nosotros y se interesan en saber quiénes somos.

—Yo me imaginaba un evento en un local pequeño, no esto —insiste Robert girándose hacia nosotros.

Miro a Olivia. Por su cara de asombro sin duda piensa como los demás y eso los está poniendo un poco nerviosos, o eso me parece.

—Vamos, Ubuntu, ¡nosotros podemos! —los animo.

Mis palabras los hacen sonreír. Creo que necesitaban oír algo así.

Ya entrando vemos que Charlie saluda con la mano a un chico y este se acerca a él. Debe de ser el amigo que ha hecho posible que nosotros estemos aquí.

—¿Quieren pasar por *photocall*? —oigo que le pregunta este a nuestro *road manager*.

Charlie nos mira pidiendo nuestra aprobación y, una vez que todos asentimos, acepta.

—¡Claro! —responde.

Y, sin haberlo siquiera esperado y mucho menos planeado, de pronto nos vemos los seis entrando en la alfombra roja con una chica que dice el nombre del

grupo en alto, imagino que para que los fotógrafos presentes sepan a quiénes están sacando fotos.

A decir verdad, estamos un poco cohibidos. Nunca hemos hecho algo así. Nos colocamos unos al lado de los otros y posamos como podemos. Sonreímos. Miramos hacia las distintas cámaras que tenemos delante. Olivia se mueve el pelo a un lado y otro de la cabeza. Yo alzo las manos hacia delante y hago la señal de rock con ellas, los cuernos. Toby alza la barbilla para parecer más malote, aunque de eso no tiene nada. Robert le pasa el brazo por encima de los hombros a Henry y este se mueve para recolocarse su pelo rubio. Y, entonces, noto que Becka me mira y, sin que me lo espere, me quita las gafas de sol y se las pone ella, lo cual me hace reír y veo que gusta a los fotógrafos, que se apresuran a tirar más fotos.

Una vez que terminamos y nos alejamos de las cámaras, Becka se gira y me devuelve las Ray-Ban.

—Toma —me dice—, para que no pierdas tu pinta de chulo.

¡Será niñata!

Me dispongo a responderle, pero Toby se nos une y decido callarme.

Acabado el momento postureo y fuera de la vorágine de las cámaras y prensa, Olivia, que está nerviosa por lo que ha vivido, murmura:

—Me he sentido como si fuese parte de One Direction por un momento.

—Pues para mí ha sido brutal —afirma Becka.

La miro. La verdad es que ella ha sido la más desenvuelta en el *photocall*. Parecía como si llevara haciéndolo toda la vida.

—Ha sido rarísimo, no sabía qué hacer ni a dónde mirar —comenta Henry justo cuando voy a hablar.

Toby se ríe. Con lo cortado que es, intuyo que no ha sido fácil para él.

—En los vídeos que veo en redes sociales de *photocalls* parece otra cosa —interviene Robert—. Vivirlo en directo es bastante más incómodo.

—Esto es como todo —les digo para calmarlos—: cuantas más veces lo haces, mejor te sale.

—¡Lo dice el experto! —Becka suelta una carcajada y todos nos echamos a reír.

Diría que realmente no tenemos ni idea de lo que acabamos de hacer. Donde estoy cómodo es sobre el escenario; ahí, frente a los objetivos..., no del todo.

Seguimos a Charlie y su amigo hasta el interior del edificio y llegamos a una sala enorme llena de gente en la que hay mesas, taburetes, camareros que pasan con bebida y comida y un escenario grande.

—¡Qué pasada! —exclama Olivia.

Nos acercamos a una de las mesas altas y allí nos quedamos. Todos miramos hacia todos lados algo sorprendidos. Y yo no puedo evitar preguntarme qué hacemos aquí.

Pasa una camarera con una bandeja repleta de copas de vino y se acerca a nosotros. Nos mira por si queremos y todos la aceptamos encantados. Miro a Becka y la veo coger una. Eso me asombra.

Ella, entonces, se gira hacia mí. Alza su copa y me guiña un ojo. Sabe lo que estoy pensando y sonrío. Esta tía es increíble.

Capítulo 55



Becka

Por más que miro a mi alrededor con atención, no veo a nadie conocido. No soy capaz de encontrar ni siquiera una cara que me suene, un cantante sobre el que pueda decir que me sé alguna canción. Nada. Está visto que el estilo de los artistas de la celebración de esta noche no es el que suelo escuchar y hasta me siento un poco fuera de lugar.

Hace ya rato que la gala ha dado inicio y a mí esto se me está haciendo largo y pesado. Y, por las expresiones que veo en los demás, creo que no soy la única que lo piensa.

Sobre el escenario hay un señor dando un discurso que lleva previamente apuntado en un papel. Lo miro, pero no estoy prestando atención a lo que dice porque estoy a lo mío. Me planteo que, si no nos lo estamos pasando bien y aquí no nos conocen en absoluto, ¿nos echaría alguien de menos si nos largamos?

Le doy un trago a mi segunda y última copa de vino y me giro hacia mis compañeros. Tanto mi hermana como los chicos me miran. Sin dudarlo, les expongo lo que estoy pensando y parece que ellos opinan igual.

—¿De verdad vamos a pasar nuestra única noche libre en Las Vegas aquí metidos? —me quejo.

—Sería una pena —cuchichea Robert.

Volvemos a mirarnos unos a otros. Nos entendemos sin palabras y parece que la decisión está tomada. ¡Nos piramos!

Dejo mi copa vacía sobre la mesa y nos acercamos a Charlie.

—Oye, ¿hay algún problema si nos vamos?

Él ríe al vernos, supongo que sabe lo que nos pasa.

—Ninguno —responde—. En estos eventos, una vez que has pasado por el *photocall*, eres bastante libre de hacer lo que te apetezca, además de prescindible.

—Menos mal —murmura Henry aliviado.

—Entonces nos largamos —le anuncia Daniel.

—Genial. Yo me quedo con mi amigo —dice, y mirando al resto añade—: Luego hay una fiesta, así que guardaré seis pulseras por si os apetece venir, ¿vale? Solo tenéis que llamarme y yo os meteré.

Todos asentimos y Charlie vuelve a hablar.

—¿Puedo fiarme de dejaros solos por Las Vegas?

—Sí, papááá —se burla Robert con voz de niño pequeño.

—Te prometo que no pondremos en peligro nuestra seguridad —digo imitando lo que me dijo cuando se enteró de que quería hacer *puenting*.

Charlie se ríe y nos hace un gesto con la mano.

—Anda, id a divertiros.

Nos despedimos de él y abandonamos la sala sin mirar atrás.

Una vez fuera del local, aunque hace calor, respiramos aire fresco.

—Chicos, yo me muero de hambre —comenta Olivia.

—¡Y yo! —se une Toby.

—¿Qué os apetece comer? —pregunta Daniel.

—Lo que sea —respondo yo.

Daniel me mira. Por cómo lo hace, intuyo que está pensando que él me comería a mí. Pero entonces mira a mi hermana y se contiene.

—No se hable más, vámonos a cenar —dice.

Caminamos un par de calles y damos con un McDonald’s. ¡Genial! Ni nos lo pensamos. Pedimos unas hamburguesas con patatas y refrescos y disfrutamos de todo sentados a la misma mesa.

—Hummm..., es justo lo que necesitaba —farfulla Robert con la boca llena.

—La mejor hamburguesa de mi vida —lo sigue Henry.

Río por lo que dicen, se notan esas copas de vino.

Luego echo un vistazo a mi alrededor y me resulta evidente que estamos en Las Vegas. Mire hacia donde mire hay personas con vestimentas pintorescas y, sobre todo, pasándoselo bien. Aquí el sentido del ridículo brilla por su ausencia.

Tan pronto como tenemos la tripa llena, salimos de nuevo a la calle y mientras caminamos veo diversas capillas de esas donde hacen bodas exprés.

De algunas salen o entran parejas, con sus acompañantes, vestidas de maneras que nos hacen reír.

—Fíjate. Esos se van a casar de Marilyn Monroe y Elvis Presley —señala mi hermana.

Todos los miramos. Desde luego los novios están felices y, sobre todo, divertidos.

—A mi chica, Anna, con lo romántica que es, ¡le encantaría ver algo así!

Todos sonreímos. Si alguien en este mundo está enamorado de su chica, ese es Toby.

—Casarse así debe de tener su punto, ¿no? —señala Daniel.

Henry y Robert se miran, igual que nos miramos mi hermana y yo.

—¿En tus planes está casarte? —pregunta Henry.

Daniel lo mira negando con la cabeza.

—He dicho que debe de tener su punto casarte así en Las Vegas, no que yo quiera hacerlo.

—Con lo chulito que eres, ¡pobrecita la que se enamore de ti! —exclamo risueña.

Tras dar un buen paseo y disfrutar del ambiente nocturno de esta ciudad, decidimos buscar un bar en el que tomar algo.

—Hay un karaoke aquí cerca, ¿os apetece? —sugiere Olivia mirando el móvil.

—No jodas —se queja Daniel.

Los chicos se miran entre sí. Está claro que lo que mi hermana propone no es algo que los emocione, pero decido apoyarla.

—No se hable más. Vamos sí o sí. Hoy me toca a mí escuchar cómo cantáis vosotros.

Robert no tarda en sonreír, este es de los míos.

A empujones, los hago entrar en un centro comercial llamado Neonopolis y me sorprende la cantidad de luz que hay aquí dentro. Es más, estoy por pedirle las gafas de sol al chulito.

Entonces miro hacia arriba y lo entiendo todo: en el techo hay una pantalla gigantesca y larguísima que recorre todo el lugar. ¡Es impresionante!

De repente, oigo gritos.

¿Y eso?

Capítulo 56



Daniel

Veo a Becka mirar hacia arriba.

El ruido atronador hace que todos la imitemos, incluido yo..., pero no tardo en arrepentirme. Por encima de nosotros, aparte de haber una pantalla enorme, pasa una tirolina que recorre el centro comercial entero y en la que van tumbadas cuatro personas.

Rápidamente miro a Becka y a esta le hacen los ojos chiribitas.

—¡¡¡Halaaaa, yo quiero hacer eso!!! —chilla entusiasmada.

—¡Yo tambiéééén! —la sigue Robert.

Ambos se ponen a dar saltitos. El resto nos miramos sin tenerlo claro. Y yo maldigo porque no me hace ni pizca de gracia que Becka o cualquiera de ellos se monte en una atracción así. Pero ¿por qué le va todo lo peligroso?

—No he hecho *puenting*, pero voy a hacer esto —comenta animada.

¡Joder!

—¿Te apuntas? —le pregunta Robert a Henry pasándole el brazo por encima de los hombros.

El rubio vuelve a mirar hacia arriba.

—No sé si voy lo suficientemente borracho como para tirarme por ahí —murmura.

—¡Venga, tíooooo!

—Robert, no me presiones.

El grupo sonríe y Robert insiste.

—Bueno, si no vienes tú, que lo haga Toby. ¡Venga!

—Yo no puedo montarme en algo así —responde.

—¿Qué pasa?, ¿ahora te dan miedo las alturas? —bromea Robert.

Toby agacha la cabeza y sonríe.

—Tengo que deciros algo.

—¿No estarás embarazado? —pregunto divertido.

Toby toma aire y suelta:

—No quería decíroslo así, lo iba a hacer en el último concierto, pero...

—Si es una mala noticia, no nos la des ahora, mejor mañana —lo interrumpe Becka.

—Es buena. —Y volviendo a sonreír, anuncia—: Yo no estoy embarazado, pero mi novia, Anna, sí. ¡Voy a ser padre!

¡Joder! ¡¿En serio?!

Me quedo mirando al pelirrojo sin dar crédito a lo que acaba de soltar. ¿Cómo que va a ser padre? Y viendo que todos nos hemos quedado parados, lo abrazo.

—¿Qué dices, tío? ¡Enhorabuena! ¿Cómo no nos lo has contado antes? —lo felicito.

—Porque primero lo he tenido que asumir —contesta riéndose.

Finalmente, todos se unen al abrazo y a las felicitaciones.

—Anna esperando un bebé. ¡Qué fuerteee! —murmura Robert cuando nos separamos.

Toby asiente. Sonríe. Lo veo feliz. Ahora entiendo por qué ha estado varios días como ausente. Esa noticia sin duda tiene que haberle cambiado la vida.

—¿Y de cuánto está? —se interesa Becka.

—De siete meses —nos cuenta—. Sale de cuentas en octubre.

Boquiabiertos, todos volvemos a mirarnos.

—¿Siete meses? —farfullo.

Toby asiente. Entiende nuestras caras de desconcierto. ¿Cómo no nos ha dicho antes algo así?

—Vale. Lo sé —intenta excusarse—. Me paso de reservado.

Henry asiente y protesta.

—Un poco más y nos enteramos en su primer cumpleaños... ¡Joder, tío!

No sé por qué oír eso me hace sonreír. Con lo extrovertido que es Robert, que nos enteramos hasta cada vez que se tira un pedo, Toby es muy introvertido. Está claro que todos somos diferentes.

—¿Y el embarazo va bien? —le pregunta Becka.

—Sí.

Por suerte Becka y Olivia le hacen preguntas que ni a mí ni a los chicos se nos ocurrirían. Creo que nos hemos quedado tan sorprendidos por la noticia que no sabemos ni cómo reaccionar.

—Menuda pasada, tío. Siempre supe que serías el primero de nosotros en ser padre, pero no tan pronto —le comento al futuro papá.

—Por eso no quiero subirme a esa tirolina —dice ahora mirando a Becka—. Prefiero no hacer ninguna tontería.

—Estás exento, no te preocupes —le contesta ella apoyándose en él con complicidad—. Le he prometido a Charlie que no pondría en riesgo nuestra propia seguridad y tú, ahí, no te subes. ¡Te lo prohíbo!

Todos reímos con el comentario de la morena.

—Luego celebraremos esa futura paternidad —añade Olivia con una gran sonrisa en los labios.

—Claro que sí —acepta él.

—E invitarás a las copas, ¡de esta no te libras! —sentencia Robert.

—Bueno, entonces ¿quién se sube conmigo? —pregunta Becka una vez terminado el momento de confesión por parte de Toby.

Robert levanta la mano y le sigue Olivia. Becka me mira con una sonrisa, pero me apresuro a rechazar la idea.

—Yo no me monto ahí ni loco.

—Venga, me tiro yo —acaba aceptando Henry—. La vida es corta y solo hay una.

Becka aplaude contentísima.

—Y vosotros, abuelitos, buscaos un sitio para poder esperarnos sentados —

nos suelta.

Henry se quita la chaqueta del traje beige que lleva puesto para quedarse en tirantes y se la da a Toby para que se la guarde. Becka se quita su adorada mochila con flecos que lleva a la espalda y me la tira. Por suerte, la cazo al vuelo.

Los cuatro se van hacia las taquillas para comprar las entradas y poder subir a la tirolina. Al colgarme la mochila de Becka a la espalda me doy cuenta de que tiene un tirante medio roto; la verdad es que está para el arrastre.

—A ver, Toby, ¿cómo no nos habías mencionado antes que vas a ser padre? —le recrimino con cariño al quedarnos solos.

Me mira. Está claro que entiende mi desconcierto y, con esa tranquilidad suya, intenta explicarse.

—Porque no quería que pensaseis que esto iba a influir en cómo me iba a tomar la gira..., y también temía que incluso, por hacerme un favor, me dijeseis que me quedase en casa con ella. —Hace una pequeña pausa—. No quería que nada se interpusiera en esto.

Asiento. Puedo entenderlo. Toby es un tío superleal.

—¿Estáis contentos Anna y tú con la noticia?

—Sí, aunque al principio nos dejó fuera de juego.

Ambos reímos.

—¿Qué va a ser? —Tengo curiosidad.

—Una niña —anuncia con una gran sonrisa.

—Me alegro mucho, tío —murmuro volviendo a abrazarlo.

Toby y yo hablamos de cómo está viviendo esta nueva etapa de su vida mientras esperamos a que los demás bajen. Tras un rato en el que imagino que están esperando en la cola que debe de haber ahí arriba, oigo un grito e identifico la voz de Robert sin problema.

Rápidamente saco el móvil para grabarlos e instantes después vemos a los cuatro salir disparados tumbados y haciendo la pose de Superman. Todos chillan como locos y recorren el centro comercial de extremo a extremo mientras a mí se me revuelve el estómago con solo verlos. ¡Están chalados!

Una vez que calculamos que la atracción ha finalizado, Toby y yo nos

dirigimos con calma hacia ellos y, ya cerca, vemos que los cuatro están abrazados y dando saltitos.

—¡¡¿Lo habéis visto?!! —nos grita Olivia cuando llegamos a su lado.

—¡Como para no hacerlo! —exclamo—. Si habéis gritado como unos posesos.

—No sabéis lo que os habéis perdido —nos dice Becka recolocándose el pelo.

Según dice eso y veo la alegría en su rostro, sonrío. Está claro que las emociones fuertes le gustan.

—No me interesa lo que me he perdido —susurro.

—Ha sido una pasada, un subidón —secunda Henry cogiendo su chaqueta de los brazos del pelirrojo.

—Deberíais haber venido —insiste Olivia.

Mientras continúan comentando la jugada, seguimos a Olivia, que camina hacia el karaoke que nos ha dicho antes. Me quedo el último, detrás de Becka.

—¿No echas de menos algo? —le pregunto.

Enseguida se gira hacia mí.

—¡Ay, perdón, mi mochila!

Sonrío, me la descuelgo de la espalda y se la doy.

—Por cierto, está para el arrastre, a ver si te compras una nueva —le digo al entregársela.

—Tú sí que estás para el arrastre —se queja arrebatándomela de las manos—. No pienso tirarla, ni cambiarla. Le tengo mucho cariño.

Becka me echa una última mirada que me hace sonreír y se vuelve otra vez para clavar la vista al frente. Continuamos siendo discretos.

Segundos después llegamos a un sitio llamado Cat’s Meow. Es un establecimiento bastante grande y está repleto de gente bebiendo, cantando y bailando. Sigo al grupo hasta la barra.

—¡Una ronda de chupitos! —propone Robert.

—Conmigo no cuentes —se oye decir a Becka.

Parece que la morena ya no se suma a seguir bebiendo alcohol. La entiendo; ya ha bebido vino en la gala. El resto brindamos con nuestros chupitos y, al

instante, Becka y Olivia están subidas al escenario cantando *Nice to Meet You*, de Imagine Dragons.

Las observamos divertidos.

Las dos cantan y bailan al unísono. Incluso parece que tienen la coreografía creada y más que aprendida de memoria. No puedo evitar reír al verlas. Entonces Robert me hace unas señas para avisarme de que tengo que subirme con él al escenario para cantar, pero yo niego con la cabeza. ¡Que no!

Nada más bajar las chicas, veo que este arrastra a Henry hasta el escenario, cogen un par de micros y se ponen a cantar *Call Me Maybe*, de Carly Rae Jepsen.

¿En serio?

Recuerdo que cuando salió esta canción teníamos unos catorce o quince años y a Robert le dio muy fuerte con ella. Nos la ponía a todas horas en bucle.

Cuando se acercan las hermanas Miller riendo, tras mirar a Becka con disimulo, bromeo:

—¿Teníais coreo y todo?

—Somos unas profesionales. —Olivia ríe y le da un trago a su bebida.

Becka no dice nada. Solo sonríe y agarra a Toby para que salte y cante con ella para animar a nuestros amigos en el escenario. Olivia se une a ellos. Yo no.

La canción termina. La gente aplaude a Robert y Henry y yo aprovecho para ir al baño. Pero cuando voy a entrar, alguien me agarra del brazo.

Capítulo 57



Becka

Daniel se gira y yo no le doy tiempo a reaccionar.

Sin pensar en nada, me lanzo y lo beso. ¡No puedo más! Sin embargo, noto que él apoya las manos en mi abdomen y me separa.

—¿Qué haces? —murmura.

Sonrío pícaramente. Lo sé. Me acabo de pasar. Veo que mira a nuestro alrededor, abre la puerta del baño de hombres y me mete en el interior con él. Echa el pestillo y, ahora sí, volvemos a besarnos.

—Estaba deseando hacer esto... —le susurro al oído.

Las manos de Daniel recorren mi cuerpo con rapidez, mientras que yo lo agarro del pelo con las mías. Nos movemos hasta la pared y me aplasta con su cuerpo contra la superficie. Como puedo, me quito la camisa y la dejo caer al suelo. Acto seguido le suelto los pocos botones de la camisa que lleva abrochados.

—Dijimos que teníamos que ser más cuidadosos... —musita él.

—No se han dado cuenta ni lo harán —digo volviendo a besarlo luego.

—Becka, a ver si te crees que son tontos.

—Tontos, no, pero, despistados, ¡bastante!

Según digo eso, sonríe. Lo hace de esa manera de chulito que tanto me gusta

y, olvidándose de su sensatez, me arrima a él y me besa en profundidad. Estoy en la gloria. Lo he seguido hasta aquí justo para esto. Disfrutando el momento, le devuelvo el beso del mismo modo mientras nuestras manos recorren nuestros cuerpos... y quiero más.

—Esto es una imprudencia.

Lo miro. Tiene razón, pero no me rindo.

—¿Alguna vez lo has hecho en el baño de un local? —le pregunto.

—Nunca. ¿Y tú?

Niego con la cabeza sonriendo.

—Pero creo que hoy será la primera vez —susurro sin perder el gesto.

Daniel sonríe divertido. En el fondo le gustan tanto las locuras como a mí. Pero de repente oímos un golpe en la puerta.

—¡Ocupado y va para largo! —suelta de inmediato.

—¡Joder, tíooo, espabila! —gruñe alguien fuera.

Daniel, que no me quita ojo, insiste levantando la voz para ser oído.

—Colega, si yo fuera tú, me buscaría otro baño. Tengo para rato.

Oímos al tipo protestar mientras se aleja, y Daniel se saca de la cartera un preservativo, abre el envoltorio y se lo pone al tiempo que yo me quito el pantalón y las bragas.

—¿Contenta con lo que me haces hacer? —me pregunta.

—¡Qué sacrificio el tuyo!

Ambos nos reímos y, tras besarnos, me agarro a su cuello, me impulso y rodeo con las piernas su cintura... Entonces se introduce en mí y empezamos a movernos de forma acelerada, necesitada. No hay tiempo para otra cosa. La prisa y la intensidad del momento escalan al igual que escalamos nosotros hacia el clímax. Nuestros movimientos. Nuestros besos. Nuestras ganas de sexo. Todo crece hasta que finalmente ambos llegamos al placer máximo.

—Becka, esto... —murmura con nuestras frentes unidas en un gesto tierno.

—Lo sé —lo interrumpo—. Esto no podemos volver a hacerlo.

Nos miramos con complicidad. Nos besamos y, cuando me suelta en el suelo, se quita el preservativo y se coloca bien la ropa. Sin ni siquiera planteármelo, decido aprovechar para hacer pis.

—¿En serio? —farfulla mirándome.

—¿Qué pasa? —planteo sorprendida—. ¡Ni que fueses a ver algo nuevo!

Al oírme, se carcajea.

—Voy a salir para darte privacidad —susurra.

—¡Ni se te ocurra largarte, que estoy en el baño de tíos!

Pero, sin hacerme caso, abre el pestillo.

—Si al salir te cruzas con uno, le dices que el de tías estaba ocupado y no podías más. Estamos acostumbrados a encontrarnos con chicas en esa situación, tú tranquila.

Según lo dice, abre la puerta, la cruza, cierra y se va. Una vez sola, me echo a reír. ¡Qué voy a hacer!

Acabo y, cuando salgo, como ha predicho Daniel, llega un tío que me mira extrañado.

—El de mujeres estaba ocupado —suelto rápidamente.

Él asiente y no dice nada. Me lavo las manos y, mientras me peino con las manos y compruebo que tengo bien el maquillaje, empieza a sonar *All I Want for Christmas Is You*, de Mariah Carey, y alguien intenta imitar sin mucha suerte a la cantante.

¿Mariah Carey en pleno agosto?

Cuando estoy llegando allí donde he dejado hace un rato a mi grupo, me doy cuenta de que los que están subidos al escenario pegando berridos son mis amigos. Todos.

¿De verdad están haciendo eso sin mí?

Obviamente corro hacia ellos y me uno a la fiesta tras intercambiar una disimulada mirada con Daniel, que sonríe. Todo el mundo en el local baila, canta y grita. Esta canción es un subidón la pongas cuando la pongas.

Cuatro minutos después el tema termina y los seis bajamos acalorados, sedientos y entre risas. Está claro que lo hemos dado todo. Estoy sudando.

Nos acercamos a la mesa donde antes hemos dejado nuestras bebidas.

—¿Un villancico en verano? —suelto riendo y observándolos.

—Ha sido idea de Toby —señala Henry.

El pelirrojo me mira y alza los hombros.

—¿Por qué no?

—A mí me parece maravilloso —comento—, pero los supersticiosos dicen que escuchar villancicos fuera de la época navideña trae mala suerte.

—Eso es una bobada —replica Henry—. A mi madre le encantan y los escucha en cualquier época del año. ¡Y todavía más este tema!

—Aquí ninguno de nosotros es supersticioso —afirma Robert.

—¡Mira quién fue a hablar! —exclama Daniel.

—Una cosa es ser supersticioso y otra tener pequeños rituales —se excusa Robert.

—Ay, perdona, que ahora se los llama rituales —continúo bromeando.

Robert niega con la cabeza y todos nos carcajeamos.

Al cabo de un rato decidimos que ya tenemos bastante de ruido y salimos del karaoke. De nuevo en la calle, Daniel se enciende un cigarrillo mientras pensamos qué hacer. La noche es joven y estamos en Las Vegas.

—¿Algún plan divertido a la vista? —Miro a Toby mientras lo digo.

—¿Qué opciones tenemos? —se interesa Daniel expulsando el humo del pitillo.

¡Tengo una idea!

Saco mi móvil y, sin decir nada todavía, abro la aplicación para buscarlo.

—Podemos irnos ya al hotel o bien pasarnos por la fiesta que nos ha comentado Charlie —propone Henry.

¡Sí! Encuentro justo lo que buscaba.

—Tengo una idea —anuncio.

Todos me miran y les enseño la pantalla del teléfono.

—Hay un salón de tatuajes abierto aquí al lado.

Según digo eso, todos abren los ojos de forma exagerada.

—Estarás de coña —suelta Daniel mientras el resto posiblemente todavía lo está procesando.

No sé por qué, pero sabía que, si alguien iba a poner pegas, este iba a ser él.

—¡Vamos! —exclama entusiasmada mi hermana.

—¿Para qué? —pregunta Robert.

—Para comprarnos un coche, ¿te parece buen plan? —dice Toby bromeando.

Robert asiente. De pronto es consciente de lo que propongo, y Henry se interesa.

—¿Está muy lejos?

—A menos de diez minutos a pie.

Miro a Robert. Por su cara me queda claro que el plan le gusta.

—Hace tiempo que queremos tatuarnos el nombre de la banda y nunca encontramos el momento. ¿Qué mejor oportunidad que esta? —propone dirigiéndose a Daniel.

—Exacto, tío, es el momento perfecto —lo anima Toby.

—¡Me apunto! —Henry ríe.

—¿Soy el único al que esto le parece una locura, algo precipitado? —se queja Daniel.

—Venga, tío, estamos en Las Vegas —murmura Henry.

Daniel da una última calada a su cigarrillo y veo que se lo apaga en la suela del zapato.

—Si queréis ir, vamos, pero a mí me parece un plan pésimo. —Veo que lanza la colilla a un cubo de basura—. Nunca ha sido buena idea mezclar tatuajes y alcohol.

—Soy el primero que, si fuésemos borrachos, no os dejaría hacerlo —interviene Toby—, pero no veo a nadie dando tumbos o diciendo cosas sin sentido. No hemos bebido tanto.

Daniel resopla. Está claro que mis ideas le parecen descabelladas. Sin embargo, tras mirarme, sonríe.

—Venga, vámonos —acepta al fin.

Robert, desde su altura, le pasa el brazo por los hombros con cariño.

—Pero tú también te tatúas, ¿no, Daniel? —le pregunta.

—No me queda más remedio —bromea ya sonriendo.

—¡Genial! —exclamo.

Todos me siguen hasta la localización que me indica el móvil. Llegamos al estudio y nos atiende un chico supersimpático que, tras firmar los formularios de consentimiento, nos hace pasar con él a su cabina de tatuaje.

Los chicos, cada vez más emocionados, le cuentan que somos una banda de

música llamada Ubuntu y que la idea es tatuarse precisamente eso, el nombre.

—¿Y tenéis alguna idea de cómo lo queréis? —nos plantea.

—Sí. La idea de la que hemos hablado siempre consiste en escribir Ubuntu nosotros mismos y entre todos —indica Daniel.

—¿Os lo vais a hacer los seis? —nos pregunta el tatuador cogiendo un papel y un boli.

Olivia me mira y yo, sin dudarlo, le hago un gesto afirmativo. ¿Por qué no?

—Perfecto, pues que cada uno me escriba la palabra en este papel. Como Ubuntu está compuesta por seis letras, cogeré una de cada uno, ¿os parece? —propone dándole el papel y el boli a Daniel.

Este nos mira y, aunque no dice nada, noto la duda en sus ojos.

Ubuntu es algo suyo, nosotras no dejamos de ser dos chicas que llegamos a su vida hace menos de un mes... A saber si quieren seguir contando con nosotras cuando regresemos a casa tras la gira.

Olivia y yo nos miramos y veo que está pensando lo mismo que yo.

—No, esto es algo vuestro —me apresuro a decir—. Nosotras podemos tatuarnos el nombre con otro diseño.

—¡Claro! —me apoya ella—. Esto no deja de ser algo vuestro.

Los chicos se miran entre sí y luego a nosotras, y me parece ver en sus expresiones que no tienen ningún inconveniente en que todos nos tatuemos el mismo diseño, pero yo no quiero presionar.

—Ubuntu sois vosotros —repito al ver cómo me miran.

—Pero ¿qué dices? —oigo murmurar a Robert.

Daniel me mira. En sus ojos veo decisión y, cuando me tiende el papel y el boli a mí, sentencia:

—Ubuntu somos todos. Los seis. Si no fuese por vosotras, no estaríamos aquí.

Miro a los demás sin ni siquiera tocar lo que me ofrece Daniel.

—¿Estáis seguros? —pregunto.

—Segurísimos —afirman a coro.

Aun así, insisto. Luego no habrá marcha atrás.

—A ver, chicos..., si queréis, Oli y yo salimos para que lo habléis entre vos...

—Somos una familia —dice Toby sin dejarme terminar.

Oírlo decir eso hace que se me encoja el corazón. Me emociona. Para mí la palabra *familia* es algo que cobró un valor importantísimo el día que llegué a casa de mis padres y mi hermana.

Acabo cogiendo lo que Daniel me tiende.

—Gracias —susurro con los ojos brillantes.

Escribo el nombre del grupo y se lo paso a Oli. Ella hace lo mismo y se lo da a los chicos. En cuanto lo hemos escrito todos, el tatuador prepara el tatuaje con una letra de cada uno, adaptando los tamaños para que quede chulo. Cuando ya lo tiene, y una vez que todos hemos dado nuestro visto bueno al diseño, lo imprime con el papel necesario para que el calco del trazo se nos quede dibujado en la piel.

—¿Por quién empiezo? —pregunta entonces.

—¡Yo mismo! —se ofrece Robert.

Los chicos lo acompañan y yo cojo del brazo a Olivia para que espere un segundo.

—A ti te parece bien, ¿no?

—Mientras a ellos les parezca bien, a mí me parece genial —me contesta, y añade—: Por cierto, tú y yo, cuando empezó la gira en Chicago, dijimos que, si salía bien, nos íbamos a tatuar una cosita.

Se me escapa la risa, tiene razón. Qué buena memoria tiene cuando quiere. Ese momento es algo que me viene todas las noches a la mente antes de salir al escenario. Esa imagen de Olivia y mía mirándonos en el espejo del camerino de Chicago, el primer concierto.

—*Fake it till you make it* —susurro—. ¿Nos lo hacemos? ¿Papá y mamá nos matarán?

—También nos matarán por *Dusty*. ¿Qué más da morir de una cosa que de otra? —Ambas nos carcajeamos, e insiste—. Fueron ellos los que nos animaron a irnos con cuatro completos desconocidos de gira. Ahora que apechuguen si aparecemos con algún tatuaje y un perro.

—También es verdad —afirmo mirándola.

Ahora sí seguimos a los chicos. Al ser un tatuaje de trazo fino, el tatuador no

tarda nada en hacérselo a ellos. Antes de que nos toque, le contamos que, además, nosotras también queremos hacernos otra cosa y él, en pocos minutos, lo prepara con la tipografía que hemos elegido, pero antes les cobra su trabajo a ellos, que salen del local para esperarnos fuera.

Oli y yo nos hacemos nuestros dos tatuajes. Estamos contentas con ambos. Cada uno tiene su significado especial. Tras pagar al tatuador, abandonamos el estudio y nos encontramos con los chicos. Rápidamente les enseñamos nuestro segundo *tattoo*. Les gusta.

—¿Y esa cara? —bromea Oli al ver a Daniel muy serio mirándose el tatuaje del brazo.

—Es la cara que se le ha quedado cuando el tatuador le ha dicho que, por el bien de la cicatrización del tatuaje, no debería fumar en los próximos diez o quince días —nos explica Toby.

—Ni de coña voy a estar tantos días sin fumar.

—Te lo ha dicho por tu bien —replico.

Daniel me mira. Mueve la cabeza negativamente y se saca el paquete de tabaco del bolsillo del pantalón.

—Se lo agradezco, pero no.

—¡Daniel! —protesta Henry.

Daniel, que es Daniel, se enciende su cigarrillo.

—A ver, si me hubiera hecho un tatuaje enorme, quizá me lo plantearía, pero vamos..., que solo han sido unas letras de nada —insiste.

Todos nos miramos. Está claro que Daniel hará lo que quiera.

—Pues si luego nos queda más bonito a nosotros que a ti, ¡no te quejes! —le suelta Robert.

—Tranquilo que no me quejaré.

Según dice eso, Daniel me mira y da una calada a su pitillo.

—Serás chulito... —murmuro.

—Serás niñata... —murmura él.

Capítulo 58



Daniel

Lo del tatuaje de anoche fue una insensatez grupal. Era algo que llevábamos años queriendo hacer, pero, visto lo visto, ha tenido que llegar Becka para que hiciéramos realidad esa pequeña locura.

Me miro el *tattoo* con curiosidad y asiento. Al fin y al cabo, es algo que tarde o temprano me iba a hacer sí o sí por el cariño y los buenos momentos que me da la banda.

Becka vuelve a mi mente. Me hubiera encantado terminar la noche con ella, pero fue imposible. Hacerlo hubiera sido arriesgarnos demasiado, por lo que, casi sin mirarnos, cada uno se fue a su habitación.

Hoy noto que trasnochamos más de la cuenta porque estoy molido. Esta noche tenemos concierto aquí en Las Vegas y vamos a ver el local, por lo que me pongo en marcha y me reúno con el resto.

—Pero ¿qué os habéis hecho? —señala Charlie al vernos.

El grupo se ríe y bromea.

—Algo que llevábamos retrasando demasiado tiempo —respondo mirándome el brazo y señalando mi tatuaje.

Charlie le echa un vistazo a Becka, que le enseña también los suyos. Luego ella levanta las manos en señal de inocencia.

—No hemos puesto en riesgo nuestra seguridad —le suelta con gracia.

Él asiente. Seguro que piensa que estamos todos zumbados. Sin más, nos dirigimos hacia la furgo.

Llegamos al local del concierto y, como ya es costumbre, las teloneras, que han madrugado más que nosotros, están haciendo su prueba de sonido. Terminan y la hacemos nosotros. Parece que todo va bien.

Después del apagón que sufrimos hace algunas actuaciones, siempre está el miedo a que pueda volver a pasarnos algo así. Pero no tengo duda de que Becka volvería a salir del apuro con la misma maestría con la que lo hizo ese día.

Pocas horas más tarde nos toca actuar. Todo va genial e incluso entre el público reconocemos algunas caras de gente con la que coincidimos anoche en el karaoke. Imagino que pasar de vernos cantar un villancico a esto les resultará, cuando menos, llamativo.

Acaba *Don't Become a Stranger* y todos paramos de tocar para recobrar el aliento, beber un poco de agua y que Robert presente la siguiente canción.

—Aún quedan tres temas, ¿lo vamos a dar todo o no? —dice animando al público.

Todos gritan, aplauden y saltan para hacerle saber que sí.

—La siguiente canción la escribí yo y se llama *Rebel People*. —Vuelven a aplaudir a mi amigo—. Muchos creen que, por ser jóvenes y querer pasarlo bien, somos una generación perdida; vamos, unos descerebrados.

Él y Henry se miran y sonríen.

—La canción habla justamente de eso: de romper las reglas y dar a esa gente lo que de verdad espera de nosotros —explica—. Habla de dejarnos llevar y ser, aunque sea solo por una vez, esas personas rebeldes que están convencidos de que somos.

La sala entera aplaude sus palabras.

De manera inconsciente, mi mente se ha quedado pillada en eso de «romper las reglas». Si algo estoy haciendo en esta gira es precisamente eso. No entraba en mis planes, pues lo único que yo quería era que a lo largo de estos días todo saliese a la perfección musicalmente hablando, sin buscar nada más. Pero

reconozco que, gracias a Becka, no solo hemos logrado eso, sino que me ha hecho ir mucho más allá en el plano personal.

Becka no solo está cambiando mi manera de ver las cosas, sino que me está cambiando a mí. Pero ¿qué me pasa? Ninguna de las chicas con las que he tenido un rollo me ha hecho pensar como lo hace ella, y, aunque me gusta, admito que también empieza a agobiarme.

¿Y si me estoy enamorando?

—¡Daniel!

La voz de Becka me saca de mis pensamientos. ¡Becka otra vez!

La miro con rapidez y ella me da a entender que debo tocar ya porque, hasta que no empiece con el teclado, no puede ponerse a cantar.

¡Joder, qué despistado estoy!

Y, sin más, sonrío y me centro en actuar.

Capítulo 59



Becka

Un nuevo trayecto...

Una nueva aventura...

Observar en silencio el paisaje mientras la furgo rueda y rueda por la carretera me tranquiliza. Me ha dado otra perspectiva de la vida y admito que me parece genial.

Las cuatro horas y media en coche que nos separan de Los Ángeles se me pasan en un abrir y cerrar de ojos. Siento que estos últimos días transcurren más veloces y no entiendo por qué.

¿Cómo puede ser que ya estemos ante el último concierto de la gira de Ubuntu?

Miro a *Dusty*, que va en mis brazos. Él siempre me recordará esta gira. Sin duda es uno de los mayores regalos que me ha dado este viaje con mi hermana y los chicos..., y, al pensar eso, Daniel cruza por mi mente de inmediato.

Lo contemplo con disimulo. Va hablando con Toby. Ambos sonríen y..., ay..., ¡cómo me gusta!

El hecho de que la gira esté llegando a su fin inevitablemente me hace plantearme qué pasará con nosotros.

No es que tengamos un «nosotros», ya que ambos hemos quedado en que solo

es sexo y diversión, pero ¿en realidad no lo hay?

Al rato llegamos al hotel, metemos la furgo en el parking y, tras pasar por recepción y comprobar que aceptan animales, cada uno se va a su habitación.

Una vez en ella me tumbo encima de la cama sin ni siquiera sacar el neceser de la maleta, y vuelvo a pensar en Daniel. Me hubiera encantado ir con él a su habitación. Ducharnos juntos. Pasar un rato a solas. Besarlo. Tocarlo. Pero, a ver, ¿cómo hacer eso sin que Olivia o cualquiera del grupo se entere? ¡Imposible!

Dusty también se sube a la cama y se echa a mi lado. Tiene más que claro que puede hacerlo. No seré yo quien le diga que no, aunque, cuando volvamos a casa, a mi madre no le va a hacer ni pizca de gracia. Pero no quiero pensar en ello. Miro el techo mientras oigo a Olivia trastear.

—¿En qué piensas? —me pregunta.

—En nada.

Noto que la cama se hunde y es porque ella se acuesta a mi lado. La miro y veo que también mira hacia arriba.

—No me mientas, Becks.

—No quiero que se acabe. —Suspiro.

—Yo tampoco —admite—. Al final ha sido más guay de lo que creías, ¿verdad?

—Sí.

No le falta razón. Cuando empezamos no imaginaba que me lo iba a pasar así de bien, que iba a tener tantas vivencias, que encontraría a *Dusty* o que querría tanto a estos chicos.

Sin duda este viaje, además de una aventura con mi hermana, ¡ha sido una sorpresa!

Olivia se mueve para colocarse de lado mirándome. La imito. Estamos una frente a la otra.

—El día que conocimos a los chicos no pensaba que fueran a ser tan divertidos —comenta.

—Sobre todo Toby, parecía tan serio...

Ambas sonreímos.

—¿Qué crees que pasará cuando regresemos a casa?

Veo la incertidumbre en sus ojos igual que puedo intuir que ella la ve en los míos.

—Ni idea, Oli —respondo con franqueza.

—¿No lo has hablado con ellos?

—No.

—¿Por qué?

—Ay, Oli, ¡no lo sé!

Lo sé. Por supuesto que lo sé. No les he preguntado por miedo a que me digan que, tras la gira, pasarán de mí; que tienen otros planes y que yo solo he sido un parche en su camino.

—¿En serio nunca has sacado el tema con ellos?

—¡Que no, pesada!

—¿Por qué? —insiste.

Cuando mi hermana se pone así es mejor darle una explicación, así que, para que se calle, decido volver a ser sincera.

—Porque... ¿y si no piensan como tú y yo? ¿Y si ellos tienen en mente otros planes? ¿Y si para ellos esto solo era una solución a corto plazo? ¿Y si solo soy la chica de reemplazo hasta que regrese la otra?

—Demasiadas preguntas y ninguna respuesta.

—Exacto.

Noto que *Dusty* se mueve para colocarse junto a nuestras cabezas.

—Lo que sí sé es que este pequeño se vendrá a casa con nosotras —digo.

—*Dusty* Miller, suena bien.

Ambas reímos.

—Verás la cara de mamá cuando lo vea —añade Oli.

—Y la de papá. Nos va a caer una buena..., eso si sobrevivimos.

—Posiblemente, pero habrá merecido la pena —afirma divertida—. Estoy convencida de que, en cuanto *Dusty* los mire con sus ojitos, los enamorará.

—Yo también estoy convencida de eso —asiento sonriendo.

El perro nos mira, parece saber que hablamos de él, y acto seguido apoya la cabecita encima de una pata para volver a quedarse dormido.

—Entonces ¿te lo has pasado bien, Oli?

—Me lo he pasado geniaaal, Becks —contesta—. Y no solo por la compañía, sino también por el trabajo que he desempeñado. Me encanta pasear entre el público en busca de la foto perfecta.

Me alegra oír a mi hermana diciendo eso. Esta también ha sido una aventura increíble para ella.

—Ha sido como vivir el sueño de mi adolescencia. —Ríe—. Siempre que veía el documental *This Is Us*, de One Direction, me preguntaba cómo sería acompañarlos en algo así, y en esta gira lo he podido vivir en primera persona, aunque sea a menor escala.

Es tan bonito oírla hablar así y ver cómo le brillan los ojos... No me cabe duda de que guardará esta maravillosa experiencia en su corazón, igual que yo.

—Si tuvieras que quedarte con algo de la gira, ¿con qué sería?

—Con la sensación tan potente que me invade cuando estoy encima del escenario —respondo sin dudar—. Ahí arriba me siento indestructible, siento que puedo hacer cualquier cosa. Y siento que es lo mío.

Ambas reímos.

—He de decirte que, como hermana tuya, me has hecho sentir muy orgullosa —suelta de pronto.

—Oli...

—Te lo digo muy en serio, Becks. Ya sabía que cantabas bien, te había escuchado en casa mil veces. Pero lo que no sabía era la personalidad que tienes sobre el escenario y cómo te lo comes —dice—. Y, sobre todo, cómo dejas tus miedos a un lado para ser la Becka que deseas ser y nada más.

Me gusta. Me gusta eso que dice.

—¿Y tú con qué te quedarías de la gira?

Oli lo piensa un poco.

—Me quedo con haber vivido todo lo que hemos vivido juntas. Y con lo orgullosa que estoy de ti —contesta mirándome y consiguiendo que me emocione.

Se me crea un nudo en la garganta que intento tragar y, mirándola a los ojos, respondo:

—Yo sí que estoy orgullosa de ti, Oli. Y necesito que tengas claro que el

haber podido contar contigo todos los días ha sido absolutamente imprescindible. Sin ti no podría haber hecho nada de todo esto.

A Oli le recorre la cara una lágrima. Somos unas sensiblonas. Me acerco para abrazarla.

—El día que hablábamos con papá y mamá de todo lo de la gira, acepté por ti y por las ganas que vi que tenías de vivir la aventura —murmuro con ella todavía entre mis brazos.

—¿En serio?

Asiento emocionada.

—Yo quería que lo hicieras por ti, Becks. Siempre he creído en ti, incluso cuando ni tú misma lo hacías. Y siempre te apoyaré. Sabía que podías hacerlo, que solo tenías que superar un estúpido miedo para subirte ahí y ser como la mismísima Miley Cyrus.

Sus últimas palabras hacen que me eche a reír. Compararme con mi cantante favorita es demasiado.

—Aún me queda mucho para llegar a ser un cuarto de lo que es ella, pero, mientras tanto... —me señalo el tatuaje del brazo—, *fake it till you make it*.

—¡Esa es la actitud!

Mi hermana y yo nos quedamos en silencio unos segundos. Todo lo que hemos vivido en menos de un mes es fuerte. ¡Muy fuerte!

—¿Qué tal te va con Sarah? —me intereso.

—Bien, ha sido divertido.

—¿Y se ha acabado? —pregunto apartándole un mechón de pelo que le cae en la cara.

—Prácticamente —responde—. Ambas sabemos que, después de esta noche, será complicado que volvamos a vernos. Yo vivo en Chicago y ella, en Virginia.

—Vaya... lo siento, Oli.

—No pasa nada. Ya lo sabíamos.

—¿Estás bien?

Olivia me mira. Veo en sus ojos esa felicidad y tranquilidad que siempre quiero ver en ella.

—¡Claro! Como ya te he dicho, ha sido divertido.

Sonríe, y eso me deja más tranquila.

—¿Y tú qué tal con Daniel?

¡¿Qué?!

Como si no entendiera su pregunta, contesto de forma neutra.

—Bien.

—Bien... ¿de bien? —insiste.

Intento mantener la calma para no entrar en pánico.

—Claro. Bien... de bien —contesto procurando no transmitir ninguna emoción en la voz.

Oli sonríe. Ay, esa sonrisa. No puedo quedarme callada.

—¿Qué pasa? ¿Por qué preguntas tanto?

Ella lleva una mano a mi pelo. Con cariño, ahora es ella quien me lo retira del rostro a mí.

—Becks, que soy tu hermana... —murmura.

—¿Y...?

Olivia alza una ceja.

—Vamos a ver, ¿te crees que soy tonta?

¡Mierda!

Me llevo las manos a la cara para tapármela.

¡Mierda!

No me puedo creer que sepa algo.

—¿Cómo lo sabes? —inquiero sorprendida.

—¿Qué se supone que sé?

—¡Tú sabrás! —digo destapándome la cara.

Vale. Ahora ya sí que no tengo ni idea de lo que estamos hablando. ¿Sabe o no sabe algo?

—Saber, no sé nada, pero te conozco muy bien, y conozco tus miradas, tus sonrisas... Por favor, Becks, si podría decir que tengo toda vuestra historia en imágenes.

—¡Joder! —exclamo.

—Pero, tranquila, creo que nadie, a excepción de mí, se ha dado cuenta..., o al menos nadie me ha hecho el más mínimo comentario..., aunque algunas

miraditas de Robert...

¡Mierda!

Robert no solo está con la mosca detrás de la oreja, mi hermana acaba de confirmármelo, además de saberlo ella. Madre mía, y yo creyendo que lo llevábamos todo en secreto y nadie se había percatado. ¿Tan mal disimulamos Daniel y yo?

—Además —prosigue—, a ti te gusta romper las reglas.

—No hemos roto las reglas —me apresuro a replicar.

—Ah, ¿no? —pregunta asombrada.

—No.

—No mientas, Becks, que se te da muy mal.

Joder... Mi hermana me tiene calada. Demasiado calada.

—La regla era no mezclar amor con trabajo —insisto.

—¿Y...?

—Que es solo sexo.

Olivia se echa a reír. A mí no me hace gracia. Ambas nos sentamos sobre la cama.

—¿Me estás diciendo que te escudas en un «vacío legal» para acostarte con Daniel sin remordimientos? —me plantea burlona.

¡Joder con Olivia!

Se ha acordado de lo que le dije cuando me contó lo suyo con Sarah, así que me echo a reír.

—Podría decirse así, pero que sepas que lo negaré fuera de esta habitación. ¿Te queda claro?

Qué calor me está entrando... ¿Serán los nervios? Veo que mi hermana sonríe y yo, seria, me recojo el pelo con una goma mientras sigo indagando.

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde la primera vez que te pedí la habitación para estar con Sarah y al rato me dijiste que estabas en la habitación de Robert. Bueno, en realidad, desde el día siguiente.

La miro alucinada. No me lo puedo creer. ¿Lo sabe desde entonces?

—¿En serio?

—Y tan en serio. —Se ríe.

¡Joder!

Como se entere Daniel, le va a dar algo.

—¿Y cómo lo supiste?

Oli se carcajea. Se recoge el pelo con una goma como he hecho yo mientras me lo explica.

—Porque a la mañana siguiente le pregunté a Henry qué había hecho esa noche y me contó que él y Robert habían visto una película y luego se habían ido a dormir.

Mierda. Debería haberlos avisado a los dos, no solo a Robert.

Vale, no me queda otra que asumirlo. Mi hermana lo sabe.

—¿Y por qué te lo has callado todo este tiempo?

—Pues porque te lo estabas pasando bien y no iba yo a cortarte el rollo. Además, al principio pensé que sería el típico rollo de una noche, aunque luego no ha sido así. Por otro lado, empecé a sumar detalles que sueltos no tendrían importancia, como que te acompañara al veterinario con *Dusty* o que te dejase ropa cuando me llevé tu maleta por error o...

—Eres una sinvergüenza —bromeo.

—Tuve una buena maestra.

Ambas reímos.

—Tienes buen gusto, hermanita. Daniel... —murmura mientras me guiña un ojo.

—¡Oli, basta!

Se ríe. Yo también, no me queda otra.

—Será un chulito y todo lo que tú quieras, pero el chico es guapo y tiene un cuerpazo...

Asiento, lo sé. Solo hay que ver cómo enloquecen las chicas con Daniel allá a donde vamos.

—¿Y estás segura de que solo es sexo?

—Sí.

—¿Segura?

—¡Que sí, pesada!

—¿Por ambas partes?

—Claro.

Veo que ella asiente. Por su gesto juraría que oculta algo, así que pregunto con curiosidad:

—¿Acaso sabes algo que desconozco?

—No.

—¡Olivia!

—Simplemente soy testigo de cómo os buscáis ambos con la mirada.

—No digas tonterías.

Ella me hace un gesto para indicarme que vale; que, diga lo que diga, ella seguirá pensando igual.

La verdad es que si algo es Olivia es observadora. De ahí que le guste tanto la fotografía y dé con la imagen que busca. Sabe captar el momento perfecto y su magia, y está visto que, según cuenta, nos ha captado a Daniel y a mí.

Es cierto que estoy mucho más a gusto con él que al principio, cuando hablé con él por primera vez en la cafetería. Pero, claro, hemos ido conociéndonos. Me gustan las conversaciones que tenemos cuando estamos a solas, igual que la que llegamos a tener en algún momento solo con la mirada. Daniel y yo nos entendemos. Podría decir que disfruto de su compañía. Pero ya está, ¿no?

No quiero seguir hablando de esto.

—¿Tienes ya el regalo del amigo invisible de mañana? —le pregunto rápidamente; necesito cambiar de tema.

—Sí, pero no pienso decirte qué es —contesta—. ¿Y tú?

—No, y no tengo ni idea de qué comprar. ¿Me acompañas?

Olivia niega con la cabeza.

—No puedo, Becks. El regalo tiene que ser un secreto.

Lo entiendo, así que no digo nada más al respecto.

Al rato salimos del hotel juntas, ella para darle un paseo a *Dusty* y yo para ir a un centro comercial cercano, a ver si me inspiro.

Capítulo 60



Daniel

Henry y yo hemos decidido acercarnos al Grammy Museum de Los Ángeles porque nos pillaba cerca del hotel. Es un lugar que siempre nos ha llamado la atención y, ya que estamos aquí, ¿por qué no echarle un vistazo?

Tras pagar las entradas, nos metemos, atravesamos la tienda, subimos unas escaleras y nos disponemos a visitar el museo.

A los pocos metros nos encontramos con trajes y accesorios de artistas invitados a los Grammy de 2023, como Taylor Swift, Shania Twain o Harry Styles. Ambos nos quedamos absortos contemplándolos durante un rato.

—Qué pasada el de Harry. ¡Me flipa! —Mi amigo rompe el silencio.

Realmente lo es, una puta pasada. ¡Muy Harry! Aunque, viendo sus colores brillantes, no puedo evitar decir:

—También hay que ser capaz de defenderlo.

Henry asiente y seguimos con el recorrido.

Al llegar al segundo piso nos encontramos con toda una exposición de cosas de Michael Jackson: chaquetas, guantes, botas..., y suena su música por los altavoces.

—La chaqueta del videoclip de *Thriller*, esto es histórico —comento maravillado.

—Como todo lo que hay en este edificio —bromea Henry, y, girándose y empezando a andar, añade—: ¿Has visto esos looks de ahí?

Lo sigo y veo a qué se refiere. Leo lo que pone en un cartel en la pared.

—Son *outfits* de cantantes de *k-pop*.

—Me encantan. Se lo voy a mandar a Robert —dice haciéndoles una foto—. Podríamos buscarnos algo así para la próxima gira.

Me fijo en esos atuendos. No están mal, pero no terminan de ser de mi estilo.

—No corras tanto, primero debemos conseguir hacer otra gira.

Mi amigo asiente. Sabe que tengo razón.

Pasamos a la zona latina, en la que tienen toda una sección dedicada a Shakira. La recorremos tranquilamente y en un momento dado Henry se instala en unos asientos redondos que hay cerca de una pantalla en la que se proyecta un vídeo de la cantante colombiana. No dudo en sentarme a su lado.

—¿Cómo tiene que ser de fuerte que, en un museo de los Grammy, te dediquen toda una sección a ti solo? —murmura mirando la pantalla.

—Sin duda debe de ser alucinante —declaro.

—Todo un reconocimiento a tu más que exitosa carrera expuesto para que todo el mundo pueda verlo.

Asiento. No puedo llegar a imaginarme lo que debe de sentirse en una situación como esa, pero está claro que me gustaría experimentarlo algún día.

Nos ponemos en pie y seguimos paseando hasta dar con una vitrina en la que hay expuestos todos los premios Grammy que ganó el músico y compositor Henry Mancini a lo largo de su trayectoria.

—Veinte grammys y uno póstumo, increíble —susurro.

—El pobre hombre ya no sabría ni qué hacer con ellos —bromea mi colega.

Río sin poder apartar la vista de todos los premios.

—Estar nominado a uno ya tiene que ser una pasada y un gran reconocimiento a tu trabajo, imagínate ganar veinte —alabo—. ¿Sabes que este hombre es el creador de la intro de *La pantera rosa*?

—No tenía ni idea —admite.

Nos quedamos unos segundos callados.

—¿Qué pasa por tu mente? —Henry rompe el silencio.

—Sueño a lo grande.

Empiezo a caminar y Henry me sigue.

—¿Y qué sueñas?

—Nos imagino subiendo a recoger un premio como esos.

—¿A quiénes?

—A nosotros. A Ubuntu —respondo sin entender la duda.

Henry asiente.

—Pero, en ese «nosotros», ¿entran las hermanas Miller? —me plantea a continuación mirándome.

¿A qué ha venido eso?

Sin darle más vueltas, sonrío. En todo este tiempo solo yo me he referido a ellas como «las hermanas Miller». Su pregunta me hace dudar y no sé qué contestar, así que me limito a alzar los hombros y parece que él lo respeta, pues no insiste.

Continuamos recorriendo el museo y pasamos por la zona de la música hip hop.

—Qué pena que la gira ya toque a su fin —comenta Henry mirando las fotos expuestas—. La he disfrutado tanto que se me ha hecho muy corta.

—Ha estado genial —afirmo sonriendo abiertamente.

Henry y yo nos miramos. Está claro que esta gira nos ha sorprendido a todos para bien.

—Cada vez que nos hemos subido al escenario, lo hemos disfrutado como si fuera la primera. Y el público nos ha respondido mejor de lo que esperábamos.

—La verdad es que todos juntos somos un grupazo.

—Lo somos —sentencio.

Seguimos avanzando.

—El papel de Olivia también ha sido fundamental para eso —añade—. Gracias a todo el contenido que nos ha dado para las redes, hemos podido llegar a mucha más gente, darnos a conocer mucho mejor.

Asiento. De no ser por la rubia, nuestras redes sociales casi no hubieran tenido contenido, básicamente porque, cuando estamos tocando o ensayando, en lo que menos pensamos es en ponernos a grabar o a sacarnos fotos.

—¿Qué va a pasar cuando volvamos a casa? —Dispara por fin la pregunta del millón.

Eso mismo quisiera saber yo.

—A mí me molaría volver a ponernos todos a componer, tanto juntos como por separado, y luego ponerlo todo en común y volver a la carretera con temas nuevos, a poder ser pronto. Además, tenemos que continuar alimentando las redes, ya que la intención es seguir llegando a más y más gente, y desde luego no podemos perder a las personas que nos hemos ganado estos días con el tema de la gira.

—Coincido contigo, es lo mejor que podemos hacer.

Henry se calla, me mira y añade:

—¿Y Becka?

¿Por qué me pregunta ahora por Becka?

—¿Qué pasa con ella?

—Pues eso digo yo, que qué va a pasar con ella —dice parafraseándome—. ¿Seguirá con nosotros? ¿Continuará siendo nuestra cantante?

No sé qué contestarle. Es algo que he pensado hablar con los chicos en muchas ocasiones, porque no depende exclusivamente de mí, sino de todo el grupo, aunque de momento no nos hemos sentado a debatirlo. Por ello, decido responder con sinceridad.

—Si por mí fuera, claro que sí. Es buena cantando y una comunicadora excelente sobre el escenario.

—Sí a todo —me secunda Henry.

—Además, se ha adaptado mejor de lo que esperaba a la banda; se ha convertido en una más.

—Yo diría que se ha convertido en una pieza esencial para nosotros.

Asiento. Eso mismo opino yo, pero no quería decirlo.

—Nos ha pillado la medida a la perfección.

Henry asiente. Está visto que estamos de acuerdo respecto a Becka.

—Mira cómo se hizo con la situación el día que nos quedamos sin luz —apunta.

Asiento de nuevo. Gracias a ella ese concierto se pudo finalizar.

Llegamos a una parte interactiva del museo y Henry empieza a toquetear botones de colores.

—Tenemos que hablar con Becka —comenta sin mirarme—. Debemos saber qué planes tiene al volver a casa y si hay posibilidad de que se quede con nosotros.

—Sí, estaría bien.

—No podemos perderla, ¡es buenísima!

Asiento. Estoy con él. De pronto me planteo ser sincero con Henry y decirle lo que tengo con Becka. Es mi amigo, mi hermano...

—Por suerte, esta vez no la has cagado liándote con ella —bromea, y se ríe.

¡Joder!

Lo miro. Ha dicho justo lo que no quería oír. Qué agobio.

—Si dice que sí, creo que deberíamos grabar de nuevo todas las canciones que tenemos lanzadas, para que sea su voz, y no la de Alice ni la de tu ex, las que aparezcan.

¡Mierda! Justo tenía que mencionar a Kimber. Y no lo ha hecho por su nombre, sino que lo ha hecho llamándola mi ex. Recordar lo que pasó con ella y el grupo me da mal rollo, mucho.

—Me parece perfecto —acepto sin comentar nada más.

Henry asiente y sonríe. Yo no. Y, desde luego, está claro que no es buena idea contarle lo de Becka.

Capítulo 61



Becka

Hoy ya sí.

Hoy damos el concierto que cierra la gira y estamos en la sala donde vamos a tocar. Ya hemos hecho la prueba de sonido y todo va por buen camino. No queremos que haya ningún imprevisto de última hora y nos pille sin tiempo de reacción. Preferimos curarnos en salud.

Vuelvo al camerino de las chicas y me encuentro a mi hermana sacando unas bolsas de plástico negras de su bolso bajo la atenta mirada de *Dusty*. La miro unos segundos intentando encontrar una explicación a eso, pero no doy con ella.

—¿Qué haces?

Ella saca la última bolsa y se gira hacia mí.

—Las compré para que las usemos a la hora de dejar los regalos del amigo invisible unos al lado de los otros. Al ser completamente opacas e idénticas, no sabremos de quién es cada cual, ya que en caso contrario podríamos diferenciar los regalos por los envoltorios cuando los pusiéramos en común —me explica—. Luego ya quitaremos las bolsas. No quiero trampas.

—Chica previsora —admito.

En momentos como este Oli me hace dudar acerca de quién de las dos es la mayor.

Voy hasta mi maleta y saco un paquete metido en una bolsa de estrellitas azules.

—Tranquila, ese no lo cogeré —sonríe—, aunque la bolsa es muy mona.

—Sabía que te molaría.

Olivia me guiña un ojo y, acto seguido, me da una de las bolsas que tiene en las manos.

—Mete tu regalo aquí. —La cojo—. Yo voy a darles estas bolsas a los chicos.

Meto la pequeña bolsa de estrellitas azules que contiene mi regalo en la bolsa negra. Al minuto, Olivia vuelve y, cogiendo una bolsa negra que hay en el suelo, sin duda la de su regalo, me dice:

—Vamos al camerino de los chicos, mejor hacemos el amigo invisible allí.

—Vale.

No tengo ninguna objeción. Si ella lo ha organizado así, por mí, perfecto.

Cojo a *Dusty* en brazos y la sigo hasta la puerta de al lado. Está cerrada, así que llama con los nudillos. Los chicos salen y Daniel me mira con gesto divertido. Yo le saco la lengua con cierta complicidad, asegurándome antes de que los demás no me ven.

—Vale, antes habéis dejado vuestros regalos, uno por uno, sobre la mesa, metidos en las bolsas negras para no saber de quién es cada uno, ¿no?

Los cuatro asienten.

—Genial. Pues salid todos para que Olivia y yo entremos con las nuestras y podamos mezclarlas con las de vuestros regalos. —Olivia me mira.

—A la orden —bromea Henry.

Asiento; todos abandonan el camerino y entramos Oli y yo. Dejo a *Dusty* en el suelo. Me acerco a la mesa en la que todos han colocado sus bolsas idénticas. Dejo mi bolsa junto a las de los demás y las muevo para mezclarlas.

Cuando ya no sé ni cuál es la mía, paro y abro la puerta.

—Adelante —digo con la mejor de mis sonrisas.

Todos obedecen y nos situamos alrededor de la mesa. Olivia se encarga de sacar todos los regalos de las bolsas negras y, ahora sí, vemos bolsas y envoltorios de papel de colores frente a nosotros.

—¿Quién empieza? —pregunta Toby.

—¡Tú mismo! —propone Robert.

El pelirrojo nos mira a todos, nadie se opone. ¿Qué más da?

—Cojo el que yo quiera, ¿verdad?

—Exacto, el que elijas será tu regalo —contesta Olivia—. Luego ya, si queréis intercambiarlo por otro será cosa vuestra, pero vuestro regalo es el que os toca por azar.

Toby echa un ojo a los seis paquetes y se decide por una bolsa roja con un lazo blanco. Lo abre y de su interior saca un pañuelo estampado con varios colores, una gorra negra con un grammy en la parte delantera y una pequeña funda que abre, y de ella saca unas gafas de sol.

—Mira, como el que ganaremos algún día —bromea Robert señalando la gorra del grammy.

—¿Cómo sabía el amigo invisible que necesitaba accesorios para domar esto? —se cachondea señalándose su pelo afro.

—Te conozco bien. —Henry ríe y, mirando a Olivia, que parece que se ha autoproclamado la jefa del juego, pregunta—: Una vez abierto, ¿podemos decir de quién es cada regalo?

—Será más divertido si mantenemos el anonimato un poco más —comenta ella con gesto serio.

—Entonces yo no he sido. —Ríe al darse cuenta de que se ha descubierto sin querer.

Toby se prueba las gafas de sol.

—Fíjate, si tienes hasta pinta de chulito como Daniel —suelto ganándome una mirada del susodicho.

—Me lo has quitado de la boca —me sigue Robert.

—Toby, ahora tú eliges quién coge el siguiente regalo —le indica mi hermana.

Este nos mira y señala a uno de los chicos.

—El chulito por excelencia.

Daniel se ríe y se acerca a la mesa. Tras unos segundos veo que se decide por la bolsita de estrellas azules. Olivia me mira y yo alzo los hombros.

En realidad, yo esperaba que, con un poquito de suerte, mi bolsa le tocase a

Henry o a Robert.

Siento que no me he currado demasiado el regalo y me da rabia. No sabía qué comprar. Quizá he tirado por algo básico, por lo fácil.

Vemos que abre la bolsa y, al ver el interior, se ríe a la vez que niega con la cabeza.

—No me lo puedo creer —murmura.

—¿Qué es? —pregunta Olivia moviéndose intrigada para intentar verlo.

Él mete la mano en la bolsa y lo primero que saca son unos calcetines con un montón de caras de *Dusty* estampadas. Yo intento no reírme.

—¡Me encantaaan! —exclama ella—. Si no los quieres, me presento voluntaria para el intercambio.

—¡Yo quiero unos igual! —exclamo para despistar.

Aunque con un regalo así creo que es difícil que no piensen que he sido yo.

—Eso solo te podía tocar a ti. —Robert ríe.

Conociendo a Daniel, dudo mucho que se los llegue a poner, pero es lo que hay. Ha sido cosa del azar.

Él continúa sacando las cosas que hay en la bolsa y ahora da con unos auriculares, que imagino que le gustan porque son de color negro, como casi toda la ropa que se pone, y, por último, saca una cajita metálica. Al abrirla le aparece una sonrisa en la cara. Gira la cajita y nos enseña las púas que hay en su interior con el nombre de Ubuntu grabado en ellas.

—¡Qué chulas! —suelta contento.

—¿A que me darás una? —le pide Henry.

Daniel mira las seis púas y, sin dudarlo, les pasa la caja a sus amigos para que pillen alguna.

—Ahora tú, Henry. —Daniel lo señala tras intercambiar una mirada conmigo que me pone un poco nerviosa.

Este sonríe y directamente coge una caja cuadrada envuelta con un papel de corazoncitos rojos.

—Quería cogerla desde el mismo momento en que la he visto —nos comenta.

La abre y todos vemos que es un altavoz azul.

—¡Menuda suerte he tenido! Hace poco se me rompió el mío.

—Ah, ¿sí? —murmuro.

—Sí. El otro día el tonto de Robert quería darse un baño en la habitación del hotel —explica—. Llenó la bañera y puso el altavoz justo en el borde..., y ya os podéis imaginar dónde acabó.

—En mi defensa diré que yo no lo tiré, se cayó solo —se excusa el aludido.

Miro a uno y a otro y no puedo evitar verlos como un matrimonio. Son tal para cual. No sé cuánto tiempo llevan juntos, pero de verdad que no entiendo cómo Toby y Daniel no se han dado cuenta de ello.

—Creo que este altavoz es *waterproof* —comenta Toby echando un ojo a la caja.

Ambos leen lo que pone y, sí, se supone que es a prueba de agua.

—Me viene genial —afirma Henry—. ¡Gracias, amigo invisible!

Henry nos mira a todos uno a uno y luego detiene la mirada en nosotras.

—Te toca —dice señalando a mi hermana.

Capítulo 62



Daniel

Olivia se toma unos segundos para rodear la mesa e inspeccionar bien los regalos que quedan sobre ella. Mira mi regalo, que es el peor envuelto, y también se fija en una cajita envuelta en papel de color rosa y en otro paquete que, a simple vista, parece algo de ropa.

Para mi sorpresa, y creo que la de todos, elige el mío.

¡Mierda!

Vale, las instrucciones eran un regalo que nos sirviera a cualquiera, pero es obvio en quién estaba pensando yo el día que lo compré.

La rubia vuelve a su sitio y rompe el envoltorio de un tirón. De su interior saca una mochila de color negro y con flecos. Sí, muy parecida a la de su hermana.

—¡Becks, es como la tuya! —exclama.

—Y tanto —murmura esta.

Miro a Becka y veo que la observa sorprendida. Está claro que le gusta. Sabía que era el regalo ideal para ella, pero Olivia la ha cogido antes. ¡Joder!

Oli la contempla encantada. Becka se gira hacia mí y yo, no sé muy bien por qué, esquivo su mirada mientras oigo a la primera decir:

—Me mola mucho, pienso usarla todos los días.

Me alegra que le guste, aunque la verdad es que me da un poco de rabia que le haya tocado a Olivia, pero sabía que existía ese riesgo. No soy el mejor envolviendo regalos, pero algo me decía que, al tener un exterior tan feo, de las dos solo Becka lo cogería, tal y como le pasó con la ratilla. Pero, no, me he equivocado. En cuanto a los chicos, ya me he encargado antes de que no se decantaran por mi regalo. He hecho un poco de trampas, sí, pero... ¿a quién le importa? El problema es que no me ha salido del todo bien.

—Ahora le toca a... —Hace como que se lo piensa y se vuelve hacia su izquierda—. A ti, Becks.

Maldita sea, ya podría haberle tocado antes.

Ella no lo duda y coge el paquete más aplastado. Nada más abrirlo, la veo sonreír.

—Me encanta —susurra.

Es un marco de fotos que nos enseña. Su amigo o amiga invisible ha enmarcado la foto que nos hicimos todos juntos bajo la señal de inicio de la Ruta 66 justo antes de nuestro primer concierto, un momento que creo que ninguno olvidaremos nunca.

—Esa foto es preciosa —comenta Robert.

—De todas las que nos hemos hecho, es mi favorita —añade Olivia.

—Es ¡la foto! —afirma Henry.

Entonces Becka deja el marco sobre la mesa y saca también una camiseta *oversize* con transparencias.

Sonríe. Parece que le gusta. La levanta para mostrárnosla.

—Me la voy a poner esta noche para el concierto —anuncia.

—Vas a estar increíble —la halaga Robert.

Ella lo mira y, divertida, lo señala.

—Venga, Robert, te toca.

Este aplaude y coge el único regalo que queda. Rompe el envoltorio con rapidez y da con una caja en la que hay una imagen de una cámara Polaroid.

—¡El otro día estuve a punto de comprarme una! —exclama.

—Pues ya la tienes —le dice Henry a su lado.

—Vamos a estrenarla ahora mismo.

Robert abre la caja y saca la cámara.

Todos nos colocamos junto a él para que haga un selfi, aunque con estas cámaras no sea lo más fácil del mundo. Me he puesto al lado de Becka y esta, al darse cuenta y ver que estamos detrás del resto, me mete la mano por debajo de la camiseta para acercarme a ella. Yo lo hago encantado.

—¿Listos?

Todos decimos que sí y Robert aprieta el botón. Hecha la foto, Becka se separa con rapidez de mí y todos se mueven. Robert coge la foto que sale impresa de la pequeña cámara y nos la enseña.

No ha quedado tan mal.

Pero yo me he quedado con otra cosa... ¡Qué bien huele Becka!

Capítulo 63



Becka

—¡Muchas gracias por animaros a participar en el amigo invisible! —exclamo mirándolos con una gran sonrisa.

—Me ha gustado, ¡lo tenemos que repetir! —sugiere Henry.

—¡Y gracias por los regalos! —añade mi hermana.

Los chicos sonríen y nos agradecen a nosotras haberlo propuesto.

—Aunque de primeras me dio mucha pereza —comenta Daniel—, reconozco que ha sido divertido.

—¡Claro que sí! —afirma Robert—. Un regalito nunca viene mal.

—Colega, tengo unos calcetines con tu cara —murmura Daniel, que está agachado acariciando a *Dusty*.

El perro, que es mimoso con todos, no tarda en hacerle una fiesta. Desde que llegó al grupo se deshace en cariños con cualquiera, incluso con Daniel, que en un principio fue el más reticente. Hoy por hoy se podría llegar a decir incluso que es quien está más pendiente de él.

Miro al grupo, a la bonita familia que hemos creado entre todos, feliz, y de pronto se me ocurre una idea.

Aprovecho que los demás hablan para abrir el marco y sacar la foto.

—Chicos, os dejo la foto para que me la firméis por detrás.

—¿Solo firmamos o ponemos una dedicatoria? —me pregunta Toby cogiéndola.

—Haced lo que queráis. —Le guiño un ojo.

Él asiente y la deja en la mesa apoyándola en el espejo en el que se miran y peinan antes de salir al escenario.

Por su parte, Daniel, una vez que le ha dado un beso en la cabeza a *Dusty*, se incorpora y se recoloca el pelo mirándose en el espejo.

—Cómo te gusta eso de ir de chulito. —Robert ríe con su nueva cámara de fotos en la mano.

Daniel, al darse cuenta de que su amigo le ha sacado una mientras se peinaba, se ríe. Cuando se ríe así, admito que algo dentro de mí revolotea.

—Hay que disfrutar el concierto de esta noche a tope —comenta Henry revolviéndose su pelo rubio.

—Es el último, hay que darlo todo —lo secundo.

—El último, pero no por ello el menos importante. —Ahora habla Toby.

—Tíos, no digáis eso —nos corrige Robert—. Nunca hay que decir que es el último, sino el penúltimo.

—Míralo, el que no es supersticioso —suelto sin poder evitar que se me escape una carcajada.

—¡Y no lo soy! —afirma—. Eso es simplemente una frase hecha que dice siempre mi padre.

Los chicos se ríen también y él los mira indignado. Él y sus supersticiones.

—Bueno, Ubuntu, ¿qué?, ¿estamos preparados? —pregunta Daniel.

Todos nos miramos y sonreímos.

Olivia y yo nos encaminamos hacia el camerino de las chicas con *Dusty*. Una vez que entramos en él, mi hermana me enseña el regalo que le ha tocado.

—Creo que sé de quién es —dice.

—Yo también.

Me queda claro que ambas pensamos en la misma persona; entonces ella se burla de mí.

—Ya va siendo hora de jubilar tu vieja mochila, ¿no?

Miro a Olivia. Intuyo por sus palabras que pretende cambiarla por mi regalo y

sonrío.

—Quizá.

Capítulo 64



Becka

Aún quedan unos minutos para que empiece nuestra actuación.

Olivia se ha ido a hacer fotos a las teloneras y yo me he quedado sola en el camerino. Bueno, sola, no. *Dusty* está conmigo.

Tengo música puesta, concretamente suena el disco *Endless Summer Vacation*, de Miley Cyrus, mientras estoy guardando las cosas en la maleta para no tenerlo todo desordenado al terminar el concierto y poder estar lista cuanto antes.

Una de las veces que le echo un vistazo al perro me doy cuenta de que está sentado observándome. Me acuerdo al momento del día que lo encontré. Estaba convencida de que no me dejarían subirlo a la furgo, pero no fue así. Nunca me hubiera esperado mejor sorpresa.

La verdad es que todo lo que he vivido este mes de agosto ha sido increíble. No ha tenido nada que ver con cómo me lo había imaginado. Pensaba pasarme los días trabajando en la cafetería de Bill y, en lugar de eso, he estado de gira, siguiendo la Ruta 66, cantando casi cada noche en un sitio distinto. Alucinante.

Estoy tan agradecida por la oportunidad que me dieron los chicos sin conocerme que aún no me lo puedo creer. Y, por supuesto, le estoy muy

agradecida a Daniel por venir a buscarme a la cafetería, aunque al principio pensara que estaba loco o que me estaba vacilando.

Guardo las últimas cosas en la maleta y, cuando voy a meter el marco, veo que está vacío y recuerdo que la foto la tienen ellos. Supongo que ya la habrán firmado todos.

Me pongo en pie, salgo del camerino y, tan pronto como me acerco al suyo para llamar a su puerta, veo que esta está entreabierta. Están hablando entre ellos y no quiero interrumpir, así que doy media vuelta dispuesta a irme... hasta que oigo:

—Si alguien se lo ha currado esos somos nosotros.

Esa es la voz de Daniel.

Sus palabras me hacen parar en seco y prestar atención.

—Así es, y nunca debemos olvidarlo —afirma Toby.

Asiento. Siempre se lo han currado mucho.

—Lo de Alice fue una putada —vuelve a intervenir Daniel.

—Uf, sí... Cuando ocurrió pensé que toda la gira se iba a la mierda —comenta Robert.

Sonrío, los entiendo. Fue una noticia de esas que no te esperas y que llegan en el peor momento posible. ¡Pero ahí aparecí yo!

—Lo bueno es que supimos sobreponernos y salir adelante —dice Toby.

Así es. Pero creo que yo he tenido algo que ver en eso, ¿no?

—A ver, chicos —habla de nuevo Daniel—, ¿cómo no íbamos a hacerlo? Es nuestra gira.

—Cuando volvamos, tenemos que hablar con Alice —propone Henry.

Todo eso no me aclara nada. Hablan de Alice, del susto que se pegaron al quedarse sin cantante, pero no mencionan que, aunque yo aparecí de rebote, les he salvado el culo.

Creo que, al menos, necesito oír algo así.

—Llevábamos años luchando por conseguir algo como esto —prosigue Daniel— y no podemos joderlo ahora. Nos guste o no, toca ser egoístas y pensar en nosotros y, sobre todo, en la banda.

—Por supuesto —lo apoya Robert.

Cuando hablan de «joderlo», ¿se refieren a mí?

—Nos merecemos cada aplauso y cada felicitación que recibamos. El mérito es nuestro, y tendrá que entenderlo.

—Es feo decirlo, pero creo que hay que prescindir de ella.

Se me cae el alma al suelo. ¿El mérito es solo suyo y yo soy prescindible?

No me puedo creer que esté oyendo esto. No puede ser...

—Por eso mismo no voy a permitir que dudéis ahora de vosotros mismos porque, repito, si alguien se ha trabajado esta gira a base de sudor y lágrimas, esos somos nosotros, los que estamos aquí. Nadie más.

¡Me excluyen!

¿Por qué lo hacen?

¿Acaso no me lo he currado?

¿En serio no valoran que me aprendiera las puñeteras canciones en tiempo récord para no dejarlos tirados y que todo siguiese adelante?

Mi cabeza va a mil por hora, demasiado rápido. Me doy la vuelta para regresar al camerino con mi perro.

Me miro al espejo y veo que estoy sudando. Pero ¿cómo me he dejado engañar de este modo? ¿Cómo he podido creerme importante para ellos?

Está claro que les he salvado el pellejo, aunque ellos no lo reconozcan. Y está claro también que ahora, cuando volvamos a casa, me darán la patada y regresarán con Alice. A ver, que puedo entenderlo, pero lo que no entiendo es que hablen así de mí. ¡No me lo merezco!

Pienso en Daniel y en lo que le he oído decir. No se puede ser más egoísta. Ha dejado cristalino que es un imbécil y un interesado, y que, una vez que ha conseguido lo que quería de mí, tanto en el escenario como fuera de él, ya le doy igual.

Pero ¿cómo soy tan tonta? ¿Se puede ser más idiota? Al final, definitivamente, me siento tal y como él me ve, como una puñetera niñata.

Todo lo vivido con él, todo lo vivido con el grupo, todo lo que Olivia y yo hemos luchado por Ubuntu, ¿en serio no importa?, ¿de verdad no se ha visto?

Estoy demasiado nerviosa. Me retiro el pelo de la cara y miro la camiseta *oversize* que me ha regalado mi amigo invisible. Estoy por quitármela y tirarla a

la basura. Pero no. No lo voy a hacer.

Me doy aire con la mano mientras pienso en eso que me ha recalcado siempre el psicólogo; eso de mis problemas de confianza hacia los demás. Aunque, visto lo visto, ¿para qué quiero confiar en la gente si el resultado es el que es?

Y, entonces, tomo una decisión.

Esto se acabó.

Capítulo 65



Daniel

—Por eso mismo no voy a permitir que dudéis ahora de vosotros mismos porque, repito, si alguien se ha trabajado esta gira a base de sudor y lágrimas, esos somos nosotros, los que estamos aquí. Nadie más.

Los chicos, que están sentados frente a mí, me miran.

—Estamos de acuerdo en que en ese «nosotros» entran las chicas, ¿no? —murmura Robert.

—¡Por supuesto! —exclamo con rapidez—. Las hermanas Miller son uno más de la banda.

Veo que Henry y Toby asienten. Yo apoyo las manos en la mesa que tengo detrás y entonces toco algo. Al girarme veo que es la foto del marco de Becka. La cojo y, enseñándosela, digo:

—Ubuntu es esto.

Los tres se fijan en la foto asintiendo.

—Todos hemos dado lo mejor de nosotros en la gira —añado mientras observo la imagen y señalo a una de las chicas—. Olivia, sin ser fotógrafa profesional, se ha desvivido por cubrir todos los conciertos, darnos contenido para las redes sociales, seleccionar y llevar al día las carpetas con las imágenes, pasárnoslas la misma noche del concierto...

—Además, ha sabido captar nuestra esencia en cada captura —apunta Henry.

—Becka —continúo, señalándola ahora en la foto— nos ha hecho el favor de nuestra vida.

—Literalmente —concuerda Toby.

—No solo aceptó la locura de unirse a nosotros y nuestro *tour* sin conocernos de nada, sino que además se aprendió las canciones en tiempo récord.

—Aún no sé cómo lo hizo —bromea Robert.

—Sinceramente, yo tampoco —afirmo.

Lo que hizo Becka en esas tres semanas fue bestial. Pasó de ser alguien que solo cantaba de vez en cuando en la ducha de su casa a subirse a un escenario con nosotros y tener una presencia escénica envidiable.

—Le debemos mucho. Ha sabido fusionarse con nosotros y gracias a ella hemos disfrutado de una gira tremenda, una gira que al empezar ninguno pensó que pudiera llegar a ser así.

Miro a Robert, no le falta razón.

—De no ser por Becka, no estaríamos aquí —sentencio convencido.

Todos nos quedamos callados unos segundos, sabemos que es verdad.

—En cuanto volvamos hay que hablar con Alice —dice Henry.

—Va a ser una movida —murmura Robert.

Asiento. Sé, como todos, que será un movidón.

—Alice tiene que entender que nosotros queremos lo mejor para el grupo. Y eso es Becka. —Zanjo el asunto.

Todos nos miramos en silencio hasta que Robert lo rompe.

—Alice lo entenderá. Siempre ha sido una chica comprensiva y, además, ella no veía al grupo de la misma manera que nosotros, ser cantante no era su sueño para el futuro.

—Esperemos que sea así —digo.

—Ojalá Becka desee quedarse con nosotros —comenta ahora Henry.

—A ver —indica Robert—, yo he dado por hecho que se quedaba todo este tiempo.

—Ojalá —repite Toby.

De repente todos me miran. Como siempre, aún sin pronunciarlo en voz alta,

sé que ven en mí al cabecilla de la banda.

—Esto es algo que teníamos que hablar los cuatro y dar nuestra opinión antes de tratar el asunto con ella. En todo caso, ha quedado claro que todos estamos de acuerdo en que queremos que Becka sea parte de Ubuntu, ¿no?

—Sin lugar a dudas —pronuncia Robert.

—A Olivia también la necesitamos —indica Henry.

Los chicos asienten. Me alegra que haya unanimidad entre nosotros.

—¿Qué os parece si lo hablamos con ambas cuando todo esto acabe? Cuando volvamos a casa, les damos uno o dos días para que estén con su familia y después quedamos con las chicas para ver qué les parece la idea.

Robert se echa hacia atrás en su silla, nos mira uno a uno y, con una sonrisa, exclama:

—¡Perfecto!

Capítulo 66



Becka

Aún sigo sin creerme lo que he oído.

¿Les digo algo?

Sí... No...

Al final, decido callármelo.

Se supone que esa era una conversación privada que no debería haber escuchado. No han sido conscientes de que lo oía todo, así que esperaré a que me lo digan a la cara y se van a enterar.

Es el último concierto, así que disimularé. Pondré mi mejor cara, saldré al escenario y disfrutaré como hago cada noche. Me comportaré como una falsa, igual que lo son ellos conmigo.

Me miro al espejo y sonrío. Solo tengo que sonreír, no es tan difícil.

Inspiro aire lentamente y lo expulso.

Una vez que cojo fuerzas para enfrentarme a lo que me viene encima, abro la puerta del camerino y salgo. Al momento me encuentro con los chicos tras el escenario y sonrío otra vez, aunque me cuesta.

—¡Te la has puesto! —exclama Robert al ver mi camiseta.

—Lo había prometido —respondo.

Sí, me he puesto la camiseta que me ha regalado mi amigo invisible. Y por lo

que veo no he sido la única. Toby lleva en la cabeza el pañuelo de estampado de colores que le ha tocado.

—¿Preparada?

Es la voz de Daniel. Está detrás de mí. Sin mirarlo ni sonreírle, como suelo hacer cada noche, respondo.

—Sí.

Aparece Olivia corriendo y se une al grupo. Se pone a mi lado y la miro. Ella, que me conoce muy bien, me hace un gesto diciendo «¿Qué te pasa?».

—Luego hablamos —le susurro.

—¿Estás bien?

—Sí, tranquila.

Como de costumbre, nos situamos todos en círculo.

—Venga, por penúltima vez —dice Daniel poniendo la mano en el centro.

Todos unimos las manos con la suya y Henry empieza a contar.

—Uno..., dos..., tres...

—¡Ubuntu! —gritamos al unísono.

Luego, retiro a toda prisa la mano y Daniel me mira algo extrañado.

—Hay que subir —nos avisa Judy.

—¡Vamos! —nos anima Henry.

Busco a mi hermana con la mirada y ella, al verlo, alza una mano con el pulgar hacia arriba. Le sonrío y empiezo a subir las escaleras hacia el escenario.

—¡Becka!

Me giro y veo a Robert al pie de las escaleras. Él extiende el brazo. ¡El ritual! Estoy tan enfadada que lo había olvidado. Bajo un par de escalones, le doy la mano con una muy falsa sonrisa y salimos a escena.

En cuanto lo hacemos, el público aplaude y grita. El local está a rebosar.

Saludo a los asistentes con una sonrisa y de repente noto que alguien me toca ligeramente la cintura. Al volverme me encuentro con Daniel.

—¿Estás bien? —me pregunta mirándome a los ojos.

¿La verdad? Para nada. Me encantaría soltarle un puñetazo en toda la cara, pero no es ni el momento ni el lugar.

—Mejor que nunca —respondo.

Daniel asiente, sonríe y se mueve para ponerse en su sitio. Veo como Toby se sienta tras su batería y empieza a tocar el bombo al ritmo de la primera canción, *Bad Guy*, de Billie Eilish. Instantes después, sacando a la profesional que hay en mí, me acerco con calma al micrófono y comienzo a cantar.

El público no tiene la culpa de lo que ha pasado.

No tiene la culpa de mi enfado, ni de que los que están detrás de mí sean una pandilla de impresentables.

Capítulo 67



Daniel

El concierto va genial. Lo estoy disfrutando muchísimo. Se nota que es una actuación diferente, el ánimo está muy arriba. Tanto el nuestro como el del público.

Terminamos de tocar *Rebel People* y todos intentamos refrescarnos. Yo doy un rápido trago de agua aprovechando el aplauso y me acerco a mi micrófono. Me toca presentar la canción que va ahora. La penúltima del *setlist*.

—Antes de que acabe el concierto os tocaremos otra más de nuestras propias canciones —les cuento—. Esta se llama *One More Night*.

Todos aplauden.

—Este tema va de ese «casi algo». De eso que le falta a una relación para convertirse en eso, en una relación —les explico—. Habla de tener una historia con una persona con la que en un principio solo quieres pasártelo bien, sin esperar nada más porque sabes que de ahí no pasará... Sin embargo, poco a poco, te vas pillando de ella.

Parte del público grita con entusiasmo. Parece que entiende de qué va la canción.

Hace ya varios conciertos en los que, cada vez que me toca presentar este tema, no puedo evitar pensar en Becka, aunque no la miro para no levantar

sospechas. Sé que hemos acordado que lo que hay entre nosotros solo es sexo, de ahí que en teoría no hayamos roto ninguna de las reglas de la banda.

Me duele admitirlo, pero cada vez que presento *One More Night* y la canto es como si se lo estuviese diciendo a ella.

—Te vas pillando tanto por esa persona que lo único que quieres cuando se hace de noche es pedirle que pase contigo una noche más —sigo hablando—, y quien dice una noche dice todas las noches.

La gente se viene arriba y miro a mis compañeros para buscar algo de complicidad. Todos ríen. Todos, menos Becka. La he buscado con la mirada en más de una ocasión a lo largo del concierto, pero no hay manera de coincidir con ella. Ni siquiera se gira. De hecho, la noto más seria de lo normal.

¿Qué le pasa?

Decir que no lo está dando todo en el concierto sería mentir. Becka canta, baila y salta como en cada una de las actuaciones anteriores. Pero hay algo que no va bien. Noto algo diferente en ella y no es solo que no me mire, pero no sé qué es.

¿Estará más nerviosa de lo normal por el fin de la gira?

Capítulo 68



Daniel

Toby da el último golpe a su batería y el concierto llega a su fin. Nos miramos entre todos con una sonrisa de felicidad.

Veo que Olivia sube por las escaleras al escenario y nos hace señas para que nos juntemos. Quiere hacernos una foto en la que salgamos los cinco con el público detrás. Nos colocamos como nos pide y animamos a la gente a que levante las manos.

Olivia saca varias fotos y, cuando termina, los cinco nos despedimos del público con cierto pesar. La sensación de estar aquí arriba es indescriptible, a saber cuándo vuelvo a sentirla. Ojalá sea pronto.

Me fijo en Becka y veo que es la primera en abandonar el escenario tras decir adiós a todos los que han venido hoy a vernos. Los chicos también se despiden y la seguimos escaleras abajo.

—¡¡¡La gira se ha acabadooo!!! —grita Robert saltando encima de Henry, que se mueve hacia los lados intentando mantener el equilibrio.

—¡Qué fuerte! —exclama Becka.

Henry deja al moreno en el suelo y este nos abraza haciéndonos saltar con él, las hermanas Miller incluidas.

—Tenemos que ir a celebrarlo —propone Toby al separarnos.

—Claro. Nos cambiamos y vamos —responde Henry.

—¡Por supuesto! —me uno.

Miro a Becka y me fijo en su gesto. Es serio..., más que eso. Es un gesto que no le he visto antes. Nada que ver con lo que esperaba de ella tras dar el concierto que cierra la gira.

Le echo un vistazo a Olivia y veo que ella también mira a su hermana como intentando descifrar algo. ¿Habrá pasado algo entre ellas y no me he enterado?

—Yo paso, id vosotros.

Todos miramos a Becka muy sorprendidos. ¿Cómo que pasa?

—¡Anda ya! —Henry ríe.

—No me apetece —insiste.

Definitivamente algo le ocurre. Becka siempre es la primera en apuntarse a lo que sea. Toby la mira sin acabar de creérselo y bromea al soltar:

—No lo puedes estar diciendo en serio, tú no nos engañas.

—Por mí te puedes creer lo que quieras —replica.

—Oye...

Becka lo mira. No me gusta nada esa mirada.

—¿Cómo no te va a apetecer celebrar el éxito de la gira? —insisto.

—He dicho que paso.

Miro a Olivia y la veo tan desconcertada como a todos los demás.

—Es pronto para volver al hotel. Al menos ven a cenar algo con nosotros —murmura Robert.

—Gracias, pero no —rechaza—. Y no me voy al hotel. Me voy al aeropuerto para poder pillar el primer vuelo que haya de regreso a casa.

¡Joder!

Pero ¿a esta qué mosca le ha picado?

Miro a Olivia en busca de respuestas, pero creo que está tan perdida como nosotros. Robert se acerca a la morena y, bajando el tono, oigo que le pregunta:

—Becka, ¿estás bien? ¿Te encuentras mal o algo así?

—¿Tendría que encontrarme mal por algo?

Todos nos miramos desconcertados. No entendemos nada.

—La gira ha terminado, así que no tengo nada más que hacer aquí. Ya he

cumplido —suelta ella finalmente, tajante.

Luego da media vuelta y se aleja en dirección a su camerino.

—Pero ¿qué ha pasado? —murmura Robert.

Lo miro sin tener una respuesta que darle. No tengo ni idea. Veo que Henry se dispone a ir tras ella y Olivia lo frena.

—Yo me ocupo.

La rubia sale corriendo detrás de su hermana y nosotros nos quedamos clavados en el sitio, con cara de tontos y sin entender una mierda.

Capítulo 69



Becka

Entro en el camerino y rápidamente cierro la puerta. Más les vale no venir detrás de mí porque no sé cuánto voy a poder contener la mala leche.

¿Cómo pueden decir las cosas que han dicho antes y ahora estar tan normales conmigo?

¿Cómo pueden ser tan hipócritas?

Si lo que he oído es lo que han pensado de mí durante toda la gira, no deberían darles un Grammy, deberían darles un Oscar.

Veo que han dejado la foto que les he entregado antes encima de la mesa. La cojo con brusquedad y le doy la vuelta para leer: «Una familia llamada Ubuntu», y han firmado los cuatro justo debajo.

¡Serán falsos!

Tiro la foto de malas maneras a la maleta y comienzo a quitarme la ropa del concierto a toda velocidad, hasta que oigo que la puerta se abre a mi espalda.

Espero que no sean ellos. Que no sea Daniel.

—¡¿Se puede saber qué te pasa?!

Vale, menos mal... Es Olivia.

—Será mejor que no lo sepas.

—Becks, pero ¿qué dices? Cuéntame.

Paro de hacer lo que estoy haciendo y la miro.

—Por favor, ayúdame a recoger —me limito a soltar.

—¡Pero, Becks!

—Olivia, ¡necesito salir de aquí! Luego te lo explico.

Olivia lo medita unos segundos e intuyo que, viendo cómo estoy, no le queda otra y sin más comienza a recoger sus cosas. Guarda la cámara en su funda y todas sus pertenencias en su maleta mientras yo cierro la mía.

Con todo a punto finalmente salimos del camerino y, al pasar por la sala donde hemos dado nuestro último concierto, me niego a mirar hacia atrás. No quiero encontrarme con ninguno de ellos.

Pero, cómo no, ahí está. Ya en el exterior vemos a Daniel, que está apoyado en la furgo fumándose un cigarrillo, acompañado de Charlie.

—Mierda... —murmuro.

Ambas vamos directas hacia ellos. Mi hermana me sigue con *Dusty* sin hacer preguntas.

Intentando mantener la dignidad, me acerco a Charlie y lo abrazo. Este, algo asombrado, sonríe.

—Vaya..., agradezco esta muestra de cariño —musita con guasa.

Me hace gracia oírle decir eso.

—Simplemente me estoy despidiendo de ti —replico mirándolo.

Según digo eso, Charlie frunce el entrecejo extrañado y es Daniel quien habla.

—Vamos a ver, ¿quieres explicarme qué te pasa? Porque te juro que, por más que lo pienso, no sé qué bicho te ha picado para que estés reaccionando así, Becka —me dice.

Paso, no voy ni a contestarle. Me limito a mirar a Charlie y le anuncio mi decisión.

—Mi hermana y yo volvemos a casa en avión con *Dusty*.

Él me mira sin dar crédito y se dispone a preguntar algo, pero no le doy tiempo.

—Tengo mis motivos —suelto.

—¡¿Me puedes explicar esos motivos?! —grita Daniel, y resopla.

—No, y no vuelvas a levantarme la voz.

Daniel se mueve de un lado a otro nervioso. Veo que Olivia le hace un gesto para que se tranquilice y este resopla todavía más fuerte.

Charlie, que ha sido bastante discreto y respetuoso durante toda la gira, asiente. Le ha quedado claro que no quiero que pregunte.

—¿Puedes subirlo al avión? —me plantea mirando al perrito.

Asiento. Al ser un perro pequeño, puedo llevarlo conmigo en cabina siempre que vaya metido en un trasportín, y compré uno el mismo día que lo encontramos.

—Sí.

Le pido a Charlie que me abra la Ford Transit y pillo el trasportín.

Se origina un silencio incómodo entre todos. Daniel no me quita ojo. En su mirada veo enfado e incomodidad. Me da igual.

—Charlie, muchísimas gracias por todo, de verdad.

—Gracias a ti, Becka. —Me abraza con cariño y añade—: Ha sido un placer trabajar contigo.

Nos separamos y Oli hace lo mismo. Lo abraza.

Finalmente paso por delante de Daniel sin ni siquiera mirarlo y con la cabeza bien alta. Me acerco a la calzada dispuesta a parar un taxi para ir al aeropuerto y, por fortuna, al momento lo consigo.

¡Genial! No quiero que salgan el resto de los chicos.

El coche se detiene junto a mí y de él se baja una taxista. Olivia llega hasta nosotras y entre las tres metemos todo nuestro equipaje en el maletero.

Me monto en el vehículo y mi hermana me pasa a *Dusty*, que me pongo sobre las piernas. Le indico a la conductora el hotel por el que tenemos que pasar a recoger nuestra tercera maleta antes de ir al aeropuerto mientras Oli le dice adiós con la mano a Daniel, quien nos mira alucinado y muy cabreado.

La mujer arranca y nos ponemos en marcha. Me quedo callada con la esperanza de que mi hermana haga lo mismo, ya hablaremos luego del tema. Pero ella tiene otros planes. Olivia no tarda en girarse hacia mí bruscamente.

—¿Me vas a contar ya qué ha pasado? —me suelta molesta.

Joder... Ahora me toca lidiar con ella.

—¿Que qué ha pasado? Que, como siempre, yo tenía razón.

—¿A qué te refieres?

—A que nos la iban a jugar.

Ella me mira con cara de no estar entendiéndome.

—¿Hablas de los chicos?

—¿De quién si no? —replico con cierto retintín.

Ella parpadea. Creo que intenta procesar lo que le acabo de señalar.

—Nos la han jugado, Oli —afirmo notablemente enfadada—. No son más que unos falsos, egoístas y mentirosos.

—Pero ¿qué dices?

—Lo que oyes...

—A ver, Becks... —está claro que se está esforzando por mantener la calma y entenderme—, ¿cuándo has discutido con ellos y por qué?

Tomo aire intentando relajarme. Necesito tranquilizarme.

—No me ha hecho falta discutir con ellos porque no son lo bastante valientes como para decirme las cosas a la cara.

—¿Entonces...?

—Los he oído hablar en su camerino, a los cuatro. Estaban diciendo que si alguien se merecía los aplausos y las felicitaciones, esos eran ellos por lo mucho que se lo han currado. Y que yo soy prescindible, ¡yo! —exclamo—, porque están deseando que Alice regrese a la banda.

—¿No lo habrás entendido mal?

No me puedo creer que mi hermana esté desconfiando de mí.

—Oli, ¿en serio me preguntas eso?

—Becks, comprende que todo esto me coge de sorpresa —se excusa.

—Joder, Oli, ¿cómo hemos podido estar tan ciegas?

Mi hermana me mira con cara de circunstancias. Intuyo que intenta procesar como puede lo que le estoy contando. De pronto suena mi móvil. Al mirar la pantalla veo que se trata de Daniel. Directamente cuelgo la llamada.

—Ellos no me han visto, pero los he pillado cuando hablaban de lo mucho que han luchado para que la gira saliese adelante.

—¿Y tú? —pregunta Oli, y me limito a encogerme de hombros—. ¿No han

mencionado lo mucho que has trabajado tú también?

—A nosotras ni nos han nombrado. En todo caso han dicho que soy o somos prescindibles. Por eso estoy tan dolida —respondo con sinceridad—. Porque, si alguien lo ha dejado todo de la noche a la mañana por ellos, hemos sido nosotras.

Mi hermana asiente. Sin duda ahora entiende lo enfadada y decepcionada que estoy.

—Tranquila —susurra cogiéndome la mano con ternura.

—Nosotras fuimos las que, para salvarles la gira, aceptamos irnos con cuatro desconocidos de viaje por la Ruta 66. ¿Cómo se han olvidado de eso?

—Ya podrían estarnos un poquito agradecidos —farfulla Oli entre dientes.

—Eso es lo que me duele —comento—, que parece que les da igual todo lo que hemos hecho por ellos, por Ubuntu.

Olivia se acerca a mí y me abraza. Ella siempre ha sido de zanjar los problemas antes que yo, así que murmura:

—Becks, que les den. Ellos se lo pierden.

Pero no. Yo soy de dar vueltas a las cosas, así que insisto:

—¿Y sabes lo que más me duele? Que quien llevaba la voz cantante de esa conversación era Daniel.

—¡Encima! —exclama ella molesta abrazándome aún más fuerte.

Me gustaría decir que no siento nada por él, pero la verdad es que lo siento. Odio admitirlo, pero me gusta más de lo que pensaba.

—No me gusta nada tener razón —musito cuando Oli se separa de mí.

—¿En qué?

—¿Recuerdas lo que te dije al día siguiente del primer concierto, cuando llegamos al hotel de Springfield? Te dije que no te encariñases con ellos. Algo en mí sabía que nos la podían jugar.

Oli hace un gesto en el aire con la mano y zanjamos, de momento, el tema.

Una vez en el aeropuerto saltamos de alegría al saber que en dos horas sale un vuelo con destino Chicago y, como ya sabía, no hay problema en que *Dusty* viaje con nosotras.

Mientras esperamos en la sala de embarque veo que Oli se pone a buscar en

su bolso.

—Me jode decírtelo, pero, Becks, tenías razón en algo más.

La miro confusa.

—He perdido las llaves de casa —murmura.

Olivia consigue que me ría a carcajadas. Solo ella podía lograrlo, y lo ha hecho.

Capítulo 70



Daniel

Entro en la habitación de hotel de Toby. Hemos quedado aquí tras ducharnos para hablar sobre lo ocurrido.

—¿Qué coño ha pasado? —pregunto cuando veo que estamos todos.

Toby está de pie apoyado en la pared, mientras que Robert y Henry están sentados. Los cuatro nos miramos confusos.

—¿Alguien tiene una mínima idea de qué ha pasado? —Vuelvo a la carga.

—Para nada, no hay quien lo entienda... —responde Henry.

—¿Alguno ha discutido con ella?

Silencio absoluto. Eso es que no.

Me muevo nervioso por la estancia.

—Fuera lo que fuese, Olivia no tenía ni idea, o eso es lo que ha parecido —comenta Toby.

—El concierto ha ido bien, ¿no?

—De fábula —contesta Robert.

—¿Entonces...? —insisto.

Ninguno habla hasta que Henry dice:

—Las chicas son algo raras a veces. Lo sé por mi hermana.

Raras o no, sigo sin comprender qué le ha ocurrido a Becka.

—¿Qué ha podido ser? —planteo—. ¿Qué ha podido pasar?

—Quizá simplemente se ha cansado de nosotros —sugiere Henry.

—¡No digas chorradas! —exclama Robert.

Opino lo mismo que Robert, así que niego con la cabeza. Eso es imposible. Sé que Becka nos tiene cariño, de eso no me cabe duda.

—Si estuviese harta de nosotros —respondo—, nos lo habría dicho y se habría ido al hotel, no directa al aeropuerto.

—Puede que echase demasiado de menos a sus padres y quisiera volver con ellos cuanto antes —comenta ahora Toby.

Pienso en lo que dice; francamente, tampoco me cuadra. El plan era quedarnos en Los Ángeles uno o dos días y después emprender el viaje de regreso en la furgo para devolvérsela a la madre de Henry al llegar, tanto la nuestra como la de las teloneras.

—No me cabe en la cabeza cómo ha podido largarse así —farfullo molesto—, sin decir una palabra, sin ni siquiera dar un motivo..., nada. ¿No me merezco una explicación?

Los demás me miran extrañados mientras me muevo por la estancia y, al darme cuenta de que he hablado en exceso, pues lo he pasado al plano personal, intento arreglarlo.

—Cuando ha salido a la calle cargada con parte de su equipaje y acompañada de Olivia y *Dusty*, se ha despedido de Charlie, pero a mí me ha obviado por completo y ha pasado por mi lado sin mirarme siquiera, joder.

Miro a Robert y veo que me observa de manera perspicaz. Creo que he metido la pata y me estoy centrando demasiado en mí, cuando de cara a ellos nuestra relación tampoco era tan cercana. Procuro arreglarlo de nuevo.

—Después de pasar tantos días todos juntos, ¿no nos merecíamos ni un adiós en condiciones?

—Quizá la hemos hecho sentir incómoda en algún momento y no nos hemos dado ni cuenta. —Henry lanza la hipótesis.

—Si así fuera, ¿crees que Becka no nos hubiese dicho algo? —Río irónicamente—. Estamos hablando de Becka Miller, alguien que tiene las cosas muy claritas y que, por norma, no se calla.

—También tienes razón —afirma Robert.

Por más vueltas que le doy, no encuentro una explicación. Un motivo. Un porqué. Nada. Y me desespera no saber qué pasa.

—Venga, vamos a descansar —propone Robert—. Mañana, con la cabeza más despejada, quizá lo veremos más claro.

Todos asentimos y, sin parar de darle vueltas, me voy a mi habitación.

Una vez en ella, el silencio y el saber que Becka no llamará a mi puerta se me hace insoportable. Miro mi móvil; la he llamado, pero no me lo coge.

Me siento en la cama y le envío un mensaje al que, imagino, no va a responder.

Yo: Becka, ¿estás bien? ¿Qué te ha pasado? No entiendo nada. Llámame y hablamos, me has dejado muy preocupado.

Acto seguido busco el número de su hermana y también le escribo.

Yo: Hola, Olivia. Supongo que estás con Becka y no me vas a contestar, pero ¿tú sabes qué ha pasado? Nos hemos quedado bastante preocupados y desconcertados. Llámame o escríbeme cuando quieras.

Voy a guardar el móvil, pero decido enviarle otro mensaje a Becka.

Yo: Y, por favor, avísame cuando lleguéis a casa para saber que estáis bien.

No nos merecemos esto.

No me merezco esto.

Capítulo 71



Becka

Hace tres días que mi hermana y yo llegamos a casa por sorpresa.

Aunque durante la gira hablábamos con papá y mamá casi a diario por teléfono, una vez aquí los hemos puesto al día de todo lo que hemos vivido y las cosas que nos han sucedido a lo largo de este mes de agosto.

Sin embargo, hemos omitido contarles lo último. No creo que sea necesario y las dos preferimos que se queden con que fue algo bonito y divertido de principio a fin.

En cuanto a *Dusty*, tal como Oli y yo imaginamos, mis padres primero pusieron el grito en el cielo, pero enseguida lo aceptaron e incluso lo dejan subir a su cama. Está claro que el enano se los ha ganado.

Los chicos me han llamado y me han escrito, pero no se lo he cogido a nadie ni tampoco he respondido a ningún mensaje. Estoy tan enfadada con ellos que soy incapaz de razonar.

Y Daniel... Pensar en él me duele, no lo puedo evitar. Es una sensación rara, pero es lo que hay. Echo de menos sus miradas, sus sonrisas, su chulería, incluso la forma en que me llamaba niñata... Pero, igual que lo echo de menos, ¡me cabrea que sea tan falso! ¿Cómo puede ser tan egoísta?

Ahora estoy en mi habitación, tirada en la cama junto a *Dusty*, con los

auriculares puestos y Miley Cyrus sonando. Tenía la cabeza como un bombo y necesitaba sacar la libreta del fondo de mi mochila. Llevo un rato escribiendo en ella todo lo que se me pasa por la mente.

In my head I could understand everything you said.
In my heart I couldn't believe anything you said.
[En mi cabeza podía entender todo lo que decías.
En mi corazón no podía creer nada de lo que decías.]
Was it love or just sex?
[¿Fue amor o solo sexo?]
Why did you say it? Why didn't you be brave and talk to me?
[¿Por qué lo dijiste? ¿Por qué no fuiste valiente y hablaste conmigo?]
I haven't stopped thinking about you since the day I left.
[No he dejado de pensar en ti desde el día que me fui.]

Aunque tengo la música puesta, oigo que la puerta de mi habitación se abre de par en par.

—¿Qué haces?

Es mi hermana, por supuesto.

—¿Es que no sabes llamar antes de entrar? —me quejo cerrando la libreta de golpe.

—¿Qué es eso?

Olivia me mira curiosa y se acerca.

—Nada.

—¿No será un diario? —Y, sin darme tiempo a contestar, continúa—: ¿Cómo no he sabido antes que tienes un diario?

—No es un diario, es una simple libreta —respondo—. Solo estaba apuntando tonterías sin importancia.

—Si solo son tonterías sin importancia, podré leerlas.

Se acerca hasta la cama para intentar cogerla, pero yo la alejo de ella todo lo que puedo mientras digo:

—¿Qué tal si respetas mi privacidad?

—No estarías componiendo una canción, ¿verdad?

—No. Yo no sé hacer eso.

—Pues yo sé de varias personas que podrían ayudarte con ese asunto.

Ay, no, ya empezamos con lo mismo de siempre. No se cansa de intentarlo un día tras otro. Mientras que yo sigo muy enfadada, a ella parece que ya se le ha pasado. Y, vale, lo acepto y se lo respeto. Pero que respete ella mi cabreo. Qué pesadilla.

Olivia se deja caer en la cama junto a mí.

—No comiences con eso, por favor —le pido.

—Becks...

—No habrás hablado con ellos, ¿no? —pregunto.

Mi hermana me mira y, por cómo lo hace, sé que todavía no, pero la conozco y tengo claro que tarde o temprano lo hará.

—Venga, Becks, deberías hablar con los chicos. Quizá puedes haber malinterpretado lo que escuchaste —insiste Olivia.

—Dime, ¿cómo se malinterpreta exactamente que echen por tierra todo mi trabajo y no lo tengan en cuenta para nada?

Oli se queda un momento en silencio. Fui yo la que oí lo que dijeron, no ella. Y sé muy bien lo que fue.

—Quizá solo utilizaron las palabras equivocadas en el momento equivocado. —Vuelve a la carga para convencerme.

—Vamos a ver, Oli, ¿se puede saber de parte de quién estás tú?

—De la tuya, siempre.

—Entonces ¿por qué sigues intentándolo?

Mi hermana se me queda mirando fijamente con esos ojos azules tan bonitos que tiene.

—Porque quiero verte feliz —murmura.

—Yo soy feliz. —Sonrío.

—A mí no me engañas, Becks —me rebate recogiéndose el pelo en un moño —. No puedes decirme que eres feliz cuando tu máxima expectativa ahora mismo es volver a trabajar en la cafetería de Bill sirviendo cafés a jubilados.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Que yo quiero verte feliz, pero feliz de verdad. Quiero volver a verte como

cuando te subías al escenario y, solo por cómo te brillaban los ojos, me transmitías todo lo que estabas sintiendo sin necesidad de hablarlo.

Escucho a mi hermana y no puedo evitar esbozar una leve sonrisa. En eso tiene razón, de momento no hay nada que me llene como eso. Estar ahí arriba es una sensación indescriptible.

—Oli, la vida son etapas —procuro explicarle— y esta ya ha term...

—¿Lo que tenías con Daniel también está terminado?

No. No..., no quiero hablar de esto.

—Te he pedido que ni me lo nombres.

—Vale, como quieras. A él no lo menciono, pero ¿qué pierdes por ir y hablar con ellos? ¡Con todos!

—El tiempo, eso pierdo.

Veo que Oli pone los ojos en blanco y mueve la cabeza negativamente. Intuyo que ya se está quedando sin argumentos para intentar convencerme. Es algo que no va a conseguir.

—¿Has visto ya las fotos del último concierto?

Le digo que no con la cabeza, pero miento. ¡Claro que las he visto! He entrado mil veces al día en el perfil de Ubuntu para ver las fotos y vídeos que subieron los chicos de esa noche, del último concierto de la gira. O el penúltimo, como diría Robert. Prácticamente cada vez que las he visto, he llorado. Pero no pienso decírselo.

Entonces ella se levanta de la cama de un salto y sale corriendo hacia su cuarto. Está claro que lo de darse por vencida no va con ella.

Aparece de nuevo en mi habitación, pero esta vez con el portátil bajo el brazo. Se sienta de nuevo a mi lado y lo enciende. Veo que busca en un par de carpetas.

—Tienes que verlas —dice cuando las localiza.

—Oli...

—Mira, fue un conciertazo.

Por último, las fotos aparecen ante mí y yo no despego los ojos de la pantalla. Me hace gracia verme, como también me hace gracia ver al resto de la banda,

aunque en cierta forma me parece mentira que la que sale en esas imágenes sea yo.

Se detiene unos segundos en una imagen en la que salimos todos sobre el escenario y no puedo evitar sentir cierta pena, una especie de añoranza. De todos modos, es difícil no contestar a sus mensajes, pero prefiero hacer eso a que me mientan.

Me fijo en Daniel y suspiro. Lo que me gusta ese chico... Y entonces, de repente, bajo la mirada y veo que los calcetines que llevaba puestos en el último concierto eran los de las caritas de *Dusty*, los que le regalé a través del amigo invisible.

No me lo puedo creer, estaba completamente convencida de que nunca los usaría.

¿Por qué no me lo dijo?

Aunque, bueno, ¿cómo me lo iba a decir si al acabar el concierto me fui sin mirar atrás?

Capítulo 72



Becka

14 DE SEPTIEMBRE DE 2024

Han pasado varios días desde que abandonamos Ubuntu.

Los chicos siguen intentando ponerse en contacto conmigo, pero he preferido no contestar. La verdad, me sorprende su insistencia cuando yo para ellos realmente no formaba parte del grupo.

Olivia y yo vamos caminando junto a sus amigos Eddy, Logan y Julie. Ella les va contando algunas de las cosas que hemos hecho y nos han pasado por la Ruta 66. Yo no voy metida en la conversación. Paso.

Me cuesta reconocerlo, pero voy pensando en Daniel. ¿Por qué me duele tanto si yo tenía claro que era un simple rollo?

Llegamos al Byline Bank Aragon Ballroom, en Chicago, y entramos. ¡Está hasta arriba! Mire hacia donde mire hay mucha gente, ya que hay concierto esta noche. Hemos venido a ver a Fletcher, la cantante favorita de mi hermana.

Accedemos a la sala, que está muy animada.

—Mejor nos quedamos por esta zona, atrás —comenta rápidamente Logan.

—Sí, yo paso de meterme en el mogollón y que me agobien. —Eddy secunda la idea.

Los cinco nos colocamos en un lateral y, mientras ellos van a por algo de beber, yo me quedo aquí. Observo como no para de entrar gente en el recinto. El público está feliz y con ganas de pasarlo bien..., así es tal y como me imaginaba que era el ánimo de nuestro público en los conciertos de Ubuntu. Y ahora, mira, vuelvo a ver las actuaciones desde el otro lado.

Estar en un sitio como este hace que, aunque no quiera, me acuerde de los chicos y, por supuesto, de Daniel.

Oli y sus amigos regresan y esta me da un botellín de agua que yo le agradezco con una sonrisa. Ellos charlan y hacen tiempo hasta que empiece la actuación y, la verdad, no me interesa su conversación.

En cierto momento, las luces bajan de intensidad y empieza a sonar *Carrie*, del grupo Europe, y el público comienza a tararearla tímidamente. Mi hermana, que está delante de mí, se da la vuelta para mirarme.

—Fletcher pone este tema porque su nombre de pila es Cari —me explica.

—Tiene buen gusto —comento.

Oli sonríe y se vuelve de nuevo para mirar hacia delante. La canción continúa y no puedo evitar cantarla. Me sorprende la poca gente que se la sabe, ¿en serio?

Al terminar, ahora sí, da comienzo el concierto como tal. Fletcher sale al escenario y el público se vuelve loco.

Todo el mundo grita, salta y aplaude, y se me pone el vello de punta. Después de haberlo vivido ahí arriba tantos días seguidos, se me hace raro vivirlo desde el otro lado.

Fletcher va de un lado al otro lado del escenario y la envidio, pero al mismo tiempo saboreo lo que ella siente. Si algo me gustaba era la sensación que experimentaba cuando estaba sobre las tablas, como ella ahora.

Aunque no me sé todas las letras, gracias a mi hermana conozco muchas de las canciones y las tarareo como puedo. Me apetece divertirme.

Tras esa primera, canta una llamada *Sting*. Cuando Fletcher compone lo hace pensando en mujeres, pero cada persona se lleva la letra a su terreno para poder sentirse identificada; eso es lo bueno de la música, que puedes sentirte reflejada. Algo que a mí ahora mismo no me viene nada bien, ya que, como dice el estribillo de este tema, «¿Por qué sigue doliendo? ¿Por qué sigo enganchada?».

Eso mismo llevo preguntándome desde hace días. Yo fui la primera que le dije a mi hermana que no se encariñase con los chicos, y se suponía que yo no lo había hecho. Entonces ¿por qué sigue doliéndome toda esta situación? ¿Y por qué sigo enganchada al recuerdo de Daniel?

El concierto avanza y ahora interpreta *Attached to You*. Me suena y me muevo al ritmo de la música hasta que Olivia se gira para mirarme.

—A ver si te sientes identificada —murmura.

¿Por qué lo dice?

Acto seguido, oigo que la letra dice «Preferiría caminar sobre cristales antes que darle a alguien la oportunidad de hacerme daño», y luego «Y sabotear algo bueno porque me da miedo que pueda ser perfecto. Me conozco».

La que parece que me conoce, y bien, es Olivia.

Esas palabras duelen. Incluso provocan que mis ojos se llenen de lágrimas por un instante. Menos mal que Oli no se vuelve para mirarme otra vez.

Ojalá no me sintiese identificada. Ojalá, cada vez que conozco a alguien, no lo hiciese pensando que en cualquier momento me la va a jugar. Ojalá no me costase tanto confiar en la gente.

Joder, no sabía que venir a este concierto me iba a remover tantas cosas.

Yo sé lo que oí. Lo sé muy bien.

Oí alto y claro cada una de las palabras que Daniel dijo en aquel camerino con los demás componentes del grupo. Quizá mi hermana tiene razón y debería haber hablado con ellos, pero ¿cómo me justificarán lo que dijeron?

Capítulo 73



Daniel

Estamos de vuelta a nuestra vida.

De vuelta en el garaje de la casa de la familia de Robert.

De vuelta a la realidad.

Cuando se acabó la gira decidimos darnos unos días para descansar, respirar y pasar tiempo con nuestras familias. Unos días en los que he escrito a Becka en varias ocasiones e incluso la he llamado por teléfono, pero sin éxito. Ni me responde a los mensajes ni me coge el móvil.

Los chicos y yo hoy ya hemos vuelto a reunirnos. Antes que nada aprovechamos unos minutos para ponernos al día de cómo estamos. El que más habla, sorpresivamente, es Toby, que nos cuenta que todo va muy bien respecto a su próxima paternidad. Tras ese rato, Robert es el primero en sacar el tema de la cantante.

—¿Qué os parece lo de Alice?

Nos miramos y sonreímos.

—Que entiendo que haya decidido dejar el grupo de forma definitiva —digo — si prefiere trabajar en la asesoría jurídica del padre de su novio a seguir cantando.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer?

—Dada la situación, deberíamos empezar a buscar nueva vocalista, ¿no? —murmura Henry.

Todos clavamos los ojos en él. Sabemos que tiene razón, pero también creo que todos albergamos alguna esperanza, aunque sea pequeña, de que Becka vuelva con nosotros.

—Prácticamente conocemos a todas las posibles cantantes de Chicago —se lamenta Robert.

—Y ninguna nos cuadra —añade Toby.

—No hay nadie como Becka..., en ningún sentido —susurro inconscientemente para mí, por suerte muy bajito.

Mierda. Ese es un tema que hemos intentado no volver a tocar. Y lo intentamos porque, cada vez que ha salido, no ha servido para nada. Seguimos sin entenderlo, y está claro que ella no está dispuesta a explicárnoslo, al menos a mí.

Desde que pasó, podría decir que entro casi a diario en su perfil de Instagram para ver lo que sube o lo que hace..., pero solo ha subido vídeos y fotos con *Dusty*, y algún vídeo de un concierto en el que estuvo hace pocos días.

—¿Qué dices, Daniel?

Enseguida miro a Robert y miento.

—Decía que qué pena, pensaba que ella era la definitiva.

—Pues sí —responde—, Becka es perfecta para nosotros.

—Y nosotros para ella —agrega Henry.

—¡No me puedo creer que estemos sin cantante otra vez! —exclama Robert caminando por el garaje.

—No nos habrán echado un mal de ojo, ¿verdad?

El comentario de Henry consigue que Robert, el no supersticioso, se gire y lo mire con gesto serio.

—Al menos esta vez no ha sido culpa de Daniel —bromea Toby.

Ese comentario me incomoda. Pensaba contarles lo ocurrido entre nosotros, pero al final, por mi mala fama, creerán que ella se fue por mi culpa y eso no es cierto, así que no estoy dispuesto a cargar con esta injusticia.

—¿Sabéis algo de Becka? —pregunto ya abiertamente, deseando tener alguna

noticia.

Pero por sus caras intuyo que no, y es Henry quien responde.

—Yo le he escrito, pero nada.

—Yo igual —interviene Toby.

Robert por fin se para y se sienta.

—Yo he hablado con Olivia —anuncia.

Vale, mi amigo ha conseguido que le preste toda mi atención.

—¿Y qué te ha dicho? —lo apremio.

—Eso, ¿qué te ha dicho? —pregunta Toby.

Robert suspira, mira que le gusta hacerse el interesante.

—Según me ha contado Olivia, la noche del último concierto, antes de la actuación, Becka nos oyó hablar a los cuatro en el camerino.

—¿Y...? —planteo inquieto.

—Te oyó decir que Becka era prescindible.

—¡¿Cuándo he dicho yo eso?! —salto molesto.

Henry y Toby se miran sorprendidos.

—Te referías a Alice, no a Becka —me aclara Robert—, pero, al no decir nombres, creo que ella lo malinterpretó.

¡Joder!

¿En serio cree que yo diría que ella es prescindible?

—También te oyó decir que no teníamos que dudar de nosotros mismos y que si alguien se había currado el llegar hasta donde habíamos llegado, esos éramos nosotros.

—Pero en ese «nosotros» también entraban ellas —les recuerdo con rapidez.

—Sí, amigo, pero eso Becka no lo oyó.

Toby se levanta nervioso.

—Vamos, no jodas. Es todo un puto malentendido. Tenemos que hablar con Becka —dice rápidamente.

—Ahora mismo la llamo —farfullo alterado.

—Según me ha dicho Olivia —continúa Robert—, de momento no ve a su hermana demasiado receptiva en cuanto a vernos o hablar con nosotros.

—¡Pero que me entendió mal! —exclamo.

—Lo sé, Daniel...

—Tengo que hablar con ella ya. Necesito aclararle las cosas. Necesito que sepa que no dije eso, que yo nunca diría eso. Tiene que escucharme y no puedo perder tiempo —insisto.

Pero, según saco mi móvil, Robert me lo arranca de las manos.

—Oye..., esto te lo estás llevando ya a un plano muy personal, ¿no? —pregunta Henry.

¡Mierda!

Lo que me faltaba, que ahora estos empiecen a preguntar. Le quito mi móvil a Robert y veo que sonríe.

—Borra esa sonrisita si no quieres que te la borre yo de un guantazo —murmuro.

Ambos nos miramos en silencio. Me da igual lo que ellos empiecen a imaginar o sospechar.

—¿Y qué hacemos? —intenta mediar Toby.

—Deberíamos darle tiempo —sugiere Robert—. Vamos a darle espacio para que recapacite y Olivia consiga hablar con ella.

Eso no me vale. Quiero aclarar las cosas con Becka..., pero la conozco. Si está obcecada en que oyó eso, por mucho que yo lo niegue, no me querrá escuchar.

—Creo que esa será la mejor opción.

—Lo es —afirma Robert.

Nos quedamos callados. Becka es muy importante para nosotros y no solo porque nos guste cómo canta.

—Seguro que se da cuenta de que nos echa de menos tanto como nosotros a ella —asegura Henry— y, con la guardia baja, Olivia la convencerá para que hable con nosotros.

Ojalá sea así. Porque, sí, yo la echo mucho..., muchísimo.

Capítulo 74



Daniel

Ayer hablé con Susan y quedamos en que hoy iría a su casa. No he vuelto por allí casi desde que la ayudé con la mudanza, así que tengo ganas.

Al llegar, aparco el coche, lo cierro al bajar y me acerco a la puerta principal. Toco el timbre y no tarda ni dos segundos en abrir.

—¡Hermanito! —exclama.

Sonrío y nos fundimos en un abrazo. No es la primera vez que la veo desde que la gira acabó, mamá ya organizó una cena en su casa cuando llegué, pero sí que es la primera vez que estamos solos.

—¡Qué cambiado está todo esto! —comento entrando y quitándome las gafas de sol.

—Sí, ¿verdad?

—No tiene nada que ver con cómo lo vi la última vez que estuve por aquí —afirmo mirando a mi alrededor.

Susan me hace un pequeño *tour* por su casa ya decorada y prácticamente amueblada. Lo que pueden cambiar los espacios en poco tiempo, es alucinante.

—Y, como ves, me has pillado colgando unas fotos en las paredes de las escaleras.

—¿Te ayudo? —me ofrezco sin dudarlo.

—Si quieres, yo, encantada. —Sonríe.

Nos ponemos manos a la obra. Ella ordena los marcos con las fotos colocadas en el orden en el que las quiere poner en las paredes, y poco a poco las vamos colgando.

—¿Y tú qué tal, Daniel? —pregunta mientras tanto—. Imagino que muy contento por cómo ha ido lo de la gira, ¿no?

Aunque en la cena con nuestros padres y Nic ya les conté muchas cosas relacionadas con la gira, le detallo ahora algunas anécdotas a mi hermana.

—¿Y tú por qué no te tiraste por la tirolina en Las Vegas?

—Porque no quería ponerme en ningún tipo de situación que pudiera hacer peligrar la gira —respondo.

Ella me mira sin estar muy convencida de mis palabras.

—Vamos a ver..., ¿no sería porque te daba miedo?

—Por supuesto que no —niego rotundo colgando un marco en la pared para no mirarla.

Veo con el rabillo del ojo que Susan me observa y se echa a reír. Sabe que el tema de las alturas nunca ha sido lo mío.

—¿Y ahora qué tenéis en mente? —Ambos nos miramos—. ¿Vais a sacar música nueva, un disco...?

Me aseguro de poner la foto recta y, sin prisa, me giro hacia ella.

—No lo sé —reconozco.

Ella, que ha cogido otro marco del suelo, rápidamente me mira.

—¿A qué te refieres?

—A que no tengo ni idea, Susan.

—Pero... ¿por qué? —pregunta confusa—. ¿Ha pasado algo con los chicos?

Dudo. No sé si debería contárselo. Creo que hay cosas que, cuanta menos gente las sepa, mejor. Aunque en el fondo tengo claro que necesito hablarlo con alguien que no tenga nada que ver con la banda. Necesito salir del bucle.

—No, con ellos, no —acabo diciendo—. Con la que pasa algo es con Becka.

Susan se agacha, deja el marco de fotos que tenía en la mano otra vez en el suelo y, como estamos en las escaleras, se sienta en un escalón.

—Ven —me indica dando unos sutiles golpecitos en el mismo peldaño en el

que está sentada.

Asiento y obedezco.

Se lo cuento todo, sin dejarme nada. Al menos con ella no tengo nada que esconder.

Al terminar, la miro.

—Tienes que hablar con esa chica —dice tras unos segundos de silencio.

—¿Te crees que no lo he intentado ya?

—Pues hazlo con más fuerza —me insiste moviendo las manos—. Está claro que todo ha sido un malentendido, y los malentendidos se resuelven hablando.

Niego con la cabeza. Eso es algo que ya he procurado hacer.

—La he llamado, le he enviado mensajes... —Esforzándome por ponerle algo de humor, añado—: Incluso me he planteado enviarle una carta.

—¿Sabes dónde vive?

Claro que sé dónde vive Becka. Aquí, en Munster, o al menos es donde está la casa de sus padres, de la que las recogimos, a Olivia y ella, el día que iniciamos la gira.

—Vive aquí —murmuro.

—Pues ya está: si no te coge el teléfono, preséntate en su casa —propone.

—¿Estás loca? ¿Cómo voy a hacer eso? —me quejo—. Una cosa es que eche de menos a Becka y otra que quiera parecer un acosador. Te recuerdo que no quiere verme.

—A situaciones desesperadas, medidas desesperadas. —Ríe.

—Anda, acabemos con esto —digo poniéndome de nuevo en pie.

Nos dedicamos a colgar todas las fotos y a charlar de cualquier otra cosa mientras tanto, no quiero seguir hablando de Becka. Bastante rayado estoy ya como para que Susan se suba al carro.

Horas después, y con las escaleras de su casa llenas de fotografías familiares y de amigos, me despido de mi hermana y me subo a mi coche.

Arranco y me voy, pero pocas calles más adelante detengo el vehículo de nuevo.

—Mierda —susurro.

Cojo el móvil y, en el grupo de Ubuntu, busco el día en el que Becka nos

envió la ubicación a la que debíamos ir a buscarla a ella y su hermana. Tras un buen rato, la encuentro. Estoy tan solo a diez minutos de allí.

Me apoyo en el volante y medito qué hacer. Por un lado, si me planto allí, no tengo por qué llamar a la puerta..., pero entonces ¿para qué voy? Por otro lado, puedo no ir y dirigirme directamente a mi casa..., aunque algo me dice que me arrepentiré.

—Joder...

Me recoloco las gafas de sol, pongo el móvil en el soporte del salpicadero y sigo las indicaciones que me va dando la app. Tras doce minutos, aquí estoy. Paro el motor unos metros antes de llegar a su casa. Le echo un vistazo y veo que el coche negro con el que solían venir a los ensayos está aparcado frente a la puerta.

Vale, ¿y ahora qué? Debería salir y acercarme, para eso he venido, ¿no?

Pero, si salgo, llamo a la puerta y me abre su madre, ¿qué digo? Pensándolo bien, no sabría ni qué decir si me abre ella. Bueno..., conociendo a Becka y el carácter que tiene, seguro que nada más verme me cerraría la puerta en las narices. También puedo llamarla por teléfono y decirle que estoy aquí fuera..., si me lo coge.

Paso varios minutos pensando cuál será mi siguiente movimiento, hasta que de repente veo que la puerta se abre.

—¡Mierda, es ella!

Instintivamente me agacho, procurando esconderme tras el volante.

La veo salir a la calle con *Dusty*, que va enganchado a una correa, y comienzan a caminar con calma. Afortunadamente han tomado la dirección contraria a donde estoy.

¿Qué hago?

Barajo mis opciones sin apartar la vista de ella y opto por la más sencilla. Enviarle un mensaje y ver si con un poco de suerte contesta, aunque hasta ahora me ha dejado siempre en visto.

Yo: Becka, necesito hablar contigo, de verdad. Dame una oportunidad, por favor. Te echo de menos.

Le doy a enviar y después me centro en ella. Un par de segundos después veo que se saca el móvil del bolsillo del pantalón vaquero que lleva puesto y lo mira. Le echo un rápido vistazo a mi teléfono y veo que está en línea, imagino que leyéndome..., pero, en lugar de responderme, Becka niega con la cabeza y vuelve a guardarse el móvil.

Me duele.

—Esto es una pérdida de tiempo —susurro.

Coloco de nuevo el teléfono en su soporte y arranco el coche. Paso junto a ella sin ni siquiera mirarla, pero al adelantarla no puedo evitar echarle un vistazo a través de mis gafas de sol y del retrovisor.

Giro en la siguiente calle y me dirijo a casa de mis padres. Por los altavoces del coche empieza a sonar *Bad Idea*, de Ariana Grande, en Spotify; seguro que la ha añadido Robert a la *playlist* que tenemos los cuatro.

Cuánta razón, ha sido una mala idea.

¿Hasta cuándo va a durar esto?

Capítulo 75



Becka

Estoy tirada en el sofá del salón mirando el móvil algo aburrida. De fondo oigo el tono del teléfono de mi hermana y distingo que se pone a charlar con alguien. La verdad es que no le presto demasiada atención hasta que oigo que exclama:

—¿Qué me dices? ¡Enhorabuena!

Ahora sí que me pica un poco la curiosidad.

—¿Cuándo puedo ir a veros?

Por más que pienso, no se me ocurre con quién puede estar hablando. No ha mencionado ningún nombre ni dicho nada en concreto que me dé pistas.

Bah, sigo a lo mío. Pero el silencio del salón dura poco, porque Olivia entra en él como un vendaval. Se coloca delante de mí y me enseña el móvil.

—¿A que no sabes con quién acabo de hablar?

—No tengo ni idea.

—Con Toby.

—¿Y eso por...? —Me interrumpo cuando caigo en la cuenta—. ¡¿Ya ha sido padre?!

¿Cómo me he podido olvidar de esto?

Olivia asiente y me incorporo en el sofá. Desbloquea su móvil y me enseña una foto que, imagino, le ha enviado él.

—Qué pequeña... —murmuro—. ¡Y qué pelirroja!

—No puede negar de quién es hija —suelta mi hermana riendo.

Desde luego que no. Es clavadita a su padre.

—Es preciosa. —Y recordando las palabras de Toby cuando nos lo contó, pregunto—. ¿No salía de cuentas en octubre?

—Se ha adelantado.

Olivia se guarda el teléfono.

—Si quieres saber algo más, se lo puedes preguntar tú misma si te apetece —me dice—. Voy a ir a verlos, ¿te apuntas?

La duda se apodera de mí. Tampoco he respondido a los mensajes que me ha enviado desde la noche en que me fui. ¿Le parecerá bien que vaya o me echará a patadas del hospital?

—Estás más que invitada a venir conmigo —insiste Olivia.

—Más bien dirás que estoy más que invitada a hacerte de chófer, ¿no?

—Eso lo has dicho tú, no yo —bromea.

Lo medito unos segundos. Por supuesto que quiero ir a conocer a su bebé, pero lo que no me gustaría es poner a Toby en un compromiso. Aunque, si pienso en lo que haría él si la situación fuese al revés... Sé que él vendría.

El bebé no tiene la culpa de nada.

—Venga, voy.

Oli da unos saltitos de alegría y sube corriendo a arreglarse. Yo la sigo. Nos cambiamos de ropa y bajamos a pedirle el coche a papá, que acepta sin problema.

De camino al hospital paramos en un par de tiendas para comprar un pequeño ramo de flores para la novia de Toby y una cestita con cosas para un recién nacido.

Una vez en el hospital preguntamos por la habitación quinientos cinco; es en la que le ha dicho Toby a mi hermana que están. Llamamos a la puerta, entramos y nos encontramos a nuestro amigo de pie junto a la cuna en la que está la bebé y la cama donde está Anna.

—¡Chicas, habéis venido! —exclama feliz al vernos.

Nosotras sonreímos y rápidamente lo abrazamos. Por cómo aprieta él y cómo

apretamos nosotras, está claro que nos hemos echado de menos.

—¡Enhorabuena! —suelta Olivia.

Y, nada más separarnos, yo también lo felicito.

—¡Enhorabuena, papá! —Luego, girándome hacia su pareja, añado—: ¡Enhorabuena, mamá!

Esta sonríe. Parece maja. Mi hermana y yo nos acercamos a saludarla. Instantes después nos asomamos a la cuna de la pequeña, que está dormida. Me quito con cuidado la mochila con flecos que llevo a la espalda y la dejo a un lado.

—Es guapísima —susurro.

—Pelirroja como tú. —Olivia destaca lo obvio.

Este se ríe. Está claro que eso lo ha sacado de él.

—¿Cómo se llama? —me intereso.

—Tanna —responde Anna—. Así tiene la T del nombre de su padre y la A del mío.

—¡Qué bonito! —celebra Olivia.

Pasamos el rato con ellos en la habitación y, una de las veces que mi hermana se pone a hablar con la madre, aprovecho para acercarme a Toby.

—¿Qué tal estás? —me pregunta bajando la voz.

—Bien, ya de vuelta a la normalidad —digo—. ¿Y tú?

—Ahora mismo, muy contento —admite.

Su sonrisa lo dice todo.

—Becka, tenemos que hablar...

—No hace falta, Toby —lo interrumpo.

Pero él no se da por vencido.

—Sí, sí que hace falta —me rebate—. Olivia nos ha contado que...

—Olivia os ha contado ¿qué? —pregunto alterada.

Miro a mi hermana. No me ha dicho nada de este asunto, pero como se haya ido de la lengua me va a oír. Cuando me dispongo a hablar para zanjar el asunto, Toby se me adelanta.

—Vale, puede que meta la pata diciéndote esto..., pero Robert y Olivia han hablado de lo que pasó.

—Esta se va a enterar —farfullo molesta.

Toby suspira, pero no se da por vencido.

—Tienes que saber que todo este asunto se debe a un malentendido.

—Para ser un malentendido, ninguno dijo nada...

—Sí que lo hicimos: si te hubieras quedado unos segundos más, te habrías dado cuenta.

—Con lo que oí, ¡tuve más que suficiente!

—Becka, cuando Daniel usó el verbo *prescindir*, no se refería a ti, iba por Alice.

Oír eso hace que lo mire confusa.

—Y cuando hablamos de «nosotros», en todo momento nos referíamos a todos, incluidas Olivia y tú. Nos referíamos a los seis.

¡Mierda!

Menuda noticia.

«¿Y si tiene razón? ¿Y si me precipité?», pienso.

—Escucha, Becka, tendríamos que quedar todos y aclararlo...

Medito unos segundos. No me esperaba esto.

—No sé si quiero.

O, más bien, no sé si puedo de la vergüenza que siento, pero eso no se lo quiero decir.

—Becka, por favor, esto es ridículo —me pide—. Somos adultos. Hablando se entiende la gente. Y tú, junto a Olivia, sois parte de Ubuntu.

Lo reconozco, oírle decir eso me emociona un poco. Se me pone todo el vello de punta. De pronto, saber que todo eso que oí e interpreté a mi manera no era así me hace sentir mal y bien. Mal, porque me equivoqué. Y bien, porque ellos me quieren.

El teléfono de Toby suena de pronto. Debe de ser alguien que viene a verlos porque le da el número de habitación del hospital.

Mi amigo cuelga la llamada y me mira.

—Quizá podemos hablarlo ahora.

Lo miro unos segundos sin entender su comentario, hasta que algo hace «clic» en mi cabeza. ¡Vienen Robert, Henry y Daniel!

Admito que me pongo nerviosa. No... No puedo. Ahora mismo no puedo encararme a ellos.

—Toby, este no es el sitio ni el momento —murmuro al tiempo que me acerco a la cuna para recoger la mochila que he dejado al lado.

Oli me mira y entiende que es hora de irnos, así que empieza a despedirse de Anna y la bebé.

—Venga, Becka, es el momento perfecto —comenta Toby, y, viendo que no digo nada, continúa—: Si no es ahora, ¿cuándo?

Me acerco para abrazarlo a modo de despedida. Él me devuelve el abrazo.

—Te llamaré —respondo.

Nos separamos y me mira. Olivia se acerca para decirle adiós y yo hago lo mismo con Anna.

—Enhorabuena, habéis tenido una niña preciosa. Nos vemos pronto.

Dicho eso, me acerco a la puerta y la abro. Tengo que salir de aquí ya. Mi hermana me sigue. Ambas abandonamos la habitación bajo la atenta mirada de Toby.

—¡Hasta otro día! —exclama Olivia ya en el pasillo.

Cierro la puerta, miro hacia los lados e imagino que los chicos subirán en el ascensor, así que voy en dirección contraria.

—¿Qué pasa, Becks? —me pregunta Olivia mientras avanzamos por el corredor.

—Que los chicos están subiendo —contesto—. Por cierto, ¿cuándo me ibas a contar que habías hablado con Robert?

Ella me coge del brazo y me hace parar en seco.

—¡¿Qué haces?! —gruño.

—Los esperamos y así aprovechamos para verlos.

—No.

—Sí.

—Otro día, Oli.

—Otro día..., ¿cuándo, Becks?

Esto no es lo que necesito ahora mismo. Miro hacia atrás agobiada. No quiero encontrármelos.

Miro a mi hermana y esta me devuelve la mirada. Vuelvo a caminar deprisa.
—¡He dicho que otro día! —sentencio.

Capítulo 76



Daniel

Henry y Robert van hablando detrás de mí. Yo me quito las gafas de sol y me las pongo encima de la cabeza.

Las puertas del ascensor se abren y soy el primero en salir. Nada más hacerlo, me paro en seco. Mis ojos se clavan en el pasillo. Al fondo de este veo a dos chicas de espaldas, una rubia y otra morena. Y lo que más me llama la atención es la mochila con flecos que lleva la segunda.

¿Esa es la mochila que compré y le tocó a Olivia en el amigo invisible?

Reconozco que me quedo embobado mirándolas. Estoy seguro de que esas chicas son las hermanas Miller.

—Daniel, ¿qué haces? —Robert me empuja ligeramente—. ¡Muévete!

Me echo a un lado y Henry, al mirarme, bromea:

—¿Qué pasa, tío? Ni que hubieras visto un fantasma.

Robert se ríe y yo pienso que un fantasma es casi lo que he visto. Queda claro que ellos no se han dado cuenta, así que no digo nada.

Avanzamos por el pasillo hasta la puerta de la habitación quinientos cinco. Llamamos y entramos para encontrarnos con Toby, Anna y la pequeña Tanna en brazos de su madre. Henry y Robert abrazan a nuestro amigo, lo felicitan y se acercan a las chicas. Veo que le dan a Anna los regalos que hemos comprado. No

creo que hayamos sido los más originales, dado que les hemos traído algo de ropa para la niña y un peluche de un conejito beige.

—¿Qué tal estás, tío? —saludo al pelirrojo.

Este me abraza con una gran sonrisa.

—¿Estáis solos?

Me sorprende que no haya nadie con ellos en la habitación.

—Ahora sí, pero nuestros padres se pasaron toda la tarde y noche de ayer aquí —me explica—. Hace un rato se han ido a casa para poder descansar un poco, ducharse y luego traernos algunas cosillas que necesitamos. Además, hoy hemos tenido una visita inesperada, ahora os cuento.

Vale, su comentario confirma mis sospechas. Sin duda las chicas que he visto eran ellas. Eran Becka y Olivia.

—Ya sabes que, si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que llamarme —le digo obviando lo que estoy pensando.

—Muchas gracias —responde.

—Qué bonita es —oímos murmurar a Robert mirándola.

Me acerco y saludo a Anna con cariño y teniendo mucho cuidado. Me fijo en la pequeña que lleva en brazos y no me atrevo ni a tocarla. Es tan diminuta y parece tan frágil...

—¿Qué tal estás? —le pregunto a la madre.

—Muy contenta. Ha ido mucho mejor de lo que imaginaba.

—Me alegro mucho. —Sonrío—. Supongo que ya lo has oído cuando se lo he dicho a Toby, pero lo repito por si acaso: para cualquier cosa que necesitéis en cualquier momento, solo tenéis que llamarme.

—Muchas gracias, Daniel.

Vuelvo a mirar a Tanna y se me escapa una sonrisa. Nunca he sabido si en el futuro querré tener hijos, pero no puedo evitar que al mirarla se me caiga la baba.

Alguien da unos sutiles golpecitos en la puerta de la habitación y al momento aparecen tres chicas a las que no conozco de nada. Estas vienen directas hacia Anna, así que me aparto. Todas se saludan con familiaridad, deben de ser amigas suyas.

—Anna —Toby llama a su novia—, aprovechamos para salir un momento. Estaremos en el pasillo.

Ella sonríe y le lanza un beso.

Toby sale seguido de nosotros tres.

—Vamos a dejarla un rato con sus amigas —comenta cerrando la puerta—. ¿A que no sabéis quiénes han estado aquí hace unos minutos?

Los tres nos miramos y, aunque yo lo tengo claro, me quedo callado.

—Becka y Olivia.

Bingo. Sabía que eran ellas, son inconfundibles.

Henry es el primero en reaccionar.

—¿Estás de broma?

—¿En serio? —le sigue Robert.

—Os prometo que es verdad —asegura el pelirrojo—. De hecho, las flores y la cestita que hay sobre la mesa las han traído ellas.

—¿Y qué tal están? —pregunto en plural, sin querer especificar que quiero saber especialmente cómo está Becka.

—Bien —responde—. Me ha dado la sensación de que Olivia está como siempre. En cambio, Becka, aunque no la he visto mal..., me ha parecido más apagada, con menos energía de lo habitual.

Todos nos miramos. Está claro que esto nos ha asombrado. Me dispongo a preguntar porque quiero saber más, pero Toby se me adelanta y habla primero.

—Me ha gustado verlas y no ha sido el momento incómodo que pensaba que podía ser.

—¿A qué te refieres?

Toby mira a Robert y contesta:

—No sé por qué, pero podría deciros que la he visto ligeramente receptiva.

—¿Le has aclarado lo que pasó?

—Lo he intentado —me dice—, pero no hemos podido tener una conversación como tal.

No solo me sorprende que Becka haya venido al hospital a ver a Toby, Anna y la pequeña Tanna, sino que aún me sorprende más que Toby haya conseguido hablar del asunto con ella, aunque haya sido por encima.

—Le he comentado que debíamos quedar para poder tratar el tema todos juntos.

—¿Y qué ha contestado? —pregunto de nuevo.

—He notado que dudaba —comenta—. Y no me ha dicho que sí, pero tampoco me ha dicho que no.

—¿Entonces...?

—Hemos quedado en que me llamará.

Nuestros gestos cambian. Todos conocemos esa típica muletilla de «Ya te llamaré» que usamos para salir del paso en ciertas situaciones o para escabullirnos de alguien con quien no queremos estar.

—Resumiendo, que no la volveremos a ver —murmuro.

—¡Qué dices! —exclama Robert—. Si hace falta, nos presentamos en su casa.

—Exacto, debemos tener al menos una última conversación. —Mirando a Robert, Toby sonríe—. O penúltima.

Niego con la cabeza. No entiendo cómo hemos acabado así, con lo bien que iba todo hace poco más de dos semanas.

—Chicos —Toby llama nuestra atención—, creo que no deberíamos agobiarla. Vamos a confiar en que me llamará.

Eso me desmoraliza y me hace preguntarme cuánto tiempo vamos a tener que esperar.

Capítulo 77



Daniel

Es fin de semana y me lo voy a tomar con calma. Estoy en mi habitación, en casa de mis padres, pero metido en mi mundo.

Juego con varios acordes en la guitarra mientras, sentado en la cama, intento componer una nueva canción para el grupo. Pero nada de lo que escribo me convence.

I try to get a new start.
[Intento empezar de nuevo.]
Breath in and breath out.
[Inspirar y espirar.]
But I can't stop my heart
[Pero no puedo detener mi corazón]
For what he wants to think about.
[por lo que él quiere pensar.]

Leo la pequeña estrofa que acabo de hacer un par de veces.

Menuda mierda. La tacho haciendo rayajos por encima con el boli. Volveré a comenzar. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces he empezado ya de cero.

We said it was just sex.

[Dijimos que era solo sexo.]
I swear it was just that.
[Te juro que solo fue eso.]
Till I fell in love with you
[Hasta que me enamoré de ti]
And I couldn’t go back.
[y no pude volver atrás.]

El pitido de mi móvil hace que pueda dejar de pensar en esto y centrar la atención en otra cosa. Aunque no sé qué es peor...

Olivia: Hola, Daniel. ¿Puedo llamarte?

¿Olivia quiere hablar conmigo? ¡Por supuesto que sí!

Yo: Claro.

Al instante, suena mi teléfono. Dejo la guitarra sobre la cama y descuelgo.

—Hola, Olivia.

—¡Hola, Daniel! —me saluda con su efusividad de siempre—. ¿Qué tal estás?

—Bien, todo bien... ¿Y tú?

—Yo también, aunque un poco harta de esta situación.

Sus palabras hacen que me tense. Me pongo de pie y camino por la habitación.

—¿Qué pasa, Oli?

—¿Oli? ¿Ya tenemos ese tipo de confianza? —Ella ríe al otro lado—. Bueno, a mi casi cuñado se lo permito.

Sus palabras hacen que me pare en seco. ¿Me acaba de llamar casi cuñado?

No sé lo que sabe o hasta dónde, por lo que no sé ni cómo reaccionar.

Opto por fingir una pequeña risa para salir del paso.

—Perdona, Olivia, no sé lo que sabes, pero... —murmuro a continuación.

—Tranquilo, no te he llamado para hablar de eso —me corta—. Te he llamado para hablar solo de mi hermana, no del rollito que teníais y de las reglas que os saltabais.

—¿Qué pasa con Becka?

—No pasa nada.

¿Cómo que no pasa nada? Y entonces ¿por qué me llama?

Ignoro si está utilizando algún tipo de juego de palabras o es que simplemente estoy perdido y no entiendo a qué se refiere. En todo caso, vuelve a hablar.

—Ese es el problema, Daniel, que no pasa nada.

—No te entiendo —admito volviendo a pasear de un lado a otro de mi cuarto.

—Desde que disteis el último concierto de la gira, Becka no levanta cabeza —me cuenta—. Y por más que intento hablar con ella del tema, se niega. Ya no se me ocurre qué hacer y por eso recurro a ti. Porque estoy harta. No puedo seguir viéndola así.

—No sé si soy la persona indicada para ayudarte con esto. Llevo sin hablar con tu hermana desde ese día, y no por falta de ganas. Por más que le escribo o incluso la llamo, no hay manera, no responde.

Ella se queda unos segundos callada, imagino que acaba de darse cuenta de que, por mucho que quiera, no puedo ayudarla.

—¿Ya tenéis nueva cantante? —suelta de sopetón.

—No hemos ni empezado a buscar —contesto.

Se hace otro silencio extraño, que finalmente rompe Olivia.

—Tenéis que hablar con ella.

—Ya te he dicho que no responde a los mensajes ni a las llamadas —repito—, ni míos ni de nadie de la banda. Está claro que prefiere no saber nada de nosotros.

—La conozco y sé que de su boca no va a salir, pero sé que quiere veros. Estoy segura de que os echa de menos.

Nosotros sí que la echamos de menos. Hablo por todos y hablo por mí.

—Olivia, me encantaría ayudarte, pero no podemos obligarla a hacer algo que ella no quiera.

—Algo se podrá hacer... —murmura.

Doy vueltas por la habitación pensando en Becka. Pero, por más que me estrujo el cerebro, nada. Si no se le ocurre a su hermana, ¿cómo se me va a ocurrir a mí?

—Mira, Olivia, solo sé que ojalá pudiera volver atrás en el tiempo, porque me aseguraría de que las cosas que digo quedaran claras en todo momento —me lamento.

—Volver atrás en el tiempo... —repite Olivia—. Volver a los inicios... ¡Lo tengo!

—Ah, ¿sí?

—Claro.

No entiendo nada. Mira que son raras estas hermanas Miller.

—¿Sigue abierto el local donde hacen *jam sessions*? Ese donde Becka y tú actuasteis cuando intentabas convencerla para que se uniese a vosotros...

—Imagino que sí. ¿Por qué?

—Porque tengo una idea.

La verdad es que no sé si reír o llorar. Las Miller pueden ser muy intensas.

Capítulo 78



Becka

Olivia y yo vamos de camino al centro. Ha quedado para pasar la tarde con Logan, Julie y Eddy para tomar algo, y me ha liado para que me apunte..., o para que sea su chófer, depende de cómo lo mire.

Vamos en el coche de mi padre, que obviamente conduzco yo, mientras mi hermana hace de DJ y pone *Good Luck, Babe!*, de Chappell Roan, y, además, lleva el Google Maps en su móvil para indicarme el camino hasta donde han quedado. Canturreo mientras presto atención a las indicaciones que va dándome.

—Deberíamos ir buscando aparcamiento —me comenta Oli al entrar en una calle estrecha.

Tenemos suerte y en pocos segundos damos con un sitio libre. Aparco el coche, salimos y lo cierro.

—¿Por qué te has traído la cámara? —pregunto sorprendida al ver que lleva el estuche colgado al hombro.

—Porque echo de menos hacer fotos —dice, y bromea—: Así no me oxido.

Camino siguiendo a mi hermana hasta que llegamos a un local que reconozco. Solo he estado una vez, pero con una me basta para no olvidar este lugar jamás. Es a donde nos trajo Daniel para hacer aquella primera *jam session* juntos. En este sitio se despertó algo en mí que ni yo sabía que existía.

—¿Estás de coña?

—No. Logan, Julie y Eddy están ahí dentro —me contesta—. Pensé que sería divertido volver por aquí, escuchar música en directo, descubrir nuevos talentos...

Miro a Oli sin estar convencida, pero no me queda otra que entrar. A estas alturas no me daré media vuelta y volveré a casa.

Nos acercamos a la entrada, abro la puerta y paso..., y enseguida me percato de que no me encuentro con lo que yo creía. Esperaba que el local estuviese abarrotado como aquella noche, pero no es así. Es totalmente al revés. Solo hay cuatro personas sentadas en la barra dándonos la espalda y hablando con el que supongo que es el dueño. Cuatro chicos a los que reconocería en cualquier parte.

—Oli, ¿esto qué es? —murmuro.

Parece que ellos me oyen, porque se giran todos prácticamente a la vez.

—Menuda encerrona —me quejo.

Quiero irme. No quiero estar aquí. Pero no sirve de nada que intente salir porque mi hermana está delante de la puerta, cerrándome el paso.

—Becks, quédate, por favor —me pide.

Resoplo sonoramente y miro hacia el techo. Me da la sensación de que no me va a servir de nada enfadarme porque no dejará que me marche. Parece que lo tienen todo calculado. Me sorprende que se hayan puesto todos de acuerdo.

—¿Desde cuándo confabulas en mi contra? —le echo en cara.

—Desde que estoy harta de ver que no eres feliz —replica dejándome sin habla.

Vale, es cierto que desde que me fui de la banda no he pasado por mi mejor momento, pero creía que lo estaba ocultando bastante bien..., hasta hoy.

Me giro y veo que los chicos me miran sin saber bien qué hacer.

Me doy por vencida, son cinco contra una. Sé que no tengo nada que hacer.

—De acuerdo —acepto casi susurrando.

Veo que Daniel y Olivia se miran y esta me coge del brazo para llevarme a una de las mesas y me indica que me siente en una silla. Me quito la mochila que llevo a la espalda y la cuelgo en el respaldo. Los chicos se acercan y se unen a nosotras.

—¿Qué tal, Becka? —pregunta un sonriente Robert.

—Bien, aunque algo sorprendida —respondo con sinceridad—. ¿Y vosotros?

Los cuatro se miran entre ellos.

—Con ganas de hablar contigo. —Al final es Henry el que se arranca.

—¿Y de qué queréis hablar?

—De por qué te fuiste como te fuiste, por ejemplo. —Ahora interviene Daniel.

Ambos nos miramos directamente a los ojos. Sé que lo de no haber contestado a los mensajes y las llamadas no ha estado bien, pero no me apetecía hablar con él. Ni con él, ni con el resto.

Esto parece que va a ir para largo, así que me pongo cómoda en la silla.

—¿Y por dónde empezamos? —pregunto.

—Por lo que oíste e interpretaste mal —indica Henry.

Vale, puede que lo que dijo Toby sea cierto. Puede que malinterpretara sus palabras.

—Quiero que sepas que lo que tú creíste oír es algo que yo nunca diría —no tarda Daniel en aclarar—. Joder, Becka, ¡eres tú! ¿Cómo iba a decir algo así de ti?

Reconozco que me gusta que él afirme eso.

—Si te hubieras quedado a escuchar un poco más, te habrías dado cuenta de que en ese «nosotros» siempre habéis estado tu hermana y tú incluidas —insiste Henry—, y si alguien era prescindible en el grupo, esa era Alice, no tú.

—Becka, Olivia y tú sois dos integrantes más del grupo —sentencia Toby.

—¡Y el grupo no puede vivir sin vosotras! —Robert sonríe haciéndome sonreír a mí.

Está claro que se han presentado aquí con toda la artillería pesada. No se andan por las ramas.

—Ubuntu es precisamente eso, un nosotros —afirma Daniel.

Oírle decir eso de un *nosotros* me rompe. Quiero mucho a estos chicos, me han hecho sentir que tengo una nueva familia y, tras la decepción vivida y descubrir que era yo la que estaba equivocada, no puedo evitar que se me escapen las lágrimas.

—Pero, amor —no tarda en decir Robert al ver que dos lágrimas me recorren las mejillas—, ¿por qué no entraste a decirnos algo? Te lo hubiéramos explicado.

—Porque me sentía fatal.

Todos me miran. Espero que me entiendan.

—No entró porque, cuando las cosas se complican, aunque sea ligeramente, Becks es especialista en salir corriendo y no enfrentarse a ello. —Mi hermana se mete por medio.

Giro la cabeza despacio para mirarla y ella solo me dedica una sonrisa. ¿Se puede saber de qué lado está? Porque parece que, del mío, no.

—Solo intento no salir herida —me justifico.

—Pero, Becka, en esta vida los problemas se solucionan hablando. ¿O acaso eso no lo hemos hablado ya tú y yo en otras ocasiones? —comenta Daniel.

Sus palabras me dejan callada. Aunque no quiera admitirlo en voz alta, sé que tiene razón.

—Sin ti, esta gira hubiera sido imposible —continúa él—. ¿En serio crees que no somos conscientes de lo muchísimo que has trabajado?

—No solo te aprendiste todas las canciones, tanto los *covers* como las nuestras, en pocos días, sino que además prácticamente te convertiste en una cantante en tiempo récord —me halaga Henry.

—¡Y qué pedazo de cantante! —exclama Robert.

—¡La mejor! —Olivia sonríe.

—En ese tiempo yo no hubiera sido capaz de aprenderme ni la letra de *Cumpleaños feliz* —bromea Toby.

Todos reímos por su comentario.

—La verdad que no fue algo fácil —murmuro.

—¡Lo sabemos! —suelta Henry.

—Becka, cuando te conocimos pensábamos que podías hacerlo bien —dice Daniel—, pero, cuando empezó la gira, nos dejaste a todos boquiabiertos. Eras mil veces mejor de lo que creíamos. Incluso te diría que eres mil veces más buena que nosotros.

—Has nacido para esto —añade Toby—, para estar encima de un escenario.

Sus palabras hacen que me eche a reír. Demasiado bonito todo.

—Habéis venido a comerme la oreja, ¿eh...? —Río.

Pero ellos no se ríen, sino que se miran como pensando qué responder. Y, finalmente, es mi hermana la que habla.

—Becks, lo dicen en serio, porque es verdad.

Capítulo 79



Daniel

Estoy sentado junto a Henry y este me mira.

Los cuatro estamos frente a Becka. Veo que Robert le dice algo y todos hablan, pero he dejado de prestar atención.

Me fijo en Becka y los ojos se me van a lo que ha colgado de su silla antes de sentarse. La mochila negra con flecos que compré pensando en ella pero que le tocó a Olivia en el amigo invisible. Sabía que le iba a gustar.

¿Eso quiere decir que ahora es de Becka?

Alzo la vista hasta posarla en ella. Está guapísima. No sé si soy el chico de su vida, pero algo me dice que ella sí es la chica de la mía. Entonces me doy cuenta de algo: la he echado de menos más incluso de lo que pensaba. No sé cómo plantearle lo mucho que la he extrañado sin que ella y los chicos se lo tomen a mal.

La veo hablar con los demás y, en cierta medida, siento que estoy viendo un partido de tenis, cuando lo que realmente me apetece es acercarla a mí y besarla.

Pero... ¿qué pasaría si lo hiciera?

¿Aceptaría mi beso o me mataría?

¿Qué pensarían mis amigos y compañeros de banda?

Estoy harto de dar vueltas sobre el mismo tema y decido intervenir.

—Becka, ¿te gustaría volver a Ubuntu?

Se queda callada, no sabe bien qué contestar. Sin embargo, yo tengo la respuesta clara, así que intento aclarársela a ella.

—Mira, te voy a ser totalmente sincero. Los chicos y yo pretendemos continuar con la banda, hacer más giras e intentar llegar a algún productor, pero aún no hemos empezado a buscar una nueva cantante.

—¿Por qué?

—Porque te queremos a ti —respondo sin dejar de mirarla.

—Nadie es como tú, Becka Miller —murmura Robert.

—Para nosotros, Ubuntu lo componen seis personas. Y tú, niñata, eres una de ellas —afirmo con rotundidad.

Becka mira a su hermana, imagino que en busca de ayuda. Olivia solo sonríe.

—Chicos, yo no sé si puedo hacer esto... —dice.

—¿Cómo que no? —replica Robert—. En los días que ha durado la gira nos has demostrado que puedes hacer esto más que de sobra.

—Sí, tal vez sepa cantar, pero no sé hacer otras muchas cosas.

Viendo que la miramos sin comprender a qué se refiere, sigue hablando.

—No sé tocar ningún instrumento, no sé componer canciones ni tampoco producirlas, no sé organizar una gira, no sé...

—Vale, Becka, para un momento —la interrumpo—. No quiero que sigas diciendo cosas que según tú no sabes hacer, porque los cantantes no tienen por qué saber hacer todo esto que has mencionado.

—De hecho, en cuanto a componer canciones, nosotros podemos ayudarte —propone Toby.

—Pero no tienes por qué hacerlo, con que te dediques a cantar será más que suficiente —comenta Henry—. Al fin y al cabo, en la banda cada uno tiene su función.

Miro a los chicos y, sin decir nada, les agradezco que den argumentos para poder convencerla.

—Y en cuanto a organizar una gira, no te preocupes, ese es un marrón que se come Charlie, que para eso le pagamos —bromea Robert.

Becka nos mira con gesto serio, no tengo muy claro qué puede estar

pensando. ¿Dirá que sí? ¿Dirá que no? ¿Nos mandará a la mierda?

Olivia observa a su hermana en silencio, igual que nosotros.

—Ahora te voy a decir lo que sí sabes hacer —intervengo para que tome la decisión correcta, sin poder apartar los ojos de ella—. Obviamente sabes cantar, pero, más allá de eso, sobre el escenario sabes transmitir y comunicar. Consigues llegar a la gente, emocionarla, hacerla vibrar, saltar, gritar. Incluso sabes seguir adelante en un concierto con un corte de luz...

—¿Te parece poco? —le pregunta Olivia.

—No suena mal. —Ella ríe, por fin.

—Entonces ¿qué decides? ¿Vuelves? —se interesa Henry.

Ella nos mira mientras piensa. Supongo que su cabeza va a mil por hora.

—Con una condición —responde al fin.

—Lo que quieras —acepta Robert.

Ella lo mira con un gesto que no termino de descifrar para, acto seguido, mirarme a mí de esa manera que sabe que me gusta.

—Tenemos que hablar de las reglas del grupo —suelta.

Trago saliva. ¿Va por donde creo que va?

—Aquí las tengo.

Tras buscarlas en las notas de su móvil, lo pone frente a todos nosotros.

—Por el bien de la banda, hay cosas que debemos cambiar —comenta.

—¿Qué tienes en mente? —murmuro.

Ella echa un ojo a las reglas.

a. No mezclar amor con trabajo.
b. Respetar siempre la filosofía Ubuntu.
c. No hay resaca que valga. Trabajar duro todos los días, da igual el cansancio.
d. Nunca nos rendimos. Por mucho que se complique o salga mal, hay que luchar y no venirnos abajo.
e. No meternos en líos.

Becka se vuelve hacia mí.

—Hay que quitar una —suelta.

—¿Cuál? —pregunta un confuso Toby.

—La primera —anuncia la morena—. La de no mezclar amor con trabajo.

Esto me pilla desprevenido, no esperaba que quisiera sacar el tema delante de todos. Ni siquiera lo hemos hablado entre nosotros, así que intento cambiar de tema.

—Pero eso lo podemos discutir en otro momento...

—No, prefiero hacerlo ahora —me rebate ella.

—Siempre es mejor que las cosas estén claras desde el principio —añade su hermana sonriendo.

Me paso la mano por el pelo nervioso, no sé cómo van a reaccionar mis colegas. Becka se levanta, viene hacia mí y, tras darme un dulce y apasionado beso en los labios que hace que todos nos miren alucinados, murmura:

—¿Son ciertas las cosas que me ponías en los mensajes?

Asiento sin dudar, en ellos le decía cuánto la echaba de menos y que deseaba volver a estar con ella..., mucho, demasiado.

—Totalmente —afirmo.

Becka asiente y me da un pico en los labios. Vuelve a su silla y, sentándose, dice con ese descaro tan suyo:

—Entonces ¿lo cuentas tú o lo cuento yo?

Veo que Olivia sonríe y oigo la voz de Robert.

—¡Lo sabía! —Mi amigo mira a Henry—. Te lo dije, sabía que había algo entre ellos.

Sonrío. Llegados a este punto en el que Becka ha decidido hacer público lo nuestro, no seré yo el que dé un paso atrás.

—Pero ¡¿de qué estáis hablando?! —exclama Toby boquiabierto.

Los chicos nos miran y comentan la jugada. Mientras, ella y yo nos miramos cómplices.

—¿Para qué pusimos las reglas entonces? —insiste Toby.

Becka sonríe con ganas. ¡Por fin la veo sonreír así!

—Técnicamente nosotros no nos hemos saltado ninguna regla —nos excusa con rapidez—. Esa regla especificaba que nada de mezclar amor con trabajo, y

lo que teníamos Daniel y yo, amor como tal, no era. Digamos que se trataba más bien de sexo.

¡Joder!

Me duele un poco oír eso, pero es la verdad. Lo que empezó siendo solo sexo, hoy por hoy tengo claro que es amor. Al menos por mi parte. Estoy enamorado de ella, y eso le dejé entrever en algunos de los mensajes que le envié.

—¿Me estás diciendo que estáis intentando agarraros a esa laguna de la norma para excusaros? —Henry ríe.

—Básicamente —digo intentando apoyar el argumento de Becka.

—¡Qué cara más dura tenéis! —exclama el rubio.

Veo que Becka y Olivia se miran y tosen, pero su tos es forzada. Acto seguido, Robert, que está sentado junto a Henry, decide intervenir.

—Creo que es el momento de contarlo —suelta.

—Mucho habéis tardado —oigo que lo secunda Becka.

—Contar ¿el qué? —planteo curioso.

Ellos se miran entre sí y sonríen.

—Quiero que sepáis que Robert y yo estamos juntos —dice Henry alto y claro.

—Pero ¡¿de qué estáis hablando?! —pregunta Toby otra vez boquiabierto.

Sus palabras nos hacen sonreír a todos.

—Querido, todos tenemos nuestros secretitos. Y, si no, mírate en el espejo y piensa que casi nos enteramos de que ibas a ser padre cuando la pequeña ya estaba aquí —le responde Robert.

Todos asentimos, el primero Toby. Miro a mis amigos, más concretamente a Henry.

—O sea, ¿nos echas en cara que intentemos agarrarnos a una laguna legal cuando vosotros sí que estabais incumpliendo las reglas? —le recrimino en cachondeo.

Robert y Henry se cogen de la mano. Tras eso, un beso en los labios ratifica sus palabras.

—En realidad os lo íbamos a contar en cuanto empezamos, pero de repente llegaste tú con el tema de las reglas y preferimos dejarlo para otro momento... —

comenta Robert.

—Cuando hablamos de lo de las reglas, Robert y yo solo llevábamos dos semanas juntos —sigue el rubio—. Tampoco sabíamos cuánto iba a durar, así que preferimos esperar un poco.

—¿Cómo no nos hemos dado cuenta? —pregunto riendo y mirando a Toby, que me mira alzando los hombros.

¿Tan ciego estoy como para no darme cuenta de que dos de mis mejores amigos están enrollados?

—Mi hermana y yo nos percatamos rápidamente.

—Así es —confirma Becka.

La miro sorprendido. Nunca me ha hecho el más mínimo comentario al respecto.

—¿Los únicos que no lo sabíamos éramos Toby y yo? —Todos asienten—. Ahora mismo me siento muy tonto.

—Tonto, no, pero poco observador..., sí. —Becka ríe.

La miro y ella me guiña un ojo. No veo el momento de quedarme a solas con mi chica.

—¿Y cómo empezó lo vuestro? —me intereso dirigiéndome a Henry.

—Los dos jugábamos al Pokémon Go, comenzamos a quedar para ir a cazar Pókem...

—Vale, ya hablaremos en otro momento de nuestras matrimoniadas —nos interrumpe Robert, quien, mirando a Becka, pregunta—: Entonces ¿vuelves al grupo?

Esta lo mira y, con una sonrisa, le contesta.

—Si me aceptáis de nuevo, estaré encantada.

—¡Por fin! —exclama él.

Nuestra cantante se pone en pie y ambos se abrazan. Yo miro a Olivia y subo el brazo abriendo la mano.

—Lo hemos conseguido —le digo.

—¡Cuñado, hacemos un buen equipo! —Sonríe y me choca los cinco.

Todos abrazan a Becka, felices por su vuelta a la banda, y cuando se acerca a mí no dudo en besarla en la boca. Quiero que quede claro que somos pareja.

—Siento todo esto —murmura cuando nos separamos, mirándome.

—Niñata, no pidas perdón por algo que ya se ha solucionado.

—Qué chulito eres... —Ríe.

De nuevo, volvemos a besarnos mientras oigo que nuestros amigos aplauden y gritan. Creo que ese se ha convertido en mi pasatiempo preferido.

—O sea, que ya no somos solo sexo... —susurro cuando el beso termina.

—Parece que no.

Becka sonríe y, como siempre le pasa cuando hace eso, se le achinan los ojos.

—¿Y si hacemos un concierto? —sugiere Toby de pronto.

Todos lo miramos asombrados.

—¿Dónde? —pregunta Becka.

Los chicos y yo nos miramos.

—Aquí. Antes de que llegaras, el dueño nos estaba proponiendo hacer algo esta noche, cuando abra —le cuento con una sonrisa enorme en los labios.

—¿Así, sin avisar? —Becka ríe.

—Podemos anunciarlo en Instagram y que venga quien quiera —comenta Robert—. ¿Qué os parece?

Los seis nos miramos. Sonreímos. Está claro que es algo que nos apetece y echamos de menos.

—¡Adelante!

Acto seguido me saco el móvil del bolsillo y se lo doy a Olivia para que nos grabe. Cuando nos tiene enfocados, nos avisa. Robert decide ser quien lleva la voz cantante y empezamos a grabar.

> ¡Hola! Somos Ubuntu. Si esta noche estás por Chicago y no tienes planes pero te apetece bailar, cantar y pasarlo bien, te invitamos a que vengas al concierto improvisado que vamos a dar a las once en Live Chicago. ¡Aquí te esperamos!

Entro en el perfil de Instagram del grupo, añado la ubicación del local y subo el vídeo en cuanto Olivia me devuelve mi móvil. No tengo ni idea de si vendrá alguien o no, pero sin duda será divertido. Solo por ver las sonrisas en las caras de todos, merece la pena.

Cuando regresamos al local pocas horas después, tras ir a nuestras casas a por

los instrumentos y prepararnos, vemos que el exterior de la sala se ha comenzado a llenar. Entre risas, hacemos una rápida prueba de sonido y todo marcha bien. Una hora después, la sala está a reventar de gente.

¡Madre mía!

—Parece que sí que ha funcionado el tema de la gira para darnos a conocer —bromea Robert viendo el gentío que ha venido a vernos actuar.

—¡Y lo mucho que funciona alimentar las redes sociales con contenido nuevo! —afirma Olivia.

Estamos escondidos como podemos tras una puerta que da al almacén del local. Nos toca salir, pero antes nos juntamos todos en círculo.

—A la de tres ya sabéis qué decir... —suelta Henry—. Uno..., dos..., tres...

—¡Ubuntu! —exclamamos todos.

Robert y Becka se dan la mano y salimos al pequeño escenario en el que empezó algo que ninguno de nosotros sabía a dónde nos iba a llevar.

Becka se sitúa frente al micrófono delante de nosotros y yo me acerco por detrás. Le pongo una mano en el hombro, provocando que se gire para mirarme, y le doy un dulce beso en los labios. Luego, imitando lo que hice la primera vez que estuvimos aquí subidos, con una sonrisa, le susurro:

—Solo déjate llevar.

Epílogo



Becka

2026

Hay cosas que cambian y otras que no.

Han transcurrido dos años y seguimos todos metidos en una furgoneta. Eso sí, esta vez, a diferencia de la del pasado, la hemos alquilado en lugar de deberle el favor a la madre de Henry.

Gracias a la música que hemos ido sacando y a las redes sociales, nuestra fama ha crecido. Parece que lo que empezó como la aventura de mi vida pero con corto recorrido se ha convertido para mí, así como para mi hermana y los chicos, en nuestra profesión de manera oficial.

Yo sigo siendo fiel a mi mochila con flecos, pero ya no tengo el pelo negro. Hace un año que decidí teñirme de pelirroja y me encanta. Ahora mucha gente piensa que Toby y yo somos hermanos, lo que tiene cierta gracia.

Toby y Anna se han mudado a una pequeña casa cerca de los padres de ella en Chicago. Aún no me puedo creer que Tanna ya tenga dos añitos. Va a ser verdad eso de que realmente te das cuenta de lo rápido que pasa el tiempo cuando tienes un bebé cerca.

Robert y Henry siguen juntos y se llevan fenomenal. No consigo descifrar el truco, pero nunca los he oído discutir. Hace pocos meses se fueron a vivir a un cómodo piso también en Chicago, cerca de Daniel.

Él continúa en su línea, aparentando ser un chulito, aunque en el fondo es un trozo de pan. Vamos, con decir que, si *Dusty* se duerme en la cama, creo que es capaz de dormir en el sofá para no molestarlo. Sorprendente, lo sé. Pero sigue refiriéndose a él como la rata. Como he dicho antes, hay cosas que no cambian.

Finalmente, Oli y yo pudimos ahorrar algo de dinero e ir a vivir, por fin, juntas al centro, cómo no, en Chicago, aunque vamos a visitar a mamá y papá siempre que podemos. Es un piso pequeño, pero para nosotras dos y *Dusty* es más que suficiente. No deja de ser el sitio en el que menos tiempo pasamos, ya que yo estoy mucho con Daniel y Olivia... con quien le da la gana.

Que yo sepa, Oli sigue soltera. Eso no es algo que le preocupe, siempre dice que no tiene ninguna prisa; que cuando tenga que llegar, llegará. Y, si no, siempre le quedará salir a pasear con *Dusty* porque, según ella, se liga mucho sacando al perro. A mí, que hay días que lo saco sola y días que lo hago con ella, no me ha pasado. Pero, si ella lo dice, me lo tendré que creer.

Aunque yo tampoco es que necesite ligar con nadie. Daniel y yo tenemos una historia muy bonita, aunque nos la hemos tomado con tranquilidad. No vivimos juntos. Ambos agradecemos nuestra independencia. Él está bien donde está y yo también. Sin embargo, entre nuestra relación y formar ambos parte de Ubuntu, nos pasamos prácticamente todo el día juntos.

La furgoneta aminora la marcha y Henry aparca.

—Se supone que ya hemos llegado.

—¿Estás seguro? —pregunta una nerviosa Olivia.

El rubio vuelve a mirar el móvil y asiente, así que todos bajamos del vehículo.

—Según lo que me ha enviado Charlie, nada más cruzar esta calle deberíamos poder verlo.

Robert saca el móvil y empieza a grabar para inmortalizar nuestras reacciones. Ninguno de nosotros lo ha visto aún, solo sabemos que es aquí porque Charlie nos ha enviado la ubicación.

Seguimos a Henry y... sí, ahí está.

Frente a nosotros tenemos nuestro primer cartel publicitario con foto.

¡Qué pasada!

—¡Qué locura! —grita Robert.

—No me lo puedo creer, esto es un sueño cumplido —oigo que dice mi hermana.

Es una foto enorme de una de las últimas sesiones fotográficas que nos hizo Olivia. Los cinco salimos delante de un fondo de color oscuro. Yo llevo el pelo ligeramente recogido, una camisa blanca que me dejó Daniel y un pantalón vaquero. Ellos también van vestidos con colores claros, pero a su estilo.

Me acerco a Olivia y veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. La abrazo con cariño.

—Me parece alucinante estar viendo esto —murmura.

—Es como un sueño del que no quiero despertar. —Sonrío.

Observo a los chicos y los veo felices. Hace un año y medio conseguimos firmar con una discográfica. No es muy grande, pero por algo se empieza. Gracias a esto poco a poco estamos logrando cosas y cada vez más interesantes.

Firmar con ellos no nos garantiza nada, eso es cosa nuestra. Estos dos años hemos trabajado mucho para que esto pudiera salir adelante. Y lo hemos conseguido. Ese cartel publicitario es para promocionar nuestro primer disco, un álbum que saldrá en menos de un mes y que nos tiene atacados de los nervios. Queremos que todo salga perfecto y poder hacer una gira después.

Como bien pone en el cartel, el disco se llama:

RULES ARE MADE TO BE BROKEN

Es decir, las reglas están hechas para romperse.

Creo que el título nos va que ni pintado.

Daniel se acerca a nosotras y nos rodea con los brazos desde atrás.

—Estoy muy orgulloso de lo que estamos logrando —comenta.

Los otros tres lo ven y también se acercan para unirse al abrazo grupal.

—Lo vamos a petar —afirma Robert.

—Cada día estamos más cerca del grammy de mi gorra —bromea Toby.

—Pasito a pasito —responde Henry.

Los seis nos quedamos unos segundos en silencio contemplando nuestra foto en plena calle; esa imagen será la portada de nuestro primer disco.

—Vamos a hacernos una foto —sugiere Toby.

Olivia, que como siempre se ha traído la cámara, la coloca encima de un coche que hay aparcado enfrente y todos nos ponemos donde nos indica. Mi hermana activa el disparador automático de su cámara y corre para unirse a nosotros. Instintivamente nos subimos a caballito a la espalda de Robert y Henry, como en aquella primera foto frente al cartel de la Ruta 66. Y justo antes de que se saque la foto, y como ya es costumbre, le quito las gafas de sol a Daniel y me las pongo en la cabeza.

Está claro que hay cosas que cambian.

Y otras que no.

Banda sonora

River, ℗ 2023 Smiley Miley, Inc., bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Miley Cyrus.

Flowers, ℗ 2023 Smiley Miley, Inc., bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Miley Cyrus.

Used To Be Young, ℗ 2023 Smiley Miley, Inc., bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Miley Cyrus.

Don't Dream It's Over, © 2024 SoundCloudLanguage, interpretada por Miley Cyrus con la colaboración de Ariana Grande.

Creep, ℗ 1993 XL Recordings Ltd., interpretada por Radiohead.

Bad Guy, ℗ 2019 Darkroom/Interscope Records, interpretada por Billie Eilish.

Cotton Candy, ℗ 2020 Locomotion Recordings Limited, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por Yungblud.

Hopelessly Devoted to You, esta compilación ℗ 2015 Universal International Music B.V., interpretada por Olivia Newton-John.

I Wanna Be Your Slave, A RCA release ℗ 2021 Sony Music Entertainment Italy S.p.a., interpretada por Måneskin.

Hopelessly Devoted to You, ℗ 1978 Universal International Music B.V., interpretada por Harry Styles.

Stars Are Blind, ℗ 2006 Warner Records Inc., interpretada por Paris Hilton con la colaboración de Kim Petras.

Oops!... I Did It Again, ℗ 2000 Zomba Recording LLC, interpretada por Britney

Spears.

Circles, ℗ 2019 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Post Malone.

New Year's Day, ℗ 2017 Apollo A-1 LLC, interpretada por Taylor Swift.

These Walls, bajo licencia exclusiva de Warner Records UK, una división de Warner Music UK Limited, ℗ 2024 Radical22 Limited, interpretada por Dua Lipa.

What Love Is, ℗ 2023 Zimmer90, interpretada por Zimmer90.

Nice to Meet You, ℗ 2024 KIDinaKORNER/Interscope Records, interpretada por Imagine Dragons.

Call Me Maybe, ℗ 2012 School Boy/Interscope Records, interpretada por Carly Rae Jepsen.

All I Want for Christmas Is You, esta recopilación ℗ 2019 Sony Music Entertainment, interpretada por Mariah Carey.

Thriller, ℗ 1982 MJJ Productions Inc., interpretada por Michael Jackson.

The Pink Panther Theme, esta compilación ℗ 2004 BMG Music, interpretada por Henry Mancini.

Endless Summer Vacation (álbum), ℗ 2023 Smiley Miley, Inc. bajo licencia exclusiva de Columbia Records, una división de Sony Music Entertainment, interpretada por Miley Cyrus.

Carrie, ℗ 1986, 1987 Sony Music Entertainment Inc., interpretada por Europe.

Sting, ℗ 2022 Snapback Entertainment LLC, bajo licencia exclusiva de UMG Recordings, Inc., interpretada por Fletcher.

Attached to You, ℗ 2024 Snapback Entertainment LLC, bajo licencia exclusiva de UMG Recordings, Inc., interpretada por Fletcher.

Bad Idea, ℗ 2019 Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Ariana Grande.

Good Luck, Babe!, ℗ 2024 KRA International Inc., bajo licencia exclusiva de Island Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Chappell Roan.

Notas

Capítulo 41

1 Significa *polvoriento* o *sucio* en inglés.

Biografía

Hola, soy Sandra y nací a finales de agosto de 1996 en Madrid. Sabéis cuáles son las consecuencias de cumplir años en esta fecha, ¿verdad? Pues que suele haber poca gente para celebrarlo y, lo que es peor, significa el inminente comienzo del curso escolar.

De pequeña soñaba con ser astronauta, veterinaria, cantante y arqueóloga, y, ya de paso, con tener una hermana. Solo se cumplió una de esas cosas, y resultó ser un niño de risa contagiosa.

Siempre he sido una persona callada, observadora y paciente.

Soy fan incondicional de las WITCH, el invierno y Lady Gaga, y me encantan los animales, la música, la comida italiana y dormir.

El trabajo de mi padre nos llevó a vivir durante tres años en Barcelona, aunque actualmente resido en Madrid con mi madre y nuestros animalillos.

Encontrarás más información sobre mí en:

Facebook: Sandra Miró

Instagram y Twitter: @soysandramr

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Solo déjate llevar
Sandra Miró

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.
Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© Ilustración de la cubierta: Vero Navarro
© Fotografía de la autora: Vladytsky

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Sandra Miró, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-30182-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!